



SILVIA GARCÍA RUIZ

*Sonríe,  
mi amor,  
en la Toscana*

zafiro

# Índice

Portada  
Sinopsis  
Portadilla  
Capítulo 1  
Capítulo 2  
Capítulo 3  
Capítulo 4  
Capítulo 5  
Capítulo 6  
Capítulo 7  
Capítulo 8  
Capítulo 9  
Capítulo 10  
Capítulo 11  
Capítulo 12  
Capítulo 13  
Capítulo 14  
Capítulo 15  
Capítulo 16  
Capítulo 17  
Capítulo 18  
Capítulo 19  
Capítulo 20  
Epílogo  
Biografía  
Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## Sinopsis

Dominic Norton es un famoso fotógrafo que acaba retirándose por las críticas de Luca Rossi, un modelo italiano. Evie, que siempre ha querido ser fotógrafa como su padre, jura vengarse del modelo y lo contrata para una serie de campañas con el fin de ridiculizarlo. Pero lo que no sabe es que el hombre al que está perjudicando no es Luca sino su hermano gemelo Angelo, que ha accedido a ayudarlo como tantas otras veces.

Angelo deja atrás su serena y planificada existencia en los viñedos familiares de la Toscana y la cambia por la escandalosa vida que Luca lleva en Nueva York. Pronto se da cuenta, sin embargo, de que su irresponsable hermano no pretende huir de un trabajo sino de la persona que, sin saber que se ha equivocado de hombre, le está haciendo a él la vida imposible.

¿Conseguirá Angelo mostrarle a Evie su verdadero yo aunque sólo sea viéndolo a través de su cámara? ¿Culminará Evie su venganza a pesar de sospechar que no se trata del mismo hombre que calumnió a su padre?

# SONRÍE, MI AMOR, EN LA TOSCANA

Silvia García Ruiz

zafiro

## Capítulo 1

La primera vez que mi padre puso una cámara fotográfica en mis manos fue a los diez años. Hasta entonces siempre había corrido detrás de él observando todo lo que hacía, contemplando las hermosas imágenes que tomaba y deseando ser como él. Sin embargo, con el paso de los días, mientras sostenía mi cámara digital nueva y miraba ilusionada a través de ella, descubrí que nunca podría parecerme a Dominic Norton, simplemente porque papá y yo veíamos el mundo de distinta manera.

A mí me fascinaban los paisajes serenos y bellos, los animales y su salvaje naturaleza, que podía sorprender en cualquier instante con algo hermoso o desgarrador, pero las personas..., las personas no me agradaban en absoluto. El objetivo de mi cámara parecía encontrar siempre el momento más inoportuno, aquel que exponía la parte más desagradable de los sujetos inmortalizados: una madre pegando a su hijo, unos niños torturando a un indefenso gatito, una mujer agarrada de la mano de un hombre mientras sonreía coquetamente a otro... y todas esas eran sólo algunas de las capturas que había hecho en el Bridge Park de Brooklyn esa mañana en la que intentábamos celebrar el décimo cumpleaños de mi prima Amanda, una perfecta y angelical niña de rubios cabellos rizados y hermosos ojos azules que siempre me sacaba de quicio con su impecable comportamiento. Yo, por el contrario, era un revoltoso torbellino de cabellos negros e impertinente mirada, aunque también de ojos azules, que no dejaba de correr de un lado a otro y que casi nunca sabía cómo comportarse civilizadamente, ya que no dudaba en gritar bien fuerte cuando algo me molestaba.

Para desgracia de Amanda, lo que más me importunaba en esos instantes era ella... o, mejor dicho, su repentina irrupción en mi vida cuando, inesperadamente, había pasado a ser un miembro más de mi familia a causa del trágico fallecimiento de sus padres en un accidente de avión, acaparando así la atención de los míos.

Mi padre había comenzado ese día un inusual reto cuyo objetivo era conseguir una fotografía de mi prima sonriendo, pues, desde que había llegado a nuestra casa, ella jamás sonreía de verdad. Yo había intentado hacerla reír en alguna que otra ocasión introduciéndola en mis juegos, pero Amanda nunca respondía a ellos y, cuando se hartaba de mí, simplemente me dedicaba una falsa sonrisa para acallarme y que la dejase por imposible.

Yo sabía que mi padre se había autoimpuesto una meta casi inalcanzable al pretender reflejar en sus fotos la verdadera sonrisa de esa chiquilla, pero también sabía que no se rendiría, en ningún caso. Y, cuando mi decidido papá comenzó a correr por el parque detrás de mi esquiva

prima en busca de una imagen en la que no apareciera otro de sus fingidos gestos, corrí junto a él, resuelta también a capturar esa instantánea, porque, ya que no podía igualar su talento, al menos podía intentar comprender qué lo motivaba para captar imágenes tan hermosas de todo lo que lo rodeaba, incluidas las personas, fueran bellas o no.

Al final de la tarde Amanda se declaró vencedora, ya que mi padre y yo caímos exhaustos sobre el césped, sin haber logrado guardar un buen retrato en nuestras cámaras. Y, mientras fotografiábamos el hermoso paisaje de nuestro alrededor, él me confesó por qué siempre adoraría esa herramienta de trabajo que lo acompañaba en todo momento.

—Evie, hacer una fotografía equivale a atesorar el recuerdo de un preciado instante que el tiempo nunca podrá arrebatarte. Cada vez que mires esa imagen, recordarás ese momento, y los sentimientos que asociaste a él volverán a tu memoria y provocarán una reacción en tu alma.

Esas sabias palabras que me dedicó papá mientras yo sostenía mi cámara eran algo que distaba mucho de comprender todavía. Pero tal vez, muchos años después, quizá podría llegar a entenderlo, aunque lo cierto era que, en ese momento en el que observaba en la pantalla la borrosa captura de la cara de mi prima, que había esquivado mi objetivo una vez más, sólo sentía un profundo fastidio debido a la insufrible modelo que nunca quería posar para mí.

—No me gusta fotografiar a las personas —me quejé a la vez que permanecía tumbada junto a él en el mullido césped del parque, frente al East River, un lugar que ofrecía las mejores vistas de Manhattan, especialmente cuando las luces de la ciudad comenzaban a encenderse.

Dicho esto, y sin esperar una de las sensatas respuestas que solía dedicarme mi padre, me dediqué a borrar todas y cada una de las imágenes que había capturado de ella con nefastos resultados, ya que Amanda nunca permitía que nadie la retratara.

—¿Has pensado acerca del motivo por el que no te gusta hacerlo?

—No mucho, pero, cada vez que retrato a alguien, me desagrada la imagen que capta mi objetivo: la encuentro tan... falsa... Prefiero los paisajes —sentenció mientras enfocaba desde mi posición los dos grandiosos puentes que unen Brooklyn con Manhattan.

—Puede que no hayas encontrado al modelo correcto para que pose para ti, o quizá no pongas en los retratos el mismo amor que le concedes a tus paisajes y por eso sólo sacas la falsedad de ellos, porque tal vez sea lo único que tú ves.

—A lo mejor... —respondí frunciendo el ceño, algo molesta por las palabras de mi padre, que me señalaban que el error de esas capturas podría no estar en los modelos, sino en el fotógrafo—. Pero no pienso volver a intentar fotografiar a mi prima: ¡es simplemente imposible! —afirmé, rindiéndome por completo ante el juego que mi padre había propuesto ese día, tratando de fotografiar a una niña insufrible que siempre lo estropeaba todo.

—¡Oh, Evie! El mundo siempre nos muestra el lado más feo y el más hermoso de todo lo que nos rodea. Nosotros sólo debemos elegir el que queremos guardar y, entonces, accionar el disparador.

—Pero, papá, ¿qué parte buena tiene Amanda? Es una mimada que siempre lo estropea todo.

Ha invadido mi casa y mi habitación, y se ha hecho un hueco en mi familia, la cual, en ocasiones, parece quererla más a ella que a mí... —repliqué, manifestando mi resentimiento, porque, aunque sabía que ella no tenía la culpa de haber perdido a sus padres, desde que había llegado a mi hogar me sentía desplazada.

—Amanda parece una niña muy bien educada, de aspecto impoluto y siempre seria. En ocasiones aparenta ser más madura de lo que es, pero ésa sólo es la imagen que deja ver a otros. La que yo quiero captar hoy es la de verdad —comentó mi padre, alzando su cámara.

—¡Amanda es Amanda y no hay nada más! ¡Es una remilgada y consentida, y punto! —exclamé ofuscada, cruzándome de brazos, irritada por las atenciones que mi padre le dedicaba de nuevo a mi prima.

—¿Tú crees? —preguntó él mientras se levantaba del césped y, poniendo ante mis ojos el visor de su cámara, me enseñaba todo lo que él veía y que yo era incapaz de captar con mi objetivo.

—Mira: ésta eres tú, Evie, mi querida niña —dijo al tiempo que me mostraba una imagen que me había tomado por sorpresa, en la que se apreciaba en mi rostro un evidente gesto de desprecio, seguramente dedicado a Amanda. En esa captura parecía ruin y mezquina—, pero ésta también eres tú... —añadió tras pasar a una nueva foto, una en la que lucía una hermosa sonrisa, llena de dulzura y cariño, mientras mi madre me abrazaba—. ¿Con cuál te quedas? ¿Cuál es la verdadera Evie? —inquirió, tratando de que reflexionara.

—Las dos... —respondí, comprendiendo al fin parte de lo que quería transmitirme.

—Exacto. Llegará un momento, hija mía, en el que tú también verás la parte hermosa de las personas y no sólo de las cosas, pero eso únicamente será cuando tu corazón esté preparado para ello.

—Entonces, ¿debo abandonar la fotografía hasta entonces? —planteé, preocupada, a la vez que miraba la máquina que mis manos se resistían a soltar.

—¡No, eso nunca! —negó mi padre con decisión—. Simplemente déjate llevar por lo que te dicte tu corazón y saca la imagen más hermosa de cuanto te rodea. Sólo así podrás mostrar la parte más bella de la vida a otros, porque habrás capturado esa foto con éste —añadió mientras llevaba una mano hacia su corazón— y no con éstos —terminó, señalando sus ojos.

Animada por el apoyo que me brindaba para seguir adelante, le mostré todas las imágenes que había hecho de los fantásticos paisajes de nuestro alrededor: los extensos jardines y sus senderos junto al río; las pequeñas colinas ondulantes que alejaban el tráfico de la bahía, convirtiendo ese lugar en un pequeño paraíso para quienes quisieran descansar de la ajetreada ciudad, y las vistas a la bahía. Sólo después de comentar cada una de esas capturas vimos cómo Amanda se dirigía hacia nosotros con una expresión de burla en el rostro. Yo abandoné por completo la idea de fotografiarla, pero, antes de volver con mi madre, reté a mi padre y su cámara una vez más, para ver si era capaz de conseguir lo imposible.

—Te apuesto a que no puedes obtener esa foto, papá —lo provoqué, desafiando al orgulloso fotógrafo mientras señalaba a mi prima y una más de las muecas que nos dedicaba desde lejos,

tanto a nosotros como a nuestras cámaras.

—Ya veremos... —dijo él como única contestación.

Un rato más tarde, cuando regresábamos a casa, mientras mi madre conducía y Amanda permanecía dormida a mi lado, mi padre me enseñó ese lado de Amanda que yo nunca veía y que él era el único que sabía que estaba allí.

—¿Qué opinas? —me preguntó, a la vez que me cedía su cámara y me dejaba ver una realidad de mi prima que yo me había negado a reconocer.

La imagen mostraba una hermosísima sonrisa de Amanda, pero ésta iba acompañada por unas silenciosas lágrimas que manifestaban con toda crudeza el inmenso dolor que ella intentaba ocultar a los demás tras su aparente altivez.

Conmovida y con un nudo en la garganta mientras mis ojos parpadeaban para retener las lágrimas que pugnaban por salir, le devolví la cámara y abracé a mi dormida prima, dándole un poco del cariño que había perdido con la muerte de sus padres y que, sin duda, necesitaba.

—Bueno, puede que no sea tan molesta, después de todo —declaré, decidiendo convertirme en la más acérrima defensora de esa fastidiosa niña que se había hecho un hueco en mi corazón con la bella imagen de una sonrisa.

\* \* \*

Con el paso del tiempo, Evie y Amanda desarrollaron una estrecha relación gracias a la cual se asemejaban más a dos revoltosas hermanas que a unas primas que se habían unido por las circunstancias. A pesar de sus disputas, ambas se apoyaban mutuamente, confiando la una en la otra y protegiéndose de los adultos que pensaban que unas crías como ellas eran fáciles de manejar en su mundo, sin saber lo mucho que podían equivocarse.

El pilar de ambas, quien siempre serenaba sus locuras cuando éstas se manifestaban, siempre sería Dominic, ese hombre de cabellos rubios y amigables ojos azules, que era la persona a la que más admiraban y a la que siempre querían proteger por encima de todo, un hombre que pronto pasó de experimentar continuamente con su cámara y sus chiquillas a encontrarse muy ocupado y solicitado en su trabajo cuando la imagen de la hermosa y triste sonrisa de la dulce Amanda lo hizo famoso.

En cuanto mostró al mundo la calidad de su trabajo, los encargos comenzaron a llenar los días de Dominic Norton, alejándolo de los infantiles juegos, algo que ellas perdonaron, sabiendo lo complicado que era el universo de los mayores. Y así, un profesional de treinta y un años que había tenido que luchar incansablemente para hacerse un hueco entre tanta competencia en la ciudad de Nueva York, empezó a despegar hacia la fama cuando esa captura tomada con el corazón llegó a las revistas, desvelando la alegría y la tristeza que todos podíamos llegar a sentir en algún momento de nuestra vida.

Sin proponérselo, Dominic también lanzó al estrellato a la protagonista de la imagen y su

sonrisa, elogiadas y admiradas por el gran público. De ese modo, la carrera de Amanda como modelo se inició a la tierna edad de diez años, una modelo que sólo quería sonreír para el que consideraba el mejor fotógrafo, su tío Dominic.

Iris y Dominic siempre estuvieron en contra de que Amanda se adentrara en un mundillo tan engañoso y competitivo como era el del modelaje, pero, pensando que su sobrina pronto se aburriría de ello, la dejaron continuar a la vez que intentaron protegerla de la mejor manera que supieron. Él no dudó a la hora de poner a su sobrina en manos de uno de sus mejores amigos, Jeff Jenkins, a quien contrató como su agente, un hombre cuya principal virtud era su enorme paciencia, algo muy necesario para tratar con Amanda.

Y, por supuesto, Evie se unió a la misión de su familia de cuidar de su dulce prima acompañándola a todos lados, llevando consigo su cámara para aprender más de su padre y para, como él una vez le aconsejó, llegar a ver el mundo de un modo diferente. Sin embargo, por más que lo intentase, ella seguía viéndolo igual y los adultos no le mostraban lo mejor de ellos cuando los apuntaba con su objetivo.

## *Dos años después*

—¿Se puede saber para qué me has hecho traer mi cámara, Amanda, si tú ya tienes fotógrafo para esta sesión y, además, nunca me permites que te retrate? —inquirí, temiéndome que ésa fuera una de sus descabelladas ideas.

—Porque me niego a que otro que no sea tu padre me fotografíe y, aunque en la última sesión conseguí que el trabajo recayera en él, la gente de la revista no quiere hacerme caso, así que he decidido contratarte.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer? —pregunté, desconfiando de mi taimada prima y de otro más de sus planes, con el que, seguramente, pretendía librarse de ese pobre profesional que no sabía la que se le avecinaba con la caprichosa modelo.

—Quiero que saques imágenes del fotógrafo que ha contratado la publicación para reemplazar a tu padre.

—Amanda, sabes que los retratos nunca se me han dado bien. Lo mío son más bien los objetos inanimados, los animales y los paisajes —le recordé mientras accionaba el disparador tras enfocar hacia un hermoso florero de cristal que, en esos momentos, era bañado por los rayos de sol, que lo atravesaban, difractándose y creando un pequeño arco iris que realzaba la belleza de las flores que contenía.

—Ya lo sé —confirmó Amanda.

Cuando alcé la mirada y vi en el rostro de mi prima una maliciosa sonrisa, supe lo que Amanda esperaba de mí.

—Quieres que desvele la parte más horrenda de esa persona, ¿verdad?

—No, sólo quiero que muestres la verdad, y eso es algo que solamente tu padre y tú sabéis

hacer, aunque de distinta manera.

—La verdad que mi padre muestra y la mía son bastante diferentes: la suya es hermosa; la mía es...

—Sincera —terminó Amanda por mí, intentando hacerme ver cuánto le gustaban mis fotografías.

—... fea —concluí, sin adornar la realidad—. Yo no veo nada bueno en las personas a través de mi objetivo, Amanda, y, a pesar de gustarme la fotografía, odio mi cámara cuando me enseña esas imágenes.

—Puede que algún día encuentres a alguien a quien desees sacar fotos —intentó alentarme Amanda, pues estaba decaída.

—Lo dudo —repuse mientras negaba con la cabeza—, pero no te preocupes: trabajaré mucho y seré la mejor fotógrafa —anuncié animadamente.

—No te engañes: el mejor fotógrafo siempre será tu padre —bromeó ella.

—Sí, en eso tienes razón —coincidí alegremente a la vez que apuntaba con mi cámara al sujeto que debía retratar y me dejaba arrastrar una vez más por una de las locuras de mi prima.

\* \* \*

—¡No me gusta! —exclamé, sin entender del todo lo que captaba mi cámara o lo que estaba mal en esas instantáneas. Únicamente sabía que no me agradaban y que, cada vez que las observaba, algo me decía que el trato de ese hombre hacia mi prima no era el correcto: unas sutiles caricias en el brazo cuando intentaba corregir su postura, una sonrisa algo extraña y forzada mientras la hacía posar, unos ojos que contemplaban con inusitada intensidad a su modelo de apenas doce años...

Mientras en otras ocasiones me había mantenido apartada de mi prima cuando ésta trabajaba, en esos instantes no pude evitar entrometerme a cada segundo y no la dejé ni un momento a solas con ese sujeto, a pesar de que tal vez eso me llevara a perder la posibilidad de captar las mejores imágenes que pudieran demostrar la verdadera esencia de ese individuo.

—¡Niña, aparta! —gritó una vez más ese tipo que, pese a su bella apariencia, no lucía bien en absoluto delante de mi cámara.

—¿Por qué? —pregunté sin moverme de mi lugar.

—Tengo que darle una indicación a mi modelo y...

—Lo puede hacer desde allí, Amanda no es sorda. ¿No le resulta molesto susurrar sus órdenes al oído de su modelo cuando lo más lógico sería darlas desde detrás de la cámara?

—¿Y tú qué sabrás? ¿Acaso eres fotógrafa profesional como yo? —inquirió él, muy cabreado, apartándose impertinentemente de su camino. Sin embargo, cuando pretendió susurrarle algo a mi prima, me metí en medio y lo fotografié, dejándolo por unos instantes ciego con mi *flash*.

»¡Que alguien saque a esta mocosa del estudio! —vociferó con indignación el irascible

personaje, provocando que Jeff acudiera corriendo a mi lado para alejarme de allí... pero eso no era algo que yo no pudiera manejar.

—Evie, ¿por qué no salimos a tomar un refresco y dejamos trabajar a los profesionales? — intentó convencerme el bueno de Jeff mientras me alejaba hacia la salida, ante lo que me negué en redondo. Entonces, soltándome de su agarre, declaré con decisión:

—¡No pienso dejar a Amanda a solas con él!

—¿Por qué? —planteó el agente, confuso ante mi inusual comportamiento.

—Porque no me gusta —respondí, sin saber cómo explicarme.

—Sé que ni a Amanda ni a ti os agrada que otro fotógrafo que no sea Dominic trabaje con tu prima, pero este hombre tiene muy buena reputación con los niños y, por lo visto, los sabe tratar muy bien y obtiene muy buenas imágenes —manifestó Jeff, señalándome lo amable que parecía ser ese tipo. No obstante, cuando lo observé a través de mi visor, vi otra vez algo muy falso en él, algo que no terminaba de gustarme.

—Tú y yo no vemos lo mismo, Jeff —dije tendiéndole mi cámara para que contemplara las decenas de imágenes que guardaba en ella, preguntándole si él comprendería lo que yo no llegaba a entender—. Papá dice que yo, al igual que él, retrato la verdadera esencia de las personas, aunque en mi caso saco a la luz una parte que pocos quieren ver. Algún día tal vez consiga hacer fotos bonitas, pero por ahora sólo me salen imágenes que me molestan, aunque muchas veces no acabo de saber por qué —le comenté, intentando hacerle comprender algo que ni yo misma era capaz de explicar.

Jeff pareció escuchar cada una de mis palabras, ya que no me arrastró a la salida, y me percaté de que sus manos apretaban mi cámara con más fuerza de la necesaria mientras iba pasando las distintas imágenes que había capturado ese día. Finalmente, cuando acabó de ojearlas, me la devolvió.

—Tu padre tiene razón —anunció, bastante enfadado. Y, cuando creía que su enfado era conmigo, pasó por mi lado en dirección al fotógrafo.

Tras reclamar su atención, le susurró algo al oído para, a continuación, golpearlo fuertemente en plena cara, dando por finalizada la sesión y trayendo a Amanda consigo.

—¡No creas que esto va a quedar así! —exclamó airadamente el tipejo mientras se limpiaba su sangrante nariz.

—Sí lo hará, porque estas niñas me han recordado algo que había olvidado...

—¿Ah, sí? ¿Qué? —soltó despectivamente mientras nos miraba con desprecio.

—Que tú no eres el mejor fotógrafo —contestó Jeff, furioso, mientras le enseñaba las imágenes que guardaba mi cámara.

—¿Acaso crees que puedes encontrar a alguien mejor que yo? —repuso desdeñosamente ese tipo, ignorando la verdad mientras se vanagloriaba de su fama.

—¡Mi tío! —exclamó Amanda.

—¡Mi padre! —apunté yo a la vez que mi prima, dejándole a ese inepto muy clara nuestra

opinión.

Jeff sonrió ante nuestras repentinas contestaciones y, para que le quedara bien claro a ese sujeto cuál era su lugar, no se olvidó de mostrar su acuerdo antes de alejarnos del estudio de ese impresentable.

—Ya las has oído: dejas mucho que desear como fotógrafo, y me voy a encargar de que todo el mundo lo sepa.

—¡Bah! Si tan sólo son unas fotografías tomadas por una cría... ¿por qué razón iba nadie a creer en tu palabra? —soltó ese depreciable individuo, riéndose de mi trabajo.

Ante eso, yo, con la seguridad que mi padre me había dado en mí misma, contesté con decisión.

—Porque muestran la verdad.

Jeff sonrió, complacido ante mi respuesta, y, alejándonos de ese fotógrafo, nos llevó junto a los confortables brazos de mi padre, que siempre nos protegían de todo.

Semanas después, algunas de las reveladoras fotografías que yo había obtenido y en las que el rostro de Amanda no aparecía nítido salieron en la prensa, desvelando un gran escándalo protagonizado por ese fotógrafo que tanto me había desagradado en su momento. Mi padre dirigió una acusadora mirada a su amigo Jeff, que esa mañana nos había traído esa revista y que, sentándose a nuestra mesa, se dispuso una vez más a birlarnos el desayuno.

—A mí no me culpéis —replicó descaradamente cuando cada uno de nosotros dirigimos nuestras delatoras miradas hacia él.

—¿Y bien? ¿Qué te parece tu primer trabajo? —inquirió mi padre, señalándome la primera de mis fotografías que había salido publicada en la prensa, aunque no llevara mi nombre.

—No me gusta —afirmé, apartando esa molesta revista de mí.

No obstante, mi padre me la volvió a enseñar y, reprendiéndome con la mirada, hizo que volviera a fijarme en ellas.

—¿Sabes lo que has conseguido con esas fotos, Evie? Has evitado que ese hombre haga mucho daño a otros, así que no te arrepientas nunca de mostrar la verdad que capta tu objetivo, porque, aunque otros intenten esconderla, ésta siempre estará ahí, esperando a ser revelada —anunció mi padre, poniendo entre mis manos una cámara nueva, esa vez una profesional—. Creo que ya es hora de que te enseñe un poco más de este trabajo al que piensas dedicarte —declaró, haciendo que mi rostro volviera a iluminarse con una sonrisa mientras corría nuevamente detrás de él—. Sacaremos fotografías de hermosos paisajes, de llamativos animales y, tal vez, de alguna que otra puesta de sol o amanecer.

—¿Y qué hay de los retratos? —pregunté frunciendo el ceño, algo enfurruñada con la idea de volver a apuntar a alguna persona con mi cámara.

—Ésos los dejaremos para más adelante... —respondió, sin especificar el tiempo que me llevaría volver a retratar a alguien y si, cuando lo hiciera, esa imagen me mostraría de nuevo la cruda realidad que se camufla entre las mentiras que todos podemos esconder.

## *La Toscana, bodegas Rossi*

Los viñedos de la Toscana eran algo que siempre adoraría. En Italia, en un pequeño pueblo enclavado en el corazón del valle del Chianti, entre Florencia y Siena, se encontraba mi hogar.

Allí, en la tierra donde mis antepasados habían iniciado nuestro negocio familiar a partir de unas cuantas vides, se divisaban unos extensos campos que parecían no tener fin. Al fondo, un antiguo edificio hacía las veces de bodega, donde almacenábamos los diferentes vinos que elaborábamos.

Uno de ellos era el famoso chianti, uno de los vinos tintos italianos más conocidos y prestigiosos del mundo, representado por diferentes variedades que iban desde un vino fresco y suave que se debe consumir frío y en su propio año de elaboración hasta otros más maduros, para los que es esencial esperar años para su degustación.

No muy lejos de toda esa tierra que reverenciaba se encontraba la casa de mi abuelo Flavio, donde, además de mí, mis padres y mi ruidoso hermano gemelo, Luca, tan parecido y a la vez tan distinto a mí, descansábamos ese verano.

Esa mañana, como todas desde que había llegado a la casa, mi querido abuelo me levantó muy temprano para que camináramos juntos por sus dominios y contemplásemos las vides y los frutos que habían dado sus cepas. Mientras que a mí no me resultó difícil despertarme, ya que me encantaba deambular por los extensos terrenos y respirar el aire puro y limpio del valle, así como hundir mis manos en la fértil tierra que era el sustento de mi familia, a mi hermano casi le fue imposible espabilarse y abandonar su cama. Y digo «casi» porque, en cuanto mi abuelo sacó la imponente vara que solía llevar con él, Luca salió corriendo para unirse a nosotros en ese paseo... sin dejar de refunfuñar en todo momento, eso sí.

Yo era solamente unos minutos mayor que Luca, pero parecía suficiente como para haber heredado el carácter de hermano mayor y todas las responsabilidades que eso conllevaba. Mi gemelo y yo algún día seríamos los propietarios de esas tierras de las que mi padre y mis tíos se desentendían, según declaraba mi abuelo. Y mientras esas palabras a mí me llenaban de orgullo, a Luca solamente le hastiaban, porque lo único que quería hacer era ir en busca de sus amigos y sus diversiones.

—Algún día todo esto será tuyo, Angelo —manifestó una vez más mi abuelo, mostrándome con sus manos las espléndidas vides que se extendían ante mí.

—Y de Luca —añadí, recordándole que mi fastidioso hermano también tendría una parte de esa herencia; un hermano que, en esos instantes, de nuevo, había huido de sus responsabilidades y desaparecido de nuestra vista. Pero, bueno, tampoco se le podía pedir demasiado a un chico de quince años tan inmaduro como Luca.

—Sí, cierto... y de Luca —rezongó mi abuelo, sin estar muy de acuerdo con esa precisión—. Para crear un buen vino debes sentir la tierra... —continuó explicando a la vez que hundía una mano en ella, animándome a acompañarlo, a lo que no pude resistirme—, oler el aire... —agregó,

al tiempo que sacaba la mano de la fértil superficie. Tras limpiársela en sus pantalones, cogió una de las uvas y me la ofreció—... y, por supuesto, probar los frutos que la tierra te da, para conocer qué vino te pide que hagas con ellos.

No tardé en imitarlo y, tras limpiarme las manos en mis pantalones vaqueros, tomé la uva que me tendía para catarla.

Dejé que ese delicioso manjar se deslizara sobre mi lengua y, al morderla, su jugoso sabor se expandió por mi boca. La dulzura del fruto estimuló mis sentidos, aunque un cierto regusto amargo se mezcló con ella, haciéndome dudar sobre si ese año obtendríamos una cosecha adecuada para confeccionar el vino.

Mientras mi abuelo y yo nos mirábamos extrañados, no tardamos en escupir ese amargo bocado cuando averiguamos la razón de ese sabor tan poco habitual.

—Siente la tierra... —soltó mi hermano, en tono de burla, imitando desde el otro lado del camino el serio discurso de nuestro abuelo—, huele el aire... —continuó, mientras aguzábamos el oído hasta escuchar el inconfundible sonido de un líquido cayendo sobre la tierra y una de las vides—... y degusta esto —concluyó maliciosamente a la vez que continuaba «regando» esa vid de una forma bastante inadecuada, tal y como mi abuelo y yo apreciamos al pasar al otro pasillo del viñedo.

Tras escupir esos frutos mancillados y enjuagarnos la boca con el agua de una botella que mi abuelo Flavio siempre llevaba con él, vi a éste sacando la vara que llevaba en su cinturón y lo seguí en su furioso caminar al encuentro de mi hermano. Luca, absorto en su gamberrada, no nos prestaba atención y, de espaldas a nosotros, seguía orinando sobre esas plantas que con tanto cariño había cuidado mi abuelo mientras volvía a burlarse de sus palabras.

—Y degusta...

—¡Esto! —exclamó el patriarca de mi familia, golpeando fuertemente el trasero de mi gemelo con la vara, haciendo que éste saliera pitando, despavorido, con los pantalones bajados. Nuestro abuelo lo perseguía palo en mano sin misericordia, reprendiendo su nefasta conducta.

Más tarde, cuando llegamos a casa, Luca apenas podía sentarse y caminaba como un pato la mayor parte del tiempo. Tan cabezota como siempre, se negó a ver lo malo de su proceder y se recluyó en su cuarto, agobiándome con sus protestas e intentando hacerme comprender sus acciones, algo que, con mi plácido y sereno carácter, nunca llegaría a entender.

—¡Si sólo era una broma! ¿Por qué ha tenido que golpearme el abuelo con tanta fuerza?

—Luca, lo has ofendido profundamente con tu gesto: has despreciado aquello por lo que el abuelo Flavio ha trabajado durante años.

—¡Se lo merecía! ¡Me ha hecho madrugar y ha estropeado la salida que tenía prevista con mis amigos! Además, si tú ya estabas allí, no sé qué narices hacía yo en ese lugar.

—Luca, un día esos viñedos serán nuestros y...

—Di mejor tuyos, tío; a mí ya me ha quedado bien claro que tú serás el único que recibirá algo de nuestro abuelo, aunque parece que todavía no quieres entenderlo.

—¡No digas eso, Luca! Él nos quiere a los dos y...

—¡Venga ya, Angelo! Para ti siempre tiene bonitas y aleccionadoras palabras y, para mí, un gesto de desagrado y una dura vara... No hace falta ser muy inteligente para darse cuenta de cuál de los dos es el favorito de nuestro abuelo.

—Luca, a pesar de todo lo que pienses, esta tierra algún día será de ambos y creo que deberías empezar a valorarla.

—Muchas gracias, pero no la quiero: es toda tuya, al igual que todas las responsabilidades y el agrio viejo y su vara. Eso sí, hazme el favor de convencerlo para que deje de perseguirme con ella en lo que queda de vacaciones.

—Tal vez podría hacerlo si te disculpas.

—Olvidalo, prefiero que me siga zurrando con ese palo durante todo el verano, aunque mamá se altere y aunque papá mantenga su cara larga por querer marcharse antes de tiempo de este aburrido lugar del que sólo tú disfrutas —se quejó mi hermano, buscando que me apiadara de él.

Y, como el tonto que era, lo hice y cedí ante la estúpida locura que siempre realizábamos cuando él no quería hacer algo que debía hacer y yo deseaba que la paz volviera a mi mundo.

—¡Está bien! Me haré pasar por ti y le pediré perdón al abuelo, ¡pero más te vale comportarte mejor en el resto del tiempo que estemos aquí, porque no volveré a salvarte el trasero! ¿Me has oído? —le dije.

Tras conseguir lo que quería, Luca simplemente se volvió en su cama para darme la espalda y fingir con unos estruendosos y falsos ronquidos que estaba sumido en un profundo sueño.

A lo largo de los días, cediendo a los lloros de mi gemelo, lo sustituí en más de una ocasión y, vistiendo esos pantalones de marca que él nunca osaría ensuciar, sus caras camisetas y sus zapatillas deportivas, muy poco apropiadas para las labores del campo, acompañé a mi abuelo por los viñedos intentando imitar el despreocupado comportamiento que Luca mostraba cuando cubría sus ojos con unas enormes gafas de sol que lo aislaban de todo.

Mientras simulaba desperezarme una vez más ante uno de los discursos de mi abuelo, aunque en realidad no podía evitar emocionarme con cada una de sus palabras, éste me miró fijamente y se cruzó de brazos frente a mí. Luego me quitó las gafas de sol y comenzó a reprenderme por primera vez en años, desvelando que no lo habíamos engañado con nuestra artimaña.

—Angelo, no deberías proteger tanto a tu hermano, o de lo contrario nunca aprenderá a enfrentarse a las dificultades que la vida le presente y serás tú quien acabe metido en problemas.

—¡Abuelo! ¿Cómo me has reconocido si nuestros padres apenas nos diferencian cuando nos intercambiamos?

—Mis ancianos ojos siempre me han permitido distinguir los buenos frutos de los mediocres, y eso no ha cambiado con la edad: yo veo mejor que los despreocupados jóvenes que tengo a mi alrededor. Por ello, a pesar de que hayas copiado el indiferente comportamiento de Luca, bastante bien, dicho sea de paso, el brillo de tus entusiastas ojos por la tierra te ha delatado, pues él jamás tendrá esa pasión por ella.

—Lo siento, abuelo. Yo sólo intentaba contentar a todos...

—Angelo, no tienes que contentar a nadie en esta familia. Tú preocúpate tan sólo de ti mismo o, si no, habrá muchos que se aprovecharán de ti y de esa vena protectora que tienes, especialmente el descerebrado de Luca. No creo que te extrañe que te diga que, en esta ocasión, eres tú quien está castigado —anunció, llevándome de vuelta a casa.

Mientras regresábamos, contemplamos el ya recuperado trasero de mi hermano asomando por la ventana de su habitación, pues había intentado salir a escondidas por ella y se había quedado atascado con la hoja batiente, algo que mi abuelo remedió al azotarlo nuevamente para que corriera a esconderse de su vara.

Cuando Luca logró desatascar su culo de allí, salió corriendo por la puerta principal, y mi abuelo, a pesar de su edad, no dudó en perseguirlo. Ante semejante espectáculo de mis singulares familiares, no pude evitar negar con la cabeza a la vez que rogaba porque tuviéramos algo de paz en el seno de esa escandalosa familia que me rodeaba. Más tarde me pregunté si Luca, con el paso de los años, reflexionaría en algún momento antes de meterse en esas insensatas locuras a las que siempre acababa arrastrándome de una manera u otra.

## Capítulo 2

### *Nueve años después, Nueva York*

—¿Que has hecho, ¿qué?! —exclamó un alterado Angelo por teléfono al escuchar a su hermano relatarle las acciones de las que era capaz cuando no había nadie para vigilarlo.

—Sólo hice un insignificante comentario sobre Dominic Norton en una revista, que la prensa malinterpretó y...

—¿Qué insignificante comentario? —le preguntó mientras se masajeaba una de sus doloridas sienes, a la espera de una respuesta.

—Bueno, insinué que era un inútil que no sabía sacar provecho de mí ni de mi rostro, ¡y para qué hablar de mis múltiples encantos! Por su culpa mi carrera de modelo puede pegar un bajón y...

—Vamos a ver si entiendo lo que intentas decirme, Luca: has ofendido a un renombrado fotógrafo, el cual, amable y desprendidamente, se ofreció a hacerte una sesión de fotos gratis para una obra benéfica en la que participabas. Y, ante su generoso gesto, tú no has tenido otra maravillosa idea más que insultarlo, ¿es así? —recapituló para su irracional gemelo, intentando que entrara algo de lucidez en su mente.

—¡Pero, Angelo, sacó una imagen de mí en la que se me veía superficial y despreocupado! —se quejó infantilmente.

—Luca, resulta que eres superficial y despreocupado. Ese fotógrafo simplemente plasmó la realidad.

—Bueno, aunque así fuera, no me gustó ver esa parte de mí y he decidido que necesito y merezco un descanso, así que te llamo para que me sustituyas en Nueva York.

—Luca, por muy parecidos que seamos físicamente, yo no sirvo para ser modelo, ya lo sabes. Además, estoy demasiado ocupado con la remodelación de los viñedos como para correr en tu ayuda. Y, por si fuera poco, pronto vendrá Sofía a verme para comentarme algo sobre los preparativos de la boda.

—¡Uf! Todavía no me entra en la cabeza que quieras casarte tan pronto, Angelo, y aún menos con esa chica, a la que tratas más como a una hermana que como a una mujer que te haga hervir la sangre.

—Sofía y su familia son los dueños de los terrenos colindantes a los nuestros; unirlos a través de este matrimonio será lo mejor para ambas familias, aparte de que ella es una persona a la que siempre admiraré y tendré en alta estima. Creo que ella es la más adecuada para ser mi esposa.

—Ésas no son las mejores palabras que puede pronunciar un hombre enamorado. ¿Dónde están la pasión, el desenfreno, las locuras que serías capaz de hacer por ella?

—Eso tal vez venga con el tiempo, Luca. En cualquier caso, espero que comprendas por qué no puedo echarte una mano en esta ocasión.

—Bueno, es una lástima... En fin, espero que puedas devolverme todo el dinero que te entregué para las obras, porque, si no realizo el trabajo, me penalizarán, ya que creo recordar que en el contrato incluía algo de una indemnización por incumplimiento del mismo que tal vez me verá obligado a cubrir con la venta de alguno de los terrenos que me dejó el abuelo, pues ahora mismo estoy sin blanca...

—Luca, ¿te gastaste un dinero que aún no habías ganado?

—¡Tú lo necesitabas con desesperación para las reformas! Ten en cuenta que yo acepté este encargo únicamente porque tú me pediste ayuda.

—¡Joder, Luca! Si estabas tan decidido a hacer ese trabajo antes, ¿se puede saber por qué ahora quieres huir de él?

—He sufrido un pequeño contratiempo del que debo recuperarme, y tú eres el único que puede sustituirme.

—A ver, hermano, cuéntame: ¿en qué consiste ese «pequeño contratiempo»? —preguntó Angelo, sospechando que le ocultaba algo.

—Lo sabrás en cuanto llegues... pero no te preocupes: no es nada que el infalible Angelo no sea capaz de solucionar —dijo Luca, burlándose de la eficiencia de su hermano tanto en los negocios como en la vida.

—¡Está bien, lo haré! ¡Me haré pasar por ti en ese maldito trabajo de modelo! Pero, a cambio, tú tendrás que hacer lo mismo por mí aquí, en casa del abuelo, a pesar de lo mucho que detestes los viñedos. No puedo dejar la remodelación a medias y tampoco puedo ofender a Sofia con mi ausencia. ¿Crees que podrás aparentar ser serio y responsable por una vez en la vida?

—Sin problemas, sólo tendré que recordar tomar la elección más aburrida para que sea la acertada en cada ocasión que deba decidir algo. ¿Y qué hay de ti? ¿Crees que podrás desmelenarte por una vez en la vida y simular que no tienes un palo encajado en tu regio trasero?

—Lo he hecho decenas de veces cuando me hacía pasar por ti, Luca, no veo por qué ahora tendría que ser un problema... a no ser que me escondas algo... algo como, por ejemplo, que ese fotógrafo al que injuriaste quiera vengarse de ti por tus ofensivas palabras.

—No, Dominic Norton no es un hombre rencoroso...

—Entonces no habrá ningún problema. Ser tú es algo a lo que ya estoy acostumbrado. Dentro de una semana estaré allí —comunicó Angelo antes de colgar.

—... aunque su hija es otro cantar —murmuró Luca al teléfono, únicamente cuando su hermano ya no podía oír sus advertencias sobre esa mujer ni el castigo que pretendía infligirle. Un castigo que, como siempre, eludiría gracias a un conveniente sustituto—. Venga, que sólo tienes que soportarla en una sesión... ¡Después será problema de Angelo! —se dijo Luca para animarse

antes de acudir a su sesión con ella—. Evie Norton no puede ser tan terrible como todos afirman, ¿verdad? Además, ¿qué puede hacer para fastidiarme si tan sólo es una simple fotografía?

\* \* \*

Ese hombre, al que había apodado Principito, había conseguido que volviera a enfocar a una persona con mi cámara después de tantos años. El muy idiota todavía no sabía dónde se había metido...

Que se hubiera atrevido a insultar a mi padre era una ofensa que no iba a dejar pasar: Dominic Norton siempre sería el mejor fotógrafo de Nueva York, por más que la prensa o esos malditos programas de cotilleo se empeñaran en desmentirlo. Me molestaba profundamente que esa gente, que en otras épocas se había acercado continuamente a mi padre para alabar su talento y pedirle algún favor, cuando estaba pasando por una mala época, lo dejaran de lado y guardaran silencio mientras un estúpido con demasiadas ínfulas se dedicaba a denigrarlo.

Durante los últimos meses papá había sufrido un gran revés; su único trabajo como fotógrafo había sido captar la vida que se le escapaba a mi madre con escalofriante rapidez a causa de un cáncer descubierto tardíamente, que nos la arrebató demasiado pronto. Pero Iris Norton nunca había sido una mujer que se lamentara de nada o que desperdiciara su existencia, y había vivido al máximo sus últimos días. Por ello, mientras seguía con su lucha por continuar unas horas más a nuestro lado, no se había olvidado en ningún instante de sonreír a la cámara con la que mi padre la apuntaba.

Esa desgarradora tarea que se autoimpuso de grabar en el recuerdo de todos nosotros los últimos momentos de mi madre fue muy dura para él y, cuando por fin nos dejó, tanto Dominic como su cámara se apagaron.

A papá siempre le había encantado exponer ante todos la parte más hermosa de la vida y compartir con los demás un poquito de la felicidad que lo acompañaba, pero... ¿cómo podía alguien mostrar felicidad si ésta se le escapaba por segundos y, cada vez que levantaba su objetivo, ya no veía nada que lo hiciera sonreír?

Después de que Amanda y yo lográramos animar a mi padre para que volviera a coger una cámara entre sus manos, los necios que esperaban ver un mínimo fallo en su trabajo para desprestigiarlo se abalanzaron sobre él como lobos hambrientos: un estúpido fotógrafo hasta entonces desconocido para la mayoría difamó su trabajo en un concurso, solamente para hacerse con el título de «mejor fotógrafo de Nueva York», y, por si fuera poco, un principito venido a menos, un modelo con la única cualidad de poseer una cara bonita, osó criticar sus capturas, cuando mi padre sólo había sacado a relucir la realidad de su vana, frívola y superficial esencia.

Mi padre intentó ignorar esas ofensas mientras seguía adelante, restándole importancia a la necesidad de esos tipos, pero las dudas que asaltaban sus manos y que afectaban a la calidad de sus fotografías cada vez que cogía una cámara no pasaron desapercibidas para mí.

Finalmente, hastiado de todo y necesitando un descanso debido a los rumores que ponían en entredicho su profesionalidad y sus resultados, huyó de la ciudad con la idea de, según él, refugiarse en algún remoto lugar donde nada lo perturbara para poder reflexionar, meditar y recuperar el equilibrio... aunque yo sabía que mi padre lo que pretendía era lamerse las heridas.

Antes de marcharse, nos dejó unas cariñosas notas a Amanda y a mí, pidiéndonos que no cometiéramos ninguna locura. Sin embargo, a pesar de haber fracasado en nuestro intento de retenerlo a nuestro lado, ninguna de las dos estábamos dispuestas a fallar en nuestras respectivas venganzas contra los individuos que se habían atrevido a injuriarlo.

Ninguna de las dos podíamos permitir que esos sujetos se quedaran tan tranquilos tras haber desacreditado a papá y, así, decidimos repartirnos la tarea y encargarnos cada una de uno de esos insultantes personajes a nuestra manera.

Mi prima estaba intentando hacer un infierno de la vida de ese fotógrafo, aunque con algunas dificultades. Pero, como era Amanda, sin duda conseguiría jorobar a ese tipo, especialmente después de lograr hacerle firmar un acuerdo mediante el cual él se comprometía a convertirse en su fotógrafo en exclusiva.

Por mi parte, me había inclinado por quedarme con el mimado principito para mí. Dispuesta a humillarlo tanto o más de lo que sus comentarios habían hecho con mi padre, me ofrecí amablemente a ser su fotógrafa y a hacerle firmar, a través de mi agente, un contrato tan jugoso en lo económico que apenas se percató de la bomba que había escondido en la letra pequeña, que me facultaba a elegir o rechazar libremente todos y cada uno de sus proyectos laborales. Estaba totalmente decidida a escoger exclusivamente aquellos que más me convinieran para torturarlo; así pagaría por su osadía y aprendería una valiosa lección: que nadie podía meterse con Dominic Norton.

En esos momentos en los que planeaba el siguiente paso de mi venganza, me encontraba en el estudio de mi padre, situado en Manhattan, exactamente al norte de Madison Square, un distrito emergente que, tras la remodelación del parque, había pasado de estar poblado por tiendas de barrio a acoger en sus calles hoteles, restaurantes y locales de moda. A la gente que se consideraba alguien en Nueva York le encantaba pasearse por sus calles, haciendo aún más popular esa zona.

Por supuesto, mi padre aprovechó la oportunidad que se le presentó cuando trasladó su viejo estudio de Brooklyn a ese lugar, haciéndose con un local con el que no reparó en gastos para convertirlo en un referente que atrajera a los más reputados modelos y a la gente más selecta del mundo de la moda de la metrópoli.

En sus doscientos metros cuadrados de un blanco impoluto, iluminados por la generosa luz del día que entraba a raudales por los grandes ventanales que rodeaban la estancia, yo podía dejar volar mi imaginación. El estudio disponía de unos altos techos, de hasta cinco metros de altura; sus suelos eran de madera, y sus paredes, de hormigón. Se trataba de un gran espacio diáfano con el que se podía jugar y donde se extendían diferentes decorados para los modelos.

Para crear sentido de profundidad, mi padre había hecho construir un caro ciclorama. Además, tenía organizados en distintos *sets* del estudio fondos de cartulina y de vinilo, desplegados por diferentes zonas. *Flashes*, luces y trípodes de todas clases y tamaños tenían su sitio, e incluso contaba con un modificador de luz y un gran ventilador para realizar diversos efectos.

Decidido a satisfacer las necesidades de los glamurosos modelos que lo visitaban, mi padre había construido también varias dependencias más, entre ellas un vestuario con baño privado y un área aparte para el maquillaje. Por su parte, el atrezo se acomodaba en pequeños armarios disimulados hábilmente a lo largo de todo el estudio.

En cuanto a su despacho, había sido decorado demasiado lujosamente en mi opinión, ocupando metros cuadrados con un incómodo y moderno sofá donde recibir a las visitas mientras en las paredes se exhibían las típicas fotografías de personas famosas, así como marcos con sus títulos y reconocimientos. Pero mi padre siempre guardaba para sí sus mayores logros, que estaban representados por los retratos que adornaban su mesa y que mantenía para contemplar las sonrisas de su familia para su exclusivo deleite. Completaban el mobiliario de la estancia una fría mesa de cristal, un sobrio fichero y un moderno ordenador, que no iban mucho con él, además de la vieja silla en la que se acomodaba para pensar en sus nuevos proyectos, que sí era más propia de papá.

De todo ese estudio, la habitación que más me gustaba era la de revelados. Literalmente, me encerraba durante horas en el cuarto oscuro para sorprenderme con los resultados que obtenía con las antiguas cámaras analógicas de mi padre, una tecnología que obligaba al fotógrafo a pensar, a elegir los encuadres, las luces y a hacer uso de su instinto, porque, una vez regulado el obturador y realizado el disparo, el momento fotografiado quedaba plasmado para siempre, sin posibilidad de rectificarlo como ocurría con las cámaras digitales...

Resumiendo, y dejando a un lado mis ensoñaciones, allí estaba yo en ese preciso momento, en el sagrado estudio de mi padre, con la exasperante presencia de mi modelo, de quien nada podría sorprenderme, porque no me mostraba nada que no hubiera visto ya con anterioridad a través de las fotografías de Dominic.

En adelante, sólo quería verlo sufrir...

Así pues, en un decorado muy chillón y bastante hortera, plagado de almohadones rojos y alfombras del mismo color, con unas cortinas también rojas de fondo, Luca Rossi —un joven de veinticuatro años, metro ochenta y cinco de estatura, intensos ojos verdes, suaves cabellos de color castaño claro, en ocasiones casi rubios dependiendo de la iluminación, y una hermosa sonrisa; todo ello acompañado por un torneado cuerpo que podía ser la perdición de cualquier chica que no tuviera un par de dedos de frente— reposaba en un diván, arropado por las amorosas manos de las bellas modelos que posaban junto a él.

Intentando mostrarse como un verdadero pecador, a petición de la revista que nos había contratado para anunciar su nueva sección, Luca me miraba desafiante con su camisa abierta, su corbata desabrochada y las manos de sus compañeras de sesión recorriendo su anatomía.

Sin embargo, mientras procuraba mantener la imagen de un seductor ante mi cámara, algo

fallaba, ya que, cada vez que las modelos se acercaban a él, se le notaba claramente incómodo, una deliciosa reacción de la que yo era la única responsable.

—¡Principito, acércate un poco más a las chicas! —ordené, riéndome para mis adentros al apreciar la incomodidad de Luca cuando las cinco hermosas modelos que lo rodeaban se le aproximaron más, básicamente porque todas ellas, en realidad, eran hombres travestidos de un metro noventa cada uno.

—No me llamo Principito; tengo un nombre, ¿sabes? —replicó Luca, cabreado, mientras se esforzaba en esquivar una vez más las osadas manos de sus compañeras.

—No me digas —musité irónicamente, bajando mi cámara por unos instantes sólo para dirigirle una maliciosa sonrisa antes de continuar.

—No me siento demasiado cómodo con este trabajo y tú, como mi fotógrafa, deberías velar por mis intereses y mi bienestar —declaró ese estúpido, dándose aires de grandeza... pero, después de oír mis estruendosas carcajadas, creo que le quedó bastante clara mi opinión al respecto.

—¡Vamos! ¡Ahora quiero un apasionado beso ante la cámara! —exigí para joderlo, ya que realmente no necesitábamos esa imagen para cumplir con la tarea.

—¡Ni de coña! —exclamó Luca con decisión, levantándose con rapidez cuando varios de sus compañeros de sesión se lanzaron alegremente hacia él para cumplir con mis órdenes.

—Pero entonces no podremos terminar el trabajo y no podré sacar la mejor faceta de ti ni de tu hermoso rostro... —respondí con un falso tono de niña buena, mofándome de él.

—¡Exijo que las modelos sean mujeres! —vociferó mientras se acercaba a mí, creyendo que podría influir en mis decisiones intimidándome, algo que conmigo nunca funcionaría.

—No hay presupuesto para eso —mentí como una bellaca mientras me quedaba la mar de tranquila.

—Yo tengo unas amigas que lo harían gratis y...

—Tampoco hay tiempo para eso... ni ganas —lo corté a la vez que le indicaba nuevamente cuál era su lugar.

—En ese caso, podrías posar tú conmigo —me propuso sensualmente al oído, intentando seducirme con un encanto del que para mí carecía—. Tú, al menos, eres una mujer —dijo, al tiempo que escrutaba mi aspecto con una lasciva mirada que recorrió mi cuerpo de arriba abajo —, o eso creo —añadió insultantemente después de contemplar mi despreocupada vestimenta, compuesta por unos cómodos pantalones vaqueros bastante holgados, una arrugada camiseta y una gorra que ocultaba mis cortos cabellos—. ¿Lo comprobamos? —preguntó insinuantemente, el muy estúpido.

Tras oír esas palabras no pude evitar hacer uso de mi habitual tacto y delicadeza alzando una de mis rodillas para que impactara de lleno en su sobrevalorado ego, con lo que le dejé bien claro cuál era mi posición en su vida en esos instantes:

—Yo sólo soy tu fotógrafa.

A continuación, me aparte de él y pude contemplar, encantada, cómo caía rendido a mis pies, un

tanto dolorido, dicho sea de paso.

—¡Chicas, por hoy hemos terminado! ¡Muchas gracias por vuestra ayuda! —les agradecí a mis modelos mientras pasaba despreocupadamente por encima de Luca—. En cuanto a ti, ¡alégrate! Nuestro trabajo no ha hecho más que comenzar. Que no te quepa la menor duda de que no dejaré de trabajar contigo hasta que consiga sacar la parte más favorecedora de ti, tal y como tú querías —solté, volviéndome hacia él mientras lo apuntaba nuevamente con mi cámara para grabar su doliente rostro en mi memoria—. Así que espero que estés preparado para ello —terminé, ofreciéndole una maliciosa sonrisa que le indicó que eso únicamente era el principio de lo que tenía preparado para él.

\* \* \*

Desde que Dominic había desaparecido, sus niñas se habían vuelto más salvajes que nunca. Ambas se habían embarcado en un absurdo plan para vengarse de los desdichados que habían tenido la fatal ocurrencia de meterse con la persona que más adoraban y, claro, que éste se hubiera escondido en un apartado rincón donde nadie pudiese encontrarlo no contribuía demasiado a calmar el genio de esas dos chiquillas.

Como sólo les quedaba Jeff, el siempre fiel amigo y representante legal de Dominic, al que ambas veían más como a un tío quejumbroso que como al pobre abogado superado por los acontecimientos que era, no podían evitar incordiarlo con todos sus caprichos. Los de Amanda eran más o menos aceptables, ya que, aunque era una muchachita mimada, gracias a ella y a la fama que había amasado había despegado su carrera. Sin embargo, los de Evie..., los de Evie eran pura demencia. Jeff aún se preguntaba por qué narices la escuchaba, si, de las dos alocadas niñas de su amigo, ella siempre sería la más irracional.

—¡Jeff, me encantaron las modelos que me encontraste para fastidiar a ese capullo! ¡Buen trabajo! Ahora sólo falta que me consigas algunos encargos más donde pueda joderlo con ganas hasta que se arrepienta de cada una de sus palabras y no pueda olvidar mi nombre con tanta facilidad como hizo con el de mi padre cuando le convino —declaró Evie combativamente antes de darle un gran mordisco a su grasienta hamburguesa, especialidad de su restaurante favorito.

—Evie, no creo que, cuando tu padre decidió dejarte como encargada de su negocio, quisiera que lo llevaras de esta manera —opinó el agente, intentando que la joven recapitara sobre lo que estaba haciendo—. ¿Por qué no piensas acerca de cómo repercutirá en tu reputación si ese modelo se queja de tu trabajo?

—Jeff, mi trabajo como fotógrafa de personas siempre ha sido pésimo. De hecho, nunca había aceptado retratar a ningún modelo porque sabía que el resultado sería nefasto: yo me aburriría de intentar fotografiar una parte buena de ellos que jamás vería y ellos observarían un lado de su personalidad que no les agradaría en absoluto.

—¡Ahí lo tienes! ¡Tú misma admites que ese contrato que me hiciste redactar para poder

trabajar junto a ese modelo no es adecuado para ti! Por tanto, lo mejor será...

Antes de que Jeff terminara de dar su consejo, Evie sacó de su bolso una arrugada y manoseada revista para leer, indignada, las palabras con las que ese necio modelo había osado despreciar a su padre sólo para llamar la atención.

—«Luca, cuéntame, ¿qué piensas del trabajo de Dominic Norton?» —leyó Evie—. «¿Quién?» —recitó a continuación, haciéndose eco de la respuesta del modelo mientras dirigía su ofendida mirada hacia Jeff.

—Bueno, no estuvo muy acertado al no recordar el nombre de tu padre, Evie, pero hay algunas personas que son muy olvidadizas y...

—«Tu fotografía...» —continuó Evie, volviendo a leer la entrevista—. «¡Ah, ése! No me parece que sea tan buen profesional, a pesar de la opinión de muchas personas del mundo del modelaje. No ha conseguido obtener ni una sola imagen buena de mí, y eso que tengo muchas cualidades. No me gustaron ninguna de las capturas que me mostró, en donde aparecía con un aspecto muy superficial e inmaduro e, indudablemente, la que eligió para esos calendarios benéficos fue nefasta y la más patética de todas. Aunque, afortunadamente, gracias a mi encanto, tuvieron muy buena acogida... La verdad: no me gustaría volver a trabajar con él, por más dinero que me pagasen. Ya conoces el dicho: no hay malos modelos, sino pésimos fotógrafos».

Cuando Evie terminó de leer esa parte de la entrevista, no dudó en arrugar la publicación entre sus crispadas manos, furiosa, aclarando por qué estaba tan maltratada la revista, por si a Jeff le pudiera quedar alguna duda.

—Si llevas eso contigo continuamente, sólo te enfadará más —apuntó el representante, intentando hacerse oír por encima de la indignación de Evie—. Ese chico únicamente busca tener más fama para subir su caché y ha intentado hallarla de la forma más desacertada. No debes alterarte tanto; los dos sabemos lo profesional y magnífico fotógrafo que es y siempre será Dominic. Debes encontrar algún modo de relajarte.

—Sí, ya lo sé —dijo Evie, un poco más tranquila.

Jeff creía haber conseguido lo imposible y que ella dejara atrás su descabellado plan, pero ésta le demostró lo errado que estaba cuando sacó de su bolso un extraño muñequito bastante aterrador con un recorte del rostro de Luca pegado en la cara. Para su consternación, Evie comenzó a acribillararlo con saña con un alfiler, sin importarle que los demás clientes la miraran con miedo y que las camareras esquivaran su mesa.

—Evie, ¡no hagas eso! ¡Y menos aún en público! —la reprendió Jeff, alarmado, antes de que alguien llamara a los loqueros o, peor todavía, que le prohibieran la entrada en ese local, como ya le había ocurrido en algunos otros cuando Evie lo acompañaba.

—¿Qué? ¿No decías que me relajase? Esto me calma... —repuso ella y, después de clavar el alfiler una vez más en la entrepierna del muñequito, se resignó a guardarlo en el bolso. Luego cogió aire y, mirando con firmeza a su agente, le hizo saber que, por más que se esforzara en convencerla, ninguna de sus palabras la harían cambiar de opinión sobre el destino de ese sujeto.

—En esta ocasión no persigo hacer un buen trabajo con mi cámara, Jeff, tan sólo quiero hacer sufrir a ese tipo hasta que quede satisfecha. Tú simplemente búscame encargos que parezcan aceptables, que ya haré yo lo mío para que ese idiota aprenda lo que conlleva meterse con mi padre —manifestó Evie, levantándose de la mesa para, como siempre, escaparse antes de que llegara la cuenta.

—¿Y hasta cuándo durará esta venganza tuya, Evie? —preguntó el resignado representante mientras buscaba una fecha en su agenda que la contentara.

—Hasta que quede satisfecha —repitió Evie mientras se alejaba.

—¿Y cuándo será eso? ¿Evie? —insistió Jeff, pero la irracional muchacha se limitó a ignorar su pregunta, aunque respondió a su manera al volver su rostro hacia él antes de salir por la puerta, exhibiendo una maliciosa sonrisa que le hizo comenzar a temer por la integridad de ese modelo.

\* \* \*

Después de innumerables llamadas con las que mi hermano me apremiaba, a saber por qué, a apresurar mi viaje a Nueva York, al fin estaba en la ciudad.

Tras bajarme del avión, dejé de ser el responsable Angelo para convertirme en el despreocupado Luca, un papel que había interpretado en mi vida en más de una ocasión. Tal vez hacerme pasar por mi gemelo una vez más me concedería el respiro que tanto necesitaba para evadirme de mi recta vida.

Como era habitual en él, en cuanto nuestro abuelo nos cedió los viñedos, Luca se desentendió completamente de todo lo que oliera a trabajo duro. Así, mientras mi hermano se escapaba a Nueva York para perseguir su sueño de triunfar en el mundo de la moda, yo tuve que encargarme en solitario de todas las gestiones y asumir todas las responsabilidades. Por eso pensaba que no estaba de más que, para variar, fuera él quien se ocupara de mi ardua labor mientras era yo el que se dedicaba a poner morritos frente a una cámara. Definitivamente, ese intercambio de identidades al fin me favorecería y me permitiría descansar, a la vez que me proporcionaría tiempo para reflexionar y decidir cuál sería el siguiente paso que iba a dar en mi vida.

Mi persistente gemelo me había preguntado una y otra vez si estaba enamorado de Sofía y si consideraba que casarme con ella era lo mejor. Me extrañó que un hombre que nunca se preocupaba demasiado por las mujeres se preocupara por una en concreto, pero luego recordé cómo nos perseguía Luca en nuestros juegos durante la infancia y llegué a la conclusión de que, para él, Sofía seguramente sería una amiga tan buena como lo era para mí.

Y ahí residía el problema: que, para mí, Sofía siempre sería mi amiga de la infancia y, por más que intentaba verla de otra manera, ese fuego, esa chispa que Luca insistía que debía sentir por la chica a la que iba a convertir en mi esposa, no había aparecido... aunque tampoco lo había hecho por ninguna otra.

Para mí las mujeres eran un mero desahogo y no sentía por ellas más de lo necesario, ni me

alteraba más de lo imprescindible. Mi abuelo me aconsejaba continuamente que debía encontrar a una que despertara mi interés tanto como lo hacían esos viñedos, que me apasionara del mismo modo como esa tierra a la que adoraba y que, sólo cuando valorase a esa mujer tanto como a mi hacienda, podría ser feliz con los frutos que ella me diera... aunque, la verdad, en esos momentos nunca sabía si Flavio se refería a las cosechas o a los futuros hijos que podría tener, y él jamás me lo aclaraba.

Siguiendo las instrucciones que Luca me había facilitado, tras cortarme el pelo en su peluquería habitual para adoptar el mismo estilo que él tenía, me dirigí directamente hacia su apartamento, ubicado en uno de los más prestigiosos edificios del Bajo Manhattan: un condominio localizado en las modernas edificaciones del Proyecto de Greenwich Street, en West Soho, diseñado por un renombrado arquitecto.

Después de apearme de un taxi cuyo conductor obviamente me estafó, llegué a ese lujoso lugar que era el hogar de Luca en Nueva York. Mientras me adentraba en su apartamento, me preguntaba cómo podía mi hermano pagarse semejante vivienda, y si no estaría despilfarrando de nuevo un dinero que no tenía, ya que, según me había contado orgullosamente, ese sitio contaba con servicio de conserjería durante las veinticuatro horas del día, bodegas, salas de cine, gimnasio, piscina, sauna y hasta un patio con un jardín compartido con otros vecinos.

Siguiendo cuidadosamente las indicaciones de Luca, evité a los curiosos del *hall* y sus cámaras y no hice nada inadecuado que pudiera alertar a los posibles *paparazzi* que pululaban por doquier en esa gran ciudad. En cuanto entré en la que iba a ser mi nueva vivienda, le eché un rápido vistazo: el amplio salón con suelos de madera poseía escasos muebles, y todos ellos eran de un blanco aún más puro que el de las paredes, pero tenían un aspecto rígido y bastante incómodo, típicamente moderno. Lo único que me gustó fue la enorme televisión que colgaba de una pared, donde podría ver algún que otro canal de deporte, así como la espaciosa y luminosa cocina que quedaba a un lado, tan limpia y con electrodomésticos de apariencia de último modelo que estaba seguro de que mi hermano no los habría utilizado, lo que confirmé en cuanto abrí el frigorífico y lo encontré vacío.

Una de las habitaciones era un despacho, con una pequeña mesa y un ordenador, que Luca no había dudado en convertir en su vestidor personal, llenándolo de percheros metálicos con ruedas atestados de caros trajes y ropas de marca; también tenía un pequeño baño para las visitas, con una enorme roca situada junto al inodoro. Eso me permitió constatar que los gustos de mi hermano, desde que había llegado a Nueva York, cada vez eran más extraños.

La otra habitación contaba con una amplia cama, una pequeña televisión sobre un aparador y más armarios llenos de ropa, además de su propio baño privado. Encima de la cama, en la pared, colgaba una fotografía de un sonriente Luca, a la que le di la vuelta con enfado.

Después de ese pequeño *tour* por el apartamento, guardé mi maleta en uno de los abarrotados armarios y, tras deshacerme rápidamente de esas molestas ropas de marca que me había mandado Luca y que encontraba terriblemente incómodas, me di una larga ducha y me derrumbé sobre la

cama para disfrutar de un plácido sueño, creyendo que hacerme pasar por mi gemelo, en esa ocasión, no me traería ningún problema. Eso era lo que pensaba hasta que la conocí a ella...

\* \* \*

Evie estaba bastante cabreada, porque, después de su primer encuentro con su modelo, éste había desaparecido durante toda una semana... y, si no sabía dónde dar con él, no podría fastidiarlo como quería. Así que, tras meditarlo detenidamente, se decidió a sobornar al conserje del edificio donde vivía Luca para que la avisara en cuanto éste regresara a su apartamento.

Una vez depositado en las manos del portero un soborno desorbitado que impediría a Evie darse alguno de sus caprichos durante bastante tiempo, lo que pagaría Luca sin ninguna duda, había conseguido mucho más de lo que esperaba al recibir un pase para entrar en la casa de ese engreído. Aunque, claro, para eso también le había servido el vestirse como una de esas busconas que solían perseguir al modelo y soltar algún que otro falso suspiro delante del cotilla del portero mientras hablaban de él, haciendo creer al incauto que ella era una de sus antiguas aventuras.

De este modo logró entrar en el piso y hallarlo dormido tan despreocupadamente como no se merecía después de haber injuriado a su padre. Evie no pudo resistirse a sacar su cámara compacta para tener algo de carnaza que venderle a la prensa, pero el problema apareció cuando Evie miró a su futura víctima a través del objetivo y no halló ante sí a la misma persona que en su última sesión fotográfica.

Ese Luca que se encontraba delante de ella parecía un hombre serio y cansado del duro trabajo, alguien que necesitaba sonreír, en lugar del despreocupado y egocéntrico modelo que siempre ofrecía una falsa sonrisa y creía ser el mejor.

Extrañada por cómo su máquina la engañaba por primera vez en la vida, se aproximó algo a él y, enfocándolo más de cerca, volvió a disparar. Sin embargo, de nuevo, los resultados fueron diferentes de los que ella buscaba. Por ello, concentrada en encontrar al hombre que conocía, se acercó un poco más... y, mientras sacaba una nueva foto, unas rudas manos la apresaron y la atrajeron hacia la cama, atrapándola debajo de un cuerpo desnudo.

—¿Quién eres? —oyó mientras era escrutada por unos fríos ojos verdes que Evie apenas reconoció—. ¿Y qué haces aquí?

—¿Es que aparte de ser idiota también sufres pérdidas de memoria? ¡Soy Evie, tu fotógrafa, imbécil! —exclamó airadamente, intentando deshacerse de ese tipo que nunca había sido tan peligroso como en ese instante.

—¿Mi fotógrafa imbécil? Sí, puede ser... —replicó él con una audaz sonrisa, devolviéndole el insulto a una cada vez más acalorada Evie, que no dejaba de forcejear con el individuo que la retenía, consiguiendo con ello que él se acercara más a ella para mostrarle el resultado que estaba consiguiendo con sus movimientos.

—¡Aparta eso de mí! —gritó Evie cuando sintió el duro miembro de ese tipo contra su cuerpo.

—Cuando tú apartes tu cámara de mí —respondió.

—Te recuerdo que, según el contrato que has firmado, tengo todo el derecho a fotografiarte como quiera y cuando quiera.

—¡Ah! ¿Entonces has venido por trabajo? Y yo que creía que sólo buscabas placer... pero, bueno, ya que estás aquí para un nuevo proyecto, supongo que no te importará dejarme leer el contrato donde se aclara qué fotos se te permiten sacar de mí, ¿verdad? Porque, si no es por trabajo, lo siento, cielo, pero no puedes fotografiarme —dijo con tal firmeza y convicción que dejó a Evie sin palabras o excusa alguna detrás de la que escudarse por haber invadido su intimidad.

—¡Suéltame! —exigió firmemente la chica, sin ceder ni un ápice ante ese sujeto.

—No —negó él como si nada, para, a continuación, apretar un poco más la muñeca de Evie hasta lograr que soltara su cámara.

Cuando consiguió su objetivo, levantó las manos de Evie sobre su cabeza y, aprisionándolas con una de las suyas, dirigió la otra hacia su estrecho vestido y comenzó a alzarlo, acariciando lentamente sus muslos mientras le susurraba al oído:

—Veamos si escondes otra cámara por algún lado...

Los movimientos de Evie únicamente provocaron que la mano de ese hombre se volviera más audaz y se deleitara con la suavidad de su piel. Sus dedos rozaron osadamente el escueto tanga de encaje de Evie, hallando una gran satisfacción al contemplar el sonrojado rostro de la mujer que contradecía sus actos con la decena de maldiciones y amenazas que dejaba salir por su boca. Ella dejó de forcejear en cuanto notó que sus esfuerzos solamente conseguían que las caricias de esos dedos fueran más atrevidas.

—¡Así me gusta: que te estés quietecita mientras te registro! —le susurró al oído ese tipo que había cambiado tanto después de una semana.

Temerosa de lo que podía hacer ese individuo desconocido para ella, y excitada a la vez a causa de sus firmes y lentos roces, Evie cerró los ojos y se rindió ante esa mano que acariciaba cada rincón de su cuerpo: sus pechos, por encima de la ropa, prestando especial atención a sus endurecidos pezones; su cintura, por la que descendió lentamente; sus caderas y, finalmente, sus muslos, entre los que se adentró sin buscar su permiso.

Cuando sus caricias comenzaron a rozar el sexo de Evie sin clemencia a través de su húmeda ropa interior, ella se olvidó de todo lo que no fuera el placer y gimió, deleitándose en él... hasta que éstas cesaron y él la soltó.

Evie abrió los ojos, sorprendida y confusa ante la pasión que había surgido en un instante entre ellos, cuando hacía tan sólo una semana lo único que había sentido por ese hombre vacío era una gran indiferencia.

El encontrarse ante sí una burlona sonrisa que se reía de su reacción hizo que aumentara su enfado con el modelo que jugaba con ella.

—¿Es que acaso quieres más? —inquirió ese sujeto seductoramente, recorriendo su cuerpo con

una mirada llena de deseo a la vez que se mofaba de ella.

Evie, avergonzada, lo apartó con brusquedad de su camino y, antes de salir airadamente por la puerta, no pudo evitar gritarle una advertencia a ese descarado.

—¡No sabes la que te espera a partir de ahora!

—No, pero tanto mi amiguito como yo estamos deseosos de que nos lo muestres —dijo mientras permanecía tumbado con despreocupación sobre la cama, señalando su erguido miembro.

Por supuesto, la respuesta de Evie fue un contundente portazo que denotó su descontento en relación con esa posibilidad. Y mientras la airada fotógrafa maldecía de cientos de formas distintas a su modelo, a la vez que planeaba maquiavélicas maneras de vengarse de él, un tranquilo hombre que aún no sabía dónde se había metido se reía de esa precipitada huida y de esa extraña mujer.

—¿Por qué no se habrá quedado si estaba dispuesto a posar para ella mostrándole mis mejores encantos? —se preguntó socarronamente mientras contemplaba su desnudez—. En fin, cosas de los *paparazzi*, aunque no parecen tan molestos como me había advertido mi hermano.

## Capítulo 3

Nunca pensé que el trabajo de Luca fuera difícil o que tuviera que hacer un gran esfuerzo para sonreír ante la cámara. Siempre creí que su labor como modelo era muy simple y que él no se esforzaba tanto como yo lo hacía cada mañana en mis viñedos, pero pronto salí de mi error cuando, a las cuatro de la madrugada, Dack Harriman, el agente de mi hermano, me llamó para comunicarme que debía asistir a una sesión fotográfica.

Tras anotar la ubicación medio dormido, pensé que me había equivocado de lugar cuando llegué a una pista de hielo. Pero no: era allí. Todo el equipo me esperaba. Simulando ser Luca, sonreí a todos tan despreocupadamente como siempre hacía mi gemelo y ninguno de ellos se percató del engaño.

Llenando mi boca con esos estúpidos apelativos cariñosos que él solía utilizar para referirse a las mujeres, como «cielo» o «cariño», las agasajé y conquisté como él acostumbraba a hacer. Con los hombres me limité a bromear con camaradería mientras me movía por el entorno.

Con mis ropas de verano me estaba helando mientras esperaba a que alguien me indicara qué debía hacer, aunque mantuve el tipo a la vez que sonreí falsamente cuando en realidad estaba maldiciendo al estúpido que había tenido la maravillosa idea de hacer una sesión de fotos ambientada en invierno durante el verano. Esperanzado con que muy pronto se acabaría todo y dejaría atrás ese gélido clima al que no estaba habituado en cuanto me ordenaran que me pusiera alguna que otra prenda de abrigo para llevar a cabo ese encargo, dejé de preocuparme... hasta que me llevaron a los vestuarios y me entregaron la ropa que debía lucir.

—¡La madre que te parió, Luca! —murmuré, muy enfadado, poniéndome un escueto bañador que no hacía nada por aliviar mi frío y mis temblores.

Sospechando que mi hermano me había engañado una vez más, simple y llanamente para que yo realizara un trabajo del que él no quería encargarse, me resigné a esa tortura. Pero no imaginaba cuán difícil sería mi tarea hasta después de salir del vestuario y acercarme al decorado que habían acondicionado para mí.

Se suponía que debía encontrarme jugando alegremente sobre la falsa nieve que había a mis pies y luego posar tumbado encima de una delgada toalla que descansaba sobre el suelo helado. La falsa sonrisa que intentaba aparentar se heló en mis labios, nunca mejor dicho. Y mientras maldecía una y otra vez al responsable de esa situación, que sin duda era un idiota redomado, pusieron en mis manos una estúpida pelota hinchable de playa que estuve a punto de reventar

mientras intentaba disimular mi cabreo y evitar que ese genio mío, que pocas veces sacaba a relucir, saliera a flote.

Tan calmado e imperturbable como fui capaz, dadas las circunstancias, me coloqué en mi posición en el escenario. No tenía ni idea de qué era lo que el fotógrafo pretendía transmitir con ese montaje: a mi modesto entender, todo parecía estar calculado a propósito para tocarle las narices al modelo, lo cual confirmé en cuanto el pequeño y desaliñado fotógrafo que tenía ante mí, arropado con un grueso abrigo la mar de calentito, bajó su cámara y pude ver, sorprendido, el pícaro rostro de una mujer que me había perseguido en sueños. Después de contemplar la maliciosa sonrisa con la que me contemplaba, no tuve dudas de que, a partir de ese instante, también me perseguiría en mis pesadillas.

—¡Sonríe, Principito! —exclamó perversamente mientras me enfocaba con el objetivo. Tras un momento, al ver mi rostro aturdido, añadió—: Parece ser que aún no te ha quedado claro que voy a hacer de tu vida un infierno, pero, no te preocupes, no me importará recordártelo cuantas veces sea necesario.

Y en ese instante, al oír las rencorosas palabras de esa chica, me di cuenta de que mi hermano no había huido de un trabajo o de una asfixiante responsabilidad, sino de esa persona en concreto, lo que me llevó a confirmar mis sospechas de que había sido engañado de nuevo por Luca y, también, a preguntarme cómo sería de terrible esa mujer para que mi gemelo saliera corriendo. Aunque, desgraciadamente y por lo visto, esa duda quedaría más que resuelta y lo comprobaría de primera mano gracias a mi querido e irresponsable hermano.

—¿Qué te pasa, Principito? ¿Es que no estás por la labor? Tan sólo quiero una sonrisa —dijo socarronamente, haciendo que mi congelada cara empezara a crisparse ante su jocosos tono de voz y que mis manos apretaran un poco más ese estúpido balón playero mientras pensaba que era su cuello—. ¡No te inquietes: yo te levantaré el ánimo, Principito! —manifestó pérfidamente para, a continuación, ordenar que conectaran las máquinas de nieve. Después, señalándome el frío escenario, me pidió una vez más que sonriera.

»Venga, sonríe, Principito o, si no, no podré sacar lo mejor de ti —insistió, poniendo un énfasis irónico en sus últimas palabras, como si fueran un recuerdo de algo que la molestara para luego, simplemente, clavar su gélida mirada en mí y pagarla conmigo.

Ante semejante recibimiento por parte de mi fotógrafa, mi rostro, tal vez como ella deseaba desde el principio, mostró de todo menos esa sonrisa que tanto me reclamaba.

\* \* \*

Por más que apuntara con mi objetivo a ese imbécil con su estúpida y ficticia sonrisa, no veía en él a la misma persona de semanas atrás. Cuando enfocaba a ese hombre de intensos ojos verdes, de suaves cabellos castaños aclarados por el sol y con un fuerte y torneado cuerpo que sería la perdición de cualquier mujer, especialmente en ese momento en el que los músculos que

exponía ante mí parecían más formados y bronceados, mi cámara me decía que algo estaba mal, que ése no era el despreocupado individuo que hacía una burla de todo.

Sin embargo, cuando bajaba mi cámara, veía ante mí al tipo que se metió con mi padre y mi ira hacía que volviera a enfocar solo para sacar las peores fotografías posibles de ese sujeto y enseñarle al mundo cómo era él realmente y que mi padre en ningún momento había estado equivocado.

Dispuesta a dejarlo en ridículo, le pedí, esbozando una perversa sonrisa:

—Principito, ¿por qué no juegas un poco con ese balón de playa?

La respuesta a mi socarrona pregunta fue una airada mirada, más fría que la temperatura que nos rodeaba, con la que me acribilló mientras sus dientes no dejaban de castañetear.

—Si no haces lo que te digo, no podremos avanzar y tendremos que permanecer aquí durante horas hasta que saque una foto con la que quede totalmente satisfecha. Y te lo advierto desde ya: soy muy difícil de satisfacer —anuncié, a la espera de sus típicas insinuaciones.

Para mi sorpresa, tras abrir la boca para replicarme, pareció cambiar de opinión en el último segundo. Después, devolviéndome mi retadora mirada, alzó burlonamente una de sus cejas y apretó la pelota hasta hacerla estallar.

—¡Uy, qué pena! Lo siento, creo que no podrás hacerme ninguna foto jugando con ese balón hinchable —comentó, mientras sonreía satisfecho, creyéndose erróneamente vencedor de nuestro encuentro.

—Vaya, qué lástima... —repliqué falsamente mientras se me ocurría una nueva maldad para torturarlo—. Entonces lo mejor será que pruebes a jugar con un muñeco de nieve —indiqué, para a continuación ordenar a los técnicos que nos acompañaban—: ¡Máquinas de nieve a toda potencia!

El principito maldijo en italiano mientras apretaba los dientes y aguantaba delante de mí a que hiciéramos ese muñeco de nieve. Entretanto, alcé mi cámara buscando una vez más su debilidad, una muestra de lo falso que era en cada una de sus poses, de la arrogancia que había exhibido en otras ocasiones, de lo manipulador que era al tratar a la gente solo para su propio beneficio... pero de nuevo encontré ante mí a otra persona, algo que me hizo cuestionarme mi talento para mostrar la realidad de la gente a través de mis fotografías. ¿Habría comenzado a fallar? Y, de ser así, ¿por qué me ocurría únicamente con él?

Finalmente, como la profesional que era, me concentré en obtener las imágenes que necesitábamos para esa campaña. No obstante, mientras que en sesiones anteriores las órdenes que yo le daba a Luca eran comprendidas y ejecutadas con la mayor precisión, en ese momento ese exasperante tipo se comportaba como un novato frente a mi objetivo en lugar de actuar como el experimentado modelo que era. Sabiendo que el tiempo se nos acababa, di un descanso a todos, excepto a mi torturado modelo, a quien detuve justo cuando intentaba abrigarse con un cálido albornoz.

—Necesito que seas un poco más profesional y dejes de hacer el tonto. Posa tan

superficialmente como siempre haces, tomemos unas fotos mínimamente aceptables y vayámonos a casa. Todos estamos cansados —le dije, resignándome a acabar con su tortura por ese día, por el bien de todos.

—¿Y te conformas con un trabajo «mínimamente aceptable»? —inquirió ese insufrible individuo, cuestionándome. Luego, mientras me miraba con superioridad de arriba abajo, como si él fuera mejor que yo, añadió, indudablemente con la idea de fastidiarme—: ¿Es que acaso no puedes hacer nada mejor?

—Con un modelo como tú, no —contesté, bastante irritada.

—Bien, de acuerdo pues. Entonces no volvamos a trabajar juntos —sentenció, dándome la espalda para ponerse el albornoz y buscar el camino hacia los vestuarios.

—Según nuestro contrato, no puedes librarte de ser mi modelo.

—Sí, pero, si no consigues ningún trabajo para mí, sin duda ese contrato quedará cancelado —replicó, sin molestarse siquiera en volverse o en detener sus pasos.

—¡Vuelve aquí ahora mismo! —grité airadamente. Cuando vi que eso no funcionaba con él, le recordé una amenaza ante la que, en un momento u otro, todos caemos: el dinero.

—¡Si no realizas esta sesión, tendrás que devolver el dinero que recibiste por adelantado junto con una indemnización para mí, para la agencia de publicidad y para todo aquel que se haya visto afectado por tu infantil proceder!

Tras pararse en seco, se dirigió decididamente hacia mí y, con un aire serio que nunca había visto en él y que, sin duda, solamente evidenciaba lo mucho que había comenzado a odiarme, me agarró de un brazo y me susurró al oído una pregunta para la que yo todavía no tenía ninguna respuesta.

—Dime, ¿qué es lo que tengo que hacer para poder librarme de ti?

Estuve tentada de decirle la verdad, de confesarle que sólo lo dejaría ir cuando lo hubiera hundido en la miseria y dado un más que merecido escarmiento, pero finalmente me limité a provocarlo y le susurré sensualmente:

—Simplemente posa para mí.

El principito me soltó, como si mi contacto le quemara o como si mis palabras le hubieran hecho evocar algún indecente pensamiento que no debía tener. Para dejarle claro que lo nuestro era exclusivamente una relación laboral, señalé con decisión el decorado, luego lo enfoqué con mi cámara y accioné el disparador. Mientras negaba con la cabeza una vez más ante esas nefastas imágenes que había obtenido de él, no pude evitar comentar en voz alta mis pensamientos.

—No sé por qué no puedo ver en ti al despreocupado idiota de hace unas semanas... es como si, ante mi objetivo, fueras alguien totalmente distinto.

Levanté la vista del visor, donde estaba revisando mi material, cuando oí unas enérgicas carcajadas. Para mi sorpresa, vi cómo ese hombre se burlaba descaradamente de mis elucubraciones, a la vez que pasaba su brazo con camaradería por detrás del muñeco de nieve y me sonreía con presunción, mientras afirmaba:

—No sabes lo mucho que puede cambiar un hombre en unas semanas...

Podía haber rebatido sus palabras, o acabado con su sonrisa con algunas de mis enérgicas contestaciones, pero en ese momento me di cuenta de que tenía ante mí la imagen que necesitaba y mis manos no dudaron en alzar la cámara para captar esa parte de él que nunca nadie había visto y que, por unos instantes, me atrajo más de lo recomendable. Pero ese instante sólo duró lo que tardé en recordar que él era uno de los despreciables que habían hundido a mi padre y lo habían alejado de mi lado.

\* \* \*

—¡Luca, ¿por qué cojones te has acostado con tu fotógrafa?! —gritó Angelo por teléfono, suponiendo que el motivo por el que esa irritante chica lo mortificaba era un desengaño amoroso.

—Pero ¿qué dices, Angelo? ¿Estás loco? ¡Jamás se me ocurriría acercarme a esa mujer! Si lo intentase, sería capaz de arrancarme las pelotas de cuajo... De hecho, para serte sincero, ya lo probé en una ocasión para ver si lograba suavizar su mal carácter y acabé temiendo por mi descendencia al recibir una delicada caricia de su rodilla.

—Entonces, ¿me puedes explicar por qué me odia tanto? O, mejor dicho, ¿por qué te odia tanto a ti?

—Puede que esté un poco loca, o tal vez esté en uno de esos días del mes, pero de forma perpetua o...

—¡Luca! —insistió Angelo, consciente de que su hermano tan sólo estaba esquivando sus preguntas.

—Bueno, verás, esa chica es... ¡y que conste que yo solamente acepté ese trabajo por ti y por nuestro futuro y...!

—¡Luca! —exclamó de nuevo, acabando con las divagaciones de su gemelo—. ¿Quién es esa mujer?

—Evie Norton —contestó Luca con rapidez.

—¿Norton? No tendrá algo que ver con ese fotógrafo al que insultaste, ¿verdad? —planteó—. ¿Verdad? —volvió a insistir cuando la respuesta a su airada pregunta fue el silencio.

—Es su hija —confesó finalmente.

—¡Pero ¿en qué cojones estabas pensando cuando aceptaste este trabajo, Luca?! ¡¿Es que no se te pasó por la cabeza que esa joven querría vengarse de ti por lo que dijiste de su padre?!

—¡La culpa es tuya! ¡Me llamaste preocupado por el dinero y ésa era la propuesta más jugosa que tenía sobre la mesa en esos momentos!

—¡Oh, Luca! Bueno, por lo menos no volveré a verla una vez que finalice esta campaña. —Después de un nuevo silencio al otro lado de la línea, Angelo comenzó a sospechar lo peor—. Porque no la volveré a ver, ¿no es así?

—Bueno, verás... El contrato no era para un único encargo, sino una relación de exclusividad

con esa fotografía y todos los trabajos a los que ella accediera.

—¡Tú eres idiota! —gritó Angelo, desesperado, mientras mesaba frustradamente sus cabellos para luego exigirle a su hermano—: ¡Ya estás volviendo a Nueva York de inmediato para encargarte de todo esto, que es responsabilidad tuya y no mía!

Pero Angelo supo que su hermano se había acostumbrado demasiado a que él le resolviera todos sus problemas cuando la contestación que se encontró fueron unas escandalosas carcajadas mientras dejaba clara su posición.

—¡Ni de coña!

—Luca, yo no soy modelo y no tengo paciencia suficiente como para tratar con esa mujer. ¿Qué se supone que tengo que hacer con ella cuando me haga alguna de sus exasperantes jugarretas?

—Muy fácil: sedúcela, tal vez así se endulce un poco su carácter.

—¿Ésa es tu forma de solucionarlo todo?

—Puede... —declaró, haciendo que Angelo comenzara a alarmarse por lo que su hermano podría estar haciendo en sus queridos viñedos. Aunque, como no había muchas chicas a las que conquistar por allí cerca, dejó de preocuparse por ese asunto para pasar a inquietarse por lo que podía hacer él con esa muchacha que reclamaba su sangre... o, mejor dicho, la de su gemelo.

—¡Por nada del mundo voy a intentar seducir a esa chica! —replicó indignado. Aunque, por unos instantes, recordó la sugerente piel que sus manos habían acariciado y sus palabras no resultaron tan firmes como pretendía—. ¿Me oyes, Luca? ¿Luca? —inquirió, a la espera de una ayuda que, como siempre, su hermano no le facilitó, pues la única respuesta que recibió fue el silencio que le constató que Luca ya no estaba allí para escucharlo.

\* \* \*

—Deberías besar a esa fotografía tuya, Luca: ¡con vuestro último trabajo ha conseguido que tu nombre se mencione cada vez más! —comentó Dack Harriman, el agente de su hermano, haciendo que Angelo se preguntara por qué todo el mundo le aconsejaba que se enredara con esa chica y, sobre todo, por qué se resistía cada vez menos a llevar a cabo esa idea y adentrarse en la cama de Evie Norton, una mujer que lo había perseguido en sueños durante toda la semana.

»Estoy muy contento contigo, veo que finalmente has madurado —continuó diciendo el hombre de mediana edad que Angelo tenía ante sí, haciendo asomar a su rostro una cínica sonrisa—. Ya no me llamas constantemente para quejarte de tus trabajos y, aunque esa fotografía te lo haya puesto difícil, primero haciéndote posar con esos hombres travestidos con una actitud un tanto cariñosa... —recordó Dack, sin saber que esa sesión la había protagonizado el otro gemelo y que Luca no se había quejado porque sabía que se libraría de inmediato de ella; su comentario consiguió que Angelo se atragantara con la bebida— y luego con una sesión en bañador en mitad de una pista de hielo, debemos admitir que cada una de sus fotografías han sido un éxito. En especial las últimas, en las que, definitivamente, no pareces tú.

Dack comenzó a darle palmaditas en la espalda y, cuando la tos del italiano se calmó y recuperó el aliento, las primeras palabras en salir de su boca fueron:

—¿Tienes una copia de mis fotos con esos hombres?

—No, me hiciste quemarlas todas, ¿recuerdas? Sobre todo porque Evie no paraba de mandarte decenas de copias de vuestro primer encargo juntos.

—Tendré que pedírselas a ella, seguro que no se negará —musitó pensativamente mientras se acariciaba la barbilla.

—Como veo por estas fotografías, en las que sonrías amablemente, que tu relación laboral con esa mujer ha mejorado... —dijo Dack mientras le mostraba el anuncio que aparecía en una revista, en la que Evie había logrado captar una faceta juguetona suya que, con sus continuas responsabilidades, hacía mucho tiempo que había dejado atrás... no creo que te moleste el nuevo trabajo que ella ha conseguido para ti. Evie me ha asegurado que en esta ocasión la temperatura será conveniente y que tu ropa será la adecuada.

—¿De qué trata exactamente ese encargo? —preguntó Angelo, comenzando a sospechar de la amabilidad de esa chica.

—No lo sé con detalle. Me ha comentado que es una sorpresa, algo relacionado con niños, así que no puede ser tan terrible.

—¿Y se supone que tú eres mi agente? —soltó escépticamente mientras alzaba de forma reprobadora una de sus cejas mirando al hombre que se sentaba frente a él—. Ya veo lo mucho que te preocupan mis intereses, que antepones incluso al dinero... —añadió maliciosamente, hundiendo el dedo en la llaga mientras seguía con su crítico discurso—. Sin duda leíste punto por punto el contrato que firmé con Evie Norton... del cual quiero una copia, por cierto, ya que no logro recordar dónde lo he guardado.

—El contrato... sí, por supuesto, en cuanto pueda te lo haré llegar. Te puedo asegurar que lo leí a conciencia y que no hay ninguna cláusula abusiva en él.

—Entonces no te importará refrescarme la memoria citándome algunas de ellas, ¿verdad? —inquirió Angelo mientras apoyaba los codos en la mesa y unía las manos, sobre las que descansó su arrogante barbilla mientras mostraba una cínica sonrisa que denotaba que a él no se lo podía engañar con tanta facilidad como a su hermano. Pero eso era algo que el agente que tenía ante sí nunca sabría, porque nadie, excepto Flavio Rossi, jamás podía diferenciarlos cuando Luca y Angelo intercambiaban sus papeles. O eso al menos era lo que él pensaba hasta que esa mujer lo atrapó con su cámara y descubrió con una simple fotografía quién era él—. No te preocupes, solamente te estaba tomando el pelo. Claro que aceptaré ese encargo —anunció al fin, aparentando ser su despreocupado gemelo y calmando los nerviosos titubeos de su representante.

—Entonces te daré la dirección, así como la fecha y la hora. Será dentro de unos días, por lo que te dará tiempo a tomarte un pequeño descanso como siempre me pides entre tus sesiones fotográficas —dijo Dack y, tras garabatear los datos en un papel, dejó la información sobre la mesa y se apresuró a utilizar la excusa de pagar la cuenta para huir de Angelo.

—Allí estaré —anunció éste, entre extrañado y preocupado por la nueva jugada que le tendría preparada esa mujer. No obstante, no pudo evitar querer ver de nuevo a la única persona, aparte de su abuelo, que había sido capaz de distinguirlos a él y a su hermano, aunque ésta aún no lo supiera y sólo fuera capaz de hacerlo a través de su cámara cada vez que lo enfocaba.

\* \* \*

Unas semanas después, al fin salieron las fotografías de su primer trabajo en esa nueva revista y, a pesar de que Evie debería sentirse feliz por su triunfo, no podía evitar enfurecerse al saber que sus intentos por jorobar a ese hombre solamente habían conseguido aumentar su fama en la ciudad.

—¡Serás cabrón! —maldijo una vez más mientras pinchaba de nuevo la entrepierna de su muñequito con aspecto de Luca, algo muy inapropiado al hallarse en un lugar poco adecuado para sus violentos actos, ya que el siguiente encargo del que se tenía que ocupar era un partido infantil del hijo de uno de los adinerados clientes de su padre.

Tras percatarse de varias miradas censuradoras provenientes de más de un progenitor hacia ella, seguidas de algún que otro cuchicheo, Evie suspiró, resignada, mientras guardaba a regañadientes ese estúpido muñeco en su bolso, el único desahogo que tenía cuando nada de lo que planeaba salía como ella deseaba.

Se suponía que los trabajos que obligaría a Luca a desempeñar debían dar resultados tan malos que provocaran que su popularidad cayera en picado. Sin embargo, parecía que cada vez que ella lo enfocaba con su objetivo solamente conseguía aumentar un poco más su caché: primero logró subir su reputación al convertirlo inadvertidamente en objeto de adoración del colectivo gay además de por las mujeres heterosexuales, y acababa de provocar que esa revista lo quisiera en exclusiva cuando sólo había hecho unas cuantas fotografías para ella anunciando «un refrescante verano», una broma con la que tan sólo pretendía que se le congelaran las pelotas.

—¡Mierda, mierda, mierda! —murmuró mientras reflexionaba. Y, resistiéndose a sacar ese muñeco para hacerle a él lo que aún no podía hacerle a su modelo, siguió sacando fotografías de ese aburrido partido que algún padre ricachón querría recordar más tarde.

—Pero ¿por qué narices no te veo cuando apunto hacia ti? —se preguntó una vez más Evie cuando, harta de capturar instantáneas de los niños pateando un balón, se puso a revisar las imágenes que tenía grabadas en la memoria de su cámara, en las que ese hombre no parecía el mismo que aquel contra el que inició su venganza.

Intentando captar la parte más turbia y desagradable de ese modelo, lo había seguido persistentemente, sacándole decenas de fotografías cuando él no se percataba de su presencia. Evie había esperado que su cámara revelara esa parte amarga que siempre hallaba en todas las personas, pero en esa ocasión su objetivo la había traicionado y le mostraba, una y otra vez, a un tipo digno de admiración.

—El principito ayudando a la becaria; el principito llevando la pesada comida de la anciana del cáterin; el principito desmontando parte de los decorados, a pesar de que ése no era su trabajo; el principito invitando a bebida a todo el equipo y, finalmente, el principito mirándome a mí... —susurró Evie sin poder dejar de observar una absorbente imagen en la que unos intensos ojos verdes la reclamaban con un ardor que nunca habían tenido los de otros hombres.

»¿Qué tengo que hacer para volver a verte como al principio? —se preguntó, sintiéndose tremendamente confusa—. ¿Qué hago para que tu imagen no me tiente a dejar de lado mi venganza y excusar ese comportamiento que jamás tendrá perdón?

Y, como si el sentir piedad por un hombre como él fuera algo que no le estuviera permitido a su tierno corazón, éste volvió a endurecerse cuando recibió una llamada de teléfono que le dejó claro que ese tipo no había cambiado en absoluto.

—Hola, cielo, soy yo. Como sé que me estarás echando mucho de menos, he decidido apiadarme de ti y hacerte una llamada para honrarte con mi presencia, aunque sólo sea a través del teléfono. Quiero agradecerte la maravillosa labor que estás haciendo conmigo, consiguiendo aumentar mi fama, mi reputación y mi caché, aunque con un modelo como yo eso era algo más que previsible, por supuesto. También he decidido aconsejarte sobre los trabajos que debes seleccionar en adelante para sacar la mejor parte de mí: quizá realizar una sesión en medio de un ambiente cálido y confortable, o tal vez posar con un caro traje de diseño exclusivo... Eso sería más adecuado para mostrar mi nueva faceta, ¿no crees? ¿Tú qué opinas, querida? —dijo con recochineo el presumido modelo, recibiendo de ella la respuesta que sin duda se merecía su discurso.

—¡Muérete! —gritó antes de colgar. Luego, furiosa con todo lo relacionado con ese engreído, no dudó en borrar la memoria de su cámara para olvidarse de esos penetrantes ojos que parecían verla sólo a ella y que, sin duda, eran toda una mentira—. Pero ¿qué mierdas me pasa? —murmuró confusa, sin saber por qué lamentaba la pérdida de esa fotografía en concreto.

Y mientras sus pensamientos estaban sumidos en ese sujeto que siempre la irritaba, el rico cliente que la había contratado para ese aburrido evento apareció ante ella exigiendo ver su trabajo.

—¡Joder! —masculló Evie al darse cuenta de que sus divagaciones estaban tan perdidas en ese individuo que no sólo había eliminado su imagen de su cámara, sino también el trabajo de toda una mañana.

—¿Qué tal? ¿Cómo ha estado mi hijo? Igual de lamentable que siempre, ¿no es así? Es que no tiene remedio y no sé para qué quiere que vaya a sus partidos, si verlo solamente es perder el tiempo y sentirme avergonzado —manifestó fríamente el trajeado hombre de negocios que se sentaba junto a ella.

Al escuchar esas despectivas palabras dirigidas a un niño de apenas diez años, y por parte de su propio padre, nada menos, Evie no pudo hacer otra cosa que apuntar a ese tipo con el objetivo de su cámara y plasmar su desagradable gesto en la memoria como único recuerdo de ese evento.

Luego, antes de que siguiera hablando, se dispuso a colocar su pequeña cámara en las manos de su cliente y, sin excusarse por el trabajo que no había realizado ni pedir disculpa alguna por ello, le dejó muy claro lo único que su objetivo había captado.

—El número siete, que según usted me dijo es su pequeño, ha estado estupendo en esta ocasión... pero, por desgracia, no tengo ninguna foto de ello. No obstante, creo que ésta es la única imagen que usted merece de este día —anunció Evie con una falsa amabilidad tras entregarle la cámara fotográfica que mostraba en su visor su imagen, en la que exhibía un desagradable gesto dedicado a su propio hijo—. No se moleste en devolvérmela, creo que está rota, aunque con usted sin duda ha acertado... —añadió antes de marcharse en busca de otra cámara que le revelara la verdad de ese modelo que tanto se le resistía... aunque Evie estaba empezando a sospechar que la que estaba estropeada era ella, por intentar excusar a un hombre que no tenía perdón sólo porque una simple imagen la confundía.

## Capítulo 4

No tenía ninguna duda de que mi hermano había hablado con Evie. Primero, porque Luca me había llamado bien temprano para jactarse de que «todo estaba solucionado», algo que, conociéndolo, sería del todo incierto, y, segundo, porque ella me estaba acribillando con la mirada en esos instantes mientras me recibía con una maliciosa sonrisa que me anunciaba que aún no sabía lo que me esperaba.

Nuestro escenario ese día era un parque de atracciones. Pensé que en esa ocasión tal vez tendría que posar haciéndome pasar por un cliente junto a alguna de las atracciones, mostrando un semblante encantado y divertido, pero no podía estar más equivocado.

Mi perversa fotógrafa, ante mis numerosas preguntas sobre el trabajo, simplemente pasó de mí a la vez que me ordenó, con voz irónica:

—Acompáñame, Principito.

Mientras la seguía inocentemente por los pasillos de uno de los edificios destinados exclusivamente al personal del parque, ella comenzó a regodearse con la tortura que representaría para mí ese nuevo encargo.

—Como sé que te sentiste un poco incómodo en tu sesión anterior, he decidido tener en cuenta todas y cada una de tus peticiones. En este caso estarás muy calentito y, tal y como me pediste, vestirás un traje muy elegante —anunció con sorna, abriéndome a continuación la puerta del vestuario.

Esperaba encontrar ante mí unas ridículas mallas que me picarían como mil demonios, junto con algún ñoño traje de príncipe o algo así... pero, por lo visto, Luca había jorobado de modo importante a la persona más irracional que conocía y, encima, por si no tenía bastante, me la echaba a mí.

Ante la vista de una enorme cabeza de oso, con la que no sabía cómo podría respirar, y de un caluroso traje con el que sin duda me cocería vivo, no pude evitar mirarla bastante cabreado. Tras soltar un leve suspiro de resignación, observé la cabeza de ese sonriente oso que tenía entre las manos y alcé irónicamente una de mis cejas para pasar a reprender el infantil comportamiento de esa mujer, como siempre hacía con mi hermano. Pero, al igual que pasaba con Luca, mi fotógrafa también me ignoró.

—Pasamos de un extremo al otro, ¿no? —la increpé, hastiado—. Pero qué poca imaginación tienes, Ev.

—Evie. Me llamo Evie Norton. No *cariño*, ni *cielo*, ni mucho menos Ev... —contestó con

enfado. Pero, al igual que ella hacía con mis palabras, decidí obviar las tuyas para fastidiarla.

—Yo también tengo un nombre que tú no utilizas y, si tú no me llamas por él, no veo por qué debería yo usar el tuyo, *cielo*... —repliqué, poniendo más énfasis en el apelativo cariñoso que ella parecía detestar—. Además, creo que hoy sería del todo erróneo que me llamaras Principito —añadí, señalándole mi disfraz.

—¿De qué te quejas? Vas de traje como me pediste, y no pasarás frío —repuso perversamente la arpía, señalándome el *elegante* traje que vestía ese maldito cuadrúpedo—. Te dejaré solo para que te prepares —concluyó burlonamente, regocijándose a causa del arduo trabajo que me esperaba debajo de ese caluroso disfraz.

En ese instante, dispuesto a acabar con todos los errores que había cometido mi gemelo, decidí pedirle esas disculpas que me evitarían una nueva tortura por parte de esa mujer. Así pues, resignado a solicitar ese fingido perdón que realmente debería salir de los labios de otra persona, retuve del brazo a Evie y le dirigí el ensayado discurso que siempre utilizaba para excusarme en nombre de Luca.

—Oye, siento mucho lo que hice. No sé en qué estaba pensando en esos momentos, pero créeme cuando te digo que estoy tremendamente arrepentido de todo lo que dije sobre tu padre en esa entrevista —recité maquinalmente, sin poder mirarla a los ojos para no revelar mi mentira. Pero, como siempre, Evie vio en mí con su infalible cámara lo que otros nunca llegaban a captar.

—No, no lo estás —me rebatió, mirándome a través del objetivo para, a continuación, tomar una fotografía de mi asombrado rostro al ver que la petición de disculpas con la que habitualmente conseguía excusar a Luca, en esa ocasión, no surtía efecto alguno—. Pero no te preocupes: yo conseguiré que lo estés, Luca, de eso que no te quepa la menor duda.

—Angelo. Llámame Angelo. Es mi segundo nombre —solté sin pensar, pues no quería que de los labios de esa chica saliera otro nombre que no fuera el mío, aunque delante de ella me hiciera pasar por mi irresponsable hermano.

—Angelo... —pronunció Evie sensualmente, acariciando cada sílaba de mi nombre mientras me hacía desear escucharlo una y mil veces salir de su boca—. No sé por qué, pero te pega más ese nombre —opinó, mientras recorría mi cuerpo con una de sus profundas y desvergonzadas miradas, provocando que me olvidara de todo lo que no fuera ella... hasta que su dulce boquita volvió a amenazarme, recordándome la situación en la que me encontraba—. Entonces, Angelo, ten presente una cosa: conmigo vas a arrepentirte de cada una de las insultantes palabras que dijiste de mi padre. No tendré piedad alguna contigo hasta que no vea un verdadero arrepentimiento en ese falso rostro que muestras a todos. Y aunque mis ojos, como los de todos, a veces puedan ser engañados, ésta siempre me desvela la verdad —afirmó levantando su cámara, enseñándome la fotografía que me acababa de hacer, en la que se veía con toda claridad lo ficticio que era mi arrepentimiento.

—Pero... pero... te he perdido perdón —me excusé mientras ella se libraba de mí dirigiéndose hacia la salida.

—¿Y? ¿Acaso crees que una simple disculpa lo soluciona todo? Y más aún una tan fingida como ésa... ¡Madura de una vez, Principito, y aprende a hacerte responsable de las consecuencias de tus actos! Tú fastidias a mi padre... —dijo Evie, con una hipócrita sonrisa, para luego continuar con gesto enfadado—... ¡y yo te jodo la vida como no ha hecho ningún otro!

—Pero... —intenté replicar, tratando de inventarme alguna excusa para evitar mi injusto castigo. Sin embargo, como no podía revelarle la verdad, todo lo que salía de mis labios parecía más falso aún.

Finalmente ella se alejó de mí, dejándome a solas con mis problemas, ya que nunca podría llegar a mostrar el auténtico arrepentimiento que Evie quería ver en mi rostro, simplemente porque yo no había hecho nada por lo que tuviera que lamentarme. Ahora bien, Luca..., ése era otro cantar...

\* \* \*

—¡Angelo! ¡Angelo! —gritaba dichosa Sofía mientras corría hacia los brazos del hombre que, después de tantos años de ignorar su amor, por fin le contestaba con la ardorosa respuesta que ella siempre había deseado.

Cuando él se volvió hacia ella con una sonrisa y abrió los brazos para recibirla alegremente, la chica no dudó en acelerar el paso por las cálidas tierras del viñedo y, en cuanto ese hombre la abrazó como si para él fuera lo más preciado del mundo, Sofía lo besó con anhelo, sorprendiéndose ante la excitante respuesta que éste le demostraba desde que habían anunciado su compromiso.

Cuando el leve roce de unos labios se volvió más ardiente y la lengua de Angelo se adentró en su boca exigiendo una respuesta, Sofía lo apartó, temiendo olvidar dónde estaban.

—¡Para, Angelo! ¡Éste no es el momento ni el lugar! —exclamó entre risas. Y, por unos instantes, le pareció ver cómo la cara de él se tensaba. Pero la alegría de volver a verlo y el deseo de estar a su lado le hicieron olvidar cualquier atisbo de duda que pudiera haber tenido sobre él.

Angelo la levantó del suelo entre sus brazos y, como si fueran niños, le hizo dar vueltas, mostrándole que, al contrario de lo que siempre había creído, él siempre había estado pendiente de ella incluso para recordar esos infantiles juegos que tanto le gustaban años atrás.

—¡Para, para, Angelo! —le pidió Sofía entre carcajadas.

—Sólo lo haré cuando me digas cuándo será el momento adecuado para algo más que unos besos.

—Esta noche... —susurró, haciendo que sus mejillas se sonrojaran al mostrar lo difícil que se le hacía resistirse a los encantos de ese hombre.

—¿Sellamos esa promesa con un beso? —preguntó él justo antes de devorar su boca con un nuevo beso que no tardó en hacerla arder, y más aún cuando Angelo dejó de darle vueltas y la deslizó lentamente hacia abajo, haciendo que sus cuerpos se rozaran excitantemente.

Sólo los sonoros carraspeos de un anciano provocaron que Sofia volviera a la realidad y, tras ver al regio señor Rossi no muy lejos de ellos, ella se deshizo, un tanto azorada, de esos cálidos brazos que la acogían, consciente de que Angelo y su abuelo tendrían que hablar sobre los proyectos de remodelación de los viñedos. Luego, tras despedirse tímidamente de ambos, corrió con alegría por los campos que siempre había amado hacia la casa, sin poder evitar lanzarle un beso al hombre que al fin le había mostrado su amor y no esa fría indiferencia con la que trataba todo lo que no fuera esa tierra.

Flavio Rossi miró reprobadoramente a su nieto y censuró el juego que se traían de nuevo esos hermanos y, cuando Luca se despidió de Sofia y pasó junto a él en dirección a la vivienda, no dudó en retener a su descendiente para advertirlo de que esas actividades, que cuando eran niños podían parecer tan inocentes, de mayores resultaban demasiado peligrosas como para seguir llevándolas a cabo.

—¿Cuándo piensas decirle la verdad, Luca? ¿Cuando ya sea excesivamente tarde? —le recriminó el anciano, sin dejarse engañar en absoluto por el nuevo cambio que esos pillos habían hecho ante todos, tomándolos por tontos.

—Angelo necesitaba un descanso de sus responsabilidades. Los viñedos no le dejan ver más allá de estas tierras, mientras que yo quería huir de algo de la ciudad o, mejor dicho, de alguien bastante molesto.

—Luca, ¿se puede saber en qué lío has metido ahora a tu hermano?

—En uno muy bueno o muy malo, todo dependerá de los gustos de Angelo —respondió despreocupadamente. Y, como siempre había visto hacer a su gemelo y a su abuelo, hundió ambas manos en la tierra, recogió un puñado y, mientras la dejaba escapar entre sus dedos, comentó, pensativo—: Abuelo, ¿no crees que Angelo debería sentir la misma pasión por una mujer que por esta tierra, que debería amar algo que no fueran estos viñedos y que, para seguir adelante sin arrepentirse de nada, no debería conformarse con lo que tiene más a mano, sino con algo que haga que su corazón se agite?

—Tan apasionado por todo, excepto por esta tierra... —murmuró Flavio al ver a Luca limpiando sus manos en los viejos pantalones de su hermano con un gesto de desagrado.

—Lo contrario que Angelo, ¿verdad? —replicó Luca con una sonrisa irónica, esperando más reproches de su abuelo en relación con su conducta. Precisamente por eso, se sorprendió cuando éstos no salieron de su boca.

—Nunca dije que fuera malo amar algo con pasión. Lo único que me hubiera gustado es que hubieses dedicado algo de esa pasión a esta tierra, que es tuya... pero ya veo que toda ella está dirigida hacia una persona en concreto... —dijo, señalando lo que sus ancianos y sabios ojos habían visto antes que nadie.

—Nunca he envidiado a mi hermano más que ahora, abuelo. Y lo peor de todo es que él no la ama y ella sólo sabe decir su nombre.

—¡Ay, Luca! ¿Qué voy a hacer contigo? —se cuestionó el anciano mientras negaba con la

cabeza ante las irreflexivas acciones de su nieto.

—Por favor, ni se te ocurra sacar la vara —bromeó, provocando que una sonrisa emergiera en el viejo y cansado rostro de su abuelo—. ¿Me vas a delatar? —preguntó Luca seriamente, enfrentándose a una cuestión que hasta entonces había querido evitar.

—No, no lo haré porque creo que esto es algo que debéis resolver entre vosotros. Aunque tendrás que buscar el momento adecuado para decirle la verdad a esa chica. Sofia no se merece este engaño.

—Lo sé, abuelo —contestó Luca, pasando nerviosamente una de sus manos por sus cabellos para luego, como era habitual en él, bromear con sus preocupaciones—. ¿Qué te parece si en nuestra luna de miel le digo: «¡Alégrate, muñeca! ¡Te has casado con el maravilloso Luca en vez de con el aburrido Angelo!»?

—Creo que no serías el primer hombre al que mandan a dormir al sofá, aunque tal vez sí el primero que lo consiga en su noche de bodas —se rio Flavio ante las sandeces de su nieto, sabiendo que detrás de ellas Luca trataba de disimular un gran dolor, e incluso desesperación, ante la posibilidad de perder lo que tanto amaba—. Cambiando de tema, dime: ¿cómo es ese «gran problema» con el que está viéndose las Angelo? —inquirió, dándole pie a que dejara atrás sus preocupaciones y pasase a relatarle en qué consistía el lío en el que había metido a su gemelo.

—Unos veintiún años, bonitos ojos azules, cabellos negros rizados que acompañan una cara de ángel y la personalidad de un demonio. En definitiva, tratar con ella es un auténtico infierno.

—¿Y crees que eso es lo que necesita tu hermano? —planteó el anciano, intranquilo ante la descripción del carácter de esa mujer.

—Creo que Angelo necesita que lo desestabilicen un poco, que lo hagan saltar de su siempre inalterable posición de superioridad, que le remuevan todos sus principios... y si algo te puedo asegurar de Evie Norton es que logrará que él pierda su legendaria paciencia. Y la verdad, abuelo, te confieso que me muero de ganas de ver qué pasará cuando eso ocurra.

## Capítulo 5

Gracias a una de las trastadas que ese maldito y arrogante fotógrafo le había hecho a mi prima Amanda, se me ocurrió la idea de ese inusual trabajo para mi modelo, un encargo perfecto para volver a importunarlo. Me había pasado horas dándole órdenes a Angelo bajo el tórrido sol de la tarde tan sólo para ver cómo sudaba como un cerdo con ese caluroso traje.

A pesar de que semanas antes no habría parado de quejarse de todo, dándome una satisfacción extra al negarle cada una de sus razonables peticiones sólo porque me daba la gana, en esa ocasión ni una sola protesta había salido de sus labios y había cumplido diligentemente con cada una de mis indicaciones, por más molestas o descabelladas que éstas fueran.

La verdad era que con las primeras fotografías de la mañana habría concluido el trabajo, ya que Angelo no podía mostrar demasiado encanto con ese disfraz de oso y sus poses se limitaban a obsequiar a algún niño con un globo o a posar junto a ellos en una instantánea que alguno de los asistentes al parque pidió como recuerdo antes de marcharse, pero me apetecía hacerlo sufrir un poco.

Por lo menos esa vez mi cámara no me estaba jugando malas pasadas y, cuando lo apuntaba con mi objetivo, tan sólo veía un gran oso de peluche con un ridículo esmoquin... aunque comencé a dudar de ella otra vez cuando me mostró cómo alzaba sobre sus hombros a un niño triste y lloroso para que dejara de gimotear y recuperara el globo que se le había quedado enganchado en un árbol.

Con una alegre sonrisa, el niño fue depositado en el suelo y yo no pude dejar de capturar ese hermoso instante que tenía ante mí y que veía nuevamente detrás de mi cámara gracias a Angelo.

Dispuesta a sacar de su error a mi máquina y a demostrarme a mí misma que no solamente ese fastidioso modelo del que parecía encaprichada podía mostrarme bellas escenas, seguí observando a través de mi objetivo a ese crío, a la espera del tierno momento en el que volviera a estar en brazos de sus padres. Sin embargo, de regreso se topó con uno de los personajes del parque de atracciones, una engalanada princesa que, por lo visto, estaba en su momento de descanso y no tuvo paciencia alguna con el niño ni con el globo, que golpeó sin querer su cara cuando el pequeño se cruzó en su camino. En ese instante, sin piedad ni consideración alguna por ese chiquillo, la princesa sacó una horquilla del moño de su pelo y explotó el globo con una perversa sonrisa que no tardó en ocultar.

Como todos los hipócritas que solía captar con mi cámara, cuando los padres del niño acudieron junto a él, la desalmada princesa simuló que no había sido ella la responsable de ese

desconsolado llanto para luego alejarse de esa familia sin olvidarse de mantener oculta la complacida sonrisa que lucía en sus labios. Resuelta a que esa injusticia no se quedara así, me dirigí hacia esa arpía con paso decidido y, deteniendo su avance, la increpé mientras la enfocaba con mi objetivo.

—¿No te da vergüenza lo que le has hecho a ese crío?! —grité, indignada.

—No —respondió con descaro, quedándose tan pancha mientras intentaba pasar de largo, así que me interpuse una vez más en su camino.

—¿No me digas que tú también quieres hacerte una foto conmigo! —exclamó con sorna mientras señalaba mi máquina—. ¿Es que acaso tu osito de peluche no te satisface lo suficiente? Aunque, claro, con algo tan poco apetecible como tú, sin duda no podrá dar lo mejor de sí. No eres nada dulce y, además, resultas tan poco femenina... —añadió, reprobando mi atuendo, consistente en unos raídos vaqueros y una ancha y arrugada camiseta.

—Lo único que quiero es que te disculpes con ese pequeño.

—Espera sentada, porque de pie seguro que te cansas.

—¿Y no te importa a quién pueda enseñar estas imágenes? —insistí, dispuesta a salirme con la mía.

—Adelante, yo soy una trabajadora habitual; tú, alguien contratada en el último momento. Enseña lo que te dé la gana a quien te apetezca, que yo rebatiré con mi dulzura y mis encantos cada una de tus acusaciones, y créeme cuando te digo que me harán caso a mí antes que a ti —se vanaglorió la muy zorra mientras se cruzaba de brazos y me miraba con superioridad.

Tomando aire, cerré los ojos a la vez que procuraba calmar mi genio, que me exigía que pateara el trasero de esa princesa. Pero, cuando los abrí de nuevo, vi una satisfecha sonrisa ante mí que sólo quería intentar joderme un poco más y que, definitivamente, con sus siguientes frases, acabaron con mi paciencia.

—Cuando el osito se canse de ti, mándamelo. Si es lo suficientemente atractivo, tal vez le deje sentir lo que es una mujer de verdad.

Esas palabras que me menospreciaban como mujer me fastidieron, pero, no sé por qué, lo que más me enfureció fue pensar que esa tipeja pudiera poner sus pérfidas garras sobre mi modelo, así que, sin pensarlo, apreté el puño y golpeé a esa arpía en mitad de la cara. Por supuesto, el escándalo no tardó en rodearnos y todas las acusadoras miradas de padres e hijos se clavaron en mí, ya que la bruja de la princesa lloraba con bastante convicción, sin levantarse del suelo.

Sin saber qué hacer y temiéndome un linchamiento, puse pies en polvorosa y salí corriendo. Y, mientras los guardias de seguridad me perseguían, mis pasos me llevaron hacia ese hombre en el que mi cámara confiaba, aunque yo no lo hiciera.

\* \* \*

Después de ver cómo esa malnacida disfrazada de princesa hacía llorar a un pobre niño, me

dirigí a un puesto para pedir un globo nuevo para él. Como no tenía dinero para pagarlo y utilizar mis encantos con ese disfraz resultaba bastante difícil, las negociaciones para hacerme con un simple globo iban más lentas de lo que yo pensaba.

Mientras intentaba llegar a un acuerdo con la joven del puesto se anunció por megafonía que todo el parque había comenzado a buscar a una desquiciada que había agredido a una princesa. Nada más oír esa noticia, acudió a mi mente el furioso rostro de Evie antes de que yo me alejara en busca de un nuevo juguete para el desconsolado crío. Pero, por muy irracional que fuera esa chica, no podía estar tan chiflada como para agredir a un trabajador del parque y arriesgarse con ello a perder su trabajo, ¿no?

Cuando finalmente conseguí el maldito globo, lo sostuve con fuerza para no perderlo e, inconscientemente, apreté mi agarre al oír la descripción de las características de la atacante.

—La agresora ronda los veinte o veintiún años, es morena, de pelo rizado, ojos azules, metro setenta...

Un momento después vi, a través de las pequeñas rendijas que me permitía ese traje, a Evie corriendo hacia mí. Desconcertado, detuve su loca carrera y le exigí una explicación.

—Dime que no has golpeado a Blancanieves...

—No —contestó ella, casi sin aliento por la carrera, dejándome más tranquilo con su respuesta... hasta que recuperó el resuello y completó su contestación—, era Cenicienta.

—¡No me jodas, Evie! —solté, furioso, sin terminar de creerme el lío en el que me encontraba por su culpa—. Y, ahora, ¿qué hacemos? —pregunté, preocupado por el trabajo perdido hasta que Evie me señaló la multitud que la perseguía, dispuesta a lincharla a ella y a todo aquel que la ayudara.

—¡Corre! —exclamó, alarmada, y, sin saber por qué me preocupaba más de lo necesario por esa joven, especialmente después de que se hubiera declarado mi enemiga, en un acto irreflexivo y poco práctico me la cargué al hombro y salí pitando como un poseso por todo el parque, con un globo en una mano, una mujer a cuestas y disfrazado de oso barrigón con esmoquin. Evie no sabía mostrar agradecimiento ni siquiera cuando le echaban una mano, pensé cuando comenzó a darme algún que otro golpecito para indicarme que acelerara mi carrera.

—¡Mamá, tenías razón! ¡No debo soltar tu mano por si algún desconocido intenta secuestrarme! —dijo un niño, señalándome cuando pasé por su lado con mi carga. Y mientras yo reflexionaba acerca de qué demonios estaba haciendo en ese instante, en el que me veía tachado de tarado o pervertido sin tener ninguna culpa, la chillona voz de la responsable de todo eso gritó junto a mi oído mientras daba pataditas a mi disfraz:

—¡Corre más rápido!

Dispuesto a hacerla callar, me deshice rápidamente del globo, dándoselo al primer crío que encontré, para luego darle un tortazo en el trasero a esa exasperante mujer que era la única capaz de hacerme cometer ese tipo de locuras.

—¡Au! ¡Pervertido! —se quejó Evie ante mi brusco trato, pero luego me miró fijamente y no

pudo evitar echarse a reír ante lo ridículo de nuestra situación.

—Te recuerdo que eres tú la que me ha hecho ponerme este disfraz y la causante de que nos estén persiguiendo.

—¡Déjalo! No puedo pelearme con un oso tan tierno como tú... —bromeó entre carcajadas mientras se agarraba más a mí y yo corría hacia la salida, seguido por una multitud que quería al diablillo que llevaba sobre mi hombro. Qué pena para ellos que fuera mía y que, por el momento, no tuviera intención de dejársela a nadie...

\* \* \*

Después de ser rechazado contundentemente por la chica a la que había salvado, pues Evie había acompañado su negativa con unas escandalosas risotadas, Angelo se sintió ofendido tras haberse ofrecido caballerosamente a acompañarla a casa.

Una vez que los dos lograron escapar del parque de atracciones, resultó que Angelo tan sólo había conseguido como ganancia de ese día lo que valía un trayecto de taxi en Nueva York y, aunque algunos podían llegar a ser muy caros, ninguno valdría tanto como el sacrificado trabajo que había realizado.

Recordando los consejos de Luca para evitar manchar su reputación, no se había desprendido de la cabeza de su disfraz en ningún momento para que los curiosos que pululaban por la ciudad no pudieran fotografiarlo con su vergonzosa vestimenta, evitando así que su rostro apareciera a la mañana siguiente en todas las portadas de las revistas de cotilleo del país.

Sin embargo, ese proceder sólo provocó que numerosos ojos no dejaran de perseguirlo, y más aún cuando se apeó del taxi que lo resguardaba de todo para adentrarse en su edificio. Mientras maldecía una y otra vez el nombre de su insensato hermano, que huía una vez más de las consecuencias de sus actos endosándoselas a él, pensó que ya era hora de que éste recibiera una merecida lección.

Molesto al recordar cómo su gemelo se había negado a realizar su trabajo, Angelo decidió que, si Luca no tenía ganas de volver a su hogar, sin duda tendría que proporcionarle una razón para ello.

Y así, sonriendo con malicia, se dispuso a dejar de ser por unos instantes el protector y siempre responsable Angelo para pasar a convertirse en su atolondrado hermano. «Después de todo, tengo que representar bien mi papel, ¿no?», se dijo irónicamente mientras sus pasos lo llevaban hacia el mostrador del lujoso e impersonal *hall* del edificio de su apartamento que, a pesar de que Luca lo valoraba muchísimo, tan sólo estaba lleno de cotillas.

\* \* \*

Connor, el anciano conserje que llevaba años trabajando en ese condominio que albergaba a

todo tipo de celebridades en Nueva York, había visto ya todas las excentricidades posibles por parte de los inquilinos de esas caras viviendas... o al menos eso creía hasta que un enorme oso de peluche de aspecto tierno y bondadoso se dirigió hacia él. Eso sí, iba ataviado con un elegante esmoquin, tal vez para no desentonar con el ambiente.

—¿Podría darme las llaves del apartamento sesenta y tres? He perdido mi copia en mi último trabajo.

Dudando del tipo de profesión que podía realizar ese hombre con ese disfraz, los ojos de Connor se abrieron con asombro mientras intentaba calcular cuánto podría ganar con ese jugoso chisme.

—Lo siento, señor, pero, si no tiene una identificación consigo o se desprende de parte de su disfraz para que pueda comprobar que usted es un inquilino de esta propiedad, no puedo entregarle esa llave que me solicita.

—Está bien —dijo resignadamente el oso mientras se quitaba la cabeza—. Y ahora, por favor, ¿podría darme las llaves de mi apartamento? —repitió el individuo, que Connor sabía que se trataba de uno de los modelos de los que más se hablaba últimamente en la ciudad y cuyos gustos, por lo visto, eran cada vez más insólitos, algo que desconocía la prensa. «Hasta ahora», opinó mientras veía cómo más de un teléfono móvil se dirigía hacia el modelo para inmortalizar el momento.

—Aquí tiene, señor Rossi. Y dígame algo, por curiosidad, ¿qué tipo de trabajo ha realizado hoy? —preguntó el conserje mientras acercaba su oído para recibir una respuesta.

Después de que ese presuntuoso sujeto dejara la cabeza de oso reposando sobre el mostrador, el extravagante Luca Rossi empezó a contarle su historia tan despreocupadamente como siempre.

—Pues verá, Connor —comenzó a narrar Angelo, haciendo que el viejo acercara más su oído—. Se trataba de un encargo en el que había muchas personas disfrazadas, como yo, y todas se mostraban muy cariñosas conmigo. Algunos clientes reclamaban que estuviera todo el tiempo a su lado, sólo para abrazarme y agarrarse a mí tiernamente. Si no los complacía, algunos incluso llegaban a llorar y, claro, yo nunca me he podido resistir a un rostro lleno de lágrimas, así que los complací a todos.

—¡Dios mío! —soltó el escandalizado anciano, temiéndose lo peor.

Angelo no se molestó ni por un instante en sacarlo de su error antes de proseguir el relato de su ajetreado día.

—La verdad, todo era demasiado nuevo para mí, pero mi fotografía me aseguró que ella ya había experimentado con anterioridad la diversión que podía encontrarse en esos lugares y que todo era muy inocente.

—¿Y qué ocurrió? —inquirió el cada vez más interesado portero, sacando medio cuerpo por encima del mostrador para escuchar con atención tan jugoso chismorreó.

—Pues que finamente tuve que salir corriendo cuando una decena de personas quiso echárseme encima. ¡Le juro, Connor, que no pienso volver a ese sitio en la vida! —exclamó Angelo, mientras

dejaba salir un suspiro de frustración—. En fin, así es el trabajo, ¡qué le vamos a hacer! —concluyó mientras volvía a ponerse la cabeza de oso, para luego añadir, antes de marcharse a su apartamento—: ¡Ah, Connor! Por favor, no se lo cuente a nadie, es un secreto, ¿vale? —pidió, mientras se llevaba la mano hacia donde se encontraban la boca del oso, en señal de silencio.

—No se preocupe, señor Rossi, así será —contestó seriamente, a pesar de tener su móvil preparado debajo del mostrador.

Y como si las palabras susurradas por Angelo reclamando silencio sobre ese tema hubieran sido una señal, todos los que se hallaban en el vestíbulo del edificio empezaron a teclear acelerada e impulsivamente en sus teléfonos en cuanto las puertas del ascensor en el que se había subido el afamado modelo se cerraron.

Sin perder su oportunidad, Connor utilizó el móvil, que le quemaba en las manos de pura impaciencia desde hacía unos minutos, y, marcando el número de uno de sus amigos de la prensa, le hizo saber las últimas noticias en primicia, antes de que otro se le adelantara.

—¿A que no sabes qué perversiones le gustan a Luca Rossi, ese nuevo modelo que está en boca de todo el mundo aquí en Nueva York?

## Capítulo 6

—¡Angelo, ¿me puedes explicar desde cuándo practico sexo disfrazado de peluche?!

—No lo sé, tío. La verdad, Luca, tus gustos son algo excéntricos para mí —bromeó mientras se dejaba caer despreocupadamente en el sofá, atendiendo la llamada de un hermano que siempre lo esquivaba y que nunca contactaba con él... hasta entonces.

—¡Lo has hecho para joderme, ¿no es así?!

—No, fue un trabajo que tuve que realizar para tu querida fotógrafa, quien, una vez más, reclamaba tu pellejo... aunque, por ahora, el que tiene más a mano es el mío.

—¡Espera, espera! ¿Me estás diciendo que es cierto que esa mujer te llevó a una *furry party* para ofrecerte a todos? —inquirió Luca, escandalizado.

—No, peor... —replicó seriamente Angelo para, a continuación, añadir con sorna—: Me llevó a un parque de atracciones donde tuve que representar el papel de osito cariñoso mientras era fotografiado una y otra vez.

—Vale, lo del trabajo lo comprendo, pero ¿me puedes explicar por qué acabaste llegando a mi apartamento ataviado con ese horrendo disfraz?

—Tu fotógrafa le pegó un puñetazo a Cenicienta y tuvimos que huir del parque antes de que padres e hijos nos lincharan, aunque al final también nos perseguían otros personajes de dibujos animados que buscaban venganza a pesar de sus bondadosos rostros.

—¡Quieres dejarte de bromas y decirme la verdad, Angelo! —exigió Luca, el despreocupado individuo al que nada lo alteraba lo suficiente como para dejar atrás su sonrisa, molesto para variar.

—Desgraciadamente ésa es la verdad, hermano —concluyó sin poder evitar sonreír ante la desesperación que exhibía su gemelo a través del teléfono, una que a él siempre le tocaba experimentar cuando Luca cometía alguna de sus trastadas. Por lo visto, en esa ocasión Angelo había asumido demasiado bien la identidad de Luca y, por una vez, no era él el serio hermano mayor que tenía que resolverlo todo, porque ése era el papel que tendría que interpretar Luca a partir de entonces, por lo menos hasta que volviera a Nueva York.

—Podrías haber... tal vez... ¡Dime que no hiciste nada para acrecentar esos rumores! —exigió Luca cuando se dio cuenta de que si Angelo no había hecho nada para solucionar ese problema no era porque no pudiera, sino simplemente porque no había querido hacerlo.

—¡Ah! ¡Tranquilo, Luca! Yo solamente le relaté mi duro día de trabajo al amable conserje de tu edificio. Aunque, ahora que lo pienso, quizá me dejara descuidadamente alguna laguna en mi

historia que podía llevarlo a imaginarse algún hecho escandaloso...

—¿Por qué hiciste eso?!

—¿Cuándo volverás a Nueva York? —planteó a su vez Angelo como única respuesta a la pregunta de su hermano—. Esa mujer quiere recibir una sincera disculpa de la persona que calumnió a su padre, una disculpa que yo no puedo ofrecerle porque no lo hice, y, francamente, después de leer lo que dijiste en esa revista, creo que es algo que Evie se merece.

—¿Te estás poniendo de parte de esa endiablada chica? ¿Estás poniéndola a ella por encima de mí? —replicó Luca, ofendido.

—No tardes mucho en regresar, hermanito, o no sé qué otro imaginativo chisme puede llegar a ocurrírsele a la prensa mientras tú no estás aquí —fue la contestación de Angelo ante la indignación de su gemelo.

—No tienes suficiente imaginación como para darle más carnaza a la prensa, Angelo —se jactó Luca, retándolo a cumplir su amenaza.

—No, Luca, yo no... pero créeme cuando te digo que ella tiene de sobra por los dos —declaró y, para dejarle claro a su hermano que iba en serio con su amenaza, Angelo colgó, dando por zanjada esa conversación.

Nada más colgarle a su hermano, el móvil volvió a sonar.

—Uno al que ya he puesto en su lugar. Ahora sólo me falta mi *querida* fotógrafa... —murmuró Angelo, luciendo en su rostro una perversa sonrisa dispuesto a atender la llamada que había estado esperando impacientemente durante toda la mañana.

—¿Desde cuándo soy una proxeneta que vende a sus modelos al mejor postor?! —gritó Evie, encolerizada.

—La verdad, no sé de dónde salió eso. A mí también me ha sorprendido la noticia... Tal vez sería mejor que rompiésemos nuestro contrato y fuéramos cada uno por nuestro lado. Creo que no somos demasiado compatibles y eso puede afectar a nuestro trabajo y crear algún tipo de indeseable rumor —declaró Angelo muy serio, intentando aparentar una inocencia de la que carecía.

—¿Tal vez podría creerte, Principito, si en esa maldita revista en la que publican ese chisme no aparecieran decenas de fotos tuyas con ese maldito disfraz!

—¡Ah, los *paparazzi*...! Ya se sabe: te los encuentras donde menos te los esperas, incluso en la cama, ¿verdad, Ev? —preguntó Angelo, recordándole su encuentro en su apartamento.

—Sí, claro, *paparazzi*... Por eso las imágenes son tan nítidas e incluso posas en alguna de ellas.

—¿Acaso no era ése mi trabajo, posar con todo aquel que me lo pidiera?

—¡Me importa una mierda lo que hagas en tu tiempo libre, lo único que me importa son las injuriosas patrañas que dejas salir de tu boca con mi nombre!

—Pero yo no mentí, cielo; dije que ese disfraz lo llevaba por un trabajo que me habías proporcionado, uno en el que todo el mundo quería abrazarme y hacerse fotos conmigo, y donde se

mostraron muy cariñosos. ¿Acaso no era cierto? —apuntó Angelo, luciendo una perversa sonrisa mientras se deleitaba con la furiosa respuesta de Evie ante sus palabras.

—¡Claro que sí! ¡Y seguro que fue un lamentable descuido el que hizo que se te olvidara comentar que tu trabajo era en un puñetero parque de atracciones!

—¡Uf, qué cabeza la mía! ¿Crees que fue por eso por lo que lo malinterpretaron? —soltó burlonamente. Y, como estaba seguro de que la contestación de Evie iba a ser contundente, se apresuró a apartar el teléfono de su oído. En efecto, de inmediato comenzaron los gritos, maldiciones y recriminaciones altamente ingeniosas de las que era capaz esa mujer cuando se la provocaba, aunque la verdad era que no hacía falta demasiado para ello.

—Yo también te quiero, cielo —declaró Angelo en medio de los juramentos de esa muchacha —. Bueno, dime: ¿cuándo volveremos a trabajar juntos? —inquirió, sólo para pincharla, con la seguridad de que recibiría una respuesta negativa si esa chica era sensata.

Por lo visto, Evie no lo era.

—¡No te creas ni por un segundo que con esta jugarreta te vas a librar de mí, idiota! ¡No te preocupes, Principito, muy pronto recibirás mi llamada! —replicó beligerantemente antes de colgar.

—¿Por qué no puedes ser más razonable y alejarte de mí? —susurró Angelo mientras se cubría la cara con uno de sus brazos, tumbado en el sofá. Pero, aunque sus palabras intentaran mantenerla lejos, la radiante sonrisa de sus labios delataba lo mucho que le gustaba esa mujer... y eso era tremendamente peligroso, porque ella no se estaba enfrentando al despreocupado Luca, que todo lo dejaba pasar, sino al recto Angelo, que no permitía que nadie jugara con él sin devolverle cada una de sus tretas a quien se lo mereciese.

\* \* \*

Jeff, medio dormido, atendió al maldito móvil que lo había despertado en mitad de la noche. Sin duda, si hubiera sido más rico o atractivo, su esposa habría sospechado que podría tratarse de alguna amante, sobre todo cuando, después de contestar, una chillona voz de mujer exigió que la atendiera. Pero, como Margareth lo conocía desde hacía muchos años y sabía que nunca sería ese tipo de hombre, simplemente le pasó el teléfono mientras lo echaba de la cama para acapararla toda para ella sola.

—Es Evie —murmuró, adormilada.

Si hubiera sido otro de sus representados, su esposa no habría dudado en colgar y él no habría tardado ni un segundo en silenciar su teléfono antes de desterrarlo al cajón de su mesita de noche. Pero, para su desgracia, el cuidado de esa irritable joven y de su prima era algo que su amigo Dominic le encargaba cada vez que se alejaba. Y, aunque intentara ignorarlas, éstas siempre acababan llamándolo para exigirle tareas casi imposibles de realizar. «Aunque en esta ocasión tal

vez esté equivocado y sea algo sencillo», pensó Jeff, esperanzado, mientras procuraba despejarse antes de atender la llamada.

—¡Jeff! ¡Quiero un trabajo lejos de la ciudad para mí y ese modelo idiota, donde pueda torturarlo a mi gusto sin que nadie me diga nada y sin que haya ningún curioso a mi alrededor que pueda delatar mis intentos de asesinarlo! ¡Y lo quiero para mañana!

Después de soltar un suspiro desesperado, intentó razonar con esa chica que para él era como la hija que, gracias a Dios, nunca había tenido.

—Lo más razonable del mundo es llamar a tu agente a las cuatro de la mañana para que te encuentre de inmediato un trabajo con las características que describes, ¿no, Evie? —musitó cínicamente Jeff, intentando reprender el comportamiento de esa grosera chiquilla.

—Sí, lo sé, por eso te llamo —respondió ella, ignorando su sarcasmo mientras insistía en su petición.

—Evie, lo primero de todo es que has de dejar de clavar agujas en ese muñequito que me da repelús —declaró él, consciente de lo que esa temperamental niña estaría haciendo en esos momentos.

Evie no tardó en preguntarle, asombrada:

—¿Cómo lo has sabido?

Ante eso, Jeff solamente puso los ojos en blanco antes de continuar.

—Y lo segundo es que no hago milagros: son las cuatro de la madrugada de un sábado, ¿cómo narices crees que voy a conseguirte algo a estas horas? ¡A ver si Amanda y tú aprendéis de una maldita vez que no soy una puñetera hada madrina, sino un simple mortal y, como tal, estoy limitado a unos horarios! —dijo Jeff, un discurso que le quedó perfecto para aleccionar a esa mocosa hasta que ésta comenzó a gimotear al otro lado de la línea y utilizó vilmente la única baza que podía lograr su rendición.

—Margareth... —lloriqueó Evie, como si una simple negativa a sus caprichos fuera la acción más terrible del mundo.

Se trataba de un falso gemido y un llanto que nadie en su sano juicio se creería, pero, para su desgracia, su esposa sentía debilidad por esa cría que consideraba casi como suya. Por ello, cuando Jeff se volvía para colgar el teléfono, el ceño reprobador de su mujer junto con la intransigente mano que le señalaba la salida, desterrándolo a su despacho, le indicó lo que tenía que hacer si quería volver a dormir algún día en esa cama.

—¿Tienes algo en mente? —preguntó Jeff, cediendo finalmente a los penosos lloros de Evie; ésta le demostró su falsedad cuando le comunicó alegremente antes de colgar:

—No. Simplemente sorpréndeme, Jeff.

—Claro que te voy a sorprender... —maldijo él, irritado, mientras buscaba un plan, muy alejado, a ser posible, donde Evie no pudiera comunicarse con él.

Tras pasarse varias horas trabajando, logró encontrar el lugar perfecto para ella.

A continuación, Jeff comenzó a redactar una carta donde le decía a su amigo lo que le haría la

próxima vez que se le ocurriera irse de viaje dejándole esas dos niñas a su cuidado y, de paso, le exigía que no tardara mucho en regresar si no quería que fuese en su busca, pero no para traerlo de vuelta, sino para perderse él también, distanciándose así de las maquinaciones de esas alocadas chicas que lo traían de cabeza, aunque con los años había aprendido a tratarlas.

\* \* \*

—¡Jeff, te voy a matar! —renegué una vez más entre dientes mientras el jocosos modelo que tenía sentado a mi lado sonreía ante nuestra lamentable situación.

—No te preocupes, cariño: pronto llegaremos —soltó, mostrándome una fingida sonrisa con la que todos los que nos rodeaban pensaron que me consolaba, mientras que lo cierto era que se estaba regodeando de mi desgracia.

Tendría que haber sospechado que Jeff había tramado algo cuando contestó tan rápidamente a mi petición. De hecho, me había entregado los pasajes de avión y el programa del encargo en el aeropuerto luciendo una satisfecha sonrisa a la vez que me aseguraba que, desde ese momento, podría fastidiar cuanto quisiera a mi modelo, ya que el papel que representaría en mi viaje me permitiría torturarlo a gusto sin que nadie pudiera recriminarme nada.

Extrañada por sus palabras, pero contenta con la posibilidad de hostigar a Angelo con libertad, recibí la documentación sin sospechar nada y así continuamos hasta que llegamos al aeropuerto de destino y nos encontramos metidos en un autobús lleno de amables ancianitos que nos recibieron con una gran sonrisa, sorprendidos por nuestra presencia allí, al ser nosotros los únicos jóvenes, ya que mi maldito agente no había tenido otra idea mejor que contratar una agencia de viajes que organizaba excursiones para la tercera edad, para que los condenados pasajes le salieran más baratos.

Y, para terminar de joderme, el muy capullo había elegido un trabajo en un gran complejo vacacional cuyo dueño requería que quien realizase el reportaje fotográfico estuviera casado para mostrar la perspectiva de una pareja feliz, motivo por el que yo debía acudir con mi supuesto marido... Algo de lo que no me enteré hasta que emprendimos el trayecto y mi maldito agente se encontraba demasiado lejos como para que le tirara esos papeles a la cara, rechazando de lleno ese encargo.

Encima, si quería volver a casa, tenía que finalizar ese proyecto, porque Jeff se había quedado con los pasajes de vuelta y me aseguraba en una nota que no pensaba mandármelos hasta que no me convirtiera en la, según sus palabras, «mujer madura y responsable que debía ser», y añadía que, «por una puñetera vez», terminara uno de los trabajos que me encomendaba. Al menos Jeff no se atrevía a pedirme que lo hiciera sin cometer alguna de mis típicas trastadas, tal vez porque me conocía demasiado bien como para pedirme lo imposible.

—¿Y se puede saber qué narices hará mi modelo, si yo soy la única que trabajará? —me quejé una vez más al contestador de Jeff, que era el único que recibía mis protestas desde que habíamos

salido de la ciudad.

Una pregunta a la que respondió burlescamente Angelo cuando, mostrándome los documentos que le había facilitado Jeff para ese encargo, me enseñó la recomendación que le había apuntado mi agente.

—«Descansa.» ¡¿En serio?! ¿Y por qué demonios vas a descansar solamente tú? —protesté, indignada ante el consejo que Jeff le había dado a ese hombre, cuando se suponía que debía estar de mi parte.

Como toda respuesta, Angelo señaló una frase que Jeff había escrito más abajo antes de cubrirse los ojos con sus caras gafas de sol y recostarse en el asiento, para seguir al pie de la letra las indicaciones de éste: «Porque tú eres el marido y eso requiere mucho trabajo».

—¡Será malnacido! ¡Ya verá! ¡En cuanto lo pille, te juro que voy a conseguir que...! ¡Oh! —exclamé mientras rebuscaba en mi bolso hasta que una tranquila voz que se mofaba de mí detuvo mis irreflexivas acciones.

—Jeff también me ha apuntado algo sobre un extraño muñequito que llevas en el bolso y me ha pedido que te aconseje no sacarlo para no espantar a tus compañeros de viaje —comentó Angelo a la vez que alzaba por unos instantes sus gafas para retarme con la mirada—. Aunque la verdad es que siento curiosidad por saber quién es esa persona en la que no puedes dejar de pensar y con la que estás tan obsesionada como para hacerte un muñequito y ponerle su foto.

—¡Muérete! —grité, sin recordar dónde nos encontrábamos. Mientras todo el mundo nos observaba y yo me ponía roja, decidí finalmente no sacarlo del bolso.

Angelo reaccionó riéndose de mi comportamiento, y las ancianas parejas de nuestro alrededor suspiraron soñadoramente a la vez que nos observaban con ojos tiernos, creyendo que se trataba de una pelea de enamorados. Yo fulminé a Angelo con los ojos y él se cachondeó de mi enfado, anunciando ante todos en voz alta:

—No te preocupes, cariño: ya lo resolveremos en la cama.

—¡Ni en tus sueños! —susurré, acercándome a él para que esos viejos cotillas no me oyeran. De todos modos, mientras hasta ese momento me había sido fácil rechazar los avances de ese hombre, a partir de entonces no podría resistirme a él con tanta facilidad.

Pillándome por sorpresa, Angelo me arrebató un ardiente beso que me descolocó por completo y, antes de que mi cuerpo se decidiera a apartarlo de mi lado, él se alejó de mí para contestarme con un tono de sinceridad que comenzó a preocuparme.

—En mis sueños siempre estás, de una u otra manera.

Cuando lo miré, espantada por lo que eso podía significar, tanto para mi vida como para mi venganza, él simplemente sonrió y volvió a ocultarse detrás de sus gafas de sol.

Intentando distraerme, saqué mi cámara para capturar los preciosos paisajes que atravesaba nuestro autobús. Pero, al contrario que siempre, la imagen que más llamaba a mi objetivo no era la de las fantásticas arenas de la playa o las bonitas montañas del fondo, sino la de un hombre que

siempre me desconcertaba mostrándome una parte de él que desconocía. Sin poder evitarlo, me volví hacia él y fotografié ese apacible rostro que tanto me atraía.

—¿Qué ves? —preguntó Angelo sin moverse, revelando que se había dado cuenta de la curiosidad que mi cámara sentía por él.

Entonces, revisando por el visor las instantáneas que había obtenido, para mi asombro contemplé una imagen realmente hermosa que mostraba no sólo las debilidades del modelo después de que bajara la guardia ante su fotógrafa, sino también las mías al captar a través de mi objetivo la mejor sonrisa de ese hombre, una que sólo se podía hallar con el corazón.

—Nada —contesté, intentando ignorar lo que empezaba a sentir por Angelo.

Él, movido por la curiosidad, se acercó a mí y se asomó por encima de mi hombro para observar mis fotos.

—Eres buena.

—No, no lo soy —repuse y, asustada ante lo que mi cámara exhibía, borré esas capturas que empezaban a delatar que, a pesar del daño que me hubiera hecho, deseaba esa parte suya que sabía sonreír sólo ante mi cámara.

\* \* \*

Cuando Angelo y Evie llegaron al complejo vacacional intentando fingir que eran una amorosa pareja, no tardaron en ser recibidos efusivamente por una de las empleadas del establecimiento. Diana, la encargada de enseñarles las instalaciones, era una exuberante rubia cuyos encantos se desbordaban del uniforme, atrayendo la mirada de más de un marido.

Angelo, como todo hombre que se preciara, no pudo evitar escanear atentamente las curvas que tan generosamente exhibía esa mujer, y menos aún cuando ésta se colgó de su brazo para, según ella, «guiarlo por el lugar»... aunque Angelo se mostró mucho más interesado en los celos que procuraba ocultar su fotógrafa que en las indicaciones que le proporcionaba esa fémica que se acercaba a él demasiado.

Evie, furiosa, caminó pausadamente detrás de ellos sin dejar de apuntar a Angelo con su cámara, dispuesta a capturar todos los defectos de ese sujeto, pero sus fotografías sólo dejaban patente los irracionales celos que ella sentía hacia la tipa que coqueteaba con su modelo, mientras éste la rechazaba con una amable sonrisa.

—Aquí tiene un montón de entretenimientos de los que podrá disfrutar mientras su esposa realiza su trabajo —anunció jovialmente la guía, señalando con su brazo extendido la zona de recreo—: la piscina, el bar, la discoteca, el *spa*... ¡y mucho más! —añadió, sin dejar de ofrecerle una resplandeciente y tentadora sonrisa.

—¿Has oído, cariño? ¡No me voy a aburrir ni un poquito mientras tú trabajas! —manifestó burlonamente Angelo alzando sus gafas e, ignorando los avances de la descarada empleada, se volvió hacia Evie para observar mejor la carita de enojo con la que ella lo obsequiaba.

—¡Espero que se te caiga a trozos! —fue la furiosa respuesta que le brindó, escandalizando a la rubia que todavía se negaba a dejarlo marchar—. Además, con lo pequeña que la tienes, seguro que no te darías cuenta si eso ocurre —dijo Evie, sonriendo maliciosamente.

—Vamos, cielo: tú y yo sabemos que eso no es cierto, ¿o es que ya has olvidado lo que ocurre cuando intentas despertarme apuntándome con tu cámara fotográfica? —replicó Angelo, recordándole cómo había respondido su cuerpo en la cama de su apartamento cuando la curiosidad de su objetivo le concedió un agradable despertar—. Seguro que estás impaciente por llegar a nuestro bungalow y volver a jugar conmigo como siempre haces; después de todo, ahora que eres mi esposa, te está permitido... —añadió, recordándole en los líos que era capaz de meterse por vengarse de él.

—¡Muérete! —soltó Evie, para luego esconderse detrás de su cámara y simular que estaba haciendo su trabajo mientras trataba de ignorar las carcajadas con las que Angelo reaccionaba a su infantil comportamiento.

Finalmente, cuando llevaban medio camino recorrido junto a esa empalagosa empleada que los guiaba, Evie, harta de los atrevidos flirteos de esa pesada que intentaba arrebatarse a su marido de pega, decidió enseñarle que ella era la única mujer adecuada para un hombre como él... al menos, mientras estuvieran falsamente unidos.

Evie comenzó por quitarse la vieja gorra de su padre que solía llevar y se atusó los cabellos. Luego, resuelta a llamar la atención de Angelo tanto o más que Diana, se anudó la holgada camiseta que vestía, de forma que se pegara a sus pechos a la vez que dejara su vientre al aire, exhibiendo el llamativo *piercing* de su ombligo. A continuación, moviendo sensualmente las caderas, pasó por delante de Angelo con unos insinuantes andares que prometían más de lo que realmente estaba dispuesta a darle.

A pesar de que Evie llevaba unos simples vaqueros, éstos parecieron no pasar desapercibidos para Angelo, ya que se ajustaban a sus curvas, mostrándole a ese hombre lo que se perdía por mirar a otra.

Para comprobar que su artimaña había surtido efecto y que él se había dado cuenta de sus encantos, Evie se volvió hacia la pareja y, apuntándolos con su cámara, sacó una fotografía que evidenció que los intensos ojos verdes del modelo sólo la miraban a ella. Después, sin decir una palabra, se alejó de ambos. Entonces, como si Angelo supiera lo que había querido demostrar Evie con esa foto, se desprendió de su carga y le arrebató las llaves de su habitación a esa molesta mujer, despidiéndose de ella.

—Lo siento, pero es mi fotografía y su cámara me reclama.

\* \* \*

A través de un camino de arena llegamos a un bungalow rodeado de hermosas plantas exóticas que no distaba mucho de otras edificaciones similares, pero sí lo suficiente como para

concedernos algo de intimidad.

Por fuera, esa casita era una encantadora construcción de madera dotada de un pequeño porche amueblado con dos sillas y una mesa, desde donde se podía disfrutar de una idílica puesta de sol. El interior era bastante sencillo, pero disponía de todas las comodidades: un extenso salón abierto, con un cómodo sofá y una pequeña mesita. En uno de los rincones se encontraba la pequeña cocina, con su barra y varios taburetes de madera; amplios ventanales distribuidos por la estancia permitían la entrada de la luz solar y daban paso a unas magníficas vistas de los espectaculares paisajes que rodeaban ese enclave, y en un extremo del salón aparecía la única habitación que completaba ese diminuto nidito de amor para recién casados: un dormitorio con su cuarto de baño, el cual contaba con una enorme bañera en la que cabían varias personas, lo que hizo que mi imaginación se desbordara; por su parte, el dormitorio poseía una única cama, muy grande, eso sí, que me incitaba a adentrarme en ella con la chica que tenía a mi lado.

No obstante, recordando los modales que me había enseñado mi abuelo, la primera idea que surgió en mi mente después de poner mi equipaje en uno de los armarios fue dejarle la cama a Evie y reclamar el sofá, como todo un caballero. Sin embargo, luego me acordé de que estaba interpretando el papel de un sinvergüenza como Luca y rectifiqué, sabiendo que, si él hubiera comenzado a desear a esa mujer como yo lo hacía, no dudaría a la hora de utilizar todas sus artimañas para acostarse con ella.

—¿Y bien, querida? ¿Te quedas con el lado derecho o con el izquierdo? —pregunté mientras me dejaba caer sobre la cama, ocupándola por completo para que, eligiera el lugar que eligiera, yo estuviera allí.

—Me quedo con el sofá, gracias —anunció Evie, dejando su equipaje junto a ese mueble.

—Sabes que estás desperdiciando una oportunidad única, ¿verdad? —repose arrogantemente, señalándome a mí mismo a la vez que, sin que ella lo supiera, me burlaba de las palabras con las que mi hermano siempre alardeaba de su persona.

Ella, como siempre hacía después de dirigirme un gesto de desagrado, me apuntó con su cámara. Tras un momento sin que pulsase el disparador, pasó a pelearse con ella.

—¡Nada! Tiene que estar rota...

—¿Por qué dices eso? —le planteé, incorporándome en la cama.

—Porque, a pesar de tus estúpidas palabras, cuando te apunto con mi objetivo, éste no me muestra lo idiota que eres.

—¿Y qué es lo que te muestra? —inquirí con curiosidad, cada vez más interesado en la única mujer que podía verme sólo a mí.

—Es como si fueras una persona totalmente distinta intentando representar un papel en el que no encajas —manifestó Evie a la vez que volvía a mirar a través del visor mientras, sin saberlo, revelaba todas las mentiras que yo ocultaba—. Y, aun así, es un papel que en estos momentos deseas interpretar —concluyó, sorprendiéndome con sus palabras, y aún más cuando me enseñó una imagen en la que yo aparecía sonriendo sin preocupación alguna, olvidando todas mis

responsabilidades—. Como te he dicho antes, está rota... —afirmó Evie, enfadada. Tras ello, se dirigió hacia la salida.

—¿A dónde vas? —le pregunté, sin querer separarme de ella a pesar de que todavía no sabía si quería o no ver más de esas impactantes imágenes que sólo su cámara podía captar.

—A terminar con este encargo lo más rápidamente posible: cuanto antes lo finalice, antes podré regresar a casa para pensar en cómo acabar con mi agente o con el fotógrafo que últimamente molesta a mi prima. Y luego están también mi casero, el vecino que pone la música alta, el otro que tiene varios perros muy ruidosos y...

—Tienes a mucha gente en tu lista negra, ¿eh? —dije, sonriendo divertido ante las locuras de esa joven.

—Ni te imaginas. Y tú eres el primero de ella —declaró antes de marcharse, recordándome que, a pesar de las veces que me disculpara, su venganza sobre mí todavía no se había acabado.

¡Pero qué narices podía hacer yo si no era el responsable de nada, salvo esperar que Luca se decidiera a volver y aclararlo todo! Y, mientras tanto, debería continuar representando un papel que cada vez se me hacía más cuesta arriba por culpa de esa mujer, que me hacía dudar de cada una de mis acciones, ya que con ella yo no quería ser Luca, sino Angelo, un deseo que mostraba inconscientemente cada vez que esa impertinente cámara me apuntaba.

\* \* \*

—¡Nada! ¡Que no sirven! ¡Y mira que le advertí a Jeff que no me metiera en este tipo de trabajos! —me quejé una vez más cuando, después de huir de ese hombre y sus múltiples facetas, intenté fotografiar algo que me hiciera desear volver a ese bonito paraíso vacacional.

Las fotografías de los paisajes quedaron maravillosas, dignas de postales de recuerdo... pero, en cuanto me senté en una de las tumbonas junto a la piscina y apunté con mi cámara a las personas... las personas aún se me resistían.

Sobre todo cuando esa insufrible lagarta tetona siempre estaba en medio. En serio, ¿quién había tenido la maravillosa idea de contratar a esa tipa para que recibiera a las parejas, cuando era obvio que andaba detrás de todo lo que tuviera tres patas y fuera mínimamente aceptable?

Por supuesto, como siempre hacía, mi cámara mostró la respuesta a esa duda al presenciar cómo Diana desplegaba sus encantos con el hombre que se presentó ante mí como el dueño de ese complejo vacacional y, tras echarle un vistazo al anillo de casado de ese tipo y ver que la pechugona no tenía ninguno, decidí guardar silencio y dejar de lado lo que no fuera de mi incumbencia.

Me salté el almuerzo, intentando que las imágenes que buscaba aparecieran ante mí y, mientras mordisqueaba furiosamente una chocolatina, mi cámara me enseñaba una y otra vez la desgarradora verdad: que yo, a pesar de los años transcurridos, carecía de talento para retratar gente.

Y, así, pasé el rato descartando cada una de las fotografías que había realizado a la vez que seguía buscando algo que valiera la pena. Finalmente, mientras revisaba la memoria de mi cámara, una sombra conocida me tapó la luz y un impertinente sujeto se entrometió una vez más en mi camino.

—¿Piensas pasar aquí toda la noche? Te lo pregunto para ocupar o no toda la cama —me planteó despreocupadamente Angelo al tiempo que se sentaba junto a mí en una tumbona para observar mi inútil trabajo de ese día.

—No te preocupes; si tú estás en ella, ni siquiera me acercaré.

—¿Has comido? —preguntó, expresando una preocupación que muy pocos habían tenido por mí.

—Esto es todo mi almuerzo —comenté, señalándole la barrita a la que apenas había dado dos bocados.

—Eso no es comida, vayamos al bungaló y te prepararé algo.

—No, gracias. No pienso moverme de aquí hasta que haya terminado esta chocolatina y saque algo de provecho para mi trabajo.

Angelo, como siempre decidido a tener la última palabra, se acercó a mí. Yo me alejé, algo nerviosa a causa de su presencia, que cada vez me alteraba un poco más. Pero mi mano no fue tan rápida y el muy descarado se apoderó de ella para, de un único mordisco, acabar con mi tentempié.

—¡Hala, ya te la has terminado! —declaró, satisfecho.

Ante mi enojado gesto, el muy idiota solamente se relamió.

—Aún no tengo ninguna imagen que valga la pena, y créeme cuando te digo que eso puede llevarme muchas, muchas, pero que muchas horas... —comenté, frustrada, hasta que mi estómago empezó a protestar ante mi insistencia de continuar con ese trabajo.

—Al parecer no tenemos tanto tiempo —dijo Angelo, señalando mi quejumbrosa barriga.

—Míralo tú mismo —le propuse, tendiéndole mi herramienta de trabajo—. Nunca he sido buena para hacer retratos. Digamos que mi cámara sólo ve la parte más desfavorecedora de las personas.

—¿Y aun así quisiste ser la fotógrafa de un modelo? —me interrogó Angelo, devolviéndome mi preciado instrumento de trabajo.

—Contigo no tengo que sacar la parte más buena de ti, sobre todo si quiero vengarme —repliqué con una maliciosa sonrisa.

—Y, a pesar de eso, lo haces —me recordó, haciendo que mi sonrisa desapareciera por completo.

—Eso es sin duda porque tienes engañada a mi cámara —lo increpé, enfadada.

—Pues engañémosla de nuevo... —me sugirió y, sentándose detrás de mí en la tumbona, me rodeó con sus fuertes brazos para que, juntos, sostuviéramos la cámara y viéramos ambas caras de

la realidad—. ¿Qué ves? —me preguntó, dirigiendo el objetivo hacia un niño que estaba teniendo un berrinche por un simple helado.

—Un mocoso con una rabieta —contesté, observando la imagen que aparecía en la pantalla. Cuando intenté dirigir mi cámara hacia otro lugar, Angelo detuvo mis manos.

—Espera un momento —me susurró al oído.

Sin saber muy bien por qué, le hice caso y aguardé. A los pocos segundos, en la pantalla de mi cámara apareció una cara de arrepentimiento de ese pequeño, que en ese instante abrazaba con cariño a sus padres después de un merecido sermón.

—Un niño muy querido —comentó Angelo, haciéndome accionar el disparador.

Sorprendida, enfoqué mi cámara hacia un nuevo objetivo.

—Una desagradable pelea de amantes —solté, señalando a una pareja envuelta en una acalorada discusión. Y, de nuevo, Angelo no me permitió abandonar esa imagen hasta que vi cómo se reconciliaban.

—Una pareja muy apasionada.

—Un viejo borracho —anuncié, enfocando a un anciano algo bebido que molestaba con sus historias a todo aquel que se le acercara, pero las fuertes manos de Angelo volvieron a retenernos a mi cámara y a mí... y, cuando la esposa de ese anciano se lo llevó entre risas, Angelo me susurró:

—El recuerdo de una feliz luna de miel.

Seguimos jugando hasta que el sol se puso y, cuando mi estómago volvió a protestar, Angelo me arrebató la cámara y apretó el disparador, dirigiéndola hacia nosotros.

—Una fotografía y su modelo —expresó y, a pesar de que nuestros ojos veían algo más en esa imagen, ambos callamos y dimos por finalizada esa sesión.

Cuando se levantó de la tumbona, me ofreció su mano para ayudarme a incorporarme.

—Tu cámara no es mala ni defectuosa, lo único que ocurre es que eres demasiado impaciente como para esperar a ver la parte buena de todo lo que te rodea.

Cogiendo esa mano que me había permitido ver lo que mi padre muchas veces me había querido enseñar, decidí que quería conocer un poco más a ese hombre, y que mi cámara, después de todo, no estaba rota por ver algo bueno en él. Sin embargo, esos buenos pensamientos duraron sólo hasta que, al abrir la puerta de nuestro bungalow, nos encontramos a Diana, desnuda, esperándolo en la cama.

—¡Luca, cariño! ¿Por qué has tardado tanto en aparecer? Te estaba esperando como siempre y, la verdad, me estoy enfriando...

Actuando rápidamente, fotografié a esa mujer y le mostré a Angelo la imagen, riéndome irónicamente de él y del estúpido juego con el que me había engañado y hecho caer brevemente ante él, creyéndolo mejor persona de lo que realmente era.

—Dime, Angelo, ¿tú qué ves? Porque, por más que mire, sólo veo a una mujer desnuda en mi cama.

Tras estas palabras, me marché de la cabaña airadamente, decidida a dejarlo disfrutar de ese día porque, definitivamente, a partir de ese momento pensaba convertir su vida en el infierno que le había prometido desde que lo apunté con mi cámara.

## Capítulo 7

Únicamente Luca podía llegar a fastidiarme de esa manera.

Cuando me creía más cerca de Evie, mi hermano y sus estupideces me importunaban de nuevo..., pues por las palabras de Diana y por su actitud para conmigo, me quedó claro que mi gemelo había pasado por allí más de una vez y que no había perdido el tiempo con esa provocativa empleada. Como todo un caballero, cerré los ojos a las tentadoras curvas de esa fémica que se exponían ante mí y le acerqué sus ropas, ya que antes de correr detrás de la única mujer que había conseguido que mi mundo se volviera patas arriba tenía que deshacerme de esa molesta visita que ocupaba la cama.

—¿De verdad me estás rechazando por una cuyos encantos son nulos? —me preguntó sorprendida mientras, negándose a cubrirse, intentaba tentarme con su cuerpo una vez más.

—No, te estoy rechazando por una chica cuyos encantos son terriblemente atrayentes, aunque ella, al contrario que tú, sólo se los muestra a unos pocos privilegiados —respondí, bastante cabreado por el hecho de que esa pécora despreciase a Evie por su despreocupada apariencia, cuando con sólo una sonrisa era capaz de conquistarme.

—Has cambiado mucho desde la última vez que nos vimos, Luca.

—¡Oh, no tienes ni idea de cuánto! —repuse sonriendo burlonamente a esa mujer que, como casi todos los demás, no era capaz de apreciar la diferencia entre los hermanos Rossi.

—No comprendo por qué no podemos aprovechar el momento, ya que ella nos ha dejado a solas... —insistió insinuantemente, acercándose a mí. Cuando estuvo a mi lado, sus manos acariciaron mi pecho a la vez que continuaba tentándome—. Además, no creo que esté demasiado interesada en ti si te ha dejado a solas conmigo en esta habitación, ¿no crees?

—No, pero lo estará —afirmé con decisión, deteniendo sus manos a la vez que le dirigía una fría mirada para dejarle claro lo serias que eran mis palabras.

—Luca Rossi nunca correría detrás de una mujer.

—¿Estás totalmente segura de eso? —pregunté, luciendo una cínica sonrisa dedicada a esa mujer que creía conocer tan bien a mi hermano mientras recordaba las veces que Luca había corrido detrás de Sofía cuando niño, algo que me hizo preguntarme por qué ella era la única por la que Luca era capaz de dejarlo todo.

—Eso es lo que me aseguraste en más de una ocasión cuando me quejaba de que tú no venías a mi cama —declaró Diana—. Comprendo que tengas que aparentar esta farsa de tu matrimonio con esa chica a causa del trabajo, pero ¿no crees que rechazarme es llegar demasiado lejos? Sobre

todo cuando yo puedo arruinar esa bonita tapadera y hacer que esa fotografía sea despedida en un instante...

—¿Me estás chantajeando para que me acueste contigo? —inquirí, incrédulo, mientras negaba con la cabeza al ver el tipo de persona con el que era capaz de mezclarse mi gemelo.

—No, cariño: sólo estoy proporcionándote una excusa para que caigas en la tentación sin remordimientos —repuso Diana, sonriendo pícaramente.

Tal vez Luca hubiera aceptado ese tipo de insinuación para olvidarse de sus responsabilidades, pero yo no era así. Y, aunque estuviera interpretando el papel de mi hermano, yo hacía las cosas a mi manera, de modo que le respondí de una manera que Diana no se esperaba.

—A mí nadie me chantajea, cielo, ni me obliga a hacer algo que no deseo —afirmé, alejando sus manos de mí.

—¿Y qué piensas hacer para librarte de mí? —replicó desafiantemente esa molesta mujer, empeñada en quedarse en una habitación a la que nadie la había invitado.

Seguramente esa antigua amante de Luca estaba esperando mi rendición, ya que mi hermano era lamentablemente débil ante los requerimientos de una chica, pero yo no era él y me traía sin cuidado lo que una persona tan superficial como la que tenía delante deseara, así que, decidido a hacer limpieza en la vida amorosa de mi gemelo, me dirigí con paso pausado hacia el teléfono de la habitación para marcar el número del servicio de habitaciones.

—¿Oiga? ¿Servicio de habitaciones? —dije en voz alta, provocando que ella se acomodara en mi cama con una satisfecha sonrisa, creyendo haber conseguido lo que pretendía, cuando de mí solamente obtendría lo que se merecía—. Verá usted, necesito que vengan a limpiar ahora mismo mi bungalow, pues mi habitación está demasiado sucia para mi gusto... especialmente la cama, en la que hay un bicho muy reticente a marcharse.

Diana, visiblemente indignada, se incorporó y me miró con asombro... y más cuando, tras colgar el teléfono y coger las llaves de la cabaña, le advertí, dedicándole una fría mirada:

—Espero que cuando regrese con Evie no estés aquí, pero, si persistes en acosarme con tu presencia, me veré obligado a quejarme al hotel por unos servicios que nunca he solicitado.

—¿Tan lejos estás dispuesto a llegar por esa chica? —me preguntó con enfado esa rencorosa arpía desde la cama.

—¡Oh, sí! ¡No sabes cuánto! —repliqué decidido mientras salía de allí. Pero, mientras pretendía ir tras los pasos de mi airada fotografía, me planteé a mí mismo en un susurro—: ¿Hasta dónde estaré dispuesto a llegar por ella?

Luego, ignorando mi propia pregunta, comencé a buscar a la mujer que en esos instantes necesitaba y que, tal vez, en algún momento pudiera permitirme responder a esa pregunta que comenzaba a confundir mi corazón.

En un primer momento, Evie pensó en dirigirse hacia las hermosas playas para fotografiar su esplendor al anochecer, pero al final sus desolados pasos la llevaron al bar que había junto a la piscina, donde un atractivo camarero servía unas exóticas bebidas que tenía que probar.

Después de comerse un simple sándwich y unos aperitivos, se pidió un estrambótico coco lleno de sombrillitas. Mientras disfrutaba de su cóctel, Evie se dedicó a reflexionar acerca de por qué narices su mente no podía prestar más atención a los coqueteos que le dedicaba el seductor muchacho que estaba detrás de la barra y, en lugar de ello, se empeñaba en volver a recordar una y otra vez la imagen que tanto ella como su cámara tenían grabadas en su memoria.

Cada vez que veía las fotografías de Angelo, éste la seducía con sus encantos. Ante ella veía a una persona amable, responsable y seria que, armada con una falsa sonrisa, intentaba aparentar el papel de hombre despreocupado y sinvergüenza. Pero esa sonrisa, que tal vez sería aceptable para muchos, a ella no había terminado de convencerla, ya que, en más de una ocasión, cuando Angelo no se había dado cuenta, su cámara había captado la sonrisa de verdad, algo que, definitivamente, Evie quería volver a ver.

Ella nunca había entendido el empeñamiento de su padre por conseguir la fotografía ideal de una persona, el deseo de obtener la imagen perfecta, puesto que, para ella, todas las caras que le mostraba su objetivo eran parecidas... pero con Angelo comenzaba a comprenderlo, y eso la asustaba. Le daba miedo el hecho de querer comprender todas las facetas de un hombre cuando ella siempre había ido por la vida sin preocuparse demasiado por nadie ni sentir apego por algo.

La repentina muerte de los padres de Amanda en un accidente de avión cuando ésta era niña le había evidenciado, a una edad muy temprana, lo efímera que podía ser la vida, y había llevado a Evie a valorar lo que tenía y a vivir sin preocuparse del mañana. Pero, por otro lado, la lenta despedida de su madre de este mundo le hizo albergar un miedo inmenso a apegarse a alguien, a amar a alguien tanto como su padre había hecho con su madre. Porque, mientras su madre moría, Dominic se marchitaba hasta que una parte de él pereció con ella cuando Iris se fue, una parte que Evie estaba dispuesta a devolver a la vida porque, cada vez que su padre se negaba a coger su cámara, ella sentía cómo éste moría un poco ante sus ojos y eso era algo que no iba a consentir.

Su irracional venganza contra las despreocupadas y ofensivas declaraciones que esos dos idiotas habían hecho sobre el trabajo de Dominic, tanto el fotógrafo de Amanda como su modelo, no se debía tanto al significado de sus palabras concretas como al daño que esos necios habían causado con ellas. Evie no estaba dispuesta a tolerar que nadie le arrebatara a su padre, y para ello estaba resuelta a pisotear a todo aquel que lastimara el maltratado corazón de Dominic. Y, para desgracia de ese modelo, su impulsiva boca lo había hecho.

Lo malo era que, cada vez que Evie lo miraba a través de su cámara, no encontraba ante ella a ese irreflexivo individuo, sino a uno al que, quizá, no le importaría conocer más profundamente.

Angelo le parecía un hombre muy engañoso que en un momento dado le mostraba una faceta muy atrayente, pero, en el siguiente, en cuanto se salía de su encuadre, se comportaba como el sinvergüenza despreocupado que todos conocían. Eso la tenía muy confundida y la llevaba a

preguntarse una y otra vez si su cámara, que siempre destapaba la esencia de sus objetos de atención por más desagradable que ésta fuera, le estaba enseñando quién era el verdadero Angelo y qué era lo que estaba ocultando.

Decidida a olvidarse de él y de lo que seguramente estaría haciendo en esa habitación, en una cama cuyas sábanas iba a mandar incinerar en cuanto regresara al bungalow, se dedicó a jugar con su cámara, apuntando con ella a todos los que la rodeaban, intentando ver alguna bonita escena que la enterneciera. Sin embargo, como no encontró nada, simplemente se pidió otro de esos estrambóticos cocos para ver si el alcohol la ayudaba a ver algo o a sentir algo por sus capturas, como le ocurría cada vez que su modelo estaba delante de ella.

Tras el tercer cóctel, lo único que veía Evie era doble. No obstante, siguió observando a través de su visor, intentando recordar los divertidos momentos de ese día, pero éstos ya no lo eran tanto cuando Angelo no estaba junto a ella para enseñarle la parte hermosa de todo lo que ella no podía ver.

En una de las ocasiones que dirigió su cámara hacia las mesas de la terraza del restaurante, vio cómo un hombre ayudaba a una anciana a subir la escalera para luego acompañarla amablemente hasta su sitio en una de las mesas. Decidida a captar esa imagen para demostrarse a sí misma que no necesitaba a ese tipo para poder ver la parte bella de algunas personas, accionó el disparador. Cuando miró la imagen que había tomado, Evie no pudo evitar maldecir tanto a su cámara como al inoportuno individuo que se había colado en su objetivo.

—¡Joder! ¿Por qué siempre tengo que verte sólo a ti, Angelo? —se quejó, sonriendo con ironía, ya que, si ese hombre estaba allí, una de dos: o era demasiado rápido en la cama o había rechazado a esa rubia tetona.

Ante esta última idea, el corazón de Evie dio un vuelco, uno que ella intentó acallar. Y, por miedo a sentir demasiado, fue al encuentro del modelo sin pensar nada más, mientras él comenzaba a buscarla con la mirada después de asegurarse de que la anciana se había acomodado en su lugar.

Cuando sus ojos se cruzaron, la decisión que había en ellos la informaron de que Angelo la deseaba... sólo a ella.

—¿Es que aún no has aprendido la lección? —susurró Evie mientras marchaba hacia él, dispuesta a hacerle la vida imposible. Aunque en esa ocasión no supo si era por vengarse en nombre de su padre... o por miedo a que Angelo se acercara demasiado a ella, conquistando su corazón como ya había hecho con su cámara.

\* \* \*

La señora Audrey Elling, una actriz de cine retirada, de unos setenta años, con una estilizada figura que podría ser la envidia de mujeres mucho más jóvenes, unos bonitos ojos azules y unos

cabellos teñidos que antaño constituyeron una hermosa melena rubia, aún conservaba la elegante apariencia que la había hecho brillar en la gran pantalla.

En ese momento, cuando su época de fama había quedado atrás hacía mucho tiempo, la señora Elling se dedicaba a realizar obras sociales junto a algunas otras adineradas mujeres como ella, con las que formaba un club de té. En esas divertidas vacaciones que se estaba tomando con sus amigas, pretendía rememorar los viejos tiempos además de buscar nuevos socios y patrocinadores para su nueva campaña benéfica entre los adinerados clientes de ese lujoso *resort*.

Pero, desgraciadamente, a pesar de haber encontrado a algún antiguo admirador, el tema de su actual campaña era demasiado atrevido y aún no habían dado con un fotógrafo apropiado que pudiera hacerse cargo de ella, ni tampoco con un modelo adecuado...

«Hasta ahora», pensó la astuta mujer cuando, simulando hábilmente que se encontraba débil y a punto de desmayarse, se dejó acompañar por un atractivo individuo que reconoció como uno de los nuevos modelos que comenzaban a estar en boca de todos en Nueva York. Cuando Audrey lo invitó a que tomara algo con ella, él la rechazó con una refinada galantería de la que la prensa decía que carecía y, en cuanto sus ojos se cruzaron con la mirada perdida de ese hombre, ella supo que una mujer ocupaba todos sus pensamientos.

Las revistas comentaban que el renombrado modelo Luca Rossi era un sinvergüenza que no sentía predilección por ninguna chica y que, simplemente, iba de una a otra, cansándose muy pronto de su nueva conquista. Sin embargo, al contrario de lo que los cotilleos pudieran insinuar, frente a ella tenía la prueba de que eso no era cierto, ya que los profundos ojos verdes de ese hombre se centraron con gran intensidad en una sola mujer, mostrando que para él, las demás, simplemente no existían..., una apasionada muestra de cariño que Audrey sólo había visto en ese tipo de individuos que, cuando se enamoraban, ponían todo su corazón en ello.

La joven que se dirigía hacia él, y que el modelo observaba con tanta pasión, exhibía una mirada beligerante y una sonrisa burlona en su rostro, lo que denotaba que ella no acababa de fiarse de él. No obstante, los ancianos ojos de Audrey, que se tomaban el tiempo que no todo el mundo tenía para fijarse en los pequeños detalles, vieron cómo esos desafiantes ojos titubeaban al observar a aquel hombre.

Cuando ella llegó a su lado, no dudó ni un instante a la hora de reprender al chico, como si estuviera dándole una lección que se mereciera, y entonces ocurrió algo muy revelador, en opinión de Audrey: él no la ignoró como hacía con todas las demás. Y Audrey se percató de algo más: los ojos de Luca mostraban una inocencia que no parecía fingida ante los reproches de esa mujer, pero él no tardó en ocultarla detrás de una desvergonzada sonrisa, demostrando que no le importaba declararse culpable de lo que aquella muchacha lo estuviese acusando con tal de llamar su atención. Un hombre tan enamorado como ése merecía su ayuda. Y, si de paso ella podía conseguir algo, como que colaboraran ambos en su proyecto, no estaría de más. Así que, en vez de retirarse y concederle algo de intimidad a esa pareja, Audrey esperó el momento oportuno para ayudarlos y ayudarse a sí misma.

\* \* \*

—Veo que tú también pasas de un extremo al otro, Principito —comentó la fotógrafa sarcásticamente, recordándole con sorna sus propias palabras a Angelo el día de las fotos en el parque mientras señalaba su anciana compañía.

—Evie, estás borracha... —la reprendió a la vez que excusaba su comportamiento ante Audrey, algo ante lo que la vieja actriz se limitó a sonreír.

—No, pero estoy en ello... —replicó la chica, tras lo que comenzó a sorber groseramente del coco que llevaba en la mano—. Dime una cosa, Angelo: ¿eres un amante muy rápido o muy lamentable? —preguntó, divertida, pasando un brazo con camaradería por su espalda.

—Ninguna de las dos cosas, yo soy hombre de una sola mujer —contestó seriamente él, para luego pasar a burlarse de ella susurrándole sensualmente al oído—: Y por ahora soy todo tuyo... —recordó, haciendo que Evie se sonrojara e intentara huir de su cercanía, algo de lo que Angelo se mofó—... o por lo menos eso es lo que dice mi contrato.

Antes de que surgiera una acalorada discusión entre ambos, Audrey los interrumpió, haciéndoles ver que ése no era el sitio más adecuado para sus disputas.

—¡Oh! Entonces ustedes son la amorosa pareja de la que todo el mundo habla, ¿no? La fotógrafa y su modelo, entre los que siempre surgen chispas a la menor oportunidad.

—¡Nosotros no somos parej...! —gritó indignada Evie, siendo súbitamente interrumpida por una fuerte mano que acalló su impetuosa boca.

—Sí, es cierto. Somos un matrimonio reciente, por lo que nuestras disputas son bastante acaloradas, ¿verdad, cariño? —manifestó Angelo, recordándole a Evie su tapadera.

Algo ante lo que ella contestó mordiéndole la mano. No obstante, él, sin emitir ni una sola queja, la apartó lentamente de su boca para luego, ante su atenta mirada, besar la marca que ella le había dejado.

—¡Serás...!

—Soy tu marido, ¿recuerdas? —insistió Angelo.

—Sólo durante lo que dure este trabajo. ¡Y mientras nuestro contrato esté en vigor, sólo se te permite pensar en mí como en tu fotógrafa!

—Algo muy profesional por tu parte que no sé si yo podré cumplir —repuso Angelo mientras recorría su cuerpo con una provocativa mirada.

Mientras esa apasionada pareja discutía frente a Audrey, ésta no pudo evitar pensar que ambos eran fantásticos para su proyecto.

—Y, díganme, ¿están ustedes inmersos en algún proyecto después de que terminen de realizar las fotos publicitarias de este adorable paraíso recreativo?

—Mi mujer todavía no ha finalizado la tarea que nos trajo aquí, mientras que yo, por mi parte, solamente estoy tomándome unas pequeñas vacaciones. Pero no dudo de que mi querida Evie no

tardará en sorprenderme con algún nuevo encargo en cuanto regresemos a Nueva York, ¿no es así, cielo?

—Muérete —contestó Evie, enfadada, mientras pedía otro coco al camarero.

—Tengo un trabajo para ustedes que tal vez pueda interesarles. Necesitaríamos la colaboración de ambos... —insinuó Audrey.

—No pienso permanecer aquí ni un minuto más del necesario —la interrumpió la chica—. En cuanto entregue mañana las fotografías, voy a largarme de este sitio cuyas opciones de entretenimiento no me agradan demasiado, aunque, al parecer, a mi modelo, sí —terminó diciendo, señalando descaradamente a la rubia a la que le tenía ojeriza, a la que no había tardado en localizar junto a la piscina, mientras le dejaba muy claro a ese hombre que la única relación que los unía era estrictamente laboral.

—Ése es un entretenimiento que no he pedido y que, por lo tanto, he rechazado —confesó Angelo, molesto con que Evie pensara que él se había acostado con esa empleada.

—Sí, claro: Luca Rossi rechazando a una mujer —se burló la chica, haciendo que los fríos ojos de Angelo se clavaran en ella.

—Angelo, llámame Angelo... Tú no tienes permitido llamarme de otra manera —exigió éste mientras retenía a Evie junto a él, decidido a no dejarla marchar hasta que sus labios pronunciaran su nombre de nuevo.

—¿Por qué no puedo llamarte como lo hace todo el mundo? —preguntó la fotógrafa, confusa ante esa extraña exigencia.

—Porque sólo tú eres capaz de verme —sentenció, demostrando que el hombre que ella observaba a través de su cámara en verdad existía.

—Sí, te veo, pero ¿por cuánto tiempo estarás dispuesto a mostrarte? —replicó Evie enfadada, alejándose de él.

—El trabajo... —insistió de nuevo Audrey a Angelo cuando su supuesta esposa se alejó hacia la barra, pero en esos momentos la mente del italiano no estaba en condiciones de concentrarse en ningún tipo de negocio y en ella sólo tenía cabida una cosa: la mujer que se distanciaba de él.

—Lo siento mucho, señora, pero los encargos que aceptamos los decide ella —declaró Angelo antes de despedirse amablemente de Audrey y acomodarse en un lugar no muy lejano para no perder de vista a Evie y sus locuras, especialmente en esos momentos, en los que éstas estaban influenciadas por el alcohol.

Audrey observó desde lejos a esa pareja. Sabía por la prensa que Luca Rossi no se había casado, y aún menos con esa chica, de la que todos afirmaban que era la hija del conocido fotógrafo Dominic Norton, al que ese modelo se había atrevido a insultar y a quien, por lo visto, se la tenía jurada por ese motivo.

Audrey era incapaz de imaginar a qué estaban jugando esos dos en ese complejo vacacional, pero lo que sí podía intuir era que se atraían mutuamente... aunque uno de los dos intentara

resistirse más que el otro, pensó la retirada actriz al ver cómo Evie, ante la furiosa mirada de su modelo, coqueteaba descaradamente con el atractivo camarero.

—Sin duda tengo que hacer algo para unir más a esa pareja y, si en el proceso me beneficio un poquito, no creo que le haga daño a nadie... —murmuró para sí la astuta anciana mientras contestaba la llamada de una de sus amigas.

»¡Chica, ya tenemos a la fotógrafa y al modelo!, aunque tal vez necesite un poquito de ayuda para acabar de convencerlos... pero, si les presentamos a Jack Daniel's, a Ballantines y a un par de colegas más, creo que conseguiremos su colaboración.

\* \* \*

Esa irracional joven flirteaba abiertamente con otro hombre mientras me miraba a mí. Era la única que me hacía arder, que conseguía que mi estructurado y planificado mundo se tambaleara con su mera presencia y que todos mis planes se derrumbaran con sólo pensar en ella. Evie no se parecía en nada al tipo de mujer con el que había salido hasta ese momento —chicas de dulce carácter, bastantes femeninas y educadas— y, aun así, la deseaba, la necesitaba, la quería en mi cama y, por una vez, no me importaba que mis pensamientos fueran tan egoístas como solían ser los de mi hermano.

Ese diablillo de vivaces ojos azules y cortos rizos negros que vestía con ropas despreocupadas, que maldecía como un camionero y que podía ser bastante agresiva cuando se enfadaba, llamaba mi atención más que ninguna otra, provocando que el rígido Angelo se difuminase y, en su lugar, apareciera un hombre que sólo quería sonreír para ella, para que esa cámara suya que buscaba algo que recordar solamente pudiera verme a mí y no me olvidara jamás.

Quería acapararla, obtener de ella todas las miradas, formar parte de sus sueños y estar siempre en sus pensamientos, porque ella era la única capaz de verlo todo de mí, y yo me sentía el único capaz de verlo todo de ella al detectar todo lo que pretendía esconder detrás de las imágenes que se negaba a captar. Esa parte cínica de Evie que exclusivamente captaba lo peor de las personas la protegía para no sentir nunca demasiado por nadie, y por ello me preguntaba por qué razón obtenía imágenes favorecedoras de mí, cuando de otras personas sólo sacaba lo malo.

Esa chica conseguía lo peor y lo mejor de mí delante y detrás de esa cámara con la que siempre me buscaba, y yo, más confuso que nunca con todos los sentimientos que se agolpaban en mi corazón, no pensaba rendirme hasta que fuera mía. No quería analizar ni plantearme si era o no lo óptimo para mi vida o para mi futuro: en esos instantes sólo la quería a ella, a pesar de la locura que podía ser intentar conquistar a una persona que me odiaba.

Esa noche, tras procurar convencerla de que sólo tenía ojos para ella, desistí por completo de que me creyera cuando recordé que estaba representando el papel de mi despreocupado hermano, un tipo que corría de una cama a otra. El problema era que, mientras que no me importaba nada

que otros ojos vieran en mí al desvergonzado de Luca, no podía evitar desear que Evie sólo me descubriera a mí cuando me miraba.

Sentado a una mesa no muy lejana de la suya, me había dedicado a acribillar a ese camarero con los ojos cada vez que se acercaba a Evie y ella le respondía con un nuevo coqueteo bastante descarado que estaba claramente destinado a fastidiarme, ya que, cada vez que le servía una nueva copa, ella la alzaba hacia mí para hacer un silencioso brindis antes de bebérsela de un único trago.

Yo, por mi parte, degustaba lentamente una copa a la que la amable anciana había decidido invitarme para agradecer mi educado gesto de acompañarla a la mesa, aunque comencé a sospechar que tramaba algo cuando empezó también a obsequiar con esas mismas invitaciones a Evie, quien, en ese momento, se había subido a la barra para sacar fotos desde allí arriba mientras bailaba encima de ella.

—¡Suficiente! —declaré con furia cuando contemplé las interesadas miradas que más de un sujeto dirigía a sus contoneos. Y, sin pararme a pensar en lo que hacía, me dirigí hacia ella para reclamarle a mi fotógrafa que solamente podía fotografiarme a mí.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? ¡Baja de ahí, pero ya! —le exigí seriamente mientras la reprendía con mi severa mirada, unas palabras a las que Evie no prestó la menor atención, ya que se volvió hacia mí para hacerme una foto y luego proseguir con sus incitantes bailoteos.

—¡Bajas o te bajo! —la amenacé, ganándome los abucheos de varios tipos del bar, algo que acallé rápidamente con una amenazante mirada.

—Eres demasiado serio como para ser un desvergonzado sinvergüenza... —soltó Evie y, deteniendo por unos instantes su bailecito, se agachó para acariciarme la frente—. Cuando te enfadas, te sale aquí una arruguita de lo más mona —añadió, en medio de su borrachera, besándome tiernamente, con lo que consiguió hacerme sonreír antes de continuar—, pero lo que más me gusta de ti, definitivamente, es tu sonrisa —terminó. Acto seguido, tras acariciar mis labios levemente con la yema de sus dedos, me besó, haciéndome olvidar por qué razón estaba terriblemente enfadado con ella unos segundos antes.

En ese momento la bajé de la barra atrayéndola hacia mí, haciendo que su cuerpo se rozara lentamente con el mío sin dejar de probar la dulzura de esos labios y el pecado de esa boca que tanto me atraía. Sin embargo, cuando sus pies estuvieron firmemente apoyados en el suelo, Evie pareció recordar algo que había olvidado cuando nuestros labios se juntaron, ya que se separó repentinamente de mí y comentó:

—Pero ésa es la sonrisa que le muestras a todas las mujeres con tanta facilidad. No merece la pena recordarla —dijo, para luego enseñarme cómo eliminaba mi imagen.

—Veamos qué es lo que muestras tú ante tu cámara —manifesté, arrebatándole el aparato, enojado con ella por el simple gesto de borrarle de la memoria de su cámara, pues me demostraba lo fácil que era para ella olvidarse de mí.

—¿Estás seguro de que eres un buen fotógrafo? —me retó pícaramente, desafiándome a

seguirla. Y, sin poder apartar mis ojos de ella, acepté esa provocación pese a lo difícil que parecía.

—Veamos si tú eres una buena modelo —la pinché a mi vez mientras accionaba el disparador, obteniendo una imagen un tanto borrosa cuando se alejó de mí para pedir una nueva copa.

Decidido a grabar el recuerdo de esa noche, fotografié una decena de veces esa pícaro sonrisa que continuamente me dedicaba mientras me miraba, pero Evie era una mujer que siempre me retaba a ir más allá y en esa ocasión no dudó en hacerlo cuando, empujándome hacia uno de los taburetes, me subió la camiseta y colocó un pequeño vaso de chupito en la cintura de mis pantalones para, a continuación, bebérselo sin cogerlo con las manos... Toda una tentación que no dudé en immortalizar con esa cámara, si bien tal vez no para su recuerdo, sino más bien para el mío.

La tortura fue en aumento a medida que Evie se bebía una nueva copa a la que esa anciana no dudaba en invitarla, sin duda para convencerla de aceptar el trabajo.

Después de esa excitante forma de beber, le tocó el turno a un insinuante baile y a alguna que otra proposición indecente que hizo temblar mis manos y que estuve tentado de aceptar, pero que rehusé porque quería que Evie me recordara con todo detalle cuando me acostara con ella y que no me catalogara como un simple error fácil de olvidar.

Al fin, harto de la insistencia de esa actriz retirada por invitar a Evie una y otra vez a una nueva copa, acabé firmando ese maldito contrato con el que comenzó a acosarnos sin apenas prestarle atención. Luego, para mi asombro, Evie también lo firmó, pero sólo después de que esa mujer le dijera algo al oído que le hizo soltar alguna que otra carcajada mientras me miraba con deleite. Sin importarme demasiado la nueva jugada que Evie planeaba para mí, creí que había acabado con la locura de esa noche hasta que, inesperadamente, Evie se levantó sobre la barra para bailar tan sensualmente como antes, pero en esa ocasión sus ojos sólo me miraban a mí, algo que no dudé en immortalizar con su cámara, hasta que ella empezó a alzar su ropa con la intención de quitársela y decidí que el juego había terminado y que ésa era una parte de ella que yo quería disfrutar en privado.

—¡La sesión de fotos ha finalizado! —grité e, ignorando los gritos masculinos que la animaban a continuar, la bajé de la barra y me la cargué sobre un hombro para alejarme de allí.

Evie no protestó, pero, cuando comencé a dirigirme hacia nuestro bungalow, susurró descorazonadamente:

—No quiero usar una cama donde ya has estado con otra mujer.

—Yo no he estado en esa cama con ninguna otra mujer —repliqué mientras la dejaba en el suelo para que comprobara en mi rostro la sinceridad de mis palabras.

—¿Me puedes asegurar que Luca Rossi no ha estado nunca en esa habitación con esa mujer?

—No —contesté, sin poder evitar decir la verdad, ya que no podía confirmar nada de lo que podría haber hecho Luca—, pero te puedo asegurar que en estos momentos yo sólo quiero estar

contigo —declaré con firmeza, para luego sellar mis palabras con un beso que exigió de ella esa pasión con la que me tentaba cada vez que me miraba.

Mis labios jugaron con los suyos, mordiéndolos con dulzura para buscar que esa boca se abriera a mí, permitiéndome adentrarme en ella y saborearla. Mi lengua se introdujo en su boca, reclamándole que me siguiera. Al principio, ella dudó, pero luego respondió a ese beso que tanto la excitaba, mostrando hasta dónde podríamos llegar si se rindiera a mí. Sin dejar de besarla, avancé con ella en brazos hasta unas apartadas tumbonas, donde, escondidos de todas las miradas, podíamos seguir con nuestro apasionado encuentro.

Sin dudarlo, me tumbé y la acomodé sobre mi cuerpo para que notara cuánto la deseaba. Ella, impaciente, sin abandonar mi boca, gimió, rindiéndose ante mí mientras su cuerpo se rozaba contra mi erguido miembro buscando más.

Mis manos no dudaron en avivar las llamas de nuestra pasión acariciando las curvas que se escondían bajo su holgada camiseta.

Cuando Evie cesó el beso entre nosotros creí que me abandonaría, pero en el instante en el que sus labios comenzaron a descender por mi cuello, mi miembro se endureció todavía más ante la expectativa de las caricias que podía recibir.

Evie bajó lentamente por mi cuello, besándolo y lamiéndolo. Me levantó la camiseta para continuar su camino descendente, besando mi torso de manera tentadora y... ¡allí se quedó!, porque cayó dormida sobre mi pecho, roncando escandalosamente.

Podría haberme sentido molesto con esa mujer que me torturaba en esa ocasión de la forma más perversa posible: con la promesa de un deseo que había quedado insatisfecho. Sin embargo, cuando se abrazó a mí entre sueños y suspiró pronunciando mi nombre, sólo pude sonreír complacido mientras la abrazaba para aprovechar el único momento en el que Evie no se resistía a mis brazos, simplemente porque no me confundía con otro.

## Capítulo 8

—¿Qué demonios he hecho?! —murmuré alterada mientras alzaba la cabeza de mi duro y cálido lugar de reposo, que no era otro más que el pecho de ese fastidioso modelo al que se la tenía jurada.

Al parecer, los dos amanecimos amorosamente abrazados encima de una de esas cómodas tumbonas que se hallaban a medio camino entre la piscina y el bar, una lo bastante alejada para no tener que tratar con curiosos, al menos.

En el instante en el que me dispuse a exigirle una explicación a Angelo me percaté de que él todavía permanecía dormido y, por unos momentos, al ver la plácida sonrisa de ese hombre mientras soñaba, quise immortalizar ese recuerdo con mi cámara. Busqué mi herramienta de trabajo, que nunca mantenía demasiado alejada de mí, y la hallé en una de sus manos, con cuyo brazo me abrazaba fuertemente contra él, resistiéndose a dejarnos marchar tanto a mí como a mi cámara. Durante unos segundos me agradó esa situación, hasta que recordé las razones por las que odiaba a Angelo y entonces me deshice bruscamente de su agarre para enfrentarme a él y tomarme mi merecida venganza.

—Buenos días a ti también —se burló él ante mi gesto de mal humor mientras se desperezaba y exhibía en su rostro una complacida sonrisa que me jorobó más que nunca.

—¿Podrías devolverme mi cámara? Algunos tenemos que trabajar, ¿sabes? —exigí airadamente a la vez que me preguntaba cómo había acabado en sus manos si, para cualquier fotógrafo, su máquina es su posesión más preciada.

—Aún no —se negó Angelo alejándose de mí para ojear las imágenes que había guardadas en ella.

—¿Me puedes dar un buen motivo para no devolvérmela de inmediato? —requerí, bastante molesta, preguntándome si no tendría que acabar arreándole un tortazo para recuperarla. Y mientras comenzaba a buscar a mi alrededor algo lo bastante fuerte con lo que darle en su dura mollera para que captara que me estaba cabreando, él me respondió enseñándome una de las capturas de mi cámara, para luego pasar a reírse abiertamente de mí y de mi desconcierto.

—Porque quiero recordar alguna de las escandalosas cositas que hiciste conmigo anoche.

—¿Qué?! —grité trastornada mientras comprobaba que alguien me había fotografiado bebiendo obscenamente un chupito que descansaba sobre un fuerte torso desnudo que, después de haberlo tenido tan cerca de mi rostro, reconocí sin problemas—. ¡Ésa no soy yo! —exclamé,

intentando evadir la verdad que me desvelaba esa fotografía, aprovechando que mi cara no se apreciaba con nitidez.

—Sí, claro. Lo que tú digas, por supuesto —se rio Angelo condescendentemente para luego levantarse de la tumbona. Después, colocándose detrás de mí, empezó a guiar mis manos a través de las imágenes que guardaba mi cámara para enseñarme la realidad.

En esa alocada noche, Angelo y yo habíamos bebido hasta dejar de lado nuestro enfrentamiento. Las fotos demostraban que yo había olvidado por un rato que incordiarlo sólo era parte de mi venganza, a la vez que la bebida anuló mis inhibiciones, haciendo que le mostrara abiertamente lo que desearía de un hombre como él si no se hubiera encontrado en mi punto de mira. Él, por su parte, había exhibido esa pícaro y despreocupada sonrisa que siempre intentaba ocultarme cuando posaba para mí con una falsa pero que yo, sin proponérmelo, siempre encontraba con mi cámara.

En cada una de esas instantáneas nos mostrábamos como la alegre pareja que no éramos, disfrutando de juegos junto a la piscina, de un insinuante baile en el bar o de algunas exóticas bebidas que eran las culpables de todo.

—¿Se puede saber cómo narices nos emborrachamos? —pregunté, recordando vagamente una voz que nos animaba a tomar un poco más y a dejar de lado nuestro sentido común.

—Creo que fue cosa de esta ancianita —respondió Angelo mientras me señalaba a esa maquiavélica mujer, que salía en varias fotografías a nuestro lado—, pero no parecía que a ti hubiera que animarte mucho, ya que tus descarados coqueteos con el camarero ya te habían hecho ganar alguna que otra invitación —me reprochó, dirigiéndome una severa mirada.

—No te preocupes, yo no soy de las que pierden la ropa con facilidad —dije, recordando la desnuda sorpresa que lo había esperado a él en nuestro bungalow, algo que Angelo no tardó en rebatir cuando, tras alzar burlonamente una de sus cejas, puso ante mis ojos otra más de mis locuras de la noche anterior, en la que yo había comenzado a dedicarle un estriptis nada privado, ya que estaba encima de la barra del bar.

—Conseguí que no te quitaras esa camiseta, aunque creo que ahora me arrepiento de ello —musitó socarronamente entre falsos suspiros.

—Este cuerpo no se lo enseñe a cualquiera: sólo mis amantes tienen el privilegio de verlo, y créeme cuando te digo que tú nunca tendrás esa oportunidad —afirmé con contundencia, alejándome de esos brazos que podían llegar a engañar tanto a mi cámara como a mi corazón.

—Pues, por unos instantes, anoche llegaste a engañarme... —repuso él, queriendo mostrarme más de lo que ocurrió, algo que preferí ignorar. Y así, dispuesta a borrar todas esas imágenes que me constataban lo cerca que había estado de ese hombre, le arrebaté la cámara para eliminarlas, hasta que me di cuenta de que tanto Angelo como yo aparecíamos en algunas imágenes firmando un extraño papel parecido a un contrato.

—¡¿Qué cojones hemos firmado?! —exclamé, indignada con las maquinaciones de esa anciana.

—Tranquilízate. Se trata de un trabajo muy simple: unas fotos para unos calendarios benéficos

—me aclaró y, acercándose a mí, me rodeó con sus brazos. Por unos segundos pensé estúpidamente en apoyarme contra su torso... hasta que, en el instante en el que mi cuerpo se acercaba peligrosamente a él, me percaté de que él solamente se aproximaba a mí de ese modo para extraer un arrugado papel del bolsillo trasero de mi pantalón.

—¿Lo ves? —dijo, entregándome el contrato con una perversa sonrisa que me indicaba que él sabía lo poco que había faltado para que yo cayera entre sus brazos.

—Los trabajos nunca son tan simples como parecen, Principito —repliqué, mofándome nuevamente de él. Y como si ese maldito trozo de papel quisiera corroborar mis palabras, después de leer por encima algunas de sus cláusulas di con una que me hizo sonreír con satisfacción—. No has leído esto atentamente, ¿verdad? —planteé, regodeándome en mi victoria.

—No, pero no creo que el trabajo que esa dulce ancianita nos propone sea tan molesto como los que he tenido que hacer hasta ahora para ti.

—¡Oh, no sabes cuánto te vas a arrepentir de esas palabras! —sentencié, volviendo a guardar ese documento a buen recaudo en el bolsillo trasero de mis vaqueros—. No te preocupes, cuando eso ocurra yo estaré a tu lado para joderte un poco más... —le advertí mientras me alejaba de él para poner fin a mi trabajo en ese paraíso vacacional, ya que estaba impaciente por comenzar con el nuevo encargo que habíamos aceptado para esa maliciosa anciana. Con todo, Angelo parecía decidido a ignorar mis advertencias, ya que, cuando pasaba junto a él, me retuvo durante unos instantes para susurrarme sensualmente al oído:

—Estoy impaciente porque me jodas, Ev... —soltó con una ladina sonrisa, declarándome la guerra antes de dejarme marchar. Aunque en esa ocasión su insinuante mirada me hizo ver que sus palabras tenían un doble sentido, algo que traté de ignorar, aunque mi palpitante corazón, que se había acelerado estúpidamente ante ese desafío, no pudo lograrlo con tanta facilidad.

—No te preocupes, estoy dispuesta a hacerlo, pero sólo como parte de mi trabajo —aseguré, recordándonos a ambos nuestra situación.

—¡Venga, Evie, no exageres! Nuestro siguiente trabajo es realizar unas fotos para el calendario de una ancianita que organiza algún tipo de acto benéfico, ¿qué crees que puede pedirme? —me planteó mientras sonreía socarronamente, ante lo que yo contesté con unas sonoras carcajadas que lo hicieron dudar.

—Nada para lo que no estés preparado, desde luego —contesté misteriosamente, dejándolo con la intriga acerca de cuál sería su labor en nuestro siguiente proyecto, para a continuación obviar sus quejas cuando me persiguió con una persistente pregunta.

—No, en serio Evie: dime qué va a pedirme esa ancianita que haga.

\* \* \*

—¡Desnúdate! —ordenó mi fotógrafa cuando las señoras mayores que iban a posar junto a mí pasaron a ocupar el vestuario de ese pequeño estudio que habían alquilado.

—¿Así de repente, sin invitarme antes a una copa siquiera? —repuse burlonamente ante la exigencia de Evie.

Luego simplemente me crucé de brazos y me negué a obedecer esas estúpidas órdenes que, sin duda, formaban parte de su venganza.

—Cielo, si quieres verme desnudo, tendrás que venir tú misma a quitarme la ropa —continuó retadoramente, alzando una de mis cejas, desafiándola a que me tocara, ya que los dos sabíamos cómo podían acabar las cosas entre nosotros cuando nos acercábamos demasiado y esas chispas que siempre estaban presentes comenzaban a saltar.

—No, lo harás tú solito —replicó Evie con presunción y, tras terminar de preparar el material para esa sesión, se dirigió hacia mí con una sonrisa de satisfacción mientras llevaba una pequeña toalla entre las manos.

Sin dejar de obsequiarme con una maliciosa sonrisa, Evie me rodeó mientras continuaba observándome con atención... con demasiada atención, para mi gusto. No pude evitar tensarme ante la idea de lo que esa chica habría preparado para mí en esa ocasión.

—¡Dios! ¡Cuánto voy a disfrutar con este trabajo! —exclamó Evie, recorriendo sensualmente mi espalda con una de sus manos a la vez que se regocijaba en su victoria. Y, antes de que pudiera rebatir alguna de sus palabras o detener esa atrevida caricia, se alejó de mí depositando la pequeña toalla entre mis manos y colocando ante mis ojos el contrato que habíamos firmado con Audrey. Mientras lo movía burlonamente delante de mis narices, empezó a explicarme al fin lo que esa «noble ancianita» deseaba de mí—: Según consta en tu contrato, ahora es el momento en el que te desnudas.

—¡Trae acá! —exigí, enfadado, mientras tiraba la toalla al suelo y le arrebatava ese trozo de papel con el que no cesaba de cachondearse de mí.

—¿No te ha dicho nadie que siempre debes leer los contratos antes de firmarlos? ¿Es que aún no has aprendido nada, Principito? —se jactó Evie tras oír algunas de mis maldiciones contra ese encargo y contra esas *inocentes* ancianas, que no eran tan inocentes como parecían, o contra mi *querida* fotógrafa, que, una vez más, no dudaba en torturarme.

—Si querías verme en cueros, tan sólo tenías que decírmelo —solté taimadamente mientras le devolvía ese insufrible documento y rechazaba realizar ese trabajo—. Creo que desnudarme es algo que debería hacer en privado.

—¡Pues, no! Según tu contrato, no... —Dicho esto, Evie se rio con recochineo.

—No creo que un contrato firmado en mitad de una borrachera tenga demasiada validez legal.

—No obstante, yo también he firmado ese contrato y tú, como mi modelo que eres, estás obligado a posar para mí —me exigió, acabando de lleno con mi paciencia.

—Y lo haré, pero no pienso desnudarme para ello.

—Son desnudos artísticos.

—Pues fotografíame artísticamente vestido.

—Mira que eres cerrado de mente, Angelo... —suspiró Evie con frustración—. Y eso que, si

hace un mes te hubiera propuesto este tipo de trabajo, hubieras corrido para desnudarte.

—Pues busca al hombre de hace un mes para que se quite los pantalones, porque éste que está aquí no lo hará —sentenció con decisión.

—¡Pero es que ya no lo encuentro! —refunfuñó mientras me miraba nuevamente desde el otro lado de su cámara, buscando a ese hombre que yo nunca sería para ella. Tras comprobar que mi empecinada negativa en relación con ese trabajo era firme, Evie suspiró y, por primera vez desde que nos conocimos, intentó explicarme su razón para aceptar ese contrato—. Mira, esas mujeres sólo buscan recordar sus éxitos del pasado, rememorar alguna de las escenas más sugerentes de las películas que protagonizaron tiempo atrás y confirmar ante todos que siguen siendo hermosas a pesar del paso del tiempo, para dejar claro que la vejez no es algo de lo que deban lamentarse, sino, al contrario, algo de lo que sentirse orgullosas por haber llegado hasta aquí.

Mientras Evie me explicaba ese proyecto con una mezcla de pasión y orgullo, me sentí muy egoísta por rechazar el encargo. Aun así, seguía sin comprender por qué tenía que salir yo en esas fotografías en lugar de otro modelo, salvo que fuese para que Evie me martirizara de nuevo. Y así se lo pregunté, buscando la verdad en esos intensos ojos azules que se enfrentaron a mí; dejando su cámara a un lado, me respondió con sinceridad.

—Angelo, no puede ser otro porque sólo cuando te enfoco a ti logro captar con mi cámara lo mejor de las personas. Con el resto de la gente... solamente saco a la luz lo malo.

Tras esas palabras con las que Evie me confesaba, sin darse cuenta, lo importante que era para ella, tuve ganas de rendirme... pero los pasos que me habían llevado hacia ella sin apenas percatarme fueron súbitamente interrumpidos por las joviales charlas de unas mujeres que se acercaban, y Evie, viendo que el tiempo para convencerme se le acababa, empezó a rogarme que la ayudara.

—Por favor, Angelo, no serán desnudos completos, todas las poses estarán cubiertas por algún tipo de sábana y otros objetos diversos. Las imágenes de los fotogramas de esas películas antiguas te servirán de referencia para posar y yo prometo no incordiarte —declaró, ante lo que yo alcé sarcásticamente una ceja porque, a lo largo de esas semanas, había llegado a conocerla demasiado bien como para creerme esa mentira.

—Bueno, al menos prometo no hacerlo demasiado.

Tras ver cómo mi firme negativa aún se mantenía a pesar de sus súplicas, Evie finalmente se rindió y, llevando las manos al cielo, exclamó, enfadada:

—¡Está bien, hombre obtuso, no haremos este encargo!, pero serás tú quien explique a nuestras clientas que vamos a incumplir su contrato.

Cuando las ancianas irrumpieron en el decorado, intenté explicar mi negativa a trabajar en ese proyecto, pero, como si todas ellas hubieran sospechado mis intenciones de abandonar, me rodearon y comenzaron a contemplarme con ojos esperanzados sin dejar de agradecerme mi ayuda hasta abrumarme. Sintíéndome el tipo más ruin del mundo si las dejaba en la estacada, me dirigí hacia mi fotógrafa, que me esperaba con una satisfecha sonrisa y una nueva toalla.

—¡Dame eso! —reclamé violentamente mientras le arrebatava la prenda y me dirigía hacia el vestuario, seguido por las carcajadas de esa mujer que me conocía demasiado bien para mi gusto.

\* \* \*

Audrey estaba realmente contenta con el modelo y la fotografía que había conseguido para su proyecto. Ambos se compenetraban a la perfección. Angelo, como había pedido que lo llamaran, era un completo caballero delante y detrás de la cámara y, sin duda, el hombre más adecuado para representar a uno de los galanes de antaño que en alguna ocasión trabajaron con ella y sus compañeras en sus películas. Tan educado y amable, había arrancado de ellas más de una sonrisa y las había hecho perder su timidez ante la idea de mostrar sus cuerpos, que habían cambiado tanto desde la primera vez que aparecieron en la gran pantalla.

Y sobre la fotografía, Evie, Audrey estaba encantada con ella, pues era una joven capaz, apasionada por su profesión y que logró sacar a relucir de nuevo la belleza que una vez tuvieron y que en ocasiones no recordaban que seguía allí. Sin duda tenía el mismo talento que había visto en las fotografías de Dominic Norton, su padre, a pesar de que no lo hubiera demostrado hasta entonces.

—¡Ay, si tuviera unos treinta años menos! —suspiró Annette mientras se acercaba a su amiga para contemplar desde lejos esa sesión fotográfica y al hermoso modelo que posaba en ella.

—¡Qué treinta años menos ni porras! —intervino Sarah descaradamente, uniéndose al creciente corrillo de admiradoras—. ¡Si no tuviera esta cadera ortopédica iría a por él!

—Ese adonis ya está pillado, chicas —anunció Audrey, haciendo que todas suspiraran con resignación mientras observaban al modelo, que sólo tenía ojos para su fotografía—. Pero, no sé por qué, esos dos se resisten a unirse y, pese a que tratan de aparentar ser una pareja, es más que evidente que aún no lo son.

—Su atracción es indiscutible. Si yo fuera ella, ya haría mucho tiempo que ese monumento estaría en mi cama —afirmó Camelia.

—No sé en lo que está pensando esa niña, ¡si no hace otra cosa que devorarlo con la cámara cada vez que lo ve! —apuntó Sarah, molesta.

—Creo que tal vez necesitan un pequeño empujoncito, ¿no os parece? ¿Los ayudamos? —propuso Audrey, decidida más que nunca a unir a esos dos.

Y, como era habitual en ellas, no dudaron en llevar a cabo uno de sus descabellados planes tan escandalosamente como habían hecho en su juventud, porque, aunque el tiempo hubiera pasado, ellas en el fondo no habían cambiado demasiado y seguían siendo tan alocadas como en sus mejores momentos.

\* \* \*

—Evie, tenemos un problema: nos falta una modelo —comentó Audrey.

—No, el modelo ya lo tenéis —contestó despreocupadamente ella mientras seguía sacando capturas en las que, simulando una sensual escena de romanos, Mónica permanecía sentada en un elaborado tocador, tapada estratégicamente con una sábana, mientras Angelo, de pie tras ella, admiraba su imagen ataviado con una ligera toga que tapaba sólo lo necesario.

—No, no... Quiero decir que nos falta una mujer para la imagen del mes de febrero y no tenemos tiempo ni presupuesto para buscar otra.

—Sois cinco mujeres, alguna de vosotras puede repetir más veces.

—Todas hemos llegado a la conclusión de que queremos una escena más íntima y sugerente para ese mes en concreto en el que se celebra el Día de los Enamorados, y hemos pensado que tú podrías echarnos una mano.

—Bueno, no os preocupéis. Fotografiaré a las personas que elijáis con la mayor profesionalidad y...

—¡Estupendo! Porque queremos que tú seas nuestra modelo para ese mes.

—¡Que yo, ¿qué...?! ¡Audrey, yo no puedo ser modelo! ¡Soy la fotógrafa! —exclamó Evie, desconcertada, apartando su cámara de la escena que tenía ante ella.

—¡Por favor, Evie! Sólo será una foto. ¡Ni siquiera se verá tu cara! Y sin tu ayuda no podremos terminar a tiempo nuestro calendario...

—Pero, Audrey, yo no puedo posar... ¿Quién haría las capturas?

—Puedes poner el temporizador después de preparar el decorado. ¡Seguro que conseguirás alguna buena imagen para nuestro calendario!

—Bueno, pero que conste que no sé posar en absoluto.

—No te preocupes: ¡nuestro modelo te guiará! —anunció Audrey con una sonrisa resplandeciente mientras señalaba al hombre que, desde el *set* del decorado, se mostraba muy complacido con el resultado de esa conversación.

—¡Que Angelo, ¿qué?! ¡No! ¡Ni de coña!

—¡Vamos, vamos! Después de todo, es tu esposo y no habrá nada que no haya visto con anterioridad, ¿no, querida? —replicó la actriz retirada, recordándole a Evie la farsa que ambos estaban representando.

—Cielo, no te preocupes: son desnudos artísticos —intervino Angelo con sorna, recordándole las palabras con las que ella había intentado convencerlo—. Y seguro que Audrey tapa tu cuerpo debidamente con algún tipo de tela u objetos diversos para que no se aprecie demasiado tu desnudez —insistió, disfrutando del momento.

—¡Yo no soy modelo, sino fotógrafa! —vociferó Evie airadamente e, ignorándolos a todos, volvió a alzar su cámara, pero la imagen que tenía ante ella no era otra distinta a la de Angelo sonriéndole con complacencia mientras la retaba a mostrarse ante él.

—¡Ah, entiendo! Tienes miedo de lo que tu cámara pueda llegar a mostrarte cuando estamos juntos, ¿eh?

—Yo no le tengo miedo a nada, y menos aún a mi cámara.

—Entonces enséñame de lo que eres capaz —la desafió Angelo.

Y, una vez más, Evie aceptó jugar con ese hombre únicamente para demostrarle quién era ella.

\* \* \*

—Debidamente tapada, ¡mis narices! —murmuré mientras observaba el vestuario que esas ancianitas habían preparado para mí: una sutil tela de un llamativo color rojo, transparente y tan fina como el papel—. ¡No me pienso poner esto ni de coña! —farfullé mientras me negaba a quitarme la ropa interior tras desprenderme del resto de mis prendas—. ¿Qué hago ahora? —me pregunté desconsoladamente al tiempo que pensaba cómo enfrentarme a ese hombre con profesionalidad cuando me paseara en pelotas por el decorado.

Intenté revisar los consejos que continuamente le daba a Amanda cuando la llamaba para ver cómo iba con su venganza, consejos que yo no seguía cuando, en vez de mantenerme alejada de mi modelo, cada vez me acercaba más a él. Al fin, dispuesta a demostrarme a mí misma que podía comportarme como toda una profesional cuando estaba con Angelo, me puse el albornoz más grueso que encontré y salí hacia ese decorado que Audrey y sus amigas habían preparado para mí. Por poco no me atraganto al ver ante mí un diván blanco adornado con pétalos de rosas rojas y a ese hombre ataviado únicamente con unos vaqueros que, con los primeros botones desabrochados, mostraban un sugerente espectáculo digno de recordar con mi cámara... o sin ella.

—¿Dónde están Audrey y las demás? —pregunté, nerviosa, mientras las buscaba con la mirada por todo el estudio.

—Se han ido —respondió Angelo a la vez que me señalaba el diván para que ocupara mi puesto.

—Entonces, ¿cómo sabré lo que tengo que fotografiar? —inquirí, cada vez más inquieta, algo ante lo que él contestó con una burlona sonrisa mientras me enseñaba la foto de referencia para nuestra escena en ese calendario.

—¡Ni hablar! —exclamé, alarmada, arrebatándosela de las manos y provocando que Angelo se riera una vez más de mí.

La imagen que esas maliciosas ancianas habían elegido para protagonizar el mes de febrero mostraba el sugerente cuerpo de una mujer tapado por la liviana tela roja que la mano de un hombre acariciaba con anhelo.

—Eso no es nada profesional... —me susurró Angelo al oído a la vez que se colocaba detrás de mí para admirar esa imagen.

—Estás satisfecho de cómo ha dado un giro la situación, ¿verdad? —pregunté, volviéndome furiosa hacia él al ver cómo habían cambiado las tornas en mi venganza, ya que en ese momento sería yo la persona avergonzada delante de la cámara.

—No, porque ésa es una parte de ti que sólo yo quiero contemplar —dijo con firmeza a la vez

que sus sinceros ojos me recorrían con codicia.

—Hagamos esto lo más rápido posible para poder terminar cuanto antes —propuse, cambiando de tema a la vez que evitaba esos profundos ojos verdes que me reclamaban.

Tras preparar la cámara en el ángulo adecuado para que captara nuestra imagen y hacer varias pruebas ante la atenta mirada de mi modelo, le exigí que se volviera para acabar de desprenderme de mi ropa interior. Luego me preparé sobre el diván y, cerrando con fuerza los párpados, me negué a mirarlo mientras le comunicaba que podíamos empezar.

—Ya puedes tocarme —le dije, negándome a abrirlos.

Mi cuerpo se mantuvo rígido y mis ojos fuertemente cerrados a la espera de alguna de las caricias que Angelo debía realizar para lograr esa fotografía, pero las caricias que mi tenso cuerpo esperaba nunca llegaron, aunque sí lo hizo el susurro de una voz que parecía tan perdida como yo.

—Eve, no puedo tocarte —se sinceró él, provocando que por fin lo mirara para buscar en su rostro el porqué de esas palabras.

Cuando mis ojos lo encontraron vi cómo Angelo, agachado junto a mí, apoyaba su mentón sobre sus brazos, que descansaban en ese diván, mientras me admiraba con deseo.

—¿Por qué? —pregunté, confundida ante su reticencia a tocarme—. ¿Tan poco atractiva soy? —insistí un tanto molesta, ante lo que Angelo contestó con unas sonoras carcajadas para luego posar su seria mirada sobre mí y confesarme:

—Porque, si lo hago, luego querré más que una simple caricia.

—¿Acaso no eres todo un profesional y has hecho esto mismo una infinidad de veces? —repliqué sin moverme mientras le recordaba las decenas de modelos con las que había posado hasta entonces.

—Contigo no puedo serlo —declaró, mostrándome cómo sus manos temblaban, tan nerviosas como las mías, cuando comenzaban a acercarse a mi cuerpo.

Cuando apretó sus puños para alejarse de mí y acabar con esa sesión fotográfica, el intervalo de tiempo que había colocado en mi cámara fue la excusa perfecta para sucumbir al deseo y, así, cogiendo una de sus manos antes de que él huyera de mí, hice que me tocara mientras lo retaba nuevamente recordándole que lo único que nos unía era un trabajo que él no podía rechazar si no quería perderme.

—Pues tendrás que serlo —sentencié, dirigiendo su mano hacia la leve tela que me cubría.

Cuando la cámara comenzó a disparar la ráfaga de fotografías a cortos intervalos que había programado, alejé mi mano de la suya y dejé que recorriera mi cuerpo como en esas fotografías que nos servían de referencia. Sin embargo, tal y como Angelo me había asegurado antes, su mano no pudo evitar sucumbir a la tentación. Esa mano que solamente tenía que acariciar mi ombligo por encima de la tela ascendió con lentitud hasta llegar a mis pechos, los cuales agasajó con sutiles caricias, provocando que mi cuerpo temblara de deseo y mis pezones se endurecieran ante la expectativa de lo que Angelo podía hacer mientras yo permanecía indefensa en ese diván.

Las tentadoras yemas de esos dedos rozaron ligeramente mi piel por encima de la liviana tela, una y otra vez, haciendo el mismo recorrido: subían hasta alcanzar mis pechos para luego bajar lentamente hasta mi ombligo, y nunca más allá, logrando que mi cuerpo se impacientara y se removiera, inquieto, reclamando más de esas atrevidas caricias.

Busqué con la mirada esos profundos ojos verdes que devoraban una y otra vez mi cuerpo pero que, a pesar de ello, se negaban a ir más allá. Incitando su deseo, me arqueé contra esa mano que me acariciaba, buscando más. La tela se deslizó un poco por mi piel y Angelo alejó por unos instantes su mano de mí, negándose su contacto. Yo alcé una mano hacia su puño cerrado y él lo abrió para acoger mi mano en la suya y, entrelazándola con la mía, me preguntó con una voz ronca llena de deseo:

—¿Ha terminado ya esta maldita sesión fotográfica?

—Sí —respondí, dándome cuenta de que mi cámara había dejado de disparar hacía unos segundos.

Un tanto avergonzada, intenté alejarme de él, pero Angelo no lo permitió y, tumbándose de nuevo en ese diván, me despojó de la escasa tela que tapaba mi cuerpo para susurrarme al oído:

—El único lugar donde quiero guardar las imágenes de este momento es en mi memoria.

Sin dejar de mantener entrelazada una de sus manos con la mía, acalló cada una de mis protestas con un beso con el que procuraba mi rendición. Sus labios tentaban los míos con sutiles roces para que abriera mi boca a la invasión de su lengua, que reclamaba toda la pasión de la que era capaz. Mis gemidos ante su avance animaron a sus manos a jugar con mi cuerpo desnudo, y todas las caricias que antes se había negado a darme empezaron a hacerme arder cuando sus dedos fueron más allá de unos simples roces.

Una de sus atrevidas manos subió despacio por mi pierna, haciendo que mi piel se erizara con su contacto. Mi tobillo, mi rodilla, mis muslos... se estremecieron y él, exigente, separó mis piernas para, sin dudar, acomodarse entre ellas, mostrándose con el roce de nuestros cuerpos la evidencia de su deseo.

Guiando mis piernas, Angelo las enredó en torno a su cintura mientras su mano seguía subiendo, aumentando la intensidad de sus caricias. Su boca abandonó mis labios tan sólo para descender por mi cuello, mientras que yo me abandoné a él cuando sus besos siguieron descendiendo por mi piel, y cerré los ojos ante el deseo que me embargaba y esa prohibida pasión que no debía mostrar hacia ese hombre... pero, como el exigente amante que era, Angelo dejó de acariciarme y sus besos cesaron.

Negándose a verlo de una manera que nunca podría llegar a olvidar, mis párpados permanecieron fuertemente apretados, pero el roce de unos suaves labios sobre los míos, que me animaban a acompañarlo, me hicieron imposible escapar a la pasión de ese momento.

—Mírame sin tu cámara de por medio y dime lo que ves.

—A ti, Angelo —dije, mirándolo al fin, rindiéndome ante él y siendo completamente sincera.

Como si esas fueran las palabras correctas, él volvió a guiarme hacia el deseo cuando sus

besos volvieron a descender por mi piel. Su mano acogió uno de mis senos, acariciando levemente el turgente pezón mientras su boca jugaba con el otro, torturándolo con su lengua, con sus besos y con sus dientes, con los que marcaba mi piel, declarándome suya. Me arqueé contra su cuerpo cuando su ávida boca buscó mi otro pecho para seguir martirizando mis sensibles pezones.

En el instante en el que su otra mano soltó la mía para bajar por mi cuerpo, me sentí abandonada y me negué a tocarlo. Él se burló de mi infantil gesto alzando una de sus cejas y yo, empecinadamente, hundí mis manos en el diván, negándome a acariciarlo.

Contestando a mi reto con una ladina sonrisa, Angelo hizo que sus manos descendieran poco a poco hasta colocarse entre mis piernas, acariciando con lentitud mi húmedo interior. Agasajándome con los roces de sus dedos, me hizo gemir su nombre en más de una ocasión mientras rozaba mi clítoris con una mano al tiempo que la otra hundía uno de sus dedos profundamente en mí, marcando un ritmo avasallador, castigándome por negarle mis caricias. A continuación, me condujo una y otra vez hacia el placer sin permitirme llegar al final.

Enfadada por el castigo de sus caricias, mis manos se acercaron a su espalda, pero, en lugar de acariciarlo, arañé su piel como protesta ante sus juegos. Angelo respondió a esa queja con una sonrisa y, aunque le doliera, no apartó mis manos de su espalda.

Luego me sorprendió cuando sus besos comenzaron a descender más allá de mi cintura y sus manos abrieron de nuevo mi cuerpo ante su voraz deseo para hundir su cabeza entre mis piernas. Su intransigente lengua, que exigía todo de mí, rozó sin piedad la zona más sensible de mi anatomía mientras alzaba mi trasero hacia él, evitando que pudiera escapar de ese placer. Y, cuando mis caderas comenzaron a moverse en busca del clímax, Angelo me lo negó de nuevo hasta que mis manos finalmente lo buscaron y lo guiaron otra vez hacia mí. Entonces sonrió complacido, sabiéndose vencedor. Al fin, me convulsioné sobre esa traviesa lengua, llegando al éxtasis y, rendida sobre ese diván, observé cómo Angelo se deshacía de sus pantalones para ponerse un preservativo y anunciarme:

—Aún no he acabado contigo.

Ése fue el momento exacto en el que mi cámara comenzó a disparar de nuevo, pillándonos a ambos por sorpresa.

—Dime que esa cámara tuya no acaba de fotografiarme el culo —gruñó Angelo, molesto, algo ante lo que no pude evitar reírme abiertamente.

—Si esperas un segundo, desconectaré el programa y...

—No hay tiempo —replicó, tras lo que me acogió entre sus brazos repentinamente para tumbarse sobre el diván y colocarme sobre su cuerpo.

—¿Sabes el tipo de fotos que vamos a acabar obteniendo si no desconectamos la cámara? —pregunté, alarmada por los recuerdos que mi máquina guardaría en su memoria.

—Si te dejo marchar ahora, no sé cuándo volverás a permitirme acercarme —me susurró Angelo al oído, para luego añadir atrevidamente—: Además, así no podrás descartar este

momento con tanta facilidad, ya que no sólo grabaré este instante en tu piel, sino también en tu querida cámara.

Angelo dijo estas palabras como si me conociera muy bien y supiera que los instantes que registraba en ella siempre quedaban grabados en mi memoria. A continuación, mirándome profundamente a los ojos, reclamó mi cuerpo, decidido a que no pudiera olvidarlo con tanta facilidad como le había asegurado que hacía cada vez que mi cámara dejaba de enfocararlo.

Despacio, se adentró en mí, haciendo temblar de goce mi sensible cuerpo a causa de la excitante sensación de su duro miembro en mi interior. Empecé a moverme lentamente sobre él, torturándolo como él había hecho conmigo, pero Angelo no lo permitió y sus manos atraparon con firmeza mis caderas mientras él me guiaba.

Mis manos acariciaron su potente torso a la vez que me movía sobre él, cada vez más excitada con esos ojos que me recorrían una y otra vez cargados de deseo. Por unos instantes cerré los párpados para evitar esa intensa mirada, pero la profunda voz de mi amante me exigió:

—Mírame.

—¿Por qué? —pregunté, confusa, y mientras Angelo enlazaba nuevamente una de sus manos con la mía, sus profundos ojos verdes y su sugerente voz me dieron una respuesta, una para la que tal vez aún no estaba preparada.

—Porque quiero que cada una de estas imágenes quede grabada en tu memoria y no puedas olvidarme jamás —dijo, exigiéndome más de lo que ningún hombre había hecho hasta entonces. Y, aunque yo me resistía a ello, mi cuerpo se abandonó a cada una de sus exigencias.

Y así, mientras gritaba el nombre del único hombre que me demandaba que nunca lo olvidara, él me acompañó en el clímax gritando el mío, haciendo que me preguntara si yo sería tan difícil de olvidar para Angelo como él lo sería para mí a partir de ese momento.

\* \* \*

Audrey y sus amigas, tan curiosas como siempre, no pudieron evitar entrar en el estudio para averiguar qué había ocurrido con esa pareja, la cual, a pesar de mirarse con deseo, parecía estar empeñada en mantener las distancias.

Con la excusa de que el tiempo que tenían para realizar la sesión estaba a punto de expirar, las cinco amigas se introdujeron silenciosamente, esperando no interrumpir nada. Caminando de puntillas, abrieron la puerta para acabar encontrándose con esa pareja amorosamente abrazada debajo del cobijo de una de las sábanas del decorado.

—Bueno, por lo menos al fin la chica ha visto los encantos de ese modelo —anunció Annette tras ver cómo Evie descansaba plácidamente entre los brazos de ese hombre al que siempre fulminaba con la mirada.

—¿Quién no los iba a ver si los ha estado enseñando durante toda la mañana? —apostilló Sarah, recordando al desnudo acompañante que todas ellas habían tenido.

—Sí, sus encantos son... muy grandes y difíciles de pasar por alto —bromeó Mónica, provocando que todas sus amigas emitieran una juvenil risita.

—Bueno, veamos el asombroso trabajo que ha hecho nuestra fotógrafa —propuso Audrey y, decidida a dejarse deslumbrar una vez más por el talento de esa chica, se acercó a la cámara que descansaba en el trípode para curiosear las capturas de esa sesión.

Tras ojear un par de ellas las tapó, algo escandalizada, para ocultarlas de los curiosos ojos de sus amigas, quienes, sin duda, no tendrían tantos reparos como ella a la hora de espiar a esa pareja.

—Definitivamente, muchas de estas fotos no pueden salir en nuestro calendario. Creo que será mejor que Evie nos dé las más adecuadas más adelante.

—¡Trae acá! —exclamó Sarah mientras le arrebatava la cámara—. ¡Vaya! Pues sí que se han tomado en serio nuestras indicaciones...

—¿Crees que seguirá negando lo que siente? —planteó Mónica tras ver las imágenes, recordando la reticencia de esa chica a hacer pareja con ese modelo.

—No lo sé, pero, desde luego, lo que no podrá ignorar son estas fotografías —manifestó Audrey, rememorando cómo más de un crítico había dicho que sólo Dominic Norton tenía la capacidad de mostrar la verdad en sus fotografías, fuera hermosa o no, una cualidad que sin duda Evie también tenía, aunque ella aún se resistía a mostrársela al mundo.

\* \* \*

Cuando Evie se despertó en ese pequeño diván, los protectores brazos de un hombre la rodeaban mientras ambos se cobijaban debajo de unas sábanas blancas que habían servido como decoración en ese *set*. Por unos instantes, sonrió complacida acercándose al calor de Angelo, hasta que recordó que él era el enemigo y de inmediato intentó alejarse, algo que él no le permitió, agarrándola fuertemente contra su cuerpo, revelándole que él también se había despertado.

—¡Suéltame! —le exigió ella al empecinado individuo que se negaba a dejarla marchar.

—¿Por qué? —le susurró al oído, acercándola más a él.

—Porque tú y yo no somos nada más que enemigos.

—¿Aún pretendes continuar con tu estúpida venganza, a pesar de lo que hay entre nosotros? —inquirió mientras le daba la vuelta para enfrentarse a los ojos de esa vengativa mujer.

—Entre nosotros no hay nada. Solamente he sucumbido a un momento de pasión, porque, debo admitirlo, no eres nada desagradable a la vista —soltó fríamente Evie, consiguiendo finalmente que Angelo la dejara ir para alejar esa gélida mirada que le anunciaba que él no representaba nada en su vida.

—Entonces, ¿te acuestas con todos tus modelos? —interrogó Angelo, furioso por el rechazo de su fotógrafa, ya que, cuando se creía más cerca de ella, en verdad estaba más lejos de conseguirla.

—Me acuesto con quien me apetece, y en esta ocasión me apetece hacerte contigo —replicó

Evie con indiferencia mientras se colocaba el albornoz y le tiraba despectivamente a Angelo una toalla para que tapara su desnudez—. ¡Cúbrete, Principito! Ya he tenido bastantes desnudos de ti por hoy.

—Dime: ¿tan terrible fue lo que hice como para que quieras torturarme para siempre y dejar a un lado lo que podría haber entre nosotros? Sólo fueron unas estúpidas palabras... —declaró Angelo mientras observaba esos acusadores ojos ante los que él no merecía perdón.

—¿En serio quieres que te perdone? Esto es nuevo... —se burló Evie acercándose a Angelo para dejarle claro por qué razón, a sus ojos, él nunca sería merecedor de esa indulgencia—. Tras la muerte de mi madre, mi padre quedó destrozado. Me costó mucho que volviera a coger una cámara y, aun así, lo hizo con reticencia... hasta que las *estúpidas palabras* de unos insensatos lo volvieron a hundir. Tus despreocupados comentarios le hicieron mucho daño, no sólo a su reputación, sino a su corazón. A mi padre, la única pasión que le queda después de que mi madre se haya ido es su cámara y, si no puede volver a sostenerla, morirá un poco bajo esa pena en la que yo no le permito esconderse... ¡Tanto trabajo para que volviera a querer vivir y, cuando por fin comenzaba a levantarse y a dejar atrás el dolor, tus palabras lo hundieron de nuevo! Tú, a mis ojos, no tienes perdón, porque me has arrebatado a mi padre.

—Las palabras, en ocasiones, pueden hacer más daño que los golpes... —convino Angelo, recordando uno de los refranes que su abuelo Flavio siempre tenía para él mientras negaba con la cabeza, descontento con cada una de las acciones de su hermano... aunque eso era algo que Evie desconocía.

—Sí, tal vez demasiado —coincidió Evie mientras se alejaba afligidamente de su lado.

Sin embargo, mientras sus ojos quedaban desenfocados por unos instantes, mientras se perdía en la idea de en qué lugar podría estar su padre en esos instantes, unos fuertes brazos la retuvieron y una mano alzó su triste rostro para dirigirlo hacia la profunda mirada de un hombre al que no podía resistirse.

—¿Dónde está tu padre ahora? —preguntó él como si le hubiera leído la mente, mostrando por primera vez preocupación por las consecuencias de unas palabras que Luca había dicho tan despreocupadamente, como siempre.

—No lo sé —confesó Evie a la vez que sus lágrimas se derramaban sin que ella pudiera retenerlas.

Los brazos que debía alejar de ella la acercaron a la calidez de un cuerpo que no pudo rechazar y, por un rato, Evie permitió ser consolada por un hombre que parecía querer protegerla de todo. Después recordó lo falso que era él, así como todas y cada una de sus palabras y el daño que éstas podían causar, y se alejó bruscamente.

Angelo, frustrado con el rechazo de esa mujer, cerró los puños y los mantuvo a ambos lados de su cuerpo mientras la dejaba marchar sin más. No obstante, antes de que Evie desapareciera de su vista, sus firmes pasos se dirigieron hacia esa cámara que siempre mostraba tantas verdades de él

y, cogiéndola con decisión, buscó la foto correcta. Luego se dirigió hacia Evie y, mientras la depositaba entre sus manos, le recordó:

—Véngate de mí lo que quieras, pero no te engañes: entre nosotros hay algo más que un simple momento, lo quieras ver o no.

A continuación, simplemente se dispuso a abandonar ese estudio donde ya había puesto fin a ese trabajo, aunque no a lo que sentía por esa chica.

\* \* \*

La instantánea que le mostré a Evie no fue la de un apasionado momento entre los dos de la decena que guardaba esa cámara, ni una en la que desvelara como un idiota lo que sentía por ella como hacía cada vez que me apuntaba con su cámara, sino una imagen donde ella revelaba, sin apenas darse cuenta, lo que empezaba a sentir por mí: su cuerpo entrelazado con el mío, debajo de esas sábanas, dejándose proteger por mis fuertes brazos mientras en su rostro aparecía una complacida sonrisa a la vez que sus manos, sin apenas pretenderlo, se aferraban a mí sin querer dejarme marchar. Pero eso, por supuesto, sólo fue hasta que se despertó y recordó quién era yo y cómo me había declarado la guerra.

—¡Esto no es verdad! —gritó Evie, negando una y otra vez con la cabeza mientras yo me iba, muy dispuesta a borrar de su recuerdo tanto esa imagen como a mí.

Eso me enojó y, decidido a retarla, me volví y le grité la realidad que escondían esas fotografías antes de marcharme del estudio.

—¡O simplemente es una verdad que te niegas a ver!

Sin poder resistirse una vez más, Evie dirigió su cámara hacia mí, pero en esa ocasión sólo pudo captar una sonrisa algo cínica en mi cara, la que salía a relucir cada vez que recordaba que no era yo quien debía recibir ese merecido castigo. Luego, simplemente le dirigí a su objetivo una mirada llena de decisión que nunca había exhibido hasta entonces, pero es que hasta ese instante no había encontrado nada que deseara tanto como las tierras de la Toscana, y era ella. Ella era ese gran deseo que no estaba dispuesto a perder por más obstáculos que se cruzaran en mi camino.

Cuando me fui, la dejé mirando la imagen que su cámara había captado, presa de la confusión, seguramente porque pensaba que eso que yo deseaba con tanta intensidad no podía ser ella. Sin embargo, decidido a que su cámara le evidenciara una vez más la realidad que sus ojos se negaban a ver, dejé que las imágenes que guardaba en ella le ofrecieran la respuesta que tanto anhelaba. Y, finalmente, me fui a buscar la mía a la cuestión de hasta dónde estaba dispuesto a llegar por Evie.

## Capítulo 9

—¿En serio, Angelo?! ¡¿Ahora me van las ancianas?! —exclamó airadamente Luca por teléfono mientras miraba a través de su ordenador los múltiples correos electrónicos en los que su agente lo felicitaba por haber accedido a realizar un trabajo como acompañante de esas viejas glorias de la gran pantalla en unos calendarios benéficos.

—Bueno, sospechaba algo cuando te enamoraste de nuestra profesora de primaria y...

—¿Se puede saber qué narices estás haciendo con mi vida? ¡Unos calendarios benéficos con unas viejecitas es lo último que tenía en mente para avanzar en mi carrera! —lo interrumpió Luca, muy cabreado, desechando las bromas de su hermano.

—¿No es evidente? Estoy jodiéndotela —contestó Angelo con tono cínico mientras, por primera vez en años, le demostraba a su gemelo que sus actos podían tener consecuencias.

—¿Por qué? —inquirió, confundido ante la novedad de que el hermano que siempre lo había apoyado no permaneciera a su lado en esa ocasión.

—¿Cuándo vuelves? —fue la seca respuesta que obtuvo.

—Ya te he dicho que no pienso volver a menos que te deshagas de esa fotografía, en cuyo caso lo haré encantado.

—Entonces tenemos un problema, porque, mientras tú quieres permanecer lejos de esa mujer, yo no quiero apartarme de ella para nada.

—Me alegro de que al fin hayas encontrado una mujer que encienda tu sangre, hermano, pero... ¿tenía que ser precisamente esa maldita fotografía que tiene como objetivo jorobarme la vida?

—En mi humilde opinión, pienso que la lección que ella pretende darte es más que merecida, Luca. Por mi culpa nunca has aprendido que todo lo que haces tiene consecuencias que debes afrontar posteriormente; ya es hora de que madures y te hagas responsable de tus actos.

—¡Estupendo! Y eso me lo dice alguien que pretende arreglar mi vida sin haber hecho algo primero con la suya... ¿Qué hay de esa prometida tuya a la que has dejado en casa mientras intentas conquistar a otra?

—He intentado hablar con ella en más de una ocasión, pero no coge mis llamadas y creo que tú tienes algo que ver con ello. ¿Qué estás haciendo con Sofia, Luca?

—Algo que tú deberías haber hecho con ella hace muchos años: estoy cumpliendo todos sus sueños al aparentar ser tú, y eso me mata —declaró, dejando entrever que lo que sentía por la novia de su gemelo era algo más que la amistad que Angelo y ella habían compartido.

—Entonces, alégrate: yo estoy sufriendo un infierno por tu culpa. Uno en el que la mujer que

deseo me castiga por lo que tú hiciste y en el que, si me acerco más de la cuenta, ella se aleja de mí.

—Podría apiadarme de ti, hermano, pero la manera en la que sufres por amor en estos instantes me recuerda mucho a lo que yo mismo he soportado a duras penas durante años viendo cómo la mujer a la que amaba prefería a mi perfecto hermano antes que a mí... —confesó finalmente Luca, haciendo comprender a Angelo la verdadera razón por la que había aceptado tan rápido ocuparse de la gran carga que suponían los viñedos, responsabilidad que siempre había rehuído.

—Deberías decirle que eres tú —le aconsejó Angelo, sintiéndose culpable al no haberse percatado antes de lo que Luca sentía por Sofía.

—¿Y acabar con todos sus sueños? Ya te encargarás tú de eso cuando rompas con ella. No, eso es algo que no voy a hacer. De hecho, no voy a permitir que te acerques a ella sólo para hacerla llorar.

—Pero tú vas a hacer que se enfurezca cuando se entere de quién eres...

—Prefiero su ira a sus lágrimas.

—Pues aquí tienes a otra airada mujer que te está esperando, Luca. ¿Por qué no vienes para pedirle unas más que merecidas disculpas antes de que esto vaya a más?

—¿Me estás amenazando, Angelo?

—No, Luca, te estoy advirtiendo de lo que puede llegar a pasar.

—No creo que puedas encontrar nada escandaloso que hacer en mi nombre. Además, eres demasiado íntegro como para hacer algo más atrevido que unas poses junto a unas ancianas.

—Es evidente que aún no has visto esos calendarios... No te preocupes, cuando estén terminados te mandaré uno, querido hermano —repuso Angelo, burlón—. Pero creo que te has olvidado de un par de pequeños detalles: primero, después de realizar nuestro pequeño intercambio yo ya no soy el disciplinado y prudente Angelo, sino el despreocupado y alocado Luca. Todos los escándalos que provoque llevarán tu nombre, no el mío. Y, en segundo lugar, no has tenido en cuenta a nuestra querida fotógrafa. Evie posee más de una forma de joderte. Por lo pronto, tengo varias propuestas prometedoras de tu agente sobre la mesa: un anuncio de un producto contra las hemorroides, otro sobre la Viagra y, además, una campaña muy interesante contra el herpes genital.

—¡No serás capaz! —vociferó Luca, indignado. Antes de pedirle ayuda a su hermano había estado muy seguro de ello, pero en esos momentos ya no lo estaba tanto—. ¿Verdad, Angelo? ¿Angelo? —insistió, recibiendo por toda respuesta los tonos intermitentes que le aseguraban que éste había colgado el teléfono.

—Tú sólo ponme a prueba... —murmuró un furioso Angelo después de cortar la comunicación, decidido a que en esa ocasión Luca recibiera la lección que se merecía, por más que le costara.

\* \* \*

Dominic era un hombre de cuarenta y dos años cuyo cuerpo conservaba la fortaleza y vitalidad de un joven de treinta gracias a su esforzado trabajo. Dotado de unos hermosos ojos azules y unos rubios cabellos que seguían atrayendo a las mujeres, entre los que se notaba alguna que otra cana, más debida a las preocupaciones causadas por las trastadas de sus chiquillas que a causa de su edad, en ese momento admiraba las fotografías que tenía en sus manos y se sentía confuso, ya que el orgullo y la inquietud se mezclaban por igual. Su amigo Jeff le había mandado algunos de los últimos trabajos que había realizado su hija en su ausencia.

Evie, su inmadura niña que huía ante la menor oportunidad que se le presentaba de llevar a cabo un encargo en el que tuviera que utilizar algún modelo, en esa ocasión se había retado a sí misma, consiguiendo unos excelentes resultados. Lo preocupante de sus fotos no era tanto lo que esas imágenes mostraban, sino más bien lo que él deducía de ellas.

Esa cámara trataba con demasiado cariño a ese chico, sacando una parte de él que nadie había visto antes..., tanto, que el propio Dominic podría llegar a afirmar que ese individuo era otro hombre diferente al vanidoso sujeto que él mismo había tenido la desgracia de fotografiar tiempo atrás. Tal vez eso era lo que más lo inquietaba, ya que, para que Evie obtuviera esas fantásticas capturas, había tenido que poner su corazón en ello y admirar a ese hombre, y no sólo con sus ojos. No obstante, Jeff le había asegurado que Evie había comenzado a trabajar con ese tipo solamente para vengarse de él por desprestigiar su nombre, y que además le ordenaba continuamente aceptar encargos cada vez más vergonzosos y pesados con la única intención de hacerle la vida imposible a ese modelo.

Debería comenzar a preocuparse porque su hija hubiera entregado su corazón al hombre más inadecuado si no fuera porque conocía perfectamente lo vengativa que era su pequeña, que no se permitiría sentir nada por un hombre como ese inmaduro chico que lo había insultado a él.

Las palabras que Luca Rossi había dicho sobre Dominic a la prensa habían terminado de hundir el dedo en la herida que había abierto Chris Jones, ese fotógrafo que lo denigró después de conseguir el premio que lo declaraba como el mejor fotógrafo de Nueva York.

No obstante, las críticas, fueran ciertas o no, eran algo a lo que Dominic ya estaba acostumbrado. En ocasiones, los comentarios dañinos venían de individuos que envidiaban su fama; otras veces, de meros aficionados que se creían maestros. Todas esas denigrantes palabras eran algo que él había aprendido a ignorar... hasta ese momento, en el que, al sentirse perdido en la vida, todos esos juicios negativos que se agolpaban a su alrededor lo lastimaban, porque quizá fueran ciertos.

La pasión que sentía antes cuando cogía su cámara se había esfumado con la muerte de su esposa, algo que su hija no había tardado en notar. Quizá por miedo a perderlo a él también, Evie había insistido una y otra vez en que volviera a usar esa máquina que tanto lo había entusiasmado en su momento, y así, empujado por ella y por el miedo que había percibido en sus ojos cada vez que él se negaba a hacer una foto, Dominic había vuelto a ponerse tras una cámara... pero, sin

pasión y sin sentimiento, su trabajo no era el mismo, algo que muchos habían percibido y que Evie y Amanda se resistían a reconocer.

Que esos dos sujetos dijeran públicamente lo que el propio Dominic empezaba a sospechar lo había empujado a huir hacia un recóndito lugar donde sólo fotografiaría imágenes por placer y no por deber. Sin embargo, mientras antes esas entusiastas instantáneas se le aparecían a cada paso que daba, en esos instantes su cámara no le enseñaba nada que él deseara inmortalizar.

Sus ofendidas niñas se habían irritado más que él con las despreocupadas palabras de esos tipos y, por lo visto, a pesar de que él les advirtiera de que no hicieran nada, Evie y Amanda habían emprendido una ciega cruzada contra unos hombres cuyo único pecado había sido hablar demasiado.

Tal vez no había sido una decisión acertada el no revelarles a sus chicas dónde se encontraba, pero en esos momentos necesitaba la soledad que el pequeño pueblecito de esa pacífica isla siciliana le concedía para reflexionar y decidir hacia dónde dirigirse en una vida en la que, tras perder a su otra mitad, sentía que ya no le quedaba nada.

Orgullosa de que su hija al fin hubiera comenzado a mostrar ese talento que en ese período a él se le escapaba, se preguntó en qué locura estaría sumida en esa ocasión su pequeña y, mientras lo hacía, no pudo evitar rogar:

—Evie, por Dios, no te metas en más líos. Y, sobre todo, no arrastres a los demás en ellos.

\* \* \*

—¡Arréglate, que nos vamos de fiesta! —anunció alborozada Evie mientras invadía precipitadamente el apartamento de su prima.

Tal vez Amanda hubiera podido pensar que Evie estaba impaciente por volver a verla después de su viaje o que, simplemente, quería disfrutar de una salida de chicas... de no haber sido por la malévolos sonrisa que la acompañaba mientras no dejaba de rebuscar entre su correspondencia.

—Me alegro mucho de que hayas vuelto ya y de que me invites a cenar, puesto que, si no recuerdo mal, las últimas cinco veces he sido yo la que ha pagado nuestras salidas, pero te agradecería aún más que dejaras de revolver mi correo privado, Evie —declaró altivamente Amanda sin levantarse del cómodo sofá donde, ataviada con un viejo pijama, se disponía a disfrutar de una de esas melosas películas románticas que su prima tanto odiaba.

—¡Al fin! —anunció Evie, cogiendo una de esas estafalarias invitaciones, que Amanda solía rechazar, como si representara todo un tesoro—. Pero ¿qué haces todavía ahí? ¡Venga! ¡Ve a vestirte, que el principito nos espera! —apremió Evie a su prima, intentando que ésta abandonara el sofá.

—No veo por qué debería moverme, ya que no quiero desperdiciar mi día de descanso en una de esas estrambóticas fiestas. Sólo me apetece descansar y ver cómo termina esta película.

—¡Uf, Amanda! ¡Pero si son todas iguales! —replicó Evie mientras se dejaba caer

despreocupadamente en el sofá junto a su prima—: Él se enamora, ella se enamora, los dos son demasiado tontos para reconocerlo y, cuando lo descubren, sucede algo que los separa... ¡Ah, espera! Ésta la he visto: él muere al final —concluyó alegremente, fastidiándole la película a Amanda.

—Muchas gracias por tus innecesarios comentarios —musitó ésta, enfadada, mientras cedía finalmente a las exigencias de su prima sólo por no oírla más.

—¡Venga, Amanda! ¡No te enfades! ¡Si te he librado de más de una hora de una aburrida peli al final de la cual solamente ibas a lograr acabar llorando! Los hombres como el de esa película, que siempre aparecen en el último momento para salvar a la protagonista, no existen. Si no me crees, recuerda todas las ocasiones en las que nos hemos salvado nosotras mismas sin necesitar a nadie más —soltó Evie, mencionando cómo se apoyaban siempre la una en la otra ante cualquier problema.

—¡Está bien! ¿Dónde es esa fiesta? —suspiró Amanda, al tiempo que empezaba a vestirse para la ocasión para luego retocar su impecable aspecto ante el espejo.

—¡Aquí! —respondió Evie tendiéndole a su prima la invitación que una extravagante modelo, compañera de su prima, le había enviado con motivo de su cumpleaños—. Y no te preocupes: no nos vamos a aburrir. ¡Eso te lo garantizo! —afirmó con una perversa sonrisa que anunciaba que había puesto en marcha uno de sus descabellados planes, algo que hizo que Amanda pusiera los ojos en blanco mientras rogaba porque esa celebración no acabara en uno de esos tremendos caos en los que únicamente Evie era capaz de meterla.

\* \* \*

Mientras me dirigía con Amanda en taxi hacia esa escandalosa fiesta no pude evitar recordar el mayor error de mi vida, que no había sido otro que acostarme con mi modelo en ese viaje de trabajo, al tiempo que repasaba una vez más la venganza que había planeado para él.

Cuando regresábamos a casa de vuelta de ese idílico paraje vacacional intenté dejarle claro a Angelo que aquel momento de pasión era algo que no volvería a ocurrir entre nosotros, pero él contestó a mis tajantes negativas alzando burlonamente sus gafas de sol para luego, mientras devoraba mi cuerpo con su ávida mirada, pasar a mostrarme una insinuante sonrisa que me dejaba entrever que, para él, ese desliz no era más que el principio de nuestra historia.

De forma increíble y contra todo pronóstico, habíamos concluido satisfactoriamente el difícil trabajo que habíamos ido a realizar en ese paraíso para familias que Jeff me había buscado, probablemente con la intención de tocarme las narices. Además, el trabajito extra con esos calendarios para las alocadas viejas glorias del cine me había hecho ver otra parte de ese modelo que, tal vez, no debería haber descubierto, para evitar caer entre sus brazos. Pero eso era algo que no pensaba volver a repetir y estaba más que dispuesta a dejarle muy claro a Angelo que, para mí, él solamente era el enemigo.

Así pues, decidida a fastidiarlo una vez más como sólo yo podía hacer cuando alguien me cabreaba, en el autobús que nos llevaba hacia el aeropuerto para regresar a Nueva York contacté con uno de mis amigos informáticos. Tras dejar caer la idea de que, tal vez, si me ayudaba, podría conocer a Amanda, conseguí que me explicara cómo clonar la información del teléfono de ese idiota.

Una vez que lo logré, mis sospechas de que Angelo era un hombre que se dedicaba a jugar con las mujeres quedaron confirmadas al ver que en su agenda telefónica únicamente tenía números de conocidas modelos, al lado de cuyos nombres el muy cerdo se había atrevido a poner una puntuación. Por supuesto, cuando encontré mi nombre no me sorprendió encontrar un «menos uno» a su lado, algo que me tocó aún más las narices. De modo que, tras enterarme de cuál sería la primera fiesta sórdida a la que asistiría ese principito después de regresar de nuestro viaje, decidí hacerme con su móvil a la primera oportunidad que tuviera para enviarles un mensaje a varias de sus compañeras de juegos.

El momento oportuno para mi jugada no tardó en aparecer cuando una dulce ancianita se esforzaba por bajar su pesado equipaje del autobús y Angelo, tan caballeroso como siempre, no pudo evitar ir en su auxilio, concediéndome el ratito que necesitaba para llevar a cabo mi maldad.

Cuando él volvió a su asiento, simulé que miraba algún mensaje en mi móvil dirigido a mí, cuando en realidad estaba comprobando, en la parte clonada del suyo, las respuestas de esas mujeres mientras me frotaba las manos tratando de imaginar cómo se las apañaría ese cretino para explicarse cuando sus examantes se reunieran a su alrededor, exigiendo su atención en exclusiva tras el alentador «Espero verte allí, ya que para mí eres la única, cielo, y deseo pasar toda la noche contigo» que les había enviado desde su teléfono, junto con la fecha y dirección de la fiesta.

Por supuesto, en cuando volví a casa señalé en mi calendario el día de la celebración y, como tenía claro que a mí jamás me dejarían entrar en uno de esos selectos eventos, esa noche fui en busca de la persona perfecta que me ayudaría a colarme, ya que nadie le negaría la entrada a la afamada Amanda Black. No me importó jorobar el día de descanso de mi querida prima y, totalmente convencida de que ella habría sido invitada a ese escandaloso acontecimiento, me pasé por su apartamento para reclamar su ayuda en esa pequeña venganza que estaba llevando a cabo contra mi modelo.

A pesar de que Amanda siempre ignorara todas las invitaciones que le mandaban para asistir a ese tipo de fiestas, no tardé en encontrarla entre su correspondencia, como había supuesto, y, tras pincharla e insistirle un poco, ella, con tal de librarse de mí, estuvo de acuerdo en ir conmigo a ese lugar.

Como imaginé desde el principio, el portero del edificio me miró de arriba abajo con sus reprobadores ojos en cuanto llegamos, ya que ni mi aspecto era el de una belleza ni mi ropa era tan selecta como las que vestían los demás asistentes. No obstante, a pesar de llevar unos simples vaqueros, una camiseta algo holgada y mi gorra de la suerte, no dudaba de que Amanda no permitiría que nadie despreciara a ningún miembro de su familia, de modo que, tapando la crítica

mirada que ese individuo me dedicaba con la invitación que esgrimía, se dirigió hacia él tan altivamente como sólo Amanda Black era capaz de hacer.

—¿Algún problema con mi acompañante?

—No, por supuesto que no, señorita Black —se apresuró a contestar el insufrible sujeto tras coger la invitación, babeando por ella y rendido a sus pies a la vez que se dejaba seducir por sus encantos, como hacían todos los hombres—. ¿Puedo preguntar quién la acompaña? —inquirió sutilmente ese admirador de mi prima, una cuestión que no era necesaria para franquearnos el paso a esa fiesta, pero sí para satisfacer su curiosidad personal.

Mi impertinente boca y yo estuvimos a punto de poner a ese tipo en su lugar cuando me percaté de que Amanda le dirigía una hermosa sonrisa, algo que podría haber malinterpretado como un gesto de amabilidad si no fuera porque yo conocía lo péfida que podía ser y lo falsos que eran algunos de sus gestos, sobre todo los que se dirigían a idiotas como el que nos entorpecía la entrada.

—¿No es obvio? Mi amante... —replicó ella, como solía hacer cuando le planteaban esa pregunta, quedándose tan ancha mientras ese tipejo me miraba con la boca abierta.

Me coloqué junto a mi prima, negando sutilmente con la cabeza ante las absurdas bromas de Amanda, pero, sin poder evitar seguirle el juego, puse mi mano alrededor de su cintura y, después de arrebatárle la invitación al portero, que aún estaba en *shock* porque sus sueños con la chica a la que admiraba hubieran sido destruidos, le guiñé un ojo mientras pasaba delante de él con una mujer que no podría llegar a conseguir ni en un millón de años.

Para joderlo un poco más, decidí darle una palmada juguetona en el trasero a Amanda mientras nos encaminábamos al ascensor privado que nos conduciría a la fiesta, algo ante lo que mi prima me regaló una mirada de fastidio que ese tipo sin duda interpretó erróneamente, porque casi se le saltaron las lágrimas al depresivo sujeto que habíamos dejado tras nosotras.

—Espero que en esta ocasión te comportes, Evie —comentó Amanda mientras se cerraban las puertas del ascensor y yo le hacía una burla al segurata.

—No te preocupes: lo haré —respondí, luciendo una sonrisa tal falsa como la de mi prima.

—No, no lo harás —suspiró ella mientras negaba con la cabeza, ya que me conocía demasiado bien. No obstante, ella nunca se negaría a seguirme en mis locuras, por más irracionales que éstas fueran, ya que era su adorada prima. Y menos aún cuando nuestra venganza contra los insultantes sujetos que denigraron a mi padre tan sólo acababa de comenzar.

\* \* \*

Esa fiesta a la que el agente de Luca me había obligado a ir era tremendamente aburrida. Mientras mi hermano sin duda habría disfrutado de ese bullicioso escándalo y no habría dudado en meterse en medio de todo para ser el centro de atención, yo estaba deseando volver al apartamento para descansar de mi trabajo y pensar en cómo convencer a mi gemelo para terminar

con toda esa farsa sin ganarme en el proceso el rencor de Evie, una mujer que por el momento sólo podría mantener a mi lado si ella seguía adelante con su plan de venganza, aunque fuera contra el hombre equivocado.

Esa glamurosa celebración en el ático de una afamada modelo cuyo nombre apenas podía pronunciar sólo me mostró lo desinhibida que podía ser la gente que rodeaba a Luca, un ambiente que, indudablemente, no lo había ayudado a madurar. Por todas partes, las parejas exhibían despreocupadamente sus afectos ante todos: en el *jacuzzi*, en la piscina del exterior, algo que se podía ver claramente desde las acristaladas puertas, así como en alguna que otra esquina de esa vivienda, sin que les importara lo más mínimo ser vistos.

La música estaba demasiado alta, los negros sofás de diseño que descansaban sobre blancas alfombras eran demasiado incómodos; los invitados, muy escandalosos; los adornos de esa casa, muy impersonales y tan ridículos como la piedra que tenía Luca en su cuarto de baño.

Así pues, disfrutando del único placer que un hombre como yo podía apreciar en semejante lugar, me acerqué a la barra de mármol detrás de la que los camareros servían bebidas y pedí un buen vino, que decidí mantener en todo momento entre mis manos, una copa de una excelente cosecha que ninguno de los presentes degustaba como se debía mientras admiraba, hastiado, todo lo que me rodeaba. Eso sí, en mis labios esbozaba una hipócrita sonrisa, ya que en esos instantes tenía que interpretar que era Luca, un papel que ya me estaba pesando bastante.

Más de una de las atractivas mujeres que habían acudido a la celebración se habían acercado a mí con insinuantes proposiciones que había rechazado cortésmente, pero, mientras que en otras ocasiones tan sólo una o dos de ellas habían probado suerte a la hora de meterse en mi cama, en ese momento varias chicas parecían haberse puesto de acuerdo para acosarme con sus encantos, unos encantos que me aburrían, ya que yo sólo buscaba tener en mi cama a una única mujer, aunque ésta huyera de ella a la menor oportunidad.

Pese a todo, mientras interpretara el papel de Luca tenía que sonreír estúpidamente ante otras si no quería arruinar la escandalosa y desordenada vida amorosa de mi hermano. «O tal vez lo mejor sería arruinarla», pensé maliciosamente, percatándome de una nueva manera de fastidiar a mi gemelo para que saliera del escondrijo en el que había decidido ocultarse para eludir sus responsabilidades.

Mis dudas sobre qué debería hacer a continuación se disiparon cuando unas nuevas invitadas se adentraron en ese apartamento. Y, aunque todas las curiosas miradas fueron dedicadas a la hermosa modelo que acompañaba a Evie, mis ojos no podían apartarse de mi fotografía, sin importar que sus prendas no fueran las más apropiadas o que su comportamiento distara mucho de ser el adecuado cuando le arrebató la bandeja al camarero que pasaba por su lado para, seguidamente, devorar los aperitivos que había en ella mientras buscaba a alguien con la mirada, acomodada en uno de esos lujosos y modernos sofás.

Supe que era a mí a quien andaba buscando en el preciso instante en el que una ladina sonrisa acompañó el brillo de esos hermosos ojos azules cuando me divisó entre la multitud. Sin duda,

Evie solamente había asistido a esa fiesta para llevar a cabo alguna más de sus vengativas acciones contra Luca. ¡Qué pena que él se hallara a más de seis mil kilómetros de distancia y tuviera que ser yo quien las recibiera!, pensé irónicamente mientras me preparaba para otra de las jugarretas de esa chica.

—¡Hola, Luca! ¡Al fin te encuentro! No he podido evitar acudir a la fiesta y acercarme a ti, después de ese cariñoso mensaje tuyo en el que decías que yo era única y que querías pasar la noche conmigo... —ronroneó una preciosa modelo pelirroja a la que no dudé en sonreír tan hipócritamente como solía hacer mi hermano para agasajar a todas las mujeres que se le acercaban mientras intentaba asimilar lo que me acababa de decir. El amable gesto con el que pretendía obsequiarla se heló en mi rostro cuando oí a otra joven que se había acercado a nosotros, interrumpiéndonos con las mismas razones que la primera.

—¡Ya estoy aquí, amor, muy dispuesta a pasar la noche contigo! Me encantó que me dijeras que soy la única para ti...

—¡Espera, espera un momento, guapa! ¡Luca ha quedado conmigo esta noche! —intervino abruptamente una chica rubia que se había sumado a nuestra conversación.

—¿Perdona?! —gritó indignada la pelirroja que estaba a mi lado, defendiendo su posición—. ¡Luca me envió un whatsapp a mi móvil en el que me aseguraba que quería verme a mí y sólo a mí! —afirmó mientras mostraba un mensaje en la pantalla de su iPhone, creyéndose importante, algo que las otras que la rodeaban no tardaron en refutar cuando mostraron el mismo texto en sus respectivos móviles.

Como mi hermano y yo habíamos intercambiado nuestros teléfonos, yo sabía que en esa ocasión Luca no había podido llevar a cabo ninguna de sus jugarretas para jorobarme, así que la única posibilidad que me quedaba como indudable instigadora de esa incómoda situación era el diablillo que observaba desde lejos, con una reveladora sonrisa, el lío en el que me hallaba.

No tenía ni idea de cómo había conseguido Evie apropiarse del móvil de mi hermano durante el tiempo suficiente como para mandar un mensaje a cada una de esas chicas. Lo que sí quedaba claro era que quería llevar a cabo su venganza contra mi desvergonzado gemelo acabando con la extensa agenda de mujeres de la que siempre presumía, una muy buena idea que apoyé secretamente en mi interior, porque... ¿qué mejor manera para hacer de Luca un hombre decente que acabar con todas sus conquistas?

Sonriendo burlonamente hacia ellas, no dudé en comportarme como todo un donjuán y me reí de sus celos mientras intentaba calmarlas con las bromas que mi gemelo solía utilizar.

—¡Chicas, chicas! ¡No discutáis, que aquí hay Luca para todas!

Aunque me miraron algo resentidas por esas palabras, ninguna de ellas se apartó de mí, tal vez porque ninguna lo amaba realmente y sólo jugaban con mi hermano tan frívolamente como él hacía con ellas.

—Tienes razón, Luca... ¿Por qué no vamos a un lugar más cómodo donde pasar un buen rato? —propuso la pelirroja mientras acariciaba insinuadamente mi torso.

Las otras dos jóvenes no dudaron en agruparse junto a mí para no perder su turno. Sin embargo, mientras que mi hermano habría cedido fácilmente a sus caricias, lo cierto era que yo sólo quería estar junto a una mujer muy concreta, una que en esos momentos me miraba expectante, a la espera de que su fechoría diese resultado. Así que, resuelto a no hacerla esperar, dije a mis acompañantes:

—Perdonad, ¿podrías recordarme vuestros nombres? Es que soy un hombre que suele olvidarse con facilidad de sus errores...

Las risas de las modelos que me acompañaban y sus insinuaciones no tardaron en quedar en silencio tras mis palabras, hasta que finalmente se alejaron de mí con una airada mirada que prometía no volver a prestar atención a ninguno de mis mensajes en el futuro... o, mejor dicho, a los de Luca.

Sonriendo lleno de satisfacción ante esta jugada que yo nunca me habría atrevido a realizar, pero que Evie me había puesto en bandeja para fastidiar un poco más a mi esquivo hermano, busqué a la instigadora de todo para mostrarle con mi sonrisa lo poco que me había afectado su infantil travesura, pero mi sonrisa se borró de mi cara en cuanto vi ante mí a la última persona a la que esperaba encontrarme en ese lugar: Sofía, cuyos ojos negros reconocieron en mí a ese hombre en el que siempre había confiado.

—¿Angelo? —preguntó, entre sorprendida y enfadada.

Absolutamente confundido, no tuve más remedio que responder con la verdad:

—Sí, Sofía, soy yo. Si me permites, puedo explicarte...

—¿Cómo has podido hacerme esto?! ¡Recibo un extraño mensaje de Luca pidiéndome que me reúna aquí con él y me encuentro con que el hombre que está frente a mí no es quien yo pensaba y, obviamente, el que ha estado hasta ahora conmigo mostrándome su cariño es quien menos me imaginé! ¡Ahora encaja todo! ¡¿Cómo te has atrevido a jugar conmigo y con mis sueños?! ¡Si no me querías, simplemente podrías habérmelo dicho, en lugar de tomarme el pelo regalándome a los despreocupados brazos de tu hermano como si fuera un juguete sin importancia!

—Sofía, déjame que te explique... Se suponía que nuestro intercambio iba a ser por un corto período de tiempo, para sacar a Luca de un lío en el que se había metido, y que, después, yo volvería a casa para casarme contigo. Mientras tanto, Luca se haría pasar por mí y se comportaría adecuadamente contigo.

—¿Luca nunca ha sabido comportarse, eso es algo que ya deberías saber! —exclamó, furiosa. Y por unos instantes, mientras me fijaba en su mirada perdida, no supe si su ira iba dirigida a mí o a mi hermano.

—Luca es... —intenté excusar una vez más a mi gemelo, sin saber realmente hasta dónde habría llegado con mi prometida.

—¿Luca no tiene excusa, pero tú tampoco! ¡Esto es lo único que te mereces! —terminó diciendo Sofía, propinándome la sonora bofetada que me había ganado con creces.

—Lo siento... —me disculpé, sabiendo que por una vez me había comportado tan egoístamente

como Luca. Y, a pesar de ello, cuando mis ojos se encontraron con los de la vengativa chica que me sonreía con satisfacción desde la otra punta de la habitación, regodeándose en mi dolor, no me arrepentí de ello.

—No vuelvas a acercarte a mí... —finalizó Sofía, lastimándome con sus palabras mientras se alejaba, porque, sin duda, aún la consideraba como una hermana pequeña.

Cuando Sofía comenzó a perderse entre los presentes pensé en dejarla marchar sin más, hasta que me dije que tal vez Luca no era tan despreocupado con su amor como todos creíamos y que tan sólo intentaba ocultarnos a todos lo que sentía de verdad. Por ello, me decidí a seguir a Sofía para explicarle cómo era Luca, para lo que no dudé en adentrarme entre la multitud. Mientras lo hacía, la mujer que removía mi mundo como nadie lo había hecho se rio de mí abiertamente, algo que hizo que la observara con frialdad con una de mis reprobadoras miradas, por el dolor que, sin saberlo, había ocasionado con sus artimañas.

Ella me dirigió una satisfecha sonrisa mientras se quitaba su gorra para que no tuviera duda de quién había sido la instigadora de ese drama y yo no dejé de advertirle con mis fríos ojos que, en esa ocasión, sus acciones, al igual que las mías, no tenían perdón. Ya que mi mejilla había recibido el merecido castigo, no pensaba dejarla a ella sin el suyo. Sus ojos ignoraron mi advertencia y yo me olvidé de Evie por el momento mientras intentaba poner algo de orden en la vida de Luca a pesar de que ésta ya no tuviera remedio.

Cuando alcancé a Sofía, me sentí un completo canalla al ver las lágrimas que manchaban su rostro.

—Espera, Sofía, Luca no es como tú crees.

—Entonces, ¿no es un hombre despreocupado, egoísta y con un ego inmenso al que no le importa otra cosa que no sea su propia persona?

—Bueno, verás... Luca es... —intenté buscar algún fallo en la descripción que acababa de hacer de él, pero para mi desgracia ella lo conocía demasiado bien y no podía rebatir ninguna de sus palabras, aunque sí podía hacer una observación acerca de algo de lo que nadie se había dado cuenta, salvo yo en alguna ocasión—. No puedo negar que Luca es así, pero contigo es algo más que ese despreocupado individuo que todos vemos... o, por lo menos, intenta serlo.

Sofía se limpió las lágrimas y, como si estuviera reflexionando sobre el hombre que sólo ella podía llegar a conocer tan bien, me exigió:

—No quiero que aparezcas por los viñedos... o, por lo menos, no lo hagas hasta después de la boda.

—Sofía, ¿qué piensas hacer? —pregunté, preocupado tanto por su tierno corazón como por el de mi confuso hermano.

—Quiero saber hasta dónde está dispuesto a llegar Luca con esta farsa y si esto para él solamente es un juego, porque, admitámoslo, Angelo, se merece una lección que tú nunca le has dado y que yo estoy más que dispuesta a darle —dijo, dejando atrás sus lágrimas mientras en sus

ojos aparecía un malicioso brillo que yo ya me había acostumbrado a vislumbrar en los ojos de otra chica.

Sabiendo lo peligrosas que podían ser las mujeres al reclamar una merecida venganza, me decidí a dejarla ir.

—Si quieres que te perdone, Angelo, tienes prohibido decirle a Luca que sé la verdad.

—Sofía, no lo hagas sufrir demasiado: él te quiere —afirmé, haciéndole saber que si Luca había jugado con ella sólo se debía a que creía que nunca tendría la oportunidad de acercarse a su amor de otra manera que no fuera ésa, algo de lo que yo me había percatado, tal vez demasiado tarde, y no quería que Sofía lo dejara pasar—. Y tú también lo amas —le dije a mi confusa amiga. Dicho esto, tras besar su frente con cariño, le hice ver la verdad que mostraba el hecho de que ella se encontrara en ese momento frente a mí a causa de un simple y estúpido mensaje—. Únicamente querías confirmar lo que ya sabías, ¿verdad? —concluí, tras darme cuenta de que Sofía era la primera persona, aparte de nuestro abuelo, que había sabido ver a través de nuestros engaños, y no era por verme a mí, sino a Luca, el hombre al que desde siempre había intentado ignorar.

—No sé de qué me hablas —replicó, enojada con mis palabras, y, mientras echaba su melena a un lado tan presumidamente como siempre para alejarse de mí sin molestarse en volver su vista atrás, supe que el daño que yo le había hecho sería curado por mi hermano, aunque sólo si ella se dejaba.

—¡Oh, Luca! Sin duda, de una u otra manera vas a recibir lo que te mereces —murmuré a la vez que me frotaba las manos al pensar en la que le esperaba a ese despreocupado sujeto que era mi hermano—. Y ahora... a por una revoltosa que se ha ganado un buen escarmiento —me dije, mientras mis ojos buscaban al diablillo de ojos azules cuyas acciones, en esa ocasión, me habían irritado demasiado como para ser pasadas por alto.

## Capítulo 10

Evie no dudó a la hora de ir en busca del hombre al que había fastidiado para regodearse en su venganza antes de decidirse a desaparecer de la fiesta. Mientras lo hacía, intentaba convencerse de que su insistencia al perseguir a Angelo no tenía nada que ver con que su irracional corazón le hubiera dolido al verlo correr detrás de una chica que no fuera ella, o cuando observó que los ojos que siempre miraban con diversión cada una de sus acciones habían perdido su sonrisa para dirigirse fríamente hacia ella mientras la reprendía a causa de otra mujer.

Cuando lo encontró entre la multitud, lo halló discutiendo acaloradamente con esa chica que, al parecer, no formaba parte de su agenda como un número más, sino que ocupaba un lugar importante en la misma y en su corazón. Una vez que los gritos cesaron y él la besó amablemente en la frente, Evie sintió cómo su corazón se encogía, ya que éste, irracionalmente, lo reclamaba como suyo al igual que su cámara cada vez que Angelo posaba para ella.

Sin querer ver más de esa cariñosa escena que se había desarrollado delante de sus narices, declarándola como una intrusa, se alejó apresuradamente de ese hombre antes de que él se diera cuenta de su presencia. Mientras corría entre la gente para alejarse de Angelo, notó cómo su rostro se mojaba con unas lágrimas que nunca había querido mostrar a nadie. Pero, como todos sus demás sentimientos cada vez que estaba junto a su modelo, éstos se desbordaban sin que ella pudiera hacer nada para impedirlo.

Finalmente, antes de que llegara a la salida, unos fuertes brazos la retuvieron y la obligaron a revelar una cara que delataba cada una de sus confusas emociones.

—¿Me buscabas? —preguntó una conocida voz junto a su oído, haciendo que su corazón saltara. Y, a pesar de limpiar disimuladamente sus lágrimas, Evie se negó a cruzar su mirada con la de ese hombre.

—No, yo sólo he venido a divertirme —contestó y, sin decir nada más, cogió la primera copa que pasó junto a ella sobre la bandeja de un camarero para acabársela de un solo trago a la vez que intentaba simular, detrás de una fingida sonrisa, que sus palabras eran ciertas.

—¿Y lo haces? ¿Te diviertes? —se interesó Angelo, siguiendo el rastro que habían dejado las lágrimas de Evie con la yema de sus dedos mientras se enfrentaba a esos furiosos ojos que, una vez más, lo culpaban de algo de lo que sin duda era inocente, ya que, a pesar del interés que había suscitado en las mujeres que habían desfilado ante él, Angelo esa noche sólo podía pensar en Evie.

—La noche acaba de comenzar, y yo apenas estoy empezando con mi diversión —replicó ella

mientras vaciaba de un solo trago otra de las copas del confuso camarero que ella retenía a su lado sin la menor intención de dejarlo marchar.

—Si quieres, puedo acompañarte en esa diversión —se ofreció él, al tiempo que se hacía con la última copa de la bandeja del camarero, concediéndole finalmente la oportunidad de huir de esa disputa.

—No, gracias —se negó Evie. Luego, cambiándole su copa vacía por la llena que él sostenía, volvió a acabársela de un único trago antes de apuntar con furia mientras recordaba a las chicas que se le habían acercado a Angelo hasta ese momento—: Creo que has estado bastante bien acompañado todo el rato. No me necesitas para nada.

—Sospecho que, de algún modo, eso te lo debo a ti, pues yo no le había pedido a nadie que me acompañase a este evento, ni tampoco había invitado a ninguna mujer a que compartiera mi cama. O, para ser más exactos: aún no lo he hecho —añadió, dirigiendo una ávida mirada a Evie, mostrando abiertamente cuál era su deseo.

—Pero, al parecer, ya has elegido... —le recriminó la fotógrafa mientras sus ojos seguían los pasos de la hermosa chica que, a pesar de haberse alejado de Angelo hacía unos instantes, formaba tan buena pareja con él.

—Sí, tienes razón: ya lo he hecho —reconoció él sin dejar de admirar a Evie, ignorando a todas las otras féminas del lugar.

—No me gusta jugar contigo, Angelo: eres demasiado engañoso y escondes muchos secretos.

—Cierto, no te imaginas cuántos... —declaró, mostrando en sus labios una maliciosa sonrisa que la advertía de que nada la libraría de terminar el juego que ella había iniciado. Que finalizara como Evie había planeado o no..., ésa era otra cuestión.

—No me interesa, no quiero saberlo —replicó Evie, intentando alejarse una vez más de ese hombre que siempre que dirigía su intensa mirada hacia ella la hacía sentirse especial.

—¡Oh, sí! Sí quieres, o por lo menos sí lo quiere tu cámara cada vez que me enfocas con ella. Evie, deja de huir de mí y juega conmigo otra vez, como deseas en realidad —propuso Angelo. Y, después de quitarle la copa vacía de la mano, la soltó en una de las oportunas bandejas que pasaban junto a ellos, para luego retener su esquiva mano y dirigirla hacia su pecho, donde Evie podría notar cómo su alocado corazón la deseaba a ella, sólo a ella. Que Evie quisiera obviarlo una vez más también era otra cuestión.

—Demasiada competencia para un premio tan pobre —soltó despectivamente, intentando bajar el ego de ese tipo que creía que con unas simples palabras elogiosas caería rendida a sus pies.

Pero, donde otros hombres se habrían sentido terriblemente ofendidos, Angelo se limitó a reírse de ella. Antes de dejarla marchar, le recordó:

—Muchas gracias por preocuparte porque mi cama estuviera vacía. Admiro tu dedicación por llenarla, pero en estos momentos hay una sola mujer a la que quiero meter en ella, así que, cuando estés preparada para jugar conmigo de nuevo, te estaré esperando. Después de todo, soy tuyo por el tiempo que tú quieras, tanto en el trabajo como fuera de él. Ahora sólo tienes que atreverte a

reclamarme. ¿Lo harás, Evie? ¿Me reclamarás? —preguntó Angelo tentadoramente al oído de su fotógrafa para luego alejarse de ella, permitiendo que huyera nuevamente de lo que ambos sentían.

\* \* \*

Mi plan no había salido como esperaba, una vez más.

En esos momentos, Angelo se alejaba de mí con una maliciosa sonrisa en los labios mientras me hacía dudar sobre si sus palabras serían ciertas o si se trataría tan sólo de otra más de las artimañas que usaba con las integrantes del sexo opuesto para conquistarlas.

Sin poder evitarlo, busqué la pequeña cámara que siempre llevaba conmigo cuando dejaba la profesional en casa y, como si él supiera de algún modo que lo estaba apuntando con ella, sus ojos me miraron directamente, enseñándome a través de ella que lo único que deseaba en esos instantes era a mí, y eso era una verdad que ni yo ni mi cámara podíamos negar.

Decidida a apartarme de él, busqué a mi prima por todos lados en esa disparatada fiesta, en la que algún que otro invitado había comenzado a desprenderse de sus ropas, por más escasas que éstas fuesen ya de antemano. Como el incómodo pero elegante sofá donde había dejado a Amanda estaba vacío, me preocupé por ella y empecé a preguntar a todos los que me cruzaba por su paradero. Sin embargo, como yo no era una exuberante modelo, mis indagaciones sólo lograron que varios de los presentes se molestaran conmigo y llamaran a seguridad para mostrarme mi lugar.

Cuando el energúmeno segurata que nos había recibido en la entrada se dirigió hacia mí con una complacida sonrisa, supe que no esperarí a escuchar mis palabras antes de echarme a la calle. Sin embargo, no estaba dispuesta a irme sin Amanda y me mantuve firme, advirtiéndole con una pendenciera mirada lo que le esperaba si pretendía deshacerse de mí antes de que encontrara a mi prima.

—Señorita, está molestando a los invitados. Puesto que usted solamente ha venido como una mera acompañante, ¿podría hacerme el favor de seguirme hacia la salida? —dijo con demasiada amabilidad, un gesto que estropeó al mostrar en su rostro lo mucho que lo satisfacía poder ponerme de patitas en la calle.

—No; hasta que no encuentre a Amanda no pienso moverme de aquí —sentencié, cruzándome de brazos a la vez que miraba acusadoramente a todos los que se negaban a decirme dónde estaba mi prima.

Las personas que se reunían a mi alrededor, regodeándose con el escándalo, me miraban desde detrás de sus copas mientras se reían abiertamente de mí y de mi estúpida idea de salvar a una mujer como Amanda Black, pero es que ellos no la conocían como yo y no sabían lo inocente que podía llegar a ser mi prima: Amanda y yo habíamos descubierto a una edad muy temprana que en este complicado mundo los príncipes azules que salvan a damiselas en apuros no existen y que,

finalmente, es una misma la que tiene que hacerse valer por sus propios medios. Por eso aprendimos muy pronto a apoyarnos la una en la otra mientras nos cuidábamos mutuamente.

—Entonces no me queda más remedio que sacarla por la fuerza, señorita —anunció amenazadoramente ese gorila y, cuando ya me colocaba mi gorra, dispuesta a enfrentarme a ese tipo con todo lo que tenía, un fuerte brazo retuvo mis impetuosas acciones. Para mi asombro, el príncipe de ese cuento olvidado apareció ante mí para ayudarme.

—No creo que la violencia sea necesaria en esta situación. Lo único que ha reclamado esta señorita es conocer el paradero de su amiga. En cuanto la encuentre, yo mismo la acompañaré a la salida; no obstante, si persiste en sacarla a la fuerza, creo que tendré que oponerle algún argumento de peso para hacerle cambiar de opinión —anunció Angelo, ante el asombro de todos, que nunca habían visto esa faceta suya y se quedaron sorprendidos. Por mi parte, me deleité observando los caballerosos modales que él siempre me dedicaba: Angelo se desprendió de su chaqueta y, arrojándomela, se subió las mangas de la camisa para enfrentarse a ese hombre que no desistía de su decisión de expulsarme del lugar.

La pelea apenas duró unos instantes. Angelo, como todo un profesional, esquivó con asombrosa rapidez los puños de ese tipo y, como si fuera una persona acostumbrada a tratar con sujetos tan corpulentos como ése, cuando éste se abalanzó hacia mi modelo, él simplemente se apartó a un lado y, tras dos fuertes golpes en el sitio adecuado, lo hizo caer inconsciente sobre la mullida alfombra. Luego, para mi sorpresa, su actuación no terminó allí, ya que sus ardientes y amenazadores ojos se dirigieron hacia las personas que nos rodeaban para exigirles una respuesta:

—¿Y bien? ¿Dónde está...? —Angelo se detuvo y buscó mi mirada, preguntándome por el nombre de mi prima. No dudé en decírselo, consciente de que él conseguiría la información que a mí me habían negado.

—Amanda Black.

—Ya han oído a la señorita, ¿dónde está Amanda Black? —repitió mientras recuperaba su chaqueta de mis manos para colocarla sobre uno de sus hombros, dispuesto a seguirme allá donde le indicaran.

—¿No es obvio? Una chica como ella seguramente se habrá escondido en una de las habitaciones con algún atractivo modelo —manifestó una mujer con un más que evidente desprecio por mi prima en su voz, hecho que me llevó a sospechar que ella era la culpable de que Amanda hubiera sido conducida hacia algún oscuro cuarto.

—Tal vez deberíamos concederle algo de intimidad y... —comenzó a decir Angelo, pero, antes de que él terminara de hablar, yo ya me dirigía con rapidez a buscarla.

—¡Amanda nunca iría a una de esas estancias con un desconocido! De hecho, nunca habría venido a esta fiesta si no fuera porque yo la empujé a ello...

—¿Qué vas a hacer cuando la encuentres? —inquirió él, siguiéndome en mi alocada carrera hacia la zona de los dormitorios.

—Salvarla —respondí, recibiendo como respuesta un resignado suspiro de ese hombre.

—¿Y si no necesita que la salves?

—Sí lo necesita, porque, ¿sabes una cosa, Angelo?, los príncipes azules no existen, por más que intentes demostrarme lo contrario —repliqué, provocando que se riera de mí, aunque eso no me importó nada, ya que, cuando encontramos a Amanda, tal y como yo pensaba, se hallaba en apuros.

Un despreciable sujeto intentaba aprovecharse de ella mientras su cuerpo, sin duda aturdido por alguna droga, no oponía resistencia alguna ante los avances de ese asqueroso que la apoyaba contra la puerta de una habitación. Cuando ya me disponía a correr hacia Amanda para rescatarla de ese extraño, un fuerte brazo retuvo mi avance. En ese momento alcé mis acusadores ojos hacia el hombre que me había ayudado hasta entonces, preguntándole en silencio por qué me impedía socorrer a mi prima reteníendome a su lado. Angelo tan sólo apretó más fuerte mi cuerpo contra el suyo y, susurrándome al oído, me señaló algo de lo que no me había percatado:

—El príncipe ha llegado.

Asombrada, observé desde nuestro oculto rincón al fotógrafo del que Amanda había estado intentando vengarse por ofender a mi padre, ese chico que debería odiarla tan profundamente como ella me había asegurado que lograría después de acabar con él, y, sin embargo, ahí estaba, haciendo frente al sujeto que pretendía aprovecharse de mi prima.

De un único y contundente puñetazo dejó inconsciente en el suelo al idiota que se había intentado aprovechar de ella. Luego se dirigió hacia Amanda y, revelando con cada uno de sus preocupados gestos el cariño que sentía por esa chica, no tardó en mostrar también su enfado por las tontas acciones de la modelo, a la vez que la reprendía mientras la cargaba sobre uno de sus hombros para darle una lección.

En ese instante me dispuse a ayudar a mi prima, en esa ocasión para librarla del impetuoso fotógrafo que la cargaba como si de un saco de patatas se tratase, pero los brazos de Angelo volvieron a retenerme para hacerme ver la verdad que me negaba a observar ante mí.

—¿A dónde vas?

—¡A rescatarla! ¡Suéltame! —contesté, mirándolo con decisión mientras me debatía entre sus brazos.

—Pero ¿no ves que en este caso no necesita ser salvada? —me planteó Angelo, señalándome la estúpida sonrisa de enamorado de ese hombre, así como las manos de Amanda, que, aunque su boca protestara ante el trato que estaba recibiendo, se agarraban fuertemente a su fotógrafo, negándose a dejarlo marchar. Finalmente, ante esa revelación, decidí no intervenir y dejarla ir.

—Bueno, pues entonces lo mejor será que me vaya de este sitio antes de que me echen —dije, intentando deshacerme de nuevo de esos brazos a los que me estaba acostumbrando tal vez demasiado.

—¡Buena idea! ¡Larguémonos de aquí! —propuso Angelo y, para mi asombro, me alzó en brazos y, acogiéndome protectoramente entre ellos como si fuera una princesa de cuento, se dirigió hacia la salida.

—¡Suéltame! ¡Esto es ridículo! —protesté, procurando que me soltara—. ¡Ni yo soy una indefensa princesita ni tú eres un príncipe que debe salvarme!

—Tienes razón, Evie: los príncipes que salvan a las princesas en apuros en el último instante no existen, pero siempre habrá algunos hombres dispuestos a hacer lo imposible por la mujer a la que quieren —manifestó Angelo mientras rebatía mis cínicas palabras, sin importarle nada los rumores que se estaban formando a su paso mientras nos alejábamos—. Y, sobre eso de que no eres una indefensa princesita, estoy de acuerdo con ello, pero en estos momentos no te llevo entre mis brazos por eso, sino porque, para mí, simplemente eres la mujer a la que amo.

Con su repentina confesión, consiguió dejarme sin habla y que finalmente me rindiera a él, dejándole que me sacara de ese lugar como le diera la gana. Yo tapé mi rostro poniéndolo contra su pecho, avergonzada a causa de las entrometidas miradas y los cuchicheos que se levantaron a nuestro paso, aunque los invitados no parecieron prestarnos demasiada atención, ya que toda su curiosidad la había acaparado mi prima al salir de ese apartamento de una forma mucho más escandalosa que yo, lo que sin duda daría alas a la prensa para un nuevo chismorreo.

Cuando llegamos a la salida de ese edificio, el molesto guardia de seguridad que Angelo había dejado inconsciente unos minutos antes nos miró airadamente mientras acariciaba su dolorida mandíbula.

—Ya le dije que yo mismo la conduciría a la salida en cuanto hubiera encontrado a quien buscaba. Como puede ver, he cumplido mi palabra —dijo Angelo, antes de continuar—. ¿Sabe?, ser un caballero, en ocasiones, tiene su recompensa —finalizó, para, a continuación, darme un atrevido beso delante de ese tipo. Y, mientras el armario empotrado me miraba boquiabierto, probablemente tratando de imaginar qué podría haberme dicho Angelo para que de pronto me gustaran los hombres, no pude evitar reírme abiertamente de ese estúpido al pasar junto a él.

Cuando abandonamos esa escandalosa fiesta, mi modelo no dejó de cargarme entre sus brazos hasta llegar a una cara motocicleta sobre la que me subió.

—¿A dónde me llevas? —pregunté, confusa, mientras me colocaba el casco que él me tendía.

—¿Acaso importa demasiado? —replicó sonriendo pícaramente, mostrándome una faceta nueva con la que sin duda me revelaba que quería jugar conmigo.

—No, no importa —susurré cuando Angelo se subió delante de mí y por fin pude abrazar de nuevo el cuerpo del hombre que tanto me reconfortaba y con el que, a pesar de que debía odiarlo, siempre me sentía protegida.

Él sonrió y, antes de que yo tuviera tiempo de recuperar la cordura y repasara todas las razones por las que debía rechazarlo, arrancó la moto y me llevó lejos de todo lo que nos recordara que, en el peligroso juego de venganza que había comenzado, no tenía cabida el amor.

\* \* \*

En cuanto Angelo arrancó el vehículo, las cámaras que no les habían prestado apenas atención

parecieron encontrar un jugoso cotilleo con el que cebarse. Sin dejar de apuntar hacia ellos, los *flashes* comenzaron a dispararse. Sin embargo, Angelo, con gran habilidad, pegó un giro con la moto, consiguiendo que la prensa sólo pudiera captar un borroso momento. Mientras huían a gran velocidad, Evie no pudo evitar bromear con el modelo que siempre posaba para ella con su mejor cara.

—¿Por qué no posas para ellos tan despreocupadamente como hacías antes? Con que les dediques unos minutos de tu tiempo, tal vez podrías conseguir que nos dejaran en paz.

—Porque no soy como antes. Ahora sólo poso para mi fotógrafa, la única persona que es capaz de verme tal y como soy —respondió, apretando por unos segundos una de las manos que se agarraban con fuerza a su cintura.

Evie, cerrando enérgicamente sus ojos a la realidad, se apoyó en Angelo y, por una vez, quiso ver en él exclusivamente lo que su cámara le enseñaba. Tardaron un par de horas en llegar a su destino, que no era un lujoso apartamento o un grandioso hotel donde la prensa hubiese retratado con anterioridad a Angelo en más de una ocasión saliendo con alguna famosa modelo, sino un pequeño hotel junto a la playa con el aspecto de una romántica casa victoriana, un lugar donde el sonido de las olas arrullaba los sueños de quienes se alojaban en él.

La luna brillaba, grande y hermosa, reflejando su esplendor sobre el agua. Angelo dejó a su apasionada fotógrafa en la solitaria playa, quien se acercó a la orilla, ensimismada con el bello paisaje que se extendía ante ella. Sin interesarse por nada más, la chica sacó su cámara para immortalizar esa espectacular imagen en ella. Mientras Evie se hallaba sumida en su trabajo, él aparcó la motocicleta y reservó una habitación en ese pequeño paraíso.

Cuando volvió junto a ella no pudo evitar sonreír al ver cómo su cámara la mantenía absorta y totalmente abstraída, sin prestar atención a nada más.

Sentándose en la arena detrás de ella, Angelo observó con admiración el talento de esa mujer al captar la hermosura de las cosas sin poder evitar sorprenderse por ello.

—Por más que lo niegues, no puedes evitar ser buenísima en lo que haces.

—Adoro los paisajes que me pueden mostrar momentos de ensueño como éste, o los animales, que me sorprenden con sus asombrosas acciones, pero las personas... eso es algo que, como has podido comprobar, se me resiste... —se sinceró Evie sin dejar de disparar su cámara.

—Creo que las personas poseemos demasiadas facetas en nuestra personalidad como para que una simple cámara pueda captar toda nuestra esencia —declaró él, tumbándose despreocupadamente en la arena para contemplar las numerosas estrellas que en la ciudad quedaban ocultas por las luces urbanas y que, al igual que él, no mostraban el brillo que podían revelar en el despejado cielo de la Toscana. Mientras recordaba su hogar con nostalgia y a todos los amigos que lo esperaban allí, Angelo no pudo evitar replicar la cínica visión que tenía Evie del mundo—. Pero nuestras acciones también pueden ser buenas y sorprendentes. No me gusta la vacía belleza que muestran las revistas, pero sí esas imágenes de la gente que en su día a día es capaz de hacer cosas asombrosas por otros, desvelando lo maravillosos que son por dentro.

—Y, pese a ello, tú eres uno de esos vacíos modelos que ocupan las páginas de esas revistas —le recordó mientras se tumbaba en la arena para observar junto a él la llamativa luna que los iluminaba esa noche con su resplandor.

—Sí, pero no me considero guapo.

—Bromeas, ¿verdad? Si a cada instante te vanaglorias de ello... —dijo Evie, sorprendida, alzando irónicamente una de sus cejas en respuesta a las mentiras que ese hombre podía manifestar con tanta facilidad.

—Ya, pero lo digo en broma —insistió Angelo, sin llegar a convencer en absoluto a la mujer que tenía junto a él—. Bueno, vale..., en ocasiones puedo parecer vacío, superficial, falso y algo infantil. En resumen: un niño mimado que no ha acabado de crecer —se describió, enunciando todos los defectos de su hermano que en ese momento le impedían acercarse a Evie.

—Parece como si estuvieras hablando de otra persona en vez de ti mismo...

—Tal vez porque soy otra persona cuando estoy contigo y no quiero que veas todos esos defectos que me alejan de ti —comentó mientras se alzaba sobre ella para que sus ojos sólo lo vieran a él.

—La luna me engaña, porque, a pesar de verla tan cercana a mí, cada vez que intento alcanzarla, se encuentra demasiado lejos de mi mano —susurró la chica, levantando una mano en dirección a ese astro, que brillaba por detrás de Angelo, pero éste atrapó la impulsiva mano, exigiendo sus caricias.

Evie, rindiéndose a ese hombre y a los encantos que éste mostraba sólo ante ella, acarició su rostro para mirar intrigada a ese atractivo modelo a la vez que se preguntaba una vez más cuánto de lo que él le enseñaba era la verdad y cuánto lo que a ella se le escapaba.

—Dime, Angelo, ¿cuánto me estás engañando?

Sus palabras fueron silenciadas por un beso que le recordó que la pasión que sentía en los brazos de ese hombre era la única verdad que nunca podría negar.

Angelo la besó como si quisiera apoderarse de cada uno de sus pensamientos para que en ellos sólo él estuviera presente. Sus labios demandaron la boca de Evie una y otra vez, y su lengua le exigió una respuesta a su agresivo avance. Mientras Angelo reclamaba el sabor de esa mujer, uno que pretendía no olvidar nunca, le recordaba el de su propio deseo, haciendo que Evie no pudiera ignorarlo.

Cuando la chica se sintió abrumada por la pasión que ese hombre siempre le exigía, no pudo evitar que un gemido de goce escapara de sus labios, algo que él aprovechó para acercarse más a ella y mostrarle con su proximidad la evidencia de su deseo.

Una de las manos de Angelo se enredó en los cortos cabellos de Evie, evitando que se apartara de él y que su boca lo rechazara, porque, si sus labios dejaban de besarla, ella volvería a poner una barrera entre ellos con cada una de sus palabras; unas palabras que le recordaban las mentiras que ocultaba, mentiras con las que Evie acabaría odiándolo a él y no a la farsa que representaba... y eso era algo que Angelo no estaba preparado para afrontar, y menos aún cuando ella había

empezado a mostrar que, por unos instantes, podía ser suya si conseguía que dejara de lado todo lo demás.

En el momento en el que las manos de Evie finalmente lo abrazaron rindiéndose a él, Angelo se permitió abandonar el dulce sabor de sus labios para deleitarse con el del resto de su cuerpo. Despojándose de la elegante camisa que nunca iría con él, la arrojó despreocupadamente a un lado sin importarle nada cómo acabara la cara prenda de su hermano. Después, sus manos levantaron lentamente la holgada camiseta de Evie, desnudando cada palmo de su cuerpo y, mientras lo hacía, no pudo evitar besar la tentadora piel que quedaba expuesta ante él.

Los labios de Angelo rozaron provocativamente el ombligo de Evie, donde un *piercing* lo tentaba y provocaba. A continuación, continuó avanzando despacio en sentido ascendente. Cuando la sugerente ropa interior que ocultaba Evie fue expuesta ante sus ávidos ojos, no pudo evitar admirar la exuberante belleza de esa mujer.

Sus besos rodearon el delicado encaje negro que cubría los senos de Evie mientras sus ansiosas manos los acogían, dedicándoles sutiles caricias a sus enhiestos pezones. Los gemidos de rendición que Evie emitía provocaron que Angelo fuese cada vez más audaz en sus avances y, tras dedicarle una ladina sonrisa a Evie adelantándole lo que se avecinaba, la despojó de su camiseta, arrojándola luego a un lado para hundir su cabeza entre los jugosos senos y degustarlos por encima de la fina tela de encaje negra que apenas ocultaba algo a su ansioso deseo.

Los labios de Angelo succionaron los turgentes pezones de Evie, humedeciendo esa prenda que el modelo no tenía claro si pretendía ocultar ese seductor cuerpo que se mostraba ante él o exponerlo aún más. Sus dientes la torturaron con leves mordiscos que la hacían estremecerse entre sus brazos, y una de sus manos descendió por la suave piel hacia lugares más íntimos, donde sus caricias avivaron el ardor de ella. Mientras, con la otra mano, Angelo la retenía muy cerca de él para que no pudiera escapar a ese deseo que siempre estallaba entre ambos a la menor oportunidad.

La atrevida mano que buscaba más de la pasión de Evie se adentró poco a poco en los apretados vaqueros que siempre lo tentaban cuando su fotografía los lucía atrevidamente ante él en su trabajo, pero otras manos, dubitativas, detuvieron sus avances por unos instantes. Y, a pesar de que el cuerpo que tenía bajo él se removiera con inquietud en busca de sus caricias, los ojos de Evie mostraban miedo por lo que pudiera significar el rendirse ante él en esos instantes.

—Dime, Evie, ¿a quién ves? —preguntó Angelo, recordándole una vez más la extraña relación que los unía, en la que ella siempre veía más de lo que él quería mostrarle.

—A ti, Angelo —contestó Evie, dudando si debería alejarse de él y de cada una de sus tentadoras caricias que podían llegar a exigirle algo más de lo que en esos momentos estaba dispuesta a darle.

—¿Y qué es lo que ves en mí? —insistió Angelo. Al ver cómo Evie intentaba esquivar su mirada a la vez que ocultaba el rubor de su rostro, él le susurró sensualmente al oído la respuesta que ella se negaba a darle—. Deseo... Cada vez que tus ojos me miran, delante o detrás de tu

cámara, únicamente puedes ver en mí el deseo que siento por tenerte entre mis brazos, por besar cada parte de tu cuerpo, por hacerte mía y adentrarme nuevamente en ti... No te pido nada, no te exijo nada, pero no puedo evitar desearte... —confesó, provocando finalmente con sus palabras que esos ojos volvieran a fijarse en él y que Evie se rindiera a sus anhelos, dejando libre la atrevida mano que la guiaba hacia el placer.

Los dedos de Angelo siguieron avanzando en su camino hasta adentrarse en su escueto tanga y palpar la húmeda feminidad que éste ocultaba. Él obsequió el cuerpo de Evie con leves caricias que dedicaba al lugar más sensible de su anatomía, haciéndola estremecer, mientras su boca no cesaba de jugar con los jugosos senos, lamiéndolos, besándolos e incluso torturándolos con pequeños mordiscos, algo que a ella le hizo arquear la espalda en busca de más.

En cuanto uno de los dedos de Angelo la penetró, marcando el ritmo del deseo y de la pasión de la que esa mujer era capaz, Evie finalmente se rindió ante su modelo y gritó su nombre mientras se convulsionaba y sus uñas marcaban una vez más a ese hombre. Él no tuvo piedad de ella y aumentó el ritmo de sus caricias, haciéndola llegar al clímax. Al fin, derrumbada sobre la fría arena y mecida por la suave melodía de las olas, Evie dejó que su amante terminara de desnudarla.

Mientras contemplaba al atractivo hombre que se exponía ante ella desabrochándose los pantalones, su deseo se enfrió al percibir conversaciones cercanas de otros huéspedes del hotel que irrumpieron en su pequeño paraíso.

Angelo reaccionó rápidamente poniendo sobre el desnudo cuerpo de Evie la prenda que tenía más a mano, que no era otra que la cara camisa de su hermano. Después la cogió entre sus brazos para ocultarla de todas las miradas curiosas y corrió a resguardarse entre las altas rocas que rodeaban la playa para preservar su intimidad, alejándose de los susurros de la pareja recién llegada para crear los suyos propios. Y así, tapando la desnudez de Evie con su cuerpo, Angelo la acorraló de pie junto a una fría roca, escondiéndola de todo aquel que pudiera llegar a pasar junto a ellos.

—Creo que deberíamos irnos de aquí —sugirió ella, negándose a mirar los intensos ojos verdes de Angelo mientras intentaba abrocharse nerviosamente los botones de la camisa que él le había entregado.

—Ya es demasiado tarde para eso —anunció Angelo cuando oyó no muy lejos de ellos los gemidos de otra pareja que estaban haciendo lo que ellos no habían podido terminar.

—Entonces, ¿qué sugieres que hagamos? —inquirió Evie, enfadada con esa extraña situación.

La respuesta de Angelo fue acercarse más al desnudo cuerpo que lo tentaba y, tras apoyar la espalda de Evie sobre la roca que tenía detrás, hizo que ella enlazara las piernas en torno a su cintura para pedirle tentadoramente al oído:

—Déjame amarte, Evie...

Sin esperar su respuesta, Angelo liberó su duro miembro del encierro de sus pantalones, se colocó un preservativo y, de una profunda embestida, se adentró en ese húmedo cuerpo que

minutos antes le había negado su calor.

—¿Qué haces, Angelo? —gimió Evie, confusa, intentando hacerle ver que ése no era el mejor momento para acabar lo que habían empezado.

Pero Angelo acalló cada una de sus protestas agarrando fuertemente su trasero e intensificando el ritmo de sus acometidas, adentrándose cada vez más profundamente en ella.

—Amarte... —contestó con una maliciosa sonrisa mientras contemplaba cómo ella se agarraba enérgicamente a él para seguir el intenso ritmo que marcaba.

—No te he dicho... que pudieras hacerlo —protestó ella entrecortadamente, enfrentándose a esos ardientes ojos que se negaban a dejarla ir.

—Pero tampoco me has dicho que no —replicó Angelo a la vez que deslizaba besos por su cuello, demostrándole con los gemidos que se le escapaban lo pronto que su cuerpo se había rendido ante él.

—¡Nos van a oír! —protestó Evie una vez más, consciente de que no podría ahogar sus gritos de placer, algo que sólo provocó que el pícaro hombre que la guiaba aumentara la profundidad de sus envites para hacer que su cuerpo se rindiera al placer que solamente entre sus brazos podría hallar.

—Entonces tendrás que ser más silenciosa —le susurró maliciosamente al oído.

Evie, furiosa con el hombre que la llevaba irremisiblemente al éxtasis, trató de silenciar sus gritos, ya cercana al clímax, mordiendo el desnudo hombro de Angelo, un agresivo e infantil gesto al que él respondió con una carcajada antes de acercarla más a su cuerpo y aumentar el ritmo de sus acometidas, llevándola finalmente a la cúspide del placer que ambos perseguían.

Evie clavó sus dientes en la cálida piel de Angelo, evitando así decir su nombre, pero éste no se olvidó de susurrarle al oído el suyo cuando llegó al orgasmo, recordándole que sólo ella era capaz de hacerle cometer ese tipo de locuras.

—Y, ahora, ¿qué hacemos? —preguntó Evie ante esos profundos ojos verdes, confundida con la relación que mantenía con ese modelo al que aún no sabía si debía amar u odiar.

—Marcharnos a nuestra habitación para seguir conociéndonos, por supuesto —contestó y, para asombro de ella, decidió cargarla de nuevo en brazos como si fuera lo más preciado para él y pasó despreocupadamente junto a la pareja que había ocupado su lugar en esa playa.

Sin preocuparse en absoluto por las personas desnudas que retozaban junto a la orilla, Angelo, sin soltar su preciosa carga, se agachó para recoger las ropas de Evie y recuperar su olvidada cámara.

—Buenas noches —saludó Angelo, mostrando sus mejores modales en una situación en la que eran totalmente innecesarios mientras se dirigía hacia el hotel.

Luego, sin esperar la respuesta de la abochornada pareja, se retiró con su querida fotógrafa hacia su habitación, donde pensaba continuar con la noche de pasión que habían iniciado en esa pequeña playa en la que la mujer que amaba se había rendido a él... aunque sólo fuera mientras ignoraba cada una de sus mentiras.

## Capítulo 11

Cuando me desperté junto a ese hombre me pregunté qué es lo que veía en Angelo para caer entre sus brazos a pesar de mis intentos de resistirme a él. Su fuerte y desnudo cuerpo me sostenía protectoramente junto a él, negándose a dejarme ir, y, por unos momentos, disfruté de ese cálido placer que normalmente rechazaba en la pequeña cama que compartíamos en ese perdido hotel, en la que apenas había sitio para ambos, algo que no nos había importado durante toda esa noche en la que nos habíamos evadido de la realidad entre las sábanas.

Pensando si debía concederle una segunda oportunidad a Angelo e intentar comprender el motivo por el que había injuriado a mi padre, aunque no pudiera excusar sus palabras, me deshice de sus brazos lentamente y me alejé con sigilo para intentar apreciar desde otra perspectiva al hombre que tenía frente a mí.

Las palabras de mi padre con las que solía advertirme acerca de las distintas facetas que podían mostrar las personas ante nosotros acudieron a mi mente al observar a Angelo, llevándome a recordar que era yo quien elegía la verdad que quería ver en el instante de disparar mi cámara.

Así pues, cogiendo la pequeña cámara que se hallaba sobre una silla junto a mis olvidadas ropas en un rincón, apunté a Angelo con ella para captar una nueva imagen de ese hombre que me tentaba a descubrirlo todo de él.

Cada vez que veía esa sutil sonrisa que me ofrecía en sueños era como si lo viera por primera vez. Mi cámara, a pesar de lo que yo pensara de Angelo, no lo juzgaba y sólo me mostraba la realidad, una que yo me negaba a contemplar por miedo a ver demasiado.

El banal y vacío individuo que había posado para mí al principio había desaparecido y tenía enfrente a una persona que sonreía de verdad en muy pocas ocasiones, un hombre que intentaba representar ante todos una farsa, pero que, ante mí, bajaba la guardia y se mostraba tal y como era realmente.

Lo más hermoso de contemplar a Angelo en esos instantes no era disfrutar de su atractivo rostro o de su torneado cuerpo apenas cubierto por una leve sábana que me invitaba a disfrutar un poco más del placer que podía encontrar entre ellas, sino poder apreciar ese despreocupado gesto que muy pocas veces se permitía mostrar, así como darme cuenta de que la única persona que conseguía verlo era yo, porque él solamente sonreía para mí.

Rindiéndome ante lo que mis ojos ya no podían ignorar por más tiempo, decidí que era el momento de admitir que había comenzado a amar a ese hombre y que mi cámara únicamente veía

lo mejor de él no porque estuviera estropeada, sino porque eso era lo que veía mi corazón cada vez que lo observaba.

Colocando mi máquina de nuevo sobre la silla, decidí dejarme abrazar una vez más por ese cálido cuerpo que me esperaba, pero, cuando me dirigía hacia la cama, su teléfono empezó a vibrar sobre la mesilla de noche, anunciando una llamada.

Un tanto molesta por la interrupción, lo cogí y, antes de que Angelo se despertara, me alejé con él hacia el cuarto de baño para dejarlo olvidado en algún rincón desde donde no nos importunara. Pero, tan curiosa como siempre, no pude evitar echar un vistazo a la pantalla de ese trasto para saber quién llamaba a Angelo a esas horas tan intempestivas, quedando muy sorprendida al leer el nombre de «Angelo Rossi» en ella. Las dudas y la confusión comenzaron a inundarme. ¿Cómo podía Angelo llamarse a sí mismo? Y, lo más importante, ¿por qué?

Dejándome llevar por la curiosidad, acepté la llamada guardando silencio y simplemente esperando a que la persona que estaba al otro lado de la línea hablara, a ver si con algo de suerte decía cualquier cosa que aclarase esa extraña situación.

Y, entonces, una despreocupada y molesta voz que conocía demasiado bien, ya que era muy parecida a la del hombre al que comenzaba a amar, pero sin mostrar ni una pizca de seriedad en cada una de sus palabras, empezó a explayarse en sus quejas hacia Angelo y a revelarme la verdad de la farsa que hasta ese momento había tenido delante de mis narices y de la que tan sólo mi cámara se había percatado.

—Hermano, me parece muy bien que intercambiáramos también nuestros móviles además de nuestras identidades en este favorcillo que me estás haciendo para librarme de esa fotografía pesada, pero... ¿tenías que tener una agenda tan pobre? ¡Apenas tienes los números de un par de mujeres, y son de una vieja empleada y de la que hasta hace poco era tu prometida! ¿No podías tener más números de chicas, si bien tal vez no para tu divertimento, sí al menos para el mío? ¿Angelo? ¿Angelo? ¿Estás ahí?

Después de escuchar estas palabras, decidí darle su merecida contestación tirando el móvil al inodoro. Tras ello, unas lágrimas de dolor resbalaron por mi rostro.

Por fin entendía por qué mi cámara no me mostraba a la misma persona que en un principio había visto a través de ella, por qué me enseñaba a alguien más serio y responsable intentando aparentar ser un tipo despreocupado; de pronto entendía por qué Angelo, Luca o como demonios se llamara no encajaba en el papel del modelo superficial y despreocupado que yo conocía y por qué motivo mi cámara lo delataba en cada ocasión que yo la dirigía hacia él... No era que ésta estuviera rota, sino todo lo contrario: me mostraba la verdad de lo que veía, una verdad que entonces comenzaba a comprender.

Limpiando con furia mis lágrimas, me dispuse a hacer lo que me había propuesto en un principio antes de desviarme de mi camino. Si los hermanos Rossi querían jugar conmigo, definitivamente no sabían dónde se estaban metiendo. Y, aunque ellos hubieran iniciado esa

guerra, yo pensaba terminarla a mi manera. Sólo era cuestión de darle a cada uno el castigo que se merecía.

Recogiendo silenciosamente mis ropas del rincón donde las había arrojado la noche anterior, me vestí lo más sigilosamente posible y, antes de marcharme de esa habitación, no me olvidé de acercarme una vez más a ese hombre para mostrarle a mi cámara lo engañoso que podía llegar a ser. Para mi desgracia, mi máquina se había enamorado de ese supuesto modelo y de todo lo que él podía mostrar, captando únicamente sensuales fotografías de él sobre la cama.

En el instante en el que mi teléfono móvil comenzó a sonar maldije a la persona que me llamaba mientras me alejaba de la cama para no despertar al bello durmiente de su profundo y plácido sueño.

Entre susurros contesté a la única persona que podía ser tan inoportuna como para llamarme en ese instante.

—Evie, necesito tu ayuda... —dijo Amanda, y en el momento en el que estas palabras salieron de su boca supe que ella había caído ante su fotógrafo de la misma estúpida manera que yo había hecho con mi modelo.

Furiosa, la reprendí con demasiada brusquedad, cuando en verdad debería haberme reprendido a mí misma por ser aún más idiota que ella, porque, mientras su fotógrafo exhibía una estúpida cara de enamorado cada vez que dirigía sus ojos hacia ella, yo aún no sabía lo que los engañosos ojos de Angelo me revelaban cada vez que me miraban.

—Perdona, Amanda, pero ahora mismo yo también estoy algo perdida —contesté ante las súplicas de mi prima, que me rogaba que la ayudara a entender por qué se había acostado con un hombre al que debería odiar. Pero, si ni yo misma tenía la respuesta para mi propio error, ¿cómo iba a darle una para el suyo?

Mientras me alejaba de puntillas de la cama de Angelo, mi prima, que me conocía demasiado bien, supo que mi silencio sólo podía deberse a que había cometido una locura aún más grande que la suya.

—¿Qué has hecho, Evie? —preguntó Amanda, preocupada por mí.

—¡Por lo visto, nada que tú no hicieras anoche! —repliqué, enfadada con ella y conmigo, ya que nuestra planificada venganza únicamente nos había llevado a poner en riesgo nuestros corazones al situarlos al alcance de unos tipos que no se los merecían—. Un error que no puedo volver a cometer —añadí entre susurros mientras apartaba el teléfono de mí para que Amanda no me oyera a la vez que cerraba la puerta de la habitación, sin olvidarme de colocar el cartel de «no molestar» antes de caminar apresuradamente por el pasillo, poniendo tierra de por medio.

—Creo que ya es hora de que abandonemos estas estúpidas venganzas que se nos están escapando de las manos, Evie —dijo Amanda con sensatez, demasiada sensatez para mi gusto.

—Sí, lo mejor será que a partir de ahora te mantengas alejada de tu fotógrafo. En cuanto a mí, mi venganza sólo acaba de comenzar... —anuncié mientras contemplaba con una malévol sonrisa las imágenes que mi cámara había captado de Angelo, un hombre del que pensaba

averiguarlo todo antes de hacerlo sufrir en serio, porque, aunque antes de que lo apuntara con mi cámara él no era culpable de nada, ahora sí lo era, demasiado como para librarse de un más que justificado castigo.

Finalmente, huyendo de un hombre del que no quería oír ninguna falsa explicación, sino hacerlo sufrir tanto como se merecía por su enorme engaño, llamé por teléfono a un personaje que en ocasiones me ayudaba a hacer alguna de las mías y, mientras contemplaba las imágenes en el visor de mi cámara, comencé a planear mi despiadada venganza hacia un tipo para el que esa noche yo no había significado nada y que, sin duda, pronto me olvidaría. Sin embargo, eso tenía fácil remedio: definitivamente, yo iba a lograr que recordara esa noche y que no se olvidara tan fácilmente de mí, aunque sólo fuera para maldecirme.

—Eddy, ¿qué estás dispuesto a hacer por unas cuantas fotos más de Amanda? —solté, tentando a mi cómplice en cuanto éste contestó mi llamada. Tras oír su entusiasta respuesta, no tuve duda alguna de que él me ayudaría en el primer paso de mi desquite contra esos gemelos.

—¡Muy bien! Pues comencemos con mi plan A, la Operación jodamos al principito y a su hermano.

\* \* \*

—Angelo, en serio, ¿ahora me van los hombres? ¡No me jodas! ¡O por lo menos no jodas con alguien y vayas dejando escandalosas pruebas por ahí que manchen mi reputación! —gritó Luca, histérico, tras la primera llamada que le hacía después de comprarme un móvil nuevo y hacerme un duplicado de la tarjeta, ya que el antiguo, por alguna razón inexplicable, había acabado en el váter. Separando mi oído del aparato, me dispuse a intentar comprender por qué demonios me chillaba mi hermano.

—¡Ahora entiendo por qué nunca caías ante los encantos de Sofía! De verdad, Angelo, si eres gay, hay tíos mucho más agradables con los que tener una aventura que el que aparece contigo en ese reportaje. Tú tan sólo dímelo y yo te los presentaré...

—Luca, ¿cuánto has bebido? —le pregunté, consciente del poco aguante que tenía mi hermano con el alcohol y no hallando otra explicación lógica a la pila de estupideces que estaba escuchando a través del teléfono.

—¿Qué? ¡Ah! ¡No! ¡No estamos hablando de mí, sino de ti y de tus molestas aventuras!

—Bueno, he de confesarte que me he acostado un par de veces con... —Y antes de que terminara de confesarle que Evie era mi amante, Luca volvió a soltar una idiotez que me cabreó bastante.

—¡Por Dios! ¡Tenías que tener tan mal gusto!

—¡No tengo mal gusto, Luca! Sólo que mis preferencias son distintas a las tuyas y...

—Un tío bajo, regordete, con bigote y una fea barba de chivo, que debe de rondar los cuarenta y aparenta cincuenta, no es tener mal gusto, sino no tener ninguno en absoluto, Angelo.

—¿De qué coño estás hablando, tío? A mí me gustan las mujeres y mi única amante en este momento es Evie Norton, tu fotógrafa.

—¡Por Dios! ¡A ti sí que te gusta jugar con el peligro! —exclamó Luca—. ¿Estás seguro de que no hay ninguna posibilidad de que te gusten los hombres? Definitivamente, sería una opción mucho más aceptable que el que estés liado con esa víbora —preguntó, esperanzado, aumentando mi enfado.

—¿Quieres que vaya a casa y te arree el par de hostias que llevas necesitando desde hace tiempo? —repliqué indignado, intentando obtener una explicación a sus absurdas palabras.

—Querido hermano, tú te estarás tirando a esa fotógrafa, pero ella te ha jodido, pero realmente bien, tanto dentro como fuera de la cama. O mejor dicho: nos ha jodido a los dos. ¿Por qué no le pides a Connor que te acerque la revista sensacionalista *Crazy Magazin*, la cual, seguramente, en estos momentos estará mirando con gran interés y en la que el primer titular se refiere a unas muy comprometedoras fotos de un famoso modelo de Nueva York cuyo despechado y supuesto amante entregó a la prensa como algún tipo de venganza? Adivina quién es ese atractivo y afamado modelo... —anunció irónicamente Luca, haciéndome saber que Evie me la había jugado.

Furioso, me dirigí hacia la salida. Justo cuando abrí la puerta de casa, me encontré con el cotilla de Connor, que pegaba su oreja a ésta, seguramente para tratar de hacerse con algún jugoso chisme más que vender a la prensa. Sin el tacto y delicadeza propios de mi hermano, dirigí mi fría mirada hacia el conserje y, cuando vi la odiosa revista que Luca había mencionado entre sus manos, no dudé en arrebatarla.

—¡Trae acá! —exigí, antes de hacerme con ella.

Después, simplemente le di con la puerta en las narices antes de continuar mi acalorada discusión con mi gemelo.

En cuanto le eché un vistazo al insultante reportaje, en el que aparecían las delatoras fotografías de aquella última noche de pasión en el hotel de la playa junto a mi esquiva fotógrafa y en el que se presentaba como mi amante a un hombre gordo, feo y barbudo, no pude evitar maldecir al compinche de Evie, que la había ayudado con esa vengativa acción a dañar el nombre de mi hermano.

—*Stronzo di merda, figlio di puttana...* En cuanto pille a ese desgraciado, se va a enterar...

—Parece que al fin has visto el reportaje, ¿eh? —musitó Luca, para luego añadir, con gran satisfacción, una irónica reprimenda—: Creo que deberías guardar algún insulto para la responsable de ese reportaje, tu querida fotógrafa, para la que últimamente posas en pelotas.

—¡Ah! Entonces, ¿por fin has recibido los calendarios que te mandé? —repliqué con malicia para perturbarlo y borrar de su rostro el gesto de satisfacción que seguramente estaría luciendo al ser él quien me reprendía a mí en esa ocasión.

—¿Qué calendarios? ¿No serán los de esas ancianitas? ¡No me digas que posaste desnudo, Angelo! ¡Angelo, joder, contéstame! ¡Angelo! ¿Qué hiciste? O, mejor dicho, ¿qué me hiciste

hacer? —quiso saber Luca, desesperado, ante lo que yo, más decidido que nunca a acabar con esa farsa, le inquirí una vez más:

—¿Cuando vuelves a Nueva York?

Ante esa pregunta, Luca contestó de nuevo con el silencio y después con una advertencia antes de ignorarme y dejarme otra vez sumido en un montón de problemas.

—Ya sabes que, por más que insistas en ello, no pienso volver a Nueva York para que tú o esa fotógrafa me echéis una bronca. Pero ten cuidado, hermano: puedo comprender que los fastidiosos trabajos que Evie te ha obligado a realizar hasta ahora eran un castigo dirigido a mi inadecuado comentario en relación con su padre; sin embargo, esta maliciosa última acción... ¿estás seguro de que va dirigida contra mí? ¿O tal vez has sido tú quien la ha hecho enfadar hasta ese punto?

—No lo sé —confesé, confuso con el comportamiento de Evie, una mujer que después de rendirse entre mis brazos se alejaba rápidamente de ellos sólo para calumniarme y continuar con una estúpida venganza que, a pesar de lo que habíamos compartido, aún no había dejado atrás.

Dicho esto, como un idiota, esperé algún útil consejo de mi hermano, el cual, por supuesto, nunca llegó.

—No te preocupes, Angelo, seguro que has tenido una actuación lamentable en la cama... pero, con mis consejillos, lograrás dejar más que satisfecha a esa chica y...

Antes de que prosiguiera con sus estupideces, terminé con esa conversación que no nos conducía a nada. Tras colgar ese maldito teléfono y arrojarlo a un lado, me tumbé en el lujoso e incómodo sofá y, mientras me tapaba la cara con uno de los brazos, me pregunté, cansado de todo ese juego, el porqué de las alocadas acciones de esa mujer.

—¿Por qué lo has hecho, Evie? —murmuré, más herido de lo que me podía imaginar al enterarme de que ella había utilizado esa maravillosa noche que para mí había significado tanto como una mera herramienta para su represalia—. ¿Qué más quieres de mí? —pregunté al aire, confuso, sin saber qué nueva tortura me esperaba al permanecer a su lado. No obstante, allí me quedé, intentando comprender un poco más a esa complicada chica que me atraía una y otra vez para que posara ante su cámara, no para el público, sino para ella cuando sus ojos no podían apartarse de mí y simplemente me pedían la sonrisa que nadie se había preocupado en buscar con anterioridad.

\* \* \*

El trajeado hombre de cuarenta y dos años, de ojos verdes, cabellos castaños que comenzaban a escasear y una incipiente barriga no era uno de los clientes habituales de ese tipo de locales. No obstante, acostumbrado a los excéntricos lugares de reunión que era capaz de elegir Evie tan sólo para fastidiarlo, pidió una exótica bebida de color rosa que no desentonara tanto con el ambiente y cuyo contenido en alcohol lo ayudara a aguantar otro más de los requerimientos de una de esas niñas que podían llegar a traerlo de cabeza.

—Bueno, Evie, ¿puedes decirme para qué me has llamado y, sobre todo, por qué narices tenemos que reunirnos en sitios tan insólitos? —reclamó Jeff a esa hija de... su amigo, que no había tenido otra idea más que invitarlo a un local de *drag queens* en el que el sobremaquillado camarero no paraba de hacerle ojitos, tal vez creyéndolo el representante de alguna famosa estrella de cine, cuando en realidad únicamente era la niñera de dos molestas mocosas que no paraban de jorobarlo: Amanda, con sus exigencias de rescindir su contrato con ese fotógrafo que ella misma le había ordenado que redactase lo más blindado posible para que no se le escapara el sujeto por ninguna rendija legal, y Evie, quien seguramente le vendría con alguna petición irracional que él tendría que intentar hacer realidad.

—¡Quiero la cabeza de un hombre! —exigió Evie, furiosa.

«Bueno, por lo menos esta vez no lleva consigo ningún muñequito para apuñalar, parece que va madurando», pensó Jeff... hasta que esa chiquilla reclamó de nuevo su ayuda, haciéndolo cambiar de opinión—. ¡Y la quiero para ayer, Jeff!

—Sinceramente, me alegro de que en esta ocasión no me hayas pedido las pelotas de ese tipo como hacías en tu adolescencia, Evie, pero ¿me permites recordarte que no soy un matón, sino un hombre de mediana edad que de vez en cuando necesita un descanso?

—¿Qué sabes de Luca Rossi, Jeff? —planteó ella, ignorando la respuesta de su agente a la vez que mostraba una maliciosa sonrisa que denotaba que su venganza contra ese modelo tan sólo acababa de comenzar.

—Poco, salvo que se trata de un joven y prometedor modelo al que quieres fastidiar por encima de todo.

—¿Y de su hermano?

—¿Ese hombre tiene un hermano? Es la primera noticia que tengo.

—Sí, creo que se llama Angelo y es todo lo contrario a ese egocéntrico chulito.

—No sé por qué te interesas por la familia de ese niño mimado. Deberías concentrarte sólo en el hombre del que quieres vengarte y dejar fuera de este asunto todo lo demás.

—Lo haría si no fuera porque, en realidad, esos dos se parecen mucho y ambos decidieron jugar conmigo a «¿Quién es quién?».

—Evie, tus palabras son cada vez más confusas y yo cada vez tengo menos paciencia para escucharlas. Entre Amanda y tú me estáis volviendo majareta. Creo que mi creciente tripa y la caída de mi cabello se deben enteramente a los disgustos que me dais...

—No te preocupes: le diré a Amanda que mande otro entrenador personal a tu casa, uno del que esta vez no podrás deshacerte, para acabar con esos kilitos de más. En cuanto a la caída del pelo, con respecto a eso no puedo hacer nada más que esto... —dijo Evie mientras le pasaba una tarjeta con un número de teléfono.

—Te agradezco que te preocupes por mí, pero... —comenzó a decir Jeff en reconocimiento a ese amable gesto de la chica, con el que seguramente le recomendaba alguna clínica que realizaba tratamientos de prevención de la caída del cabello... o eso era lo que creía hasta que la perversa

sonrisa que asomó a los labios de esa cría lo sacó de dudas, al igual que sus palabras, que le mostraron algo que ya sabía: lo engorrosas que podían ser esas jovencitas cuando se lo proponían.

—No es para ti, es para que se la pases a Margareth. Como estás perdiendo todo el atractivo que una vez pudiste tener, le he estado preparando un apropiado regalo para vuestro aniversario. Esa tarjeta es de un sitio de citas espléndido, donde no les importa demasiado si estás casado o no.

—¡Ah! ¡Muchas gracias por este inapropiado presente! —protestó Jeff, enfadado, mientras rompía en mil pedazos la tarjeta que Evie le acababa de entregar.

—No te preocupes, tengo más... —dijo ella, únicamente para incordiarlo—..., así que más vale que te pongas las pilas y dejes de quejarte de tu aspecto o se las pienso mandar todas a Margareth junto con un vale de descuento...

—Recuérdame por qué os ayudo a Amanda y a ti... —suplicó Jeff mientras masajeaba su dolorida frente, consciente del gran dolor de cabeza que podían llegar a representar esas dos.

—Porque nos quieres como a las hijas que nunca has tenido y, al igual que mi padre, no soportas que nadie nos haga daño —le recordó Evie con seriedad, mostrando por unos instantes, con su apenado rostro, por qué había contactado con él.

—De acuerdo, ¿qué es lo que quieres que haga, Evie? —suspiró finalmente, cediendo a las lágrimas que no veía pero que sabía que estaban allí.

—Quiero que encuentres un trabajo que sea muy molesto para un hombre serio y responsable, pero también para uno despreocupado y superficial.

—Me encanta que me pongas las cosas tan fáciles, Evie.

—¡Vamos, Jeff! Los dos sabemos que tú puedes hacer realidad lo imposible, ¿por qué si no eres el agente de Amanda Black?

—Porque tengo la desgracia de ser el mejor amigo de su tío, un amigo que aún dudo si me estima o no cuando recuerdo que fue él quien me dio este trabajo...

—No sé a quién más acudir, Jeff, y necesito vengarme de ese tipo... —dijo Evie, mostrando una falsa sonrisa mientras intentaba retener las lágrimas de ira y dolor que amenazaban con asomar a sus ojos—. No sólo para que él reciba su merecido, sino para calmar mi corazón, que quiere darle una paliza.

—No te preocupes, Evie, no he dicho que sea imposible, sólo difícil, pero voy a conseguirte un trabajo con el que cualquier hombre se sentiría tremendamente ofendido. Eso sí, después de esto, olvida mi número de teléfono durante un tiempo y abandona esa necia venganza; si no lo haces por tu bien, sí por el mío —concluyó Jeff mientras limpiaba con su pañuelo las lágrimas de esa chica que, en el fondo, tan sólo era una tierna y perdida niña.

—No puedo, Jeff, no por ahora —declaró Evie y, tras arrebatarse el pañuelo, enjugó sus delicadas lágrimas para luego pasar a sonarse escandalosamente la nariz, haciendo que él rechazara de lleno recuperar su pañuelo.

—Evie, con lo bien que ibas en tu trabajo, ¿se puede saber qué es lo que ha ocurrido?

—Él ha posado sólo para mí —respondió Evie, dejando a Jeff más confuso que antes.

—Bueno... Eso es lo que suelen hacer todos los modelos para sus fotografías —contestó Jeff antes de que ella pusiera una escandalosa revista de cotilleos frente a sus ojos, mostrándole a Luca Rossi en su máximo esplendor.

—Por eso yo no he podido evitar fotografiarlo —continuó Evie con una perversa sonrisa, haciendo que Jeff se fijara en el título de ese escandaloso artículo sobre Luca Rossi y lo que las turbias páginas de esa publicación decían sobre él.

—Creo que con esto, sin duda, has cumplido parte de tus objetivos. Sinceramente, Evie: no sé para qué necesitas mi ayuda cuando tú te bastas perfectamente sin ella.

—Porque con esto sólo habré logrado fastidiar a uno de esos hermanos, y yo necesito hacerlos sufrir a los dos —le aclaró y, sin explicar las razones de sus palabras, se levantó de la mesa, dispuesta a acabar rápidamente con la reunión que ella le había exigido mantener.

Después de un suspiro de resignación, Jeff finalmente se dejó atrapar una vez más por las vengativas acciones de esa chiquilla que se suponía que él tenía que llevar por el buen camino, pero es que su debilidad siempre habían sido las lágrimas, y nadie podría negar que, aunque Evie evitara mostrarle su dolor, por culpa de ese hombre, éste estaba presente en su corazón. Así pues, deseando no arrepentirse de sus actos en el futuro, le reveló a Evie una información que tal vez la condujera a lograr esa venganza que perseguía.

—Evie, si quieres saber más de ese tal Luca Rossi, ¿por qué no investigas las bodegas que llevan su apellido? Creo que se encuentran en la Toscana, el lugar donde ese despreocupado modelo aseguró en una entrevista que estaba su hogar.

—¡Gracias, Jeff, sabía que podía contar contigo! —le agradeció antes de alejarse mostrando una complacida sonrisa.

Jeff esperaba que, después de ayudar a Evie, ésta estaría lo suficientemente calmada como para no fastidiarlo durante bastante tiempo, con lo que, si conseguía librarse también de Amanda, al fin se podría ir de viaje con su esposa... pero en ese momento oyó a Evie respondiendo a un curioso personaje vestido con unas llamativas plumas rosas, que había detenido sus pasos.

—¿Que quién es ese hombre, me pregunta usted?

Jeff, acostumbrado a las escandalosas respuestas que Amanda daba a los curiosos cada vez que le hacían esa misma pregunta, se echó a temblar, temeroso de lo que Evie pudiera responder. Su prima solía afirmar que Jeff era su amante cuando la interpeaban de esa manera, ganándose con ello que las personas que lo rodeaban lo mirasen mal y lo tachasen de pervertido o cosas peores. Y, por supuesto, Evie no lo defraudó y contestó al tipo de las plumas rosas mientras lo señalaba descaradamente con uno de sus dedos:

—Es el cirujano que consiguió que Amanda Black dejara de ser un hombre para pasar a ser toda una mujer.

—¡La madre que te parió! —murmuró Jeff, a la vez que buscaba desesperadamente la salida, ya que una veintena de ojos se fijaron en él, decididos a conseguir esos jugosos cotilleos de una u

otra manera, y algunos, incluso, hasta una cita en su presunta clínica. Y mientras Jeff dudaba acerca de tratar de sacar de su error a unas personas que, por más femeninas que vistieran, no dejaban de ser hombres, y alguno bastante más corpulento y musculoso que él, no paró de farfullar su disgusto dirigiéndose a su perdido amigo.

—Dominic, ¿por qué demonios has tenido que irte y dejarme a solas con estas dos? —farfulló en voz baja mientras pensaba en cuántos mensajes debería dejarle en esa ocasión a éste en su contestador para que le hiciera caso y regresara de una vez por todas a casa para hacerse cargo de esas descontroladas niñas cuya venganza, definitivamente, se les estaba yendo de las manos.

\* \* \*

Dominic intentaba disfrutar de su desayuno mientras contemplaba el hermoso paisaje que se podía admirar en ese retirado y apartado pueblo de la pequeña isla siciliana donde había decidido refugiarse para intentar recuperar su pasión por la fotografía. Pero el tiempo pasaba y sus manos aún no cogían la cámara con el mismo entusiasmo que antes y sus ojos seguían sin apreciar la belleza que en una ocasión pudieron contemplar del mundo que lo rodeaba.

Tras encender el teléfono móvil que había decidido mantener apagado desde que iniciara su viaje, descubrió que tenía innumerables mensajes de voz a la espera de ser atendidos. Dominic dedujo que la mayoría de ellos debían de ser de sus niñas, exigiéndole que regresara a casa, pero él había decidido tomarse el largo descanso, que necesitaba para reflexionar, refrescar sus ideas y poder seguir adelante con su vida. Sin embargo, cuando se puso a revisarlos sonrió al comprobar que, en realidad, la mayor parte de ellos pertenecían a su amigo Jeff, que se quejaba de las locuras de las que eran capaces esas dos. No obstante, por más que protestara y las maldijera, Jeff siempre era el primero en salir en su defensa.

Además de los mensajes en el móvil, Dominic tenía entre sus manos más de una docena de cartas que le habían entregado en la recepción del hotel, todas de su amigo, en las que le presentaba interminables quejas y ruegos para que volviera, pero también lo informaba de los pasos que daban sus pequeñas en sus vidas mientras él no estaba allí.

Amanda iba madurando en manos de ese fotógrafo y mostraba a su público una faceta de ella que nunca había enseñado a nadie, mientras que Evie, su Evie, ahora que no lo tenía a él para escaquearse del trabajo que no le gustaba, se enfrentaba a éste y lo hacía como toda una profesional. Así pensaba Dominic mientras abría un sobre más grande que los demás, en el que supuso que Jeff le habría hecho llegar, como en otras ocasiones, las revistas donde salían publicados los trabajos tanto de Amanda como de Evie.

—¡Sí, señor! ¡Como toda una profesional! —masculló Dominic, molesto, mientras contemplaba las fotos que algún anónimo *paparazzi* había hecho a ese incordio de modelo bajo el encargo de un despechado amante.

Como todo fotógrafo, Evie se delataba en cada una de esas imágenes a causa del ángulo, la luz

y la forma de apuntar su objetivo con su cámara, detalles que no le pasaban desapercibidos a Dominic, ya que era él quien se lo había enseñado todo sobre su profesión.

Su enfado se intensificó al ver el tipo de revistas que publicaban esas instantáneas: unos medios sensacionalistas para los que nunca le había gustado trabajar, donde las fotos iban incluidas en un falso reportaje que sólo se dedicaba a calumniar al individuo que aparecía en ellas.

Al ver al poco agraciado sujeto que aseguraba ser el amante de Luca Rossi y recordar cómo a ese presumido modelo le encantaba correr detrás de las faldas, Dominic no tuvo dudas de que todo lo que decía esa publicación eran patrañas, y se alteró aún más al deducir que la única persona que podía llegar a ser la amante de ese tipo era la misma que había realizado ese extenso reportaje fotográfico con un claro afán vengativo.

—¡Evie...! —gruñó, enojado, dejando de lado esa revista para no aumentar su mal humor, algo que hizo la siguiente escandalosa revista que hojeó, en la que Amanda aparecía retratada siendo cargada como un saco de patatas sobre el hombro de ese fotógrafo, aumentando con ello los chismorreos que al parecer ya corrían sobre ellos.

—¡Ay! ¡Amanda, Evie...! ¿Qué voy a hacer con vosotras? —suspiró Dominic, dando por terminado su desayuno, decidido a poner fin a las innumerables quejas de su amigo y a regresar a casa para que esas dos dejaran atrás sus locuras—. Espero sinceramente que no os metáis en más problemas hasta que yo llegue... —murmuró, reprendiendo sus comportamientos mientras contemplaba las publicaciones que pensaba depositar en el cubo de basura más cercano. «Aunque para eso está Jeff con ellas: para evitar que cometan más estupideces», pensó a la vez que comenzaba a contestar alguno de los mensajes de su quejumbroso amigo—. Sin duda, Jeff sabrá recordar a esas chiquillas cómo deben comportarse...

## Capítulo 12

Evie aún estaba bastante molesta, a pesar de haber desahogado parte de su enfado clavando una docena de alfileres en el muñequito que llevaba la cara del mentiroso que la había engañado durante tanto tiempo. Una vez realizada esa imprescindible tarea, decidió seguir las indicaciones de Jeff y se dedicó a buscar información por Internet sobre las bodegas de la familia Rossi.

Acabó localizando la empresa de los italianos, que no tenía ni siquiera una página web decente con la que seguirlos. Pero, al menos, Evie tuvo un golpe de suerte al encontrarse con que alguien estaba modernizando la empresa y, entre otras cosas, habían incluido un recorrido completo por el viñedo, explicando su historia y el árbol genealógico de los Rossi. Entre las fotos de quienes habían tomado parte en el negocio apareció ante ella la de una adorable familia con sus dos revoltosos hijos gemelos, cuyos nombres Evie conocía demasiado bien: Luca y Angelo Rossi.

En la imagen se apreciaba a un pequeño Angelo serio e impertérrito, intentando mostrar su mejor cara, y a un revoltoso Luca, que sonreía ladinamente. Ésos, sin duda, eran sus modelos: el sinvergüenza que había injuriado a su padre para luego tratar de eludir la responsabilidad de sus acciones, y el que había suplantado a su hermano para librarlo de un castigo que en ese momento él también merecía.

Después de unas semanas de descanso, Evie tenía esa mañana la oportunidad de continuar con su represalia y fastidiar en esa ocasión al hombre correcto, haciéndole acudir a un trabajo en el que Jeff, su inestimable agente, seguramente lo tendría todo preparado a su gusto para que ese día se convirtiera en un infierno para ese sujeto en particular.

Tener que ver de nuevo al mentiroso de Angelo era algo que no la ponía precisamente del mejor humor, y menos aún después de recordar la noche en la que había caído estúpidamente entre sus brazos. Tanto ella como Amanda habían sido dos necias al dejarse seducir por unos bastardos que no se merecían ni siquiera que les dirigieran la palabra, pero, mientras Evie había abierto los ojos ante las mentiras de Angelo, Amanda estaba cada vez más enamorada de su fotógrafo.

Furiosa porque su prima se sintiera cada vez más atraída por ese tipo, a pesar de que le aseguraba que lo odiaba, Evie había accedido a concederle a Amanda la ayuda que le había requerido, «aunque a mi manera», pensó la fotógrafa con satisfacción a la vez que recordaba el enorme chupón que le había hecho a su prima en el cuello para que lo luciera en su siguiente sesión fotográfica, algo que no sólo jodería el trabajo de su fotógrafo, sino también a éste de modo personal.

En cuanto Evie llegó al lugar indicado por su agente para su próximo encargo, su humor

empeoró todavía más al contemplar el escenario que Jeff le había asegurado que constituiría una tortura para cualquier hombre: éste no era otro que una hermosa playa en la que Angelo, que la saludaba alegremente, se encontraba rodeado por una decena de despampanantes mujeres provistas de escuetos bikinis.

Tras dirigir una fría mirada a su modelo mientras sus ayudantes descargaban el equipo, Evie se encerró en la furgoneta para llamar al culpable de que su día no hubiera mejorado en absoluto.

—¡Jeff, te voy a matar! —gritó Evie furiosamente en cuanto éste se dignó contestar el teléfono—. ¿Se puede saber qué parte de «este trabajo debe convertirse en una pesadilla para ese hombre» no entendiste? —preguntó, indignada, imaginando la orgía que la esperaba en el exterior para que ella la retratara.

—Tú lee el guion —señaló Jeff sosegadamente.

—¡Pero ¿qué guion ni qué ocho cuartos, si yo nunca preparo guion alguno acerca de lo que voy a hacer en mis sesiones?! ¡Apenas suelo llevar el material necesario, hago los esquemas de iluminación y nada más! Además, ¡una serie de fotografías en las que un tipo tiene que posar con gesto cariñoso con un montón de chicas en bikini que le hacen continuos arrumacos en ningún momento puede ser una tortura! Porque son mujeres, ¿verdad? —inquirió, esperanzada en una negativa de Jeff.

—Sí, en esta ocasión son mujeres, Evie.

—Entonces, ¿qué mierda de favor es éste?! ¡¿Dónde está la tortura para ese tipo, el sufrimiento, el...?! —

—Evie: léete el guion, que, para variar y conociéndote como te conozco, te he dejado preparado con antelación. Se encuentra dentro de ese sobre que te di esta mañana —volvió a repetir Jeff, cada vez más cansado de los caprichos de esa cría.

—¡El guion, el guion! ¡No sueñes con que después de leer esto vas a conseguir que me tranquilice y...! —comentaba Evie rabiosamente... hasta que echó un vistazo a la sinopsis del anuncio que iba a protagonizar Angelo en breve—. ¿Te he dicho alguna vez cuánto te quiero, Jeff? —dijo al fin mientras sonreía maliciosamente al releer el guion del trabajo. Y, aunque le molestaban un poco las fotografías que tendría que hacer ese día, todo sacrificio por el buen resultado de su trabajo era poco.

—Sí, claro, lo que tú digas... pues, si me quieres tanto, ¿por qué no pruebas a quitar mi nombre de la lista de los «hombres más buscados» para que pueda irme de viaje con mi mujer sin tener que preocuparme porque me detengan en el aeropuerto?

—Me lo pensaré. Después de todo, hoy no puedo perder el tiempo, ya que tengo mucho trabajo que hacer —contestó Evie antes de colgar y decidir que su día había mejorado notablemente, aunque eso fue, por supuesto, antes de que tomara su cámara y de que Angelo comenzara a posar dedicándole sus halagadoras sonrisas a una decena de mujeres que no eran ella.

\* \* \*

No sabía qué nueva tortura planeaba Evie para mí en esa sesión, pero lo cierto era que posar junto a esas deslumbrantes bellezas no podría suponer un castigo para ningún hombre, y mucho menos lo habría sido para mi hermano, que era un auténtico mujeriego. En cambio, a mí sí se me hacía difícil mirar incitadoramente a otra chica que no fuera la que me enfocaba con su objetivo.

—Se supone que tienes que devorar con los ojos a una mujer —señaló Evie desde detrás de la cámara, reclamándome que le mostrara un poco de la pasión que guardaba sólo para ella.

—Y lo estoy haciendo —repliqué mientras admiraba con deseo cada uno de sus movimientos.

—¡A ellas, casanova! ¡A ellas, no a mí! —insistió, señalando fríamente a todas las hermosas modelos que me rodeaban. No obstante, yo no me inmuté ante sus exigencias y continué fijando mi mirada en la única mujer que me interesaba.

Evie siguió disparando su cámara y, a pesar de sus indicaciones, seguí haciendo lo que me dio la gana. Ya que no era un profesional como mi hermano, estaba muy dispuesto a enseñarle a esa chica lo serio que podía ir con ella a pesar de que Evie únicamente pretendiera espantarme de su lado.

—Si no te muestras más serio en tu trabajo, tendré que prescindir de ti y llamar a otro que atraiga más a mi cámara —me dijo ella incitantemente, concediéndole un indudable doble sentido a sus palabras.

—Sabes tan bien como yo que el único capaz de encender tu cámara soy yo... —contesté, sonriendo con presunción, consciente de que eso le molestaría.

Pero, antes de que ella me replicase, una de las atrevidas modelos que tenía a mi lado colocó sensualmente su mano sobre mi pecho y, desafiando a Evie con la mirada, rebatió sensualmente sus múltiples quejas sobre mi desempeño laboral.

—No te preocupes, nosotras lo ayudaremos a llevar a cabo su trabajo...

—Después de todo, posar rodeado de un montón de chicas no será algo que Luca no haya hecho con anterioridad —se rio jovialmente otra de ellas, agarrándose a uno de mis brazos.

—También ha posado junto a una decena de hombres en una misma sesión, y no sé yo... creo que se sentía más a gusto en esos momentos que ahora. Supongo que ya habréis leído en la prensa esos escandalosos rumores sobre las preferencias de Luca al respecto... —manifestó Evie maliciosamente, recordándome los chismes que rondaban sobre Luca y de los que solamente ella era culpable.

—Sí: altas... —contestó una de las vanidosas modelos, poniéndose burlescamente de puntillas.

—Rubias... —añadió otra mientras meneaba presumidamente su melena junto a mí.

—Y con mucho encanto —terminó diciendo una tercera, alzando sus pechos para concentrar la atención de todos en uno de sus principales atractivos.

Y, para terminar de fastidiar a Evie, cada una de esas modelos miró a mi fotografía con desdén, como si no valiera nada. Ella las acribilló con la mirada para pasar a fotografiarlas y, conociendo

a Evie y su cámara, seguramente no estaría sacando imágenes muy favorecedoras de esas bellezas, por más hermosas que éstas fueran.

Trascurridos unos minutos en los que esas jóvenes no dejaron de posar sensualmente a mi lado, Evie decidió retomar la conversación desde detrás de su cámara.

—Bueno, ¿y cuáles son tus gustos, Luca? —dijo, dirigiéndose hacia mí, algo que me molestó, ya que pronunció una vez más el nombre de mi hermano y no el mío, que yo le había pedido que utilizara.

—Tú ya sabes cuáles son mis preferencias, Evie —contesté, intentando hacerle recordar esa apasionada noche que habíamos vivido juntos, algo que ella se tomó de nuevo como una burla cuando anunció ante todos:

—Sí, las conozco, pero Eddy, en estos momentos, está ocupado, así que, sintiéndolo mucho, tendrás que conformarte con estas chicas.

—No te preocupes, lo haré... —repliqué.

Luego, bastante enfadado con la mujer que había hecho de mi amor una mofa, pasé a mostrarle a su cámara todo lo que ella quería ver de mí. Decidí olvidar en un rincón a Angelo para convertirme en el despreocupado Luca que Evie reclamaba a su lado ese día.

\* \* \*

Ante mí volví a ver a ese sinvergüenza, esa vez más escandaloso que nunca. Sin importarle la presencia de mi cámara, Angelo coqueteaba descaradamente con cada una de las mujeres que tenía a su alrededor, las animaba a tocarlo sin dejar de acariciar sutilmente su piel y desviaba de vez en cuando la mirada hacia mí, recordándome que en una ocasión había dedicado esas caricias a mi cuerpo.

Más de una vez quise huir de lo que me mostraba mi cámara, del engañoso hombre que en ese momento se me revelaba más desconocido que nunca, pero me mantuve firme ante él, descubriéndole a mi cámara y a mí misma cómo era Angelo en realidad. Finalmente, sin poder aguantar la idea de que Angelo había jugado conmigo como había querido, solté la máquina y dejé a un lado las imágenes con las que me torturaba a mí misma.

—Creo que necesitamos un descanso —anuncié.

—¿De verdad? No sé por qué, si apenas acabamos de comenzar la sesión... —se quejó una de las altivas modelos, a la que había hecho una foto en la que no salía muy favorecida. Pensé en enseñársela para que dejara de tocarme las narices, pero, como allí quien mandaba era yo, simplemente insistí:

—Lo dejaré más claro: yo necesito un descanso.

Después de eso, traté de alejarme de Angelo, pero, mientras las modelos fueron a tomar el sol en alguna de las tumbonas de la playa, él se acercó a mí para susurrarme algo al oído.

—¿Te gusta lo que te ha mostrado tu cámara? ¿Has encontrado hoy en mí a ese modelo que

buscabas con tanta insistencia? ¿Te he dado lo que querías? —preguntó acusadoramente, como sugiriendo que lo que había visto frente a mí hubiera sido un nuevo papel que él había representado, en esa ocasión únicamente para incordiarme.

—Sí, por lo visto esa parte tuya siempre ha estado ahí, Luca —solté, enfrentándome a él mientras hacía hincapié en el papel que él insistía en representar ante todos haciéndose pasar por su hermano.

—Tú y yo sabemos que eso no es cierto, que sólo tú sabes ver mi verdadero yo. Pero, al parecer, todavía temes lo que tu cámara puede enseñarte y huyes de mí sin atreverte a reclamarme... ¿o tal vez no te crees suficiente mujer como para llegar a hacerlo? —finalizó retadoramente a la vez que me señalaba, esbozando una burlona sonrisa, el sinfín de bellas modelos que lo rodeaban. Luego, sin esperar mi respuesta, me dio la espalda y se marchó hacia una de las tumbonas más apartadas, sin llegar a ver la furia que había hecho bullir en mí tras sus palabras.

—¡Qué le voy a hacer! Entonces no tendré más remedio que reclamarte... —susurré, luciendo en mi rostro una ladina sonrisa mientras urdía otro más de mis descabellados planes para vengarme de él.

\* \* \*

Mientras Evie contemplaba cómo tomaban el sol despreocupadamente todas y cada una de las modelos a su alrededor, decidió ayudarlas a que disfrutaran de su más que merecido descanso. «Después de todo, coquetear durante horas con un hombre atractivo es una tarea ardua y agotadora», pensó irónicamente mientras en su mente rememoraba algunas de las jugarretas que le había hecho durante su infancia a su prima, tal vez la modelo más fastidiosa y orgullosa de todo Nueva York, a la vez que caminaba bajo el sol llevando la crema solar de máxima protección que debían aplicarse esas chicas para no estropear su piel.

Con el protector solar entre sus manos, Evie se acercó a una de las altivas mujeres, la que menos le gustaba, pues esa bonita rubia de hermosos ojos azules no había tardado ni un minuto en abalanzarse sobre Angelo como si fuera su presa. Meneando el bote de crema como si de una ofrenda de paz se tratase, Evie le ofreció humildemente sus disculpas. Por supuesto, si esa chica hubiera sido más lista, habría sospechado de inmediato de esa muestra de amabilidad. Pero tal vez, como no la conocía tan bien, creyó que Evie pretendía congraciarse con ella de modo sincero para no desperdiciar oportunidades futuras de retratarla, cuando eso en verdad era algo que a esa despreocupada fotógrafa nunca le quitaría el sueño.

—¡Hola! ¿Qué tal? Venía a ofrecerte mis excusas y a pedirte que perdonaras mi comportamiento... eh... hummm... —comenzó a decir Evie, intentando recordar el nombre de esa modelo, algo que, por supuesto, a una chica tan arrogante como ella le molestó.

—¡Alexa! ¡Me llamo Alexa Geller! Será mejor que lo recuerdes para la próxima ocasión en la

que tengas el privilegio de fotografiarme, si es que te lo permito, claro... —soltó la muchacha, altanera, arrebatándole a Evie, de muy malos modos, la crema protectora de entre las manos. A continuación prosiguió despotricando y molestando a todo aquel que estuviera lo suficientemente cerca como para oír su chillona voz—. ¡Ya era hora de que alguien me trajera el protector solar! Preferiría que me lo pusiera un hombre atractivo, pero como Luca está descansando y no veo a ninguno por aquí que dé la talla, me tendré que conformar contigo... —anunció la mala pécora, despreciando con su mirada a los trabajadores que andaban por allí y depositando bruscamente el bote de crema de vuelta a las manos de Evie, logrando así aumentar las ganas de la fotógrafa de darle una lección.

—¡Oh, no te preocupes! ¡Estaré más que encantada de ayudarte! —exclamó jovialmente Evie, sonriendo con falsedad. Alexa, sin percatarse del brillo malicioso de los ojos de su interlocutora, se tumbó boca abajo en su tumbona, muy orgullosa.

Los compañeros de sesión, que ya conocían de lo que era capaz esa aloca fotógrafa cuando la provocaban, pararon su trabajo para dirigirle una silenciosa mirada a Evie, dispuestos en principio a hacerle desistir de lo que fuese que tuviera planeado para Alexa, pero, después de recordar los despectivos comentarios de esa engreída, se lo pensaron mejor y simplemente guardaron silencio... y más aún cuando Evie se llevó un dedo hacia los labios, pidiéndoles que se mantuvieran callados.

Evie comenzó a aplicar la crema sobre la espalda de Alexa con un placentero masaje. Cuando ésta se encontró lo suficientemente adormecida, Evie sacó la crema bronceadora que llevaba guardada en los amplios bolsillos de su pantalón y plasmó con ella un imaginativo mensaje en la espalda de Alexa que revelaría cuál era la imagen real que escondía ese bonito envoltorio que, al igual que les ocurría a muchas de esas mujeres, estaba podrido por dentro. Luego, cerró la sombrilla y permitió que la luz del sol comenzara a broncear a la modelo.

—¡Deberías disculparte de la misma manera con todas las demás! ¿Qué opináis, guapas? —intervino en ese momento una exuberante morena que se encontraba muy cerca de su impertinente compañera, siguiendo su altivo ejemplo.

Regocijándose en su victoria al recibir una fervorosa respuesta de parte de cada una de sus compañeras que querían ver humillada a Evie, siguió instigándola sin saber lo que se les avecinaba.

—¿Qué me dices? Humm... ¿Evie? —preguntó, devolviéndole a la fotógrafa el mismo gesto que había tenido en su trato con Alexa al pretender no recordar su nombre.

—¿Que qué digo? ¡Pues que no os preocupéis, chicas: tengo crema para todas!

Dicho esto, sonrió falsamente antes de frotarse las manos al pensar en los diferentes mensajes que pondría en las espaldas de todas ellas. En cuanto a Angelo, el mensaje destinado a él estaba muy claro. Y no pensaba dejárselo en la espalda, sino en un lugar bien visible, donde todas las mujeres que se cruzaran en su camino pudieran verlo.

\* \* \*

Angelo, adormilado bajo los cálidos rayos del sol, sintió que unas pequeñas manos recorrían su pecho. Reconociendo el tacto de esas palmas que siempre lo volvían loco, dejó que lo tocara como deseara. Impregnadas en la crema solar que él no estaba acostumbrado a aplicarse, se deslizaron por su cuerpo, avivando su deseo con cada uno de sus roces.

Las traviesas manos descendieron por su cuello lentamente, acariciaron sus brazos marcando sus duros bíceps con las uñas para luego dirigirse hacia su potente torso, donde deslizó uno de los juguetones dedos por cada uno de sus abdominales. Poco a poco, esas palmas se volvieron más atrevidas y él siguió simulando que estaba dormido sólo para recibir más de esas caricias que Evie se negaría a otorgarle cuando sus ojos se encontraran y ella esquivara una vez más la verdad de su mirada; una mirada que le mostraba que la deseaba sólo a ella, algo para lo que esa mujer tal vez aún no estaba preparada.

Cuando sintió subir sobre él un cálido cuerpo provisto tan sólo de un pequeño bikini, su cuerpo reaccionó de una forma con la que, evidentemente, ya no podía disimular que estaba dormido, y aún menos cuando uno de los audaces dedos de esa mujer se atrevió a grabar un mensaje en su pecho, reclamándolo.

«Eres mío», escribió a fuego en su piel con los roces de ese dedo.

—Sí, soy tuyo —anunció Angelo, abriendo al fin los ojos mientras sujetaba la atrevida mano que jugaba con él. Y, tras esas caras gafas de sol, observó cómo Evie, más atrayente que nunca ataviada con un bikini negro con el que nada tenía que envidiar a esas modelos, se alzaba encima de él como sólo hacía en sus sueños—. ¿Cuándo me vas a dejar que te lo demuestre? —le susurró al oído mientras la atraía hacia él.

—Ahora descansa —ordenó Evie, deteniendo sus avances—. Después de todo, tienes que estar muy en forma para lo que te espera, Angelo —añadió, separándose de él.

—Así lo haré —contestó éste y, resignado a la distancia que Evie siempre interponía entre ellos, la dejó marchar. No obstante, sonrió complacido por la sencilla razón de que ella había vuelto a pronunciar su nombre en lugar del de su hermano en esa farsa que él todavía intentaba representar—. Pero ten presente una cosa: a la única mujer que puedo mirar con deseo es a ti —declaró finalmente, haciendo que por unos instantes los pasos de Evie se detuvieran.

—No te preocupes, Angelo: yo ya sé que eres capaz de representar cualquier papel a la perfección y, si no engañas a mi cámara, al menos a ellas sí lo harás —dijo Evie, señalando a las despreocupadas modelos de su alrededor.

Por un segundo, antes de que Evie se marchara, a Angelo le pareció ver algo de tristeza en la mirada de esos beligerantes ojos azules, pero éstos no tardaron en mostrar su desprecio como siempre hacían, rechazándolo de nuevo.

\* \* \*

Tras tomar el sol durante más tiempo del aconsejable, las modelos volvieron a posar para mí. Esas presumidas chicas que pululaban alrededor de Angelo se escandalizaron al ver el mensaje que «alguien» había dejado sobre su pecho, que había quedado fijado gracias al bronceado. Naturalmente, se habrían escandalizado más de haber visto el que cada una de ellas tenía en sus respectivas espaldas, pero lo cierto es que eso no era algo que no se merecieran todas y cada una de ellas. Angelo, por su parte, se lo tomó todo a risa y, tras mirar su pecho, desvió su mirada hacia mí para soltar una estruendosa carcajada como respuesta a mi chiquillada.

—Muéstrame cuánto las deseas... —le ordené, pidiéndole a Angelo lo que mi cámara necesitaba ver en esos momentos, pero él me mostró nuevamente lo que quiso.

En esa ocasión no se ocultó detrás de la escandalosa apariencia de su hermano y, negándose con la cabeza a mi petición, como si ésta fuera algo absurdo, dirigió hacia mí sus intensos ojos, calentándome con su ardiente mirada, la cual, siguiendo cada uno de mis movimientos, reflejó en su rostro que sólo me deseaba a mí. Esos ardientes ojos verdes me hacían recordar la apasionada noche que pasé entre sus brazos, donde me sentí la única mujer en su vida. Sin duda, un nuevo engaño, como todos los que rodeaban a esos dos mentirosos hermanos.

Como siempre que retrataba a alguien, no sabía con qué imagen quedarme para ese trabajo. No sabía qué pretendía mostrarme mi cámara, o qué quería que los demás vieran cuando contemplaran ese anuncio... hasta que Angelo, colocado ante mí, me devoró una vez más con la mirada.

Sus ojos me prometían que, si se lo permitía, me llevaría a alcanzar el paraíso una vez más. Pero, mientras me hacía esa silenciosa propuesta con su mirada, las manos de otras muchas mujeres lo rodeaban, acariciaban y manoseaban, como una metáfora que me anunciaba lo falsa que podía resultar la promesa que él llevaba grabada en su pecho, recordándome que a donde yo quería llevar a ese hombre no era al cielo, sino al mismísimo infierno.

Y así lo hice: apunté, disparé y en un instante terminé con ese trabajo... y, tal vez, con el hombre que me hacía sentir demasiado.

## Capítulo 13

Me encontraba desayunando a gusto, por primera vez en semanas, en un café de la Séptima Avenida, saboreando un *cappuccino* y un cruasán *semplice* sin nada dentro, con un agradable y relajado ambiente a mi alrededor a pesar del ajetreo del exterior. En la parte inferior de ese gran local llamado Coffee Gourmet se podía elegir el tipo de comida que uno quería tomar, seleccionándolo de entre todos los manjares que eran ofrecidos a través de los acristalados mostradores que presentaban a los clientes, desde jugosas y exóticas frutas hasta bollería recién horneada o crujientes panes. Cada uno optaba por su desayuno, sin carta alguna, como en cualquier *buffet* de hotel. Y mientras disfrutaba de un momento de descanso que pocas veces encontraba en Nueva York, recordaba con una sonrisa a la sensual mujer que atormentaba mis sueños y que, para mi desgracia, o tal vez para mi fortuna, llevaba varias semanas sin ver.

Mi querido e irresponsable hermano eludía contestar al teléfono una vez más e ignoraba todas mis llamadas, en las que le reclamaba una disculpa para la chica que me torturaba con un innmerecido castigo. Después de meses de vivir allí, esa gran urbe me agobiaba con su lujo, su falsedad, sus numerosas fiestas y escandalosos cotilleos. Yo sólo quería regresar a mi hogar en la Toscana, dejar de ser Luca y volver a ser yo mismo, aunque eso supusiera alejarme de Evie, ya que sentía que, cada día que pasaba mintiéndole a esa chica, la distancia entre nosotros se hacía más grande.

Deseaba gritar a los cuatro vientos quién era yo realmente, y llevarme a Evie bien lejos de la bulliciosa ciudad a la que estaba acostumbrada. Anhelaba mostrarle los hermosos paisajes de mi tierra, que ella no podría evitar fotografiar con deleite; presentarle a la amable y acogedora gente que siempre me rodeaba durante la recogida de la uva; que estuviera en las fiestas que celebrábamos durante la vendimia, y ofrecerle un sinfín de imágenes maravillosas para sus ojos, que veían tanto de mí y, a la vez, tan poco.

Sería tan fácil revelarle la verdad y despreocuparme de todo como tantas veces había hecho mi gemelo... pero yo no era Luca y, si terminaba con esas mentiras antes que él, sentiría que le estaba fallando como hermano. Aunque había sido engañado por Luca para ocupar su lugar en ese trabajo, quería que fuera él quien volviera a Nueva York por su propio pie, hacerle afrontar las responsabilidades de las que siempre huía y dejar que se enfrentara por una vez a todo lo que había hecho sin que yo tuviera que resolver sus problemas. Pero mis deseos estaban muy lejos de cumplirse, ya que Luca ni siquiera se dignaba contestar mis llamadas. O eso era lo que pensaba

hasta que mi móvil empezó a sonar, reconocí en la pantalla el número de teléfono de casa y contemplé con asombro cómo mi esquivo hermano por fin tenía a bien contactar conmigo.

—¿Cómo has podido hacerme eso, Angelo?! ¡Nunca creí que fueras capaz de cumplir tus amenazas! ¡Definitivamente, después de esto has arruinado mi carrera en Norteamérica, mi reputación, y has acabado con la extensa agenda de atractivos modelos que tanto tiempo me costó recopilar a lo largo de los años! ¡Hazme un favor: deja de hacerte pasar por mí y vuelve a casa!

—¡Uf! No sé yo, Luca, con lo cómodo que estoy aquí... —ironicé mientras me burlaba de él y de la locura que lo llevaba a reclamarme lo mismo que yo llevaba tanto tiempo pidiéndole—. Entonces, ¿cuándo regresas a Nueva York?

—¿Después de lo que has hecho? ¡Ni loco pienso volver a pisar esa ciudad!

—¡Vamos, Luca! Aquí tienes una mujer que está esperando con impaciencia tu vuelta.

—Tras ver el último trabajo que has... o, mejor dicho, que he protagonizado, lo dudo mucho.

—¡Anda ya, hermano! ¡No exageres! Era un trabajo que te habría encantado: estaba rodeado de despampanantes bellezas que no paraban de coquetear conmigo. Lo único malo era que todas decían tu nombre... —solté, molesto, al recordar cuando Evie pronunció el nombre de Luca en lugar del mío.

—¡Ah! ¡Ésta es buena: te la ha vuelto a jugar, y esta vez a lo grande, y no te has dado ni cuenta! —exclamó, riéndose por teléfono de un chiste que yo no comprendía.

—¿De qué estás hablando?

—¡De tu fotografía, por supuesto! ¿Exigiste siquiera leer el guion de planificación de tu trabajo antes de ponerte en la marca y comenzar a hacer el idiota entre tantas sensuales mujeres?

—¿Qué guion?

—Es un papelito que los fotógrafos profesionales suelen redactar antes de llevar a cabo las sesiones, en donde planean con detalle cada captura y organizan un pequeño resumen de lo que van a hacer ese día, el material que necesitan, el esquema de iluminación, si las fotos van a ser tomadas en interior o en exterior y, lo más importante, el tipo de anuncio que van a montar con tus fotografías y el papel que debes representar cuando poses ante la cámara. Yo siempre pido echarles un vistazo a esos guiones para no llevarme ninguna sorpresa, aunque, conociendo a esa arpía, solamente te indicó que posaras y nada más, ¿no es así?

—¿Me quieres decir qué he hecho? —pregunté, algo alarmado al pensar sobre qué clase de trabajo habría realizado para que el irresponsable de mi hermano se cabreara tanto.

—No, no te lo voy a decir. Prefiero que lo veas tú mismo y descubras finalmente cómo es esa chica por la que te sientes irracionalmente atraído. Ve a Times Square, al cruce con la Séptima Avenida, y busca tu cara en los carteles, ya que, conociéndola, habrá conseguido el mejor emplazamiento para la publicidad, para avergonzarnos al máximo.

—Estoy en la Séptima Avenida, no tardaré en llegar a ese cruce —le anuncié y, tras pagar la cuenta, marché decidido a ver uno más de los resultados de la venganza de esa testaruda a la que, una vez más, intenté defender—. Yo ya sé el tipo de mujer que es Evie...

—Y yo también, hermano: una que no deja títere con cabeza. Y, por lo visto, tú y yo somos precisamente eso en estos momentos.

—No te permito... —comencé a reprenderlo, pero todas mis palabras de reproche se quedaron en mis labios cuando descubrí ante mí un gran cartel con mi nuevo anuncio.

—Veo que te has quedado mudo... ¿Qué? Al fin has visto terminado el «gran trabajo» de esa mujer, ¿verdad?

Apretando fuertemente los puños, intenté retener mi furia, pero tal vez debería haber cerrado también los ojos para conseguirlo, ya que el insultante cartel que tenía ante mí no hacía nada por calmarme. En él se podían observar un clásico anuncio de dos imágenes mostrando el antes y el después: en el primero se podía ver a un hombre que posaba solitario y depresivo y, aunque tenía rasgos similares a los míos, no era yo; por su parte, en la imagen del después aparecía yo sonriendo alegremente a las chicas de mi última sesión fotográfica, pareciéndome más a Luca que nunca. En un primer instante no me pareció algo tan grave y denigrante como para justificar el tremendo cabreo de mi hermano, hasta que me fijé con más atención en el «producto milagroso» que se anunciaba: una operación de agrandamiento de pene.

—¿Qué tienes que decir del trabajo de tu excelente fotógrafa? —inquirió Luca para tocarme las narices, pero, como no estaba del mejor humor para sus idioteces en ese momento, le contesté como se merecía.

—Que podía ser aún peor, querido hermano...

—¿Peor? ¿Cómo? —inquirió, enfadado.

—Podías haber representado la foto del antes... —repuse y, para evitar que Luca me dejara sordo con sus recriminaciones, alejé el teléfono de mi oído.

Cuando éste se sosegó, me dispuse de nuevo a escuchar sus palabras.

—¡Ahora lo que tienes que hacer es volver a tus viñedos en la Toscana y...! —vociferaba él en esos instantes, comportándose en esa ocasión como el más racional de los dos. Para su desgracia, yo ya no tenía ni una pizca de sensatez en mí, pues Evie, con sus juegos, me la había arrebatado toda.

—¡Eh, tío! ¡Tú eres el del anuncio! —exclamó entonces uno de los transeúntes que se chocaron conmigo mientras yo seguía detenido en mitad de la calle, clavando mis disgustados ojos en ese cartel a la vez que hacía oídos sordos a los consejos de mi gemelo.

Intenté ignorar a ese estúpido, pero su acompañante, igual de borracho que él, insistió.

—¡Sí, es verdad! ¡Eres el tío de la polla pequeña!

—Se equivocan de persona —afirmé seriamente mientras fulminaba a ambos cretinos con la mirada, pero ellos estaban demasiado bebidos como para darse cuenta de mi velada advertencia.

—¿Qué ocurre? ¿Qué está pasando, Angelo? —quiso saber mi hermano a través del teléfono, alarmado, intuyendo que ése era uno de esos días en los que yo no tenía demasiado tacto como para tratar con idiotas.

—Nada, Luca: simplemente es una pequeña confusión de identidad, nada a lo que no esté ya

acostumbrado... ¡pero mira tú por dónde, ésta tiene fácil solución! —dije para tranquilizarlo mientras contemplaba a ese par de energúmenos que estaban acabando con mi paciencia.

—¡Venga ya, tío! ¡Reconoce que la tienes tan enana que...!

Y antes de que ese estúpido continuara con sus molestos chistes, que seguramente no harían otra cosa que tocarme las pelotas, me dispuse a sacarlo de su error. Así que, tras desabrocharme los pantalones, me los bajé y, sin importarme demasiado lo que me rodeaba, les demostré a esos dos lo equivocados que estaban conmigo.

—¡Joder, tío! ¡Tú no puedes ser el del anuncio!

Cuando terminé de constatarles lo erróneo de ese cartel a esos imbéciles, alguien tocó mi hombro para que me diera media vuelta. Pensando que era otro de esos molestos transeúntes que querían burlarse de mí a causa del maldito anuncio, me volví sin subirme los pantalones, muy dispuesto a acabar con las mofas, increpando al nuevo sujeto.

—¿Qué? ¿Tú también quieres vérmela?

Para mi desgracia, mis encantos se toparon de frente con un policía que, ordenándome que me subiera los pantalones, me enseñó burlescamente sus esposas mientras, con una irónica sonrisa, me anunciaba:

—No, prefiero enseñarte las mías.

—¿Angelo? ¿Angelo? ¿Qué está pasando? ¿Qué estás haciendo? —preguntó mi hermano nerviosamente a través de la línea telefónica, sin saber qué estaba ocurriendo. Así que, para aclarárselo, simplemente dejé que oyera cómo ese amable agente lo explicaba todo por mí.

—Queda usted detenido por escándalo público y exhibicionismo —me informó mientras me esposaba.

Riéndome del jodido lío en el que me había metido por culpa de ese diablo de mujer, de mi hermano y de ese intercambio de identidades que ya me tenía hasta las narices, decidí dejar a Luca tan tranquilo y calmado como él me había dejado a lo largo de esos meses, así que, antes de que me requisaran el móvil, le dije al policía, en voz lo suficientemente alta como para que Luca lo oyera:

—Agente, no se olvide de reflejar claramente mi nombre en su informe, me llamo Luca Rossi, si quiere se lo deletreo: ele, u, ce...

Me callé súbitamente cuando el policía me arrebató el teléfono por el que estaba dejando atónito a Luca y, antes de que lo apagara, pude oír una voz tan desesperada como la que yo había exhibido en alguna ocasión cuando él me fastidiaba.

—¡Hermano, vuelve a casa pero ya!

—No creo que eso pase por algún tiempo o, por lo menos, no hoy... —comentó el agente tras acabar con la llamada, haciéndome saber que ese día, seguramente, no dormiría en mi elegante cama.

—No se preocupe: aún no estoy preparado para hacerlo —le comenté mientras pensaba que la siguiente en aleccionar sería Evie, esa chica que, por lo visto, no recordaba cómo eran mis

encantos, algo que estaba más que dispuesto a volver a mostrarle en cuanto saliera de ese infierno al que sólo ella me había conducido.

\* \* \*

Jeff tenía un gran dolor de cabeza, uno con nombre y apellido: Evie Norton, una irracional chica con la que en esos instantes tenía que hablar seriamente sobre su futuro..., un futuro que no veía muy claro después de que disgustara a varias reputadas modelos con sus trastadas. Y es que, por si fuera poco trabajo el tener que tratar con la arrogante de Amanda Black, encima tenía que aguantar también las chaladuras de esa insensata que Dominic había dejado a su cargo. Su amigo le había comunicado hacía poco su decisión de regresar a su hogar para vigilar de cerca a sus niñas, pero, cuando Jeff ya pensaba con regocijo que quedaría así liberado del martirio que le suponía ser el guardián de esas revoltosas muchachas, recibió la noticia, por parte de Dominic, de que no pensaba anunciarles su vuelta ni a Evie ni a Amanda, por lo que todas las quejas e infantiles acciones de esas dos mocosas aún recaerían sobre él.

Con un suspiro, Jeff pulsó un botón del portero electrónico del antiguo bloque de apartamentos situado en Brooklyn donde vivía Evie, una zona acogedora, cercana a bibliotecas y museos y bien conectada a través del transporte público. Se trataba de un barrio repleto de personas tranquilas y amables que nada tenían que ver con su ahijada, la cual, para variar, no contestaba a ninguna de sus llamadas, por lo que había tomado la decisión de acercarse hasta su casa para reprenderla.

—En estos momentos Evie Norton no se encuentra en el edificio, será mejor que vuelva en otra ocasión —contestó una falsa y ronca voz que Jeff no tardó en reconocer como perteneciente a una de las chicas que siempre lo torturaban.

—Evie, por más que intentes disimular que estás ahí, no cuela: he hablado con Amanda y sé que te encuentras en casa, así que, o me abres la puerta, o le doy tu dirección a esas modelos que están decididas a lincharte.

—¡Vale, vale! No hagas eso... pero será mejor que subas por la escalera, ya que el ascensor está averiado.

Tras unos segundos de espera, finalmente las puertas del edificio se abrieron para Jeff. Éste, resignado a subir hasta el quinto piso en busca de esa jovencita, comenzó su difícil ascenso, que le recordó que ya no estaba tan en forma como antes. Casi sin aliento, se detuvo en el tercer piso para recuperarse y fue entonces cuando contempló, atónito, a unos vecinos utilizando el ascensor.

—¡La madre que te parió! —masculló entre dientes, maldiciendo a esa insufrible mujer que lo había obligado a realizar el agotador ejercicio físico que llevaba semanas evitando mientras se apresuraba a tomar el ascensor para lo que le quedaba de trayecto.

—Te has tomado tu tiempo, ¿verdad? —soltó socarronamente Evie, esperándolo sentada en una silla plegable delante de la puerta de su piso a la vez que disfrutaba de unas patatas fritas—. Y eso que al final has cogido el ascensor.

—¿En serio, Evie? ¿Una mierda? —reprendió Jeff a su ahijada mientras intentaba recuperar el aliento—. ¿Cómo se te ocurrió dibujar una mierda en la espalda de una de las modelos? —repitió, furioso, mientras le arrebatava la bolsa de aperitivos a Evie para apagar su frustración con la comida.

—No sé, creo que en ese momento estaba inspirada... —respondió despreocupadamente, dejándolo entrar en su pequeño apartamento.

—Tengo un montón de quejas de esas chicas que quieren ver tu carrera hundida, ¿qué piensas hacer con eso? —inquirió Jeff, sacando de su maletín las reclamaciones que habían interpuesto las modelos contra ella.

—Si me las dejas en el baño, sabré darle buen uso, ya que casualmente tengo algo de carencia de papel higiénico.

—¡Estoy hablando en serio, Evie! —gritó Jeff, cabreado—. ¡Tus insensatas acciones han provocado un montón de problemas a esas chicas, y a mí, dicho sea de paso! Alicia no puede realizar un anuncio en el que debía representar a un ángel porque alguien le ha dibujado un pentagrama invertido en la espalda y todos creen ahora que pertenece a alguna extraña secta satánica; Miriam tiene impreso un diablillo, por lo que tampoco es apta para ese trabajo; a Natacha le pintaste una imaginativa imagen de una carita vomitando... ¡y así sigue la cosa! ¡Un insultante dedo corazón, una calavera, un culo y, por último, una mierda...! En serio, Evie, ¿una mierda?! —volvió a recriminarle Jeff, bastante alterado.

—¿Qué quieres que te diga, Jeff? Ya sabes que no me gusta fotografiar a las personas, entre otras cosas porque no veo nada bueno en ellas, y se me hace mucho más pesado cuando tengo que aguantar sus idioteces —confesó Evie mientras se desplomaba en el sofá, a la espera de una más de las reprimendas que tal vez se había ganado.

—Eso no es excusa para que las trataras así.

—Se lo merecían —repuso mientras se cruzaba de brazos, decidida a no disculparse con ninguna de esas mosconas.

—¡Ni un trabajo más, Evie! ¿Me oyes? ¡No pienso conseguirte ni un trabajo más! He aguantado tus tonterías porque, a pesar de ellas, hasta ahora lo habías hecho bien, pero se acabó.

—Pero Jeff... —suplicó Evie, tan falsamente como cuando era niña, procurando suavizar su carácter; pero eso, con el paso de los años, ya no funcionaba con él... especialmente cuando la conocía tan bien como para saber que ella no se arrepentía de nada de lo que había hecho.

—¿Qué Jeff ni qué ocho cuartos, Evie! ¡Tú no vuelves a trabajar con ninguna de mis modelos por nada del mundo! Y, sinceramente, después de tu comportamiento, dudo mucho de que alguna persona quiera posar para ti.

—¿Y Luca Rossi? ¿Puedo trabajar con él? —planteó Evie, luciendo una maliciosa sonrisa en el rostro que le aseguraba que, tal y como él pensaba, ella no se arrepentía de nada.

—Ese chico no pertenece a mi agencia, puedes hacer con él lo que te dé la gana. Con todo, ten presente que no voy a ayudarte más en esa estúpida venganza tuya por más que me jorobes. Así

que, a partir de ahora, serás tú la que te busques tus propios encargos, y procura no perder también a este modelo por tus estupideces o te quedarás sin nada. No creo que tu padre esté muy contento contigo si pierdes su amado estudio por no poder controlar tu genio —amonestó Jeff a esa mujer que aún seguía siendo una mocosa malcriada, para que se diera cuenta de la precaria situación en la que se hallaba. Y, cuando al fin creía que en la conciencia de Evie estaba entrando algo de raciocinio, recibió una llamada que lo arruinó todo.

Mientras atendía el teléfono, dejando que Evie reflexionara seriamente sobre lo que había hecho, no pudo evitar gritar escandalizado ante la noticia que circulaba por Nueva York esa mañana.

—¿Cómo que Luca Rossi ha sido arrestado por escándalo público y exhibicionismo?! —preguntó a su confidente, pidiendo más explicaciones mientras dirigía una acusadora mirada hacia Evie, declarándola culpable de antemano.

—Te juro que en eso no he tenido nada que ver, Jeff —se apresuró a manifestar ella mientras alzaba inocentemente ambas manos.

—Dime dónde está ahora ese infeliz... —solicitó Jeff a su interlocutor, sin dejar de observar a Evie y su supuesta inocencia con su escrutadora mirada.

Tras recibir la dirección, Jeff se decidió a ir en busca de ese tipo que, sin duda, últimamente estaba adquiriendo tan mala reputación en Nueva York por culpa de su maliciosa fotografía y cada una de sus despiadadas jugarretas.

—Espero que sepas qué es lo que debes hacer a partir de ahora, Evie —la reprendió de nuevo, recordándole con ello que debía comportarse adecuadamente con Luca Rossi, ese hombre al que sólo sabía fastidiar.

—Sé exactamente lo que tengo que hacer, Jeff —declaró ella con seriedad, como si al fin hubiera comprendido su situación, algo de lo que él se sintió tremendamente orgulloso al ser testigo de cómo esa chica comenzaba a madurar y...

—¡Tengo que celebrarlo! —exclamó entonces Evie, dichosa, mientras sacaba una cara botella de champán de su nevera, champán que probablemente habría robado del apartamento de su padre, para brindar por ese nuevo escándalo.

Después de ese comportamiento, Jeff sólo pudo dedicarle unas últimas palabras a esa consentida antes de marcharse a rescatar a ese modelo de las chaladuras en las que Evie era capaz de meter a cualquiera.

—¡Ni un trabajo más!

\* \* \*

Me paseaba inquieto de un lugar a otro de la celda que compartía con borrachos, drogadictos, algún chulo y, por supuesto, pervertidos, un apelativo con el que yo mismo habría sido irremediamente calificado después de mi impetuosa acción.

Estaba furioso con las consecuencias que en esa ocasión me había acarreado la estúpida broma de Evie, algo que mostraba claramente en mi cara a cualquiera que se aproximara, razón por la cual los individuos que me rodeaban no se acercaban a mí lo más mínimo. Pero, a pesar de estar rabioso con Evie, lo estaba más conmigo mismo por no ser capaz de mantener la compostura.

Yo no era el irresponsable de Luca. Al contrario, yo era el responsable, serio y siempre digno de confianza Angelo: un hombre que controlaba su vida, que la planificaba y seguía a rajatabla sus deberes hasta llegar a sus objetivos. Sin embargo, desde que conocí a Evie, esos objetivos estaban confusos y mi camino a seguir simplemente se convertía en un laberinto. Ella era impredecible, actuaba sin medir las consecuencias y, aunque tuviera una meta, el camino para conseguirla no estaba marcado y simplemente se lanzaba a lo loco, acabando de paso con la cordura de los que la rodeaban.

—¿Qué has hecho conmigo, Evie?! —murmuré con enfado mientras caminaba inquieto por esa estrecha celda a la vez que mesaba mis cabellos con frustración.

La mirada de los inquietos tíos que compartían ese cochambroso lugar conmigo se centraron en mí tras oír salir de mis labios un nombre femenino y, por unos segundos, más de uno me miró como si comprendiera mi irracional comportamiento a causa de una mujer que me traía de cabeza.

—Señor Rossi, alguien ha pagado su fianza, por lo que no pasará usted la noche en el calabozo... a no ser que decida volver a mostrar sus encantos en público, claro está —ironizó el policía que me había detenido, un hombre que parecía resistirse a dejarme salir de allí.

Mientras pasaba por su lado, recordé los modales que mi abuelo me había inculcado desde pequeño y, reconociendo mi error, declaré:

—Siento mucho el inadecuado comportamiento que he tenido hoy, agente; no tengo ninguna excusa para ello.

—No se preocupe, señor Rossi: su representante las ha dado todas por usted y, al parecer, éstas tienen el nombre de una chica. Le doy un consejo gratis: no cabree más a su novia, o quién sabe cuál será el próximo anuncio que tendrá usted que protagonizar.

Para mi asombro, el tipo que me esperaba no era el agente de Luca, sino un amable sujeto de unos cuarenta años, con aspecto cansado, que me miró con resignación.

—Muchas gracias por pagar mi fianza, le doy mi palabra de que le devolveré el dinero en cuanto pueda, ¿señor...? —pregunté, interesado en averiguar por qué se preocupaba ese desconocido por mí, cuando el agente de Luca ni siquiera había contestado al teléfono.

—Jeff Jenkins —se presentó mientras estrechaba amablemente la mano que había tendido hacia él—. Y no se preocupe: ese dinero se lo descontaré de su sueldo. Podría preguntarle qué demonios lo llevó a desnudarse en una vía pública, pero sé por experiencia personal que ese tipo de accesos de demencia son muy frecuentes en aquellos que tratamos con Evie Norton.

—Entonces, ¿usted también conoce a Evie? —inquirí, cada vez más interesado en saber quién era ese hombre.

—Sí, para mi desgracia... Soy el agente, y el padrino, de esa mocosa... quien le busca todos

sus trabajos a Evie y, dicho sea de paso, también los suyos.

—En ese caso, no sé si agradecerle o no su presencia en este lugar —respondí mientras me cruzaba de brazos, comenzando a dirigir mi enfado hacia el individuo que cedía ante todos los caprichos de esa chica, logrando con ello hacer de mi vida un infierno.

—No ha recibido nada que no haya merecido con creces de antemano —replicó Jeff, juzgando el comportamiento de mi hermano. Y, cuando estaba a punto de lanzarme a defenderlo, callé porque la intensa mirada de ese hombre parecía juzgarme a mí y no a Luca.

»Por muy fastidiosa que pueda ser una mujer, nunca me ha gustado ver sus lágrimas —continuó el agente de mi fotografía, reprimiéndome con los ojos, lo que me llevó a pensar sobre cuál de los dos habría conseguido hacer llorar a Evie, si Luca o yo—. Pero, como no soy quien para juzgar a nadie, sólo he venido hasta aquí para comunicarle dos noticias: una buena y una mala —prosiguió, con una sonrisa en los labios, como si unos segundos antes no me hubiera estado fulminando con la mirada—. La buena es que no pienso proporcionarle a Evie ni un trabajo más.

—¿Y la mala? —quise saber, mirando precavidamente a ese individuo.

—Que será Evie quien los busque.

—Creo que ninguna de esas dos noticias es buena —concluí, imaginándome la que se me avecinaba.

—Para mí sí, ya que, si no estoy al cuidado de esa chiquilla, al fin podré irme de viaje con mi mujer y alejarla de su joven y guapo profesor de tenis.

—¿Algún consejo para tratar con Evie? —inquirí, viendo que yo no era el único que tenía problemas a la hora de relacionarme con ella.

—Sí, sólo uno: huya ahora que es libre —manifestó, haciéndome saber cuánto la conocía.

Mientras Jeff firmaba los papeles pensé que, aunque me dejara libre de ese encierro, no lo haría del castigo que desde hacía tiempo me perseguía.

—¿Podría hacerme un último favor antes de abandonarme a mi suerte? —le planteé y, tras pedirle un bolígrafo y papel al policía de detrás del mostrador, le rogué—: ¿Podría anotarme la dirección de Evie?

Ese trajeado tipo dudó por unos instantes, pero, tras medirme con su escrutadora mirada, finalmente garabateó una dirección en el papel que aún se resistió a entregarme.

—¿Para qué quiere saber dónde vive?

—¿No es evidente...? —repliqué mientras le arrancaba el papel de entre sus dedos sin darle una oportunidad de rechazar mi requerimiento, y contesté burlonamente a su pregunta mientras mostraba en mi rostro una maliciosa sonrisa que exigía una revancha—: tengo que recordarle a Evie por qué yo no soy el hombre más adecuado para ese tipo de anuncios, para que lo tenga en cuenta para futuros trabajos.

Luego, simplemente, me marché sin mirar atrás. Y, a pesar de que la libertad estaba al alcance de mi mano, preferí continuar atado a esa mujer a la que deseaba demasiado como para mantener mi cordura.

## Capítulo 14

El pequeño apartamento donde vivía Evie se ubicaba en un antiguo edificio perteneciente a la parte alta de Brooklyn; en concreto, a Brooklyn Heights, que era como el Upper East Side de Manhattan: uno de los barrios más prestigiosos de Nueva York.

Ese vecindario se caracterizaba por la elegancia clásica de sus casas de piedra rojiza y sus distinguidas construcciones, típicas en la zona. Las *boutiques* y los bistrós del lugar desprendían una atmósfera cálida e informal, con un estilo moderno, y poseía algunas de las mejores vistas que ofrecía Brooklyn, que se podían disfrutar cuando uno paseaba a lo largo del muelle que se desplegaba junto al East River.

A Evie le encantaba correr a lo largo de la orilla del río, o disfrutar del increíble paisaje urbano que podía fotografiar con su inseparable cámara. En ocasiones, prefería perderse buscando alguna reveladora imagen entre las callejuelas residenciales que, bañadas por la tranquilidad y la sombra de los árboles, la hacían sentirse muy lejos de la ciudad. Su hogar se encontraba muy cerca del puente de Brooklyn, pero suficientemente lejos de las escandalosas multitudes a las que su prima Amanda estaba acostumbrada, pues ella buscaba un lugar tranquilo donde descansar de su ajetreada vida en esa gran urbe y lo había encontrado en ese barrio residencial.

Su reducido apartamento estaba compuesto por un salón abierto en el que los principales muebles eran dos cómodos sofás negros, uno de tres plazas para que ella pudiera tumbarse a gusto y otro de dos plazas, que permanecía pegado a la pared y que siempre estaba atestado de sus desordenadas ropas y trastos. Ése era el utilizado por las visitas cuando Evie se dignaba echar sus cosas a un lado o, incluso, a guardarlas en su sitio. Junto a los sofás descansaba una pequeña mesa de madera gris siempre repleta de revistas de fotografía o de fotografías de su propio trabajo. Los suelos eran de madera, y una gran alfombra ocupaba la mayor parte de la estancia, ya que a Evie le encantaba ir descalza. En una pared colgaba una gran televisión y, debajo, se hallaba un estéreo de última generación, regalo de su padre. En un apartado rincón del salón estaba dispuesta la enana cocina, con una barra y dos taburetes para los rápidos desayunos de los que Evie disfrutaba antes de ir al trabajo, mientras que la puerta del fondo daba paso a un estrecho pasillo que llevaba a un diminuto baño y a su habitación.

El dormitorio contenía un gran armario empotrado y apenas le cabía una cama. Era muy pequeño, pero a Evie le encantaba a causa de los dos grandes ventanales que dejaban entrar la radiante luz del sol cada mañana mientras se desperezaba con el ajetreado ruido de la ciudad como telón de fondo cuando comenzaba a despertarse. La cabecera de su cama estaba tapizada

con un acolchado negro dividido en varios cuadrantes rectangulares, y sobre ella había colgada una foto en blanco y negro de su familia. A un lado, una mesita, con una pequeña lámpara de lava encima, en cuyos cajones guardaba su ropa interior, completaba el mobiliario de su minúscula habitación.

Lo que más le gustaba a Evie de su apartamento eran las vistas que se apreciaban desde la escalera de incendios situada junto a una de sus ventanas, donde, aunque no estuviera permitido, había colocado una mesa plegable y una silla para disfrutar de esa maravillosa imagen cada mañana, en la que el sol ascendente iluminaba poco a poco las calles, anunciando a todos que había comenzado un nuevo día.

En esos momentos, Evie se deleitaba con el champán que su padre le había regalado para que celebrase algún gran momento de triunfo. Se suponía que debía guardarla para cuando su carrera despegase, pero ¿qué mayor triunfo que el haberse vengado al fin del hombre correcto?

—Por ti, Angelo Rossi... —musitó Evie, alzando su copa en un brindis a la vez que subía el volumen de la escandalosa música de su estéreo y bailaba por toda la casa.

»En esta ocasión mi jugada sí iba dirigida contra ti —añadió mientras observaba el amable rostro que guardaba en su cámara y que le recordaba que, por culpa de ese hombre, el principito había escapado de su castigo—. Pero en verdad no eres tan cordial como pareces, ¿no es así? —preguntó a esa imagen, rememorando cómo había jugado Angelo con ella y con cada uno de sus sentimientos—. Cuán falso puedes llegar a ser... —declaró finalmente, apagando su cámara para desterrar la instantánea de ese hombre que tanto la afectaba.

Enfadada consigo misma por querer encontrar en esas fotografías a la persona con la que había compartido tantos momentos, pese a que cada uno de ellos había formado parte de una mentira, se bebió una nueva copa de ese champán que no le sabía a nada.

Podría haberse dedicado a llorar a causa de la tragedia de que el hombre al que finalmente había comenzado a abrir su corazón no existiera en realidad, pero, como llorar no servía para nada, Evie había acabado simplemente vengándose de él y de cada una de sus falsedades.

Cuando unos desagradables golpes comenzaron a sonar impulsivamente en su puerta, Evie no se molestó en comprobar quién era, pues, segura de que esa inoportuna interrupción se debía a alguno de sus vecinos, abrió la puerta con una sonrisa y una copa de champán en la mano.

La sonrisa murió en sus labios cuando halló ante ella al hombre al que aún no podía amar u odiar por completo. Angelo, con los cabellos revueltos y un aspecto un tanto desarreglado, evidenciaba con sus arrugadas ropas de marca que la primera visita que realizaba después de salir del calabozo había sido a ella. Su mirada, fija en ella, lucía un brillo malicioso, y su perversa sonrisa le indicaba que, si estaba allí, era para tomarse una merecida revancha por sus acciones.

—¡Vaya! ¡Hola, Evie! ¿Qué estamos celebrando? —interrogó Angelo, arrebatándole la copa de la mano. Luego, sin concederle tiempo para rechazarlo, se adentró en su piso y cerró la puerta, dejándole claro a ella que deshacerse de él, en esos instantes, no sería tan fácil como lo había sido hasta entonces.

Evie no pensaba echarse atrás, así que, enfrentándose a Angelo, respondió burlonamente:

—¿No es evidente? Brindo por el éxito de nuestra última campaña publicitaria.

Ante el desafío de Evie, Angelo vació su copa de un solo trago en su garganta y, colocándola sobre la barra de la cocina, respondió a sus irónicas palabras como sólo ella se merecía.

—Un anuncio muy imaginativo pero bastante erróneo, como tú y yo sabemos. Parece como si hubieras decidido olvidarlo convenientemente, pero, no te preocupes: aquí estoy para recordártelo.

Y, ante el asombro de Evie, dejando definitivamente atrás al educado y formal individuo que ella había visto en más de una ocasión, Angelo comenzó a quitarse la ropa.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?! —exclamó ella mientras intentaba alejarse de la atrayente desnudez que mostraba Angelo tras arrojar a un lado su cazadora y comenzar a desabrochar los botones de su camisa.

Sin contestar a las nerviosas preguntas de Evie, él se desprendió de la camisa y, apoyando sus manos en la pared hacia la que Evie había reculado, la aprisionó entre sus brazos para susurrarle al oído una de las preguntas que lo atormentaban.

—¿Por qué lo has hecho, Evie? —inquirió, como si su manera de proceder lo hubiera decepcionado y él siempre hubiera esperado más de ella.

—¡Te lo merecías! —gritó Evie furiosamente, intentando apartarlo de ella, pero Angelo no se movió ni un milímetro.

Cogiendo con una sola mano los débiles puños que lo golpeaban, Angelo los alzó por encima de su cabeza y, fijando sus ojos en esa mujer que lo volvía un ser irracional, apoyó su cabeza contra su hombro para susurrarle una última advertencia antes de ceder a la locura.

—¿Es que no te has vengado ya lo suficiente? Acaba ya con este juego que me está desquiciando y convirtiendo en un hombre que no soy.

—No, Angelo: aún no has aprendido la lección... —declaró Evie, pronunciando en esa ocasión su nombre con un tono de desprecio que nunca antes había teñido sus labios.

—Entonces atente a las consecuencias de haber acabado con mi cordura —advirtió él antes de rendirse a la pasión que despertaba esa mujer en él.

Angelo se apoderó de la boca de Evie para que de ésta no saliera ninguna de las objeciones que podía llegar a exponer ante sus avances, para que no lo rechazara más ni despreciara lo que ambos sentían con vanas excusas.

Las manos que permanecían fuertemente aprisionadas entre las suyas forcejearon por liberarse, pero Angelo no las soltó. El inquieto cuerpo de la mujer que siempre se rendía a él intentó lanzarle algún golpe a su entrepierna, pero Angelo conocía demasiado bien el juego sucio de Evie como para dejarse atizar tan fácilmente e, introduciendo su rodilla firmemente entre las piernas de ella, pegó su cuerpo al suyo para retenerla contra la pared mientras le mostraba cuán ávido era su deseo.

La respuesta de Evie ante su efusivo avance fue morderlo en el labio, pero, mientras en otra

ocasión el amable y educado Angelo se habría alejado de esa chica que lo rechazaba, el irracional individuo que había quedado después de tratar con ella únicamente quería hundirse en el suave cuerpo de Evie, que sólo le daba una tregua cuando se rendía a la pasión entre sus brazos.

Obligando a la boca de Evie a que se abriera ante él, Angelo introdujo su lengua para deleitarse con el salvaje sabor de Evie mientras buscaba esa respuesta que ella siempre le daba a pesar de su rechazo.

Angelo alzó lentamente la arrugada camiseta con la que ella lo había recibido, rozando su piel a cada segundo, haciéndola estremecer con cada una de sus caricias. Cuando él descubrió que ésa era la única prenda que cubría sus turgentes senos, su lengua exigió una respuesta más contundente a la boca de Evie mientras su mano comenzaba a jugar con los erectos pezones, acariciándolos y agasajándolos con la dulzura de sus roces y el leve placer de sus juguetones pellizcos. En el instante en el que el cuerpo de Evie comenzó a rendirse al deseo entre sus brazos, respondiendo a su avasallador avance, Angelo sonrió complacido. Entonces, despojándola de su camiseta, ató con ella esas manos que aún podían rechazarlo.

Antes de que Evie protestara, Angelo volvió a silenciar su boca mientras su caliente piel se unía a la de ella a la vez que sus manos descendían por las tentadoras curvas de su fotografía con la intención de adentrarse en sus escuetos pantalones de deporte, descubriendo la liviana ropa interior que Evie llevaba puesta: un simple tanga.

Los dedos de Angelo se sumergieron poco a poco en ella, buscando la humedad de su deseo, agasajando lánguidamente la zona más sensible de su anatomía. La hizo retorcerse de pasión entre sus brazos mientras su cuerpo comenzaba a responderle, meciéndose sobre esa mano que la abría al placer.

A la vez que una de sus manos conducía su cuerpo hacia la satisfacción que ella anhelaba, con la otra sujetaba fuertemente los cabellos de Evie, impidiéndole que se apartara de ese beso que la abrumaba, logrando que cediera nuevamente ante un hombre al que aún no acababa de conocer.

Cuando uno de esos dedos volvió a hundirse en su interior, ella gimió y arqueó la espalda, pidiendo más del hombre que la reclamaba. Angelo finalmente se permitió apartarse de esa dulce boca que tantos impedimentos ponía en su camino y, sabiendo que se había rendido a él, sonrió complacido mientras le susurraba su victoria al oído:

—Si tú y yo sabemos que me deseas, si tu cuerpo no puede negarlo, ¿por qué siempre me alejas?

Los firmes ojos de Evie lo miraron molestos porque, una vez más, hubiera expuesto ante ellos la verdad que se negaba tozudamente a reconocer. En esos instantes podía haberlo apartado de su lado, podía haberlo rechazado por completo, pero Evie no era así y afrontó su deseo devolviéndole la pasión que él le mostraba.

Con sus manos aprisionadas con la liviana atadura de su camiseta, Evie rodeó el cuello de Angelo, que se apresuró a quitarle el pequeño pantalón de deporte y ese minúsculo tanga que

representaba una barrera para la unión de sus desnudos cuerpos. Luego la alzó, triunfante, haciendo que Evie lo rodeara con sus piernas.

Ella se movió sensualmente contra él, rozando su piel desnuda contra la dura erección que ocultaba los pantalones de Angelo. Y, cuando éste apretó más enérgicamente las caderas de Evie, que se frotaban una y otra vez contra él, esa atrevida mujer susurró al fin una respuesta a su oído, separando de ese encuentro, si no su cuerpo, sí su corazón.

—Porque no mereces que te quiera... *Luca* —anunció finalmente, poniendo un gran énfasis en ese nombre que Angelo empezaba a detestar.

—¡Angelo! ¡Para ti soy Angelo! —soltó furioso, algo que la hizo sonreír con malicia antes de volver a pronunciar una vez más el nombre de Luca junto a su oído, convirtiéndolo en una traición cuando su sinuoso cuerpo se movió sobre él y su voz sonó más seductora que nunca diciendo el nombre de otro.

—No me gusta que tus labios pronuncien ese nombre, y menos aún en un momento como éste.

Pero, como si Evie no hubiera acabado de torturarlo, lo abrazó con fuerza y le susurró sensualmente al oído una y otra vez ese nombre que tanto lo fastidiaba.

—¡Luca! ¡Oh, sí, Luca! —gimió falsamente Evie, dándole una muestra de lo que él no quería escuchar.

Más cabreado que nunca con las insensatas acciones de esa mujer que sólo lo irritaban, Angelo la alejó de la dura pared y, sosteniéndola entre sus potentes brazos, la condujo hasta el sofá, donde la depositó. Deshaciéndose de los brazos que lo cogían por el cuello fingiendo anhelar lo mismo que él, los liberó de la prenda con la que había aprisionado sus muñecas, dejándola libre.

Las miradas de ambos se cruzaron, retándose, y en el instante en el que Evie se disponía a alzar su voz de nuevo para alejarlo de ella pronunciando el nombre de otro, Angelo tapó su boca con una mano, negándose a dejar escapar una vez más de entre sus labios ese nombre que tanto lo irritaba.

Él devoró con los ojos el desnudo cuerpo que se ofrecía ante él mientras la acusadora mirada que ella le dirigía lo hacía sentirse algo culpable por las mentiras que le ocultaba, pero él aún no estaba preparado para revelárselo todo y permitir que ella se alejara. Porque, sin duda, eso era lo que ocurriría en cuanto Evie conociera la verdad acerca de quién era el hombre que se encontraba a su lado.

Sin poder soportar esa mirada que revelaba tanto de él, Angelo volvió bruscamente a Evie, haciendo que su cuerpo se doblara sobre el respaldo del sofá y que sus manos se sujetaran sobre éste. Él no pensó en nada más que no fuera el irrefrenable deseo que sentía por ella antes de desabrocharse los pantalones y sacar el erguido miembro del duro encierro en el que había permanecido hasta ese momento.

Se colocó un preservativo y, mientras que con una de sus manos silenciaba la boca de la mujer que se negaba a decir su verdadero nombre, con la otra dirigía su miembro, haciendo que la punta de su pene se rozara con la húmeda cavidad que lo esperaba. Los gemidos que salieron de la boca

de Evie le mostraron que estaba preparada para él, así que, tras hundirse de una ruda embestida en la calidez que envolvía placenteramente su miembro, empezó a marcar un ritmo que debía llevarlos al éxtasis.

Angelo vio cómo las manos de Evie se apretaban fuertemente sobre la piel del sofá, marcándolo con su pasión cada vez que los erectos y sensibles pezones de la chica rozaban la superficie de éste. Sus profundas arremetidas avivaban ese deseo, provocando que los movimientos de ambos incrementaran el vaivén de sus caricias.

La brusca mano que guiaba las caderas de Evie descendió por su cuerpo, haciéndola arder aún más cuando comenzó a agasajar su clítoris con suaves caricias. El pene de Angelo, que permanecía hundido profundamente en su interior, se endureció más al percibir a través de sus gemidos la rendición de su cuerpo. Sin poder resistirse ya al ardiente calor que lo acogía apretadamente, Angelo intensificó el ritmo de sus acometidas y, llevándolos a ambos hasta la cúspide del placer, se derramó en su interior gritando el nombre de Evie mientras una de sus manos aún permanecía silenciando esa boca, por miedo a que revelara el nombre inadecuado en ese instante.

Tras el agotador orgasmo al que ambos habían llegado, el cuerpo de Evie se derrumbó sobre el sofá y Angelo al fin se permitió dejar de silenciar esa impertinente boca que siempre le acababa haciendo daño de una u otra manera con sus palabras. Mientras él se apartaba no pudo evitar decirle una última vez cuál era su nombre para que lo recordara para siempre.

—Tu amante, el hombre que te hace arder y ante el cual tu cuerpo siempre responde se llama Angelo: no lo olvides nunca.

—¡Vete de aquí! —gritó Evie sin dignarse darse la vuelta para no mostrarle su dolor, algo de lo que Angelo se percató cuando vio cómo sus pequeños puños permanecían apretados con rabia a ambos lados de sus caderas.

—Evie, yo... —intentó excusarse Angelo mientras recomponía sus ropas al darse cuenta de lo que había hecho con Evie, tomando su cuerpo no con el amor que podía guardar su corazón, sino simplemente con la intención de grabar su nombre en ella.

—¡Enhorabuena! ¡Ya has demostrado que no la tienes pequeña! ¡Ahora, largo! —volvió a gritar ella después de ponerse su arrugada camiseta y de borrar las lágrimas de su rostro con ambas manos.

Tras unos instantes, al fin pudo enfrentarse a él, mostrándole una vez más la salida.

—Evie, yo no pretendía... no quería... Tú has dicho ese nombre y me he enfadado y... —comenzó a excusarse torpemente Angelo mientras mesaba frustradamente sus cabellos sin saber qué más añadir.

—Tus intenciones han quedado bien claras desde que has entrado en mi apartamento a la fuerza: follarme para hacerme saber lo cabreado que estabas a causa de nuestro último trabajo, algo que he captado a la primera. Espero que a ti también te quede muy claro que esto que ha sucedido entre nosotros no volverá a pasar jamás...

—¡No, Evie! ¡No me eches de tu lado! —suplicó Angelo, enfrentándose a esos fríos ojos que lo rechazaban.

—El próximo será nuestro último trabajo juntos, Luca.

—¡No, Evie! ¡Mírame! ¡Joder, mírame y dime lo que ves! —rogó él, cogiéndola entre sus brazos mientras le exigía que volviera a decir su nombre.

—Lo único que veo es a un hombre que me ha hecho daño, qué más da el nombre que tenga... —declaró Evie, consiguiendo que Angelo la soltara al fin y se alejara de ella como tantas veces le había pedido.

—Regresaré una y otra vez a ti hasta que vuelvas a verme sólo a mí —manifestó Angelo antes de marcharse, más que decidido a romper con la distancia que esa mujer siempre ponía entre ellos.

—Eso tiene fácil solución: si no estoy aquí, no podré verte... —murmuró Evie un poco más tarde, despidiéndose de su silencioso y vacío piso mientras introducía algunas de sus ropas en una pequeña bolsa, decidida a alejarse de todo durante el tiempo que necesitara su corazón para recomponerse.

\* \* \*

Después de cómo me había tratado Angelo, no quería verlo. No quería que mi cámara pudiera captar algo bueno de él cuando yo no veía nada. El individuo que había tomado mi cuerpo con violencia, acallando mi voz a cada instante, no era el dulce hombre al que estaba acostumbrada. Pero lo cierto era que yo realmente no conocía a Angelo de verdad, y que únicamente veía de él aquello que él mismo decidía mostrarme en esa farsa que todavía insistía en mantener, seguramente porque se lo estaba pasando en grande jugando con una tonta como yo.

Para mi desgracia, el escondite que elegí para lamer mis heridas ya estaba ocupado. Nada más entrar en el apartamento de mi padre oí unos desconsolados llantos provenientes de una de las habitaciones. Reconociendo los quejidos de Amanda, no pude evitar preocuparme por ella y, dejando a un lado mi dolor, llamé a la puerta detrás de la que se ocultaba.

—Amanda, ¿estás bien?

—¿No te parece evidente que, si estoy llorando, es que no estoy bien? —respondió, igual de impertinente que siempre. Suspirando para no mandarla a la mierda cuando saltaba a la vista que me necesitaba, insistí en interesarme por ella y por los problemas que tenía con ese fotógrafo, aparcando los míos.

—¿Qué te ha pasado? No te habrás vuelto a tirar a ese tío, ¿verdad? —inquirí, preocupada porque mi prima hubiera cometido los mismos errores que yo.

—No, Evie, en esta ocasión no me he acostado con él. Fui en su busca para acabar con su trabajo, para meterme nuevamente con él y para recordarle nuestro contrato, pero nada salió como esperaba. Yo no soy tan fuerte como tú, Evie, que puedes con todo lo que se te ponga por delante y

nunca te hacen daño porque, simplemente, no te importa nada —expuso despectivamente la modelo, hundiendo el dedo en la herida abierta que había en mi corazón.

—Amanda, no vayas por ahí —le advertí antes de que ambas dijéramos algo que nos doliera.

—Tú jamás serías tan idiota como para sentir algo por el hombre equivocado o como para sufrir por uno que no se lo mereciese. Aunque creo que, conociéndote como lo hago, no te importaría acostarte con él para demostrarle que no sientes nada —dijo Amanda, desahogando su dolor conmigo.

Mientras que en otro momento habría escuchado pacientemente sus quejas sin inmutarme, en esos instantes en los que tenía dolorido el corazón no quería oír nada más, ya que ese frío encuentro que había tenido con Angelo solamente me había mostrado lo mucho que añoraba los cálidos brazos que una vez me proporcionaron tanto cariño.

—Amanda, sinceramente, ¡vete a la mierda! —grité y, cuando mis lágrimas ya empezaban a marcar mi rostro, me encerré en la habitación de mi padre, evitando que mi prima viera mi dolor, aunque no pude impedir que lo oyera cuando contemplé en la habitación las fotografías de la pared, donde aparecía mi madre en unas imágenes que habían sido tomadas con gran amor y que me recordaron lo que mi cámara veía cada vez que apuntaba a Angelo, haciendo que me preguntara por qué había tenido que elegir enamorarme del hombre equivocado.

\* \* \*

Después de que Dominic regresara a casa tras ser recogido por su amigo Jeff en el aeropuerto, momento que éste aprovechó para atormentarlo con sus interminables quejas, pensó que podría esconderse un poco más de sus niñas antes de que supieran que había vuelto. De hecho, lo había logrado durante toda una semana. Pero, para su desgracia, los lloros de Evie y Amanda fueron lo primero que captó ese día al llegar a casa después de realizar algunas compras, unos llantos que le llevaron a pensar que, a pesar de sus advertencias, sus niñas habían cedido a la locura de llevar a cabo sus respectivas venganzas.

Dominic intentó averiguar qué les había pasado, pero las explicaciones de una mujer entre sollozos nunca habían sido muy claras, mucho menos todavía si se trataba de dos que además intentaban contar su historia al mismo tiempo.

Tras armarse de paciencia y después de un par de horas intentando descifrar sus quejas a través de las puertas, Dominic tuvo dos cosas bastante claras: que alguien había hecho daño a sus niñas y que, sin duda, los responsables se merecían una buena lección.

Careciendo del tacto y la delicadeza que había tenido su esposa, y sin saber qué decir para consolarlas, él simplemente pronunció las furiosas palabras que cualquier padre hubiese manifestado en una situación parecida:

—¿A quién tengo que romperle las piernas? —inquirió, con un tono amenazador que reclamaba venganza contra esos dos tipos que eran simplemente idiotas.

Tal vez no fueran las palabras que hubiera dicho Iris en esos momentos, e indudablemente no fueron pronunciadas con la dulzura y sosiego que calmarían el genio de ese par, pero fueron suficiente como para hacerlas salir de su encierro y que se refugiaron entre sus brazos.

Como hacían cuando eran niñas, los tres se acurrucaron en el sofá, donde Dominic las protegía de todo lo malo con su cálido abrazo, ya fueran enemigos ficticios, como en su infancia, o los reales que aparecían en un camino por el que apenas habían comenzado a transitar solas.

—Tío, ¿por qué algunas personas sólo se fijan en las apariencias y no ven la verdad? —preguntó Amanda, entristecida, permitiendo mostrar el daño que le había hecho su fotógrafo por no confiar en ella.

—Porque son gilipollas —contestó Evie antes de que su padre abriera la boca—, pero no te preocupes: hay gilipollas más grandes que no saben decir nada más que mentiras y, por lo visto, éstos son los que me tocan a mí... y créeme, Amanda: las mentiras, de una u otra manera, acaban lastimándote mucho.

—Lo siento, Evie —contestó su prima, disculpándose con voz apocada con ella, seguramente arrepintiéndose de alguna disputa anterior.

—Bueno, ¿y ahora qué vamos a hacer? —planteó Dominic, avivando con ello el resentido carácter de esas dos. En todo caso, él opinaba que eso era preferible a seguir contemplando sus lágrimas.

—¡Vengarnos, por supuesto! —contestaron ambas y, a continuación, comenzaron a relatar todos los descabellados planes que se les pasaban por la cabeza para torturar a un hombre, algunos más imaginativos que otros.

Mientras Evie y Amanda le explicaban detenidamente por qué tenían que acabar con esos estúpidos, Dominic pensó que la razón principal estaba bien clara desde el principio: habían hecho llorar a sus niñas y eso era algo que ningún padre podía permitir.

Dominic las observó complacido mientras discutían entre sus brazos y les dirigió una satisfecha sonrisa al saber que el daño sufrido por sus corazones no había acabado con ellas.

—Bueno, por lo menos ya no lloran... —murmuró en voz baja un rato después mientras besaba en la cabeza a sus vengativas y adormiladas mocosas, pensando en cómo convencerlas cuando despertaran de que la castración no era el método adecuado para castigar a un hombre, por más que se lo mereciera.

\* \* \*

Esa mañana, Dominic regresó a su apartamento tras reunirse con su amigo en una cafetería para espiar, escondido entre los demás clientes, al cuestionable sujeto que perseguía a Amanda, un tipo al que no sabía si alabar por lo mucho que decía amarla o pegarle un puñetazo por la forma en la que lo demostraba. Sabiendo que sus dos chiquillas necesitaban su protección, echó a cara o cruz con su amigo quién se encargaría de cada una. Finalmente, mientras a él le tocó vigilar a Amanda

muy de cerca, Jeff debía ser la sombra de Evie. Su amigo le había llorado, suplicado e implorado para que no le diera esa tarea, pero, al ser el magnífico amigo que era desde su infancia, además de la única persona a la que le confiaría lo más importante que tenía Dominic en su vida, Jeff finalmente acabó cediendo ante el chantaje emocional y se resignó a posponer una vez más su viaje con su mujer para correr detrás de Evie y su irracional idea de una nueva venganza.

Dominic encontró a su hija en la mesa del salón, contemplando las fotografías que guardaba su cámara, y se extrañó y preocupó al ver que las imágenes no mostraban bonitos paisajes o algún espléndido animal, sino a un hombre que él conocía pero del que realmente no sabía nada.

—Son buenas —afirmó apreciativamente, reconociendo la verdad un tanto molesto, porque eso sólo podía significar que Evie había puesto todo su corazón en ellas y, por consiguiente, en un sujeto que tal vez no lo merecía.

—¿Qué ves, papá? —preguntó ella, queriendo saber si su padre captaba la verdad o sólo ella podía ver lo que había detrás de esas fotografías.

—Es el mismo hombre que fotografié en una ocasión... pero, a la vez, es completamente distinto... —manifestó, acariciando pensativamente su barbilla.

—Sí, papá, no sabes cuánta razón tienes —comentó su hija con una cínica sonrisa mientras negaba con la cabeza con la mirada dirigida hacia esa imagen que no podía evitar contemplar.

—¿Qué vas a hacer, Evie? Jeff me ha contado cómo has torturado a ese chico con cada uno de tus trabajos, pero, por tus lágrimas, puedo deducir que él no es el único dañado en esta relación.

—Quiero acabar con esto, pero también quiero revelar todas las mentiras que esconde. ¿Cómo lo harías tú, papá? ¿Cómo lo obligo a ser él mismo y que abandone la farsa que representa?

—Me estás ocultando muchas partes de esta historia y eso no me gusta, Evie, pero, como sé que no hablarás conmigo hasta que no estés preparada, lo dejaré pasar. Sólo voy a recordarte que, cuando me necesites, aquí estaré —concluyó Dominic alzando la barbilla de su hija para que sus ojos se fijaran en la sinceridad de su mirada, que le aseguraba que el hombre perdido en su infierno personal había vuelto para estar allí por ella. Luego, besó cariñosamente la frente de Evie, que tanto le recordaba a su madre, y, perdiéndose en sus recuerdos, contestó a la pregunta que le había planteado.

—Siempre hay un sitio en el que no podemos evitar ser nosotros mismos, un lugar especial para cada persona, un pequeño escondite para nuestro corazón donde nuestra alma grita libre. En ese lugar somos la persona que queremos ser y no la que tenemos que ser por nuestro trabajo, nuestros deberes o nuestra posición.

—¿Y cuál es ese sitio para ti, papá?

—Para mí, ese lugar estaba allá donde se encontrara tu madre —confesó Dominic con tristeza.

—¿Y ahora?

—Todavía lo estoy buscando —dijo antes de alejarse, pero, mientras la dejaba a solas con su cámara, no pudo evitar recordarle—: Evie, tú, al igual que yo, todavía estás buscando tu camino.

Mientras lo hallas, no olvides grabar todos esos recuerdos que nunca serán unas simples imágenes para nosotros, sino algo que guardaremos siempre en nuestro corazón.

La sutil sonrisa que su padre le dirigió le mostró el camino que debía seguir, y esa vez no miró la imagen de Angelo con furia, sino con determinación, decidida a saber todo de él antes de decidirse a borrarlo para siempre, tanto de su cámara como de su corazón.

\* \* \*

Después de que mi padre me ofreciera ese sabio consejo volvió a desaparecer de nuestro lado, como si hubiera decidido que era el momento de que tanto Amanda como yo anduviéramos solas nuestro propio camino. Esa vez no me alarmé tanto por su desaparición, porque había percibido una decisión en su rostro que antes no veía, y detecté en él las ganas de volver a encontrar con su cámara esos alegres momentos que en una ocasión había perdido.

Recordando las palabras que él me había dicho, pensé en Angelo..., no en la falsa imagen con la que pretendía engañar a todos haciéndose pasar por su hermano, sino en el serio, responsable, educado y amable tipo que sólo posaba para mí. En las viejas fotografías que mostraba la página web de su empresa familiar se lo veía feliz en esa tierra. Se podía observar a un niño vivaz y alegre que disfrutaba de todo lo que lo rodeaba y me dije que, si había un lugar en el que Angelo no podría evitar ser él mismo, ése era en la Toscana, en esos viñedos que adoraba y, claro estaba, junto a ese hermano que era su viva imagen y un bocazas al que le faltaría tiempo para desvelar su tapadera en cuanto se encontraran.

Como mis trabajos siempre los buscaba Jeff, no supe por dónde empezar. Así que, tan descarada como siempre, decidí ir de cara y contactar con quien había levantado esa bodega familiar para hacerle una propuesta de trabajo que no pudiera rehusar. En cuanto una voz áspera y vieja contestó al teléfono, no dudé en lanzarme de cabeza para conseguir mi objetivo, aunque tal vez mis palabras no fueron las más apropiadas para convencer a un hombre de unos setenta años...

—¿Señor Flavio Rossi? Voy a hacerle una atrevida proposición que no podrá rechazar...

Tras oír eso, mi interlocutor me colgó, así que insistí y, esa vez, en cuanto atendió mi llamada, volví al ataque. Por si no me comprendía debido al idioma, decidí conectar el traductor de mi móvil para que éste tradujera mis persuasivas palabras.

—Voy a hacerle un trabajito gratis, y no podrá creer la suerte que ha tenido, señor Rossi... — solté, dejando que la voz femenina enlatada del traductor hablara por mí—: *Gli darò un lavoro gratis e non può credere alla sua fortuna, signor Rossi...*

Su respuesta fue de nuevo el persistente e intermitente pitido del teléfono, que me indicó que, una vez más, había sido ignorada. Cada vez más encendida, volví a insistir.

—¡Señor Rossi, vamos! ¡Que soy la mejor de Nueva York! —exclamé, molesta, echándome más mérito del que en verdad tenía. Y, como pronuncié mis palabras bastante alterada, el traductor

no repitió exactamente lo que yo quería expresar—. *Signor Rossi, scopiamo meglio a New York!*

—Mire, señorita, no me interesa contratar sus servicios sexuales por muy buena que sea, y menos aún viajar a Estados Unidos para ello. Por si no le ha quedado claro que no estoy interesado en lo que me ofrece, la informaré de que no voy a contactar con una línea erótica o tener una de esas supuestas citas para conocer más profundamente a alguien. En estos momentos estoy muy bien como estoy y no necesito a nadie, por más que mi díscolo nieto insista en ello —contestó finalmente el reacio patriarca Rossi, gracias a Dios en un perfecto inglés, y pude dejar el maldito traductor que traducía lo que le daba la gana.

—Señor Rossi, creo que ha habido un malentendido entre nosotros desde el principio de esta conversación: yo no me refiero a ese tipo de proposición... Lo he llamado con la intención de hacerle una simple propuesta de trabajo —le aclaré, intentando sacar a ese anciano de su error. Pero, al parecer, tenía las mismas habilidades que sus nietos, ya que sus respuestas sólo sabían fastidiarme.

—Veamos, señorita: no pienso contratar ningún seguro de vida ni servicio alguno relacionado con mi muerte; no voy a cambiar de religión, ni de compañía telefónica, ni de seguro de hogar ni de vehículo; no me creo que me haya tocado alguna herencia o la lotería en otro país y, finalmente, me parece que con esto ya hemos concluido esta conversación y usted hará el favor de no molestarme más, ¿de acuerdo? —sentenció ese hurraño anciano, decidido a cortar la comunicación.

—¡Espere! —grité, y apresuradamente intenté resumirle mi historia lo suficiente como para despertar su interés y que se quedara al teléfono para escuchar lo que tenía que contarle—. ¡Soy la fotógrafa de sus nietos y considero que se merecen una lección!

De todas las palabras que podía haber dicho para convencer a ese hombre, tal vez ésas eran las peores que podría haber utilizado, ya que Angelo y Luca eran realmente sus adorados nietos; sin embargo, increíblemente, parecieron ser las acertadas para que Flavio Rossi no me colgara de nuevo.

—Continúe... —pidió el anciano, con un tono pensativo que me indicó que aún estaba planteándose si finalizar la llamada o no.

—He tenido el placer, o la desgracia, según se mire, de fotografiar a Luca y a Angelo, y estoy decidida a hacer un último trabajo con ellos, así que he pensado que el lugar más apropiado para fotografiar a los dos hermanos son sus viñedos. Le ofrezco hacer una sesión a mis exclusivos modelos en ese lugar y que usted se quede con todas las imágenes que consiga, tanto las buenas como las malas.

—¿En serio? ¿Y qué gana usted con eso, señorita?

En ese momento podría haberle contado alguna excusa a ese anciano para hacerme con su simpatía, o inventarme alguna falsa historia lacrimógena que lo ablandara, pero, como ésa no era yo, simple y llanamente le solté la verdad.

—Detesto las mentiras, y mucho más aquellas que se exponen abiertamente ante mi cámara.

—¿Y cuál es la mentira que ha visto a través de ella?, ¿a Luca o a Angelo?

—A los dos —contesté con sinceridad.

—Entiendo. ¿Y a cuál de mis nietos pretende aleccionar?

—A ambos.

Cuando el silencio fue su respuesta a mis palabras creí que todo había terminado, hasta que oí unas estruendosas carcajadas acompañadas de un jocoso comentario.

—Esto puede ser muy interesante. Cuénteme algo: ¿qué tipo de trabajos ha hecho usted en colaboración con mis nietos en Nueva York?

Encontrando en ese hombre a un cómplice para llevar a cabo mi venganza, le confié toda mi historia, empezando por el principio, antes de que mi cámara se rindiera ante Angelo y yo me enamorara equivocadamente de él.

—Pues veré, mi primer trabajo fue con Luca y con unas chicas que aún no lo eran del todo...

## Capítulo 15

Llevaba varias semanas intentando localizar a Evie, pero ella no pasaba por su piso y tampoco se dignaba atender mis llamadas. Sabía que me había comportado como un cerdo con ella, que no le había hecho el amor como hacía dulcemente cada vez que caía entre mis brazos, sino que simplemente me la había follado para satisfacer mi ego y para demostrarle que esas burlas que me perseguían después de mi último trabajo no eran ciertas, y también para hacer desaparecer ese nombre que salía de sus labios, el cual, sin que ella lo supiera, hacía que me volviera loco ante la idea de que la mujer que amaba deseara en verdad a mi hermano, a la mentira que estaba representando, en lugar de a mí. Estar celoso de mí mismo era ridículo y, a pesar de ello, me preguntaba a quién quería Evie cada vez que me miraba, porque, aunque su cámara pudiera verme, fuera de ella yo sólo le mostraba la farsa que representaba a Luca.

Quería acabar con todo desde el día en el que me comporté como un idiota, pero a la vez tenía miedo de perderla, porque sólo Dios sabía cómo reaccionaría Evie al enterarse de mis embustes. Con la excusa de un nuevo trabajo para poder verla, llamé al esquivo agente de Luca, que parecía haber desaparecido de la faz de la tierra después de los continuos escándalos que manchaban el nombre de mi hermano.

Tras mucho insistir, conseguí que éste contactara con Evie para que realizáramos juntos un nuevo proyecto. La verdad era que me daba completamente igual lo que me hiciera anunciar en esa ocasión: compresas, preservativos, supositorios o algún maldito remedio contra la impotencia... Conociendo a Evie y su vengativo carácter, todo era posible. Pero yo solamente necesitaba una excusa para verla y para averiguar, en cuanto la mirara, si la había perdido del todo o no a causa de mi necio comportamiento.

Esa vez, para que no me pillara desprevenido, le exigí a *mi* agente que Evie me mandara el guion con la planificación del trabajo, donde me explicase detalladamente lo que tenía que hacer y el lugar donde deberíamos llevarlo a cabo.

Después de semanas de silencio, al fin tenía entre mis manos un gran sobre con el nombre de Evie Norton. Preparándome para lo peor, suspiré resignado ante una más de sus torturas, una que tal vez esa vez me tenía más que merecida.

Tras abrir el sobre, noté que en su interior únicamente había una simple hoja, y que Evie no se había esmerado demasiado en detallar los pormenores de nuestra nueva tarea. Como siempre, sus instrucciones eran realmente escasas.

—«Nos vamos a la Toscana» —leí con sorpresa, preguntándome qué nuevo suplicio me tendría

destinado esa chica y por qué en esa ocasión habría elegido ese inusual destino, mi hogar.

—¿Qué estás tramando, Evie? —dije en voz alta mientras golpeaba el sobre contra mis labios, pensativo—. ¿Es que al fin has descubierto mi mentira? —continué especulando, recordando cuántas veces me había expuesto ante su cámara—. Y, si es así, ¿de quién quieres vengarte ahora, de mí o de Luca? —musité en medio de una habitación vacía que nunca iba a darme una respuesta, porque ésta sólo podía proporcionármela una persona, ella, esa insufrible mujer que se había colado en mi corazón, torturándome cuando se encontraba a mi lado, pero haciéndome sufrir aún más cuando no se hallaba junto a mí.

—¡Bah! ¿Y qué más da? —exclamé finalmente y, rindiéndome ante toda esa locura, arrojé el sobre al aire, decidido a seguir a Evie aunque fuese hasta el mismísimo infierno tan sólo para poder recuperarla. Eso sí, antes de emprender mi viaje decidí que debía avisar a mi hermano, así que, tras marcar el número de teléfono, le anuncié mi llegada.

—Vuelvo a casa.

Cuando Luca comenzó a alabar mi acertada elección, no esperé a que terminara de explayarse antes de comentarle lo mejor de mi noticia.

—Y Evie viene conmigo.

En cuanto empezó a gritarme una decena de maldiciones, separé el móvil de mi oreja y colgué, terminando abruptamente con sus improperios. Después me dediqué a ignorar el teléfono, que sonaba continuamente reclamando mi atención.

Luego, cogiendo entre mis manos la nota de Evie sin ser capaz de imaginar qué me depararía ese viaje, no pude evitar sonreír al saber que volvería a verla una vez más, aunque ésta sólo tuviera en mente su irracional represalia.

—Nos vamos a la Toscana... —volví a leer, alegrándome por regresar a casa, el lugar idóneo para conquistar a la persona que amaba, siendo yo mismo en esa ocasión y no una sombra de mi hermano.

\* \* \*

Como por nada del mundo pensaba volver a viajar junto al mentiroso de Angelo y, definitivamente, me hacía falta un poco de distancia con él para reparar el daño que me había hecho, decidí marcharme unos días antes a ese idílico lugar de la Toscana donde vivía Angelo.

Después de un vuelo de dieciocho horas y media con dos escalas, al fin llegué al aeropuerto de Florencia. Afortunadamente, tenía la habilidad de dormirme casi en cualquier lado, incluso en los incómodos asientos de ese avión, así que no llegué tan destrozada como algunos de los demás pasajeros.

Tras recoger mi escaso equipaje, consistente en una pequeña mochila y mi preciada cámara de la que nunca me separaba, conseguí alquilar un coche con el poco italiano que era capaz de usar mediante una de esas guías para idiotas, uno de esos libritos de bolsillo de inglés-italiano en

donde se aprendían frases tan necesarias como «¿Dónde está el baño?» y «¿Cuánto cuesta una caja de condones?», ya que por nada del mundo quería volver a utilizar el traductor de mi móvil, que ya me había jugado más de una mala pasada.

Con un pequeño turismo de un color rosa muy chillón, algo que no sabía si le había pedido al señor del establecimiento de alquiler de vehículos, y las indicaciones que Flavio Rossi me había dado, ayudada por el GPS, encontré la hermosa región de Chianti.

Situada entre Florencia y Siena, Chianti era un emplazamiento plagado de fantásticos paisajes repletos de colinas, bosques y antiguos castillos que me hicieron detener mi coche en más de una ocasión para captar con mi cámara las maravillas que se mostraban ante mí.

Finalmente, tras perderme con mi cámara al contemplar la belleza que esas vistas exponían ante mí, llegué al atardecer a Panzano in Chianti, una localidad no muy turística en la que decidí quedarme, ya que se encontraba muy cerca de los viñedos de la familia Rossi, donde había quedado a la mañana siguiente bastante temprano con el abuelo del desaprensivo individuo que me había roto el corazón.

Pensar en Angelo en esos momentos amargó un poco mi magnífico día, pero, en cuanto llegué a ese hospitalario pueblo en el que todos me recibieron como si fuera parte de su familia, comencé a dejar atrás todas mis preocupaciones. Los habitantes del lugar no me trataron como a una simple turista anónima, como sucedía en Nueva York incluso con los residentes de la ciudad: tras bajarme del vehículo, me saludaron con amabilidad para luego recibirme como a una hija perdida.

En cuanto pregunté por el apellido Rossi, un anciano lugareño ataviado con unas sencillas ropas de trabajo, una vieja gorra y un bastón, me arrastró hacia una anticuada posada, donde, sin más preámbulos, la rolliza y afable mujer que la regentaba colocó ante mí una pequeña copa de vino, animándome a degustarla. Tras ello, todos los clientes del establecimiento se reunieron a mi alrededor para esperar mi veredicto.

Acostumbrada como estaba a beber poco, generalmente cerveza, me bebí esa pequeña copa de un trago, algo ante lo que más de uno me miró con gesto reprobador. A continuación, sin saber cómo hacerles llegar que me había gustado mucho ese vino, levanté un pulgar. En ese momento, todos ellos dieron gritos de alegría. Pensé que me habían entendido perfectamente a pesar de no haberme expresado con ninguna palabra, y entonces la posadera volvió a llenar mi copa y yo volví a bebérmela como si fuera un chupito mientras los que me rodeaban volvían a gritar.

Tras tres copitas, me encontraba algo mareada y sin entender cómo era posible que me afectase tanto esa pequeña cantidad de vino. Comencé a pensar que lo mejor sería contarles mi historia a mis nuevos amigos, así que, tras señalar mi cámara, saqué las revistas que llevaba en mi equipaje y les mostré los trabajos que tanto Luca como Angelo habían realizado junto a mí.

Ellos observaron con una amplia sonrisa los anuncios en los que habían aparecido los Rossi, a los que tanto admiraban... pero, cuando empezaron a hablar entre ellos, lo único que pude entender de su conversación era un nombre que no podría olvidar, ante lo que quise sacarlos de su error.

—*Il piccolo Luca!*

—No —dije, señalando la imagen que contemplaban—. Angelo Rossi —anuncié, haciéndolos reír.

Y tal vez no hubieran creído en mis palabras, especialmente cuando apenas podía comunicarme con ellos, si no hubiera sacado mi cámara y les hubiera mostrado con cada una de mis imágenes la diferencia que había entre esos dos hermanos y que sólo yo había podido vislumbrar desde el principio a través de mi objetivo.

—Luca... Luca... Luca... —afirmé, enseñando las primeras y únicas fotos que le hice a ese sujeto, en las que posaba despreocupadamente, vanagloriándose de su belleza. A continuación les mostré el engaño en el que esos hermanos podían llegar a hacer caer a todos.

—Angelo... Angelo... Angelo... —señalé, entre dolida y furiosa a causa de la traición de ese hombre.

Cuando comenzaron a observar al amable Angelo, que no podía evitar ser él mismo cuando creía que nadie lo observaba, al fin los amables lugareños de mi alrededor se dieron cuenta de lo que intentaba decirles y, tal vez animada por el vino, saqué algunas revistas más de Nueva York que llevaba conmigo y les enseñé mis últimos encargos. Sin poder evitarlo, empecé a colgar en el panel de corcho que se hallaba al fondo del bar los distintos anuncios en los que habían participado los hermanos Rossi estando bajo mi cuidado.

—Luca, Angelo, Angelo, Angelo... —fui indicando, compartiendo las risas cuando veían lo que les había hecho hacer ante mi cámara.

—*Belle donne!* —exclamó uno de los hombres, señalando la foto de Luca mientras le lanzaba un beso a la imagen en la que mi modelo posaba, jactándose de su virilidad, rodeado de hermosas modelos.

Después de buscar en mi librito las palabras adecuadas, lo saqué de su error.

—*No, sono uomini* —lo informé, intentando darle la pronunciación correcta.

A pesar de mi pésimo italiano, mi interlocutor llegó a entenderme perfectamente a juzgar por su reacción, ya que abrió los ojos, espantado, y se alejó de la imagen que en un principio tanto lo había atraído.

Tras las carcajadas de todos los presentes a causa de las locuras que habían protagonizado esos hermanos fuera de casa, al fin la robusta mujer que había detrás de la barra me hizo la pregunta que debían de hacerse todos al encontrarme en ese lugar.

—*Cosa stai facendo qui?*

La respuesta a esa pregunta, con la que me acababa de pedir explicaciones acerca de lo que estaba haciendo allí, era la única que había memorizado de esa extensa guía, ya que yo misma aún me lo planteaba. No obstante, tardé un poco en recordar la contestación correcta con la que hacerme entender. Ésta se resumía en una sola palabra, con la que, tal vez, más de uno estaría de acuerdo después de conocer mi historia. Supe que me había explicado a la perfección cuando, tras

decirla en voz alta, todos me animaron a llevarla a cabo para darles una lección a esos gemelos que tan bien sabían engañar a la gente y corearon conmigo, repitiendo mi respuesta:

—*Vendetta!*

\*\*\*

Después de caer rendida sobre una de las camas de esa posada, a Evie le costó levantarse... sobre todo porque la hora a la que había quedado con Flavio Rossi a la mañana siguiente no era ni más ni menos que a las seis de la mañana. El despertador de su teléfono móvil, que sonó a las cinco y cuarto, fue silenciado con un brusco manotazo, pero los alegres golpes que resonaron en la puerta de la habitación, acompañados de una melódica cancioncilla entonada por Emilia, la dueña del establecimiento, no pudieron ser acallados con tanta facilidad, así que Evie finalmente desistió de intentar ahogar los ruidos con la almohada y, saliendo de la cama, se dispuso a enfrentarse al nuevo día en el que al fin conocería al abuelo de los desaprensivos sujetos que la habían engañado.

Tras un rápido desayuno, sólo tuvo que conducir unos diez minutos para llegar a los espléndidos viñedos de las bodegas Rossi.

Después de aparcar en el camino cercano al edificio principal de las bodegas, que estaba siendo remodelado, Evie no pudo evitar observar con admiración el gran campo de vides que se extendía ante ella. Con el amanecer de fondo, la escena no podía ser más hermosa. Se apresuró a fotografiarla y, a continuación, se adentró por los senderos que serpenteaban por medio de esos cultivos en busca de más bellas imágenes que deseaba guardar en su memoria.

Mientras lo hacía, tomó distraídamente unos de los golosos frutos que se encontraban a su alcance y, llevándoselo a la boca, degustó el sabor por el que los Rossi eran tan famosos en ese lugar. Cuando su mano se alzaba de nuevo para probar otra uva, apareció ante su cámara un regio anciano que, tras mirarla con el ceño fruncido, le enseñó la firme vara que portaba, haciéndola desistir de robar otro de esos preciados frutos.

—*Mi dispiace, scusami...* —dijo Evie mientras buscaba más formas de disculparse en esa tonta guía que la acompañaba.

Temiendo que ese hombre no encontrara sus excusas lo suficientemente acertadas y que acabara reprendiéndola con la amenazante vara que golpeaba contra su mano mientras se acercaba a ella, buscó con más apremio una disculpa que lo satisficiera. Finalmente, cuando éste llegó a su lado, dejó de mover amenazadoramente el palo y, tras negar varias veces con la cabeza, reprobando sus acciones, suspiró resignado. Luego, sonriendo amigablemente, para gran asombro de Evie, la abrazó con efusión.

—Supongo que usted debe de ser Evie Norton —aventuró el anciano cuando terminó su cariñoso gesto y, reteniéndola junto a él, la contempló de arriba abajo como si fuera una nueva

adquisición de la que, al parecer, se sentía orgulloso—. Sí, sin duda tú eres la mujer que ha vuelto loco a mi Angelo y que quiere aleccionar a mis dos díscolos nietos...

—Sí, ésa soy yo, y sin duda usted es Flavio Rossi —respondió finalmente Evie, sin tratar de contradecirlo, ya que las palabras de ese anciano eran la pura verdad.

—Bien, ¿y cómo piensas hacerlo? —inquirió el patriarca de la familia, cada vez más interesado en esa audaz chica que, tras dirigirle una burlona sonrisa, le propuso atrevidamente:

—Tal vez si usted me prestara esa vara... —sugirió, ganándose como respuesta unas estruendosas carcajadas por parte de Flavio.

Cuando sus arrugados ojos exhibieron una chispa de felicidad y su semblante dejó a un lado esa rigidez que había mostrado en un principio, Evie al fin pudo contemplar el parecido entre sus nietos y ese curtido hombre que, a juzgar por su indumentaria llena de barro, parecía amar el trabajar la tierra. Su sonrisa era tan agradable de contemplar como la de Angelo, los rasgos de su rostro eran muy similares a los de esos hermosos modelos que había tenido la desgracia de retratar, pero tenían una pizca de dureza que lo hacía más interesante. Su cuerpo se mantenía en forma, seguramente por el trabajo en el campo, y, sin duda, cada vez que contemplaba a Flavio Rossi, Evie podía ver cómo sería Angelo cuando tuviera su edad.

—¿Puedo fotografiarlo? —preguntó ella por primera vez a una persona, encontrando en ese hombre la misma hermosa estampa que veía cada vez que miraba a Angelo.

—Yo no soy modelo, *signorina*.

—Ni yo muy buena fotógrafa, por lo menos en lo referente a la gente, pero esta tierra, usted, los habitantes de este pueblo... tienen algo que me lleva a intentar ser mejor —manifestó ella mientras alzaba su cámara—. Usted me recuerda a Angelo —continuó diciendo a la vez que su jovial rostro quedaba embargado por la tristeza al recordar el dolor que ese hombre le había infligido.

—Mis nietos te han hecho mucho daño con sus juegos, ¿verdad? —planteó amistosamente Flavio mientras, como si fuera una más de sus hijas, la consolaba entre el calor de sus brazos.

—Pienso vengarme de sus nietos y de todo el daño que me han hecho con sus mentiras. ¿Qué tiene que decir al respecto? —soltó tras limpiarse las lágrimas, retando con la mirada a ese anciano para saber si estaba o no de su parte.

—Que ya era hora de que alguien les diera una lección —sentenció el sabio Rossi, mostrándose tan firme en sus palabras como ella en su venganza.

\* \* \*

Tras pasar unos días en la Toscana conociendo mejor esos viñedos, de los que me había enamorado, y a esa gente que tan amistosamente me invitaba a su casa como si fuera un miembro más de su familia y no una desconocida, supe por qué Angelo amaba tanto ese sitio, aunque no acabé de comprender la razón por la que Luca detestaba su hogar con la misma pasión que su hermano lo adoraba.

Mis dudas quedaron resueltas el día en el que una orgullosa y perfecta mujer, a la que ya había visto desde lejos en otra ocasión, se presentó ante mí buscando intimidarme, tal vez para hacerme huir del lugar que ella siempre había querido conquistar, tanto en lo que se refería a esos terrenos como al corazón de Angelo, y que, sin duda, pensaba que yo ocupaba, cuando en realidad ninguno de los hermanos Rossi tenía corazón.

«¿O tal vez sí...?», me pregunté en cuanto ella comenzó a contarme su historia mientras me mostraba alguna que otra fotografía antigua que me revelaba la verdad que ella, como muchos, no había podido contemplar a simple vista.

—¿Qué haces aquí si ya te has quedado con el gemelo que querías? ¿Acaso vienes ahora a estropearme la boda con el otro? —me planteó directamente la desconocida en un perfecto inglés. Luego, sin presentarse siquiera, depositó bruscamente sobre la barra una vieja fotografía de unos niños con la que pretendía enseñarme lo mucho que conocía a Angelo, aunque lo único que llegó a mostrarme fue lo poco que conocía a esos hermanos en realidad.

Ante su brusco gesto, la pequeña posada quedó en silencio a la espera de mi respuesta; a pesar de lo intimidante que podía llegar a ser la mirada de esa chica, con la que me recorrió de arriba abajo, yo no me dejé amedrentar y, mientras ella se preguntaba cuál era mi valor a los ojos de Angelo, la dejé creerse superior mientras presumía de una elegancia de la que yo siempre carecería y de un traje de marca que yo tardaría años en pagar. Luego, sorprendiéndola, le recordé los modales de los que hasta ese momento ella había prescindido alzando mi mano hacia ella a la vez que me presentaba burlonamente.

—Encantada de conocerte, soy Evie Norton, la fotógrafa de los hermanos Rossi, tanto de Luca como de Angelo. He venido para realizar un último encargo con mis modelos aquí, en la Toscana, aunque aún no sé muy bien de que tratará... —declaré, haciéndole saber que yo, al contrario que ella, sí había sabido diferenciarlos.

—Creo que el único modelo profesional de la familia Rossi es Luca —declaró mi interlocutora, regalándome una falsa sonrisa a la vez que me hacía recordar con sus palabras que tanto yo como ese trabajo sólo habíamos sido un juego para Angelo hasta que su hermano volviera a ocupar su puesto.

—Yo también creía eso hasta que conocí a Angelo.

—Angelo sólo ha sido un mero sustituto temporal al que no has dudado en seducir a pesar de que estuviera comprometido.

—¡Vaya! Siempre había pensado que, para que una seducción tuviera éxito, hacían falta dos personas: una que propusiera y otra que aceptara...

—Tú lo has vuelto loco; lo has hecho olvidarse de los viñedos, que son su vida, de sus responsabilidades, ¡e incluso de mí! Ese falso trabajo ha sido su perdición.

—¿Tú crees? Pues se lo ha pasado en grande mientras se hacía pasar por otro —dije y, sin piedad alguna, le mostré a esa mujer las imágenes de ese Angelo que sólo yo había llegado a conocer.

—Ése no puede ser él... —susurró, apartando sus ojos de la verdad que mi cámara le ponía delante de las narices.

—Sí, ése es mi Angelo —repliqué, sabiendo que, aunque ese hombre no me pertenecía, siempre sería en parte mío tan sólo porque yo era la primera ante la que había mostrado esa faceta que escondía a todos los demás—. Esos hermanos Rossi pueden llegar a ser muy engañosos, ¿verdad? —apunté, señalando la vieja fotografía que tenía ante mí.

—¡Si tú no hubieras aparecido, él no habría roto su promesa y en estos momentos estaría planeando mi boda con el hombre adecuado y no con un mero sustituto del hombre al que amo! —me recriminó ella, furiosa, mientras se perdía en el recuerdo de esa imagen sin saber lo equivocada que estaba.

—No te confundas: yo no me crucé en el camino de Angelo, fue él quien se cruzó en el mío al intentar hacerse pasar por su hermano —manifesté contundentemente, evitando que de mi boca emergieran los sentimientos que tenía por ese hombre, tal vez porque dolían demasiado—. Él no tardará demasiado en llegar. Si quieres, cuando esté aquí, podrás reclamarle en persona todas las faltas que se te ocurran. Pero eso sí: asegúrate de que lo haces con el gemelo correcto —le solté, socarrona, dejándola confusa. Luego, cuando me disponía a alejarme de esa mujer, le devolví la vieja imagen que tanto me revelaba y, sin poder evitarlo, le hice notar algo de lo que yo me había percatado—. Bonita fotografía de ti y de Luca.

—¡Es Angelo! —gritó esa chica, muy cabreada, a mi espalda mientras me marchaba.

—¿Estás totalmente segura de ello? —le pregunté, volviéndome hacia ella y haciéndola vacilar con mi segura sonrisa, y más aún cuando, a la vez que me alejaba, expuse en voz alta las dudas que sin duda ambas teníamos.

—Me pregunto durante cuánto tiempo habrán estado intercambiándose esos dos...

Cuando a mi espalda no oí más recriminaciones supe que ella había visto al fin la verdad y, al igual que yo, mientras miraba una fotografía se preguntaba cómo era realmente el hombre al que había entregado su corazón y si valía la pena sufrir por una persona tan falsa como él.

\* \* \*

Cuando Evie regresó de su paseo volvió a encontrarse con una mujer que, tan perdida como ella, sólo buscaba la verdad. La elegante chica ya no parecía tan distinguida cuando se derrumbó sobre la barra contándole sus penas a Emilia mientras degustaba uno de esos sabrosos vinos que se subían tan rápidamente a la cabeza. Su caro traje había dejado de mostrar su impresionante elegancia al encontrarse la chaqueta tirada de cualquier manera sobre uno de los taburetes cercanos, totalmente arrugada.

—¡Tú! ¿Por qué has tenido que sacarme de mi error? —inquirió, bastante ebria, señalando acusadoramente con un dedo a Evie en cuanto la vio entrar en la posada mientras no dejaba de

desviar su mirada hacia la foto que, sin duda, formaba parte de sus sueños de la infancia, sueños que Luca y Angelo habían derrumbado con sus embustes.

»Pensaba casarme con Luca y luego vengarme de él, castigándolo por no ser Angelo y por haberme engañado. Pero, ahora, ¡ahora no sé de quién me enamoré, con quién hice esas promesas, a quién di mi primer beso, con quién tuve mi primera cita o a quién amo! ¡Tanto Luca como Angelo me han hecho mucho daño y, cuando sólo faltan unos días para mi boda, todavía no sé qué hacer!

—¿Crees que eres la única a la que esos dos han lastimado con sus mentiras? —replicó Evie ocupando un lugar en la barra junto a esa mujer para dejar salir también todo el dolor que llevaba dentro—. Se supone que acepté trabajar con Luca para vengarme de él y de las horribles palabras con las que insultó gravemente a mi padre. Lo iba a hacer sufrir como nunca y luego, simplemente, iba a olvidarme de él. Sin embargo, después de nuestro primer trabajo juntos, encontré ante mi cámara a un tipo completamente diferente que no encajaba con lo que mis ojos veían. Angelo me confundió todo el tiempo hasta el punto de que, por unos instantes, llegué a pensar que me había enamorado de él, pero eso fue sólo hasta que descubrí su engaño. Angelo es el hombre que me ha arrebatado mi venganza, el hombre que me ha roto el corazón y el hombre que no tiene perdón o excusa alguna por sus actos.

—Entonces, ¿a qué has venido? ¿Por qué lo has traído de vuelta a este lugar?

—Sólo quiero acabar con todo esto de una vez, quiero poner fin a mi venganza... y para ello quiero que Angelo confiese de una vez sus patrañas y se dé cuenta de todo el daño que ha causado con ellas.

—¿Y para eso tienes que traerlo a la Toscana? —recriminó acusadoramente la chica mientras señalaba a Evie con uno de sus dedos.

—Creí que únicamente en su hogar Angelo sería él mismo y dejaría de lado la estúpida idea de representar el papel de su hermano. O eso pensé hasta que vi tu fotografía y me di cuenta de que yo no era la primera persona a la que esos dos habían engañado.

—Me gusta la idea de desenmascarar sus mentiras delante de todos, pero creo que solamente podrás llevarlo a cabo si los acorralas. En un principio pensé en mantener a Angelo lejos de mi boda para ver hasta dónde era capaz de llegar Luca, pero, visto lo visto, creo que no hay límite a sus embustes. ¡Esos dos idiotas se merecen una lección!

—Estoy de acuerdo. ¿Tienes alguna idea acerca de lo que podríamos hacer con ellos? Porque creo que a mí se me han acabado todas —dijo Evie, mientras le señalaba el tablón con los extraños trabajos que habían hecho esos hermanos para ella.

Sintiendo una gran curiosidad, la italiana se levantó del pequeño taburete e, intentando mantener la elegancia de sus pasos a pesar de que éstos eran un poco tambaleantes a causa del alcohol, caminó hacia el tablón para estudiar con interés cada una de las imágenes, sin poder evitar reírse con algunas de ellas.

—Sí, tengo una muy buena idea —anunció y, luciendo una maliciosa sonrisa, buscó a Evie con

la mirada—. ¿Acaso no eres fotógrafa? ¡Pues te contrato para fotografiar una boda!

—Y yo acepto encantada, ¿querida...? —preguntó Evie, pretendiendo averiguar el nombre de esa chica con la que, a pesar de sus múltiples diferencias, tenía tanto en común.

—Sofía —se presentó finalmente, alzando una nueva copa en un brindis mientras sonreía complacida a su nueva mejor amiga, si no en el camino hacia el amor, sí en el que conducía hacia la venganza.

## Capítulo 16

Para mi desgracia, apenas una semana después de mi llegada comencé a percatarme de que Jeff, el pesado amigo de mi padre, que era como un segundo incordio para mí, había decidido seguirme a la Toscana. Tras dar conmigo, se puso a vigilarme a una distancia prudencial, seguramente pensando que el espantoso bigote de pega que llevaba y el ridículo peluquín le permitirían pasar desapercibido cuando en verdad lo único que conseguía era hacerlo parecer más sospechoso.

Me arrepentí de haberle pedido a mi amigo *hacker* que lo quitara de la lista de «los más buscados», ya que, si hubiera continuado en ella, no habría podido seguirme hasta Italia, pero en fin... había diferentes formas de librarse del espía de mi padre, y más si había decidido vestirse de un modo que, si bien a papá lo haría parecer un famoso y moderno artista, a Jeff, sin embargo, le daba toda la apariencia de un delincuente.

Emilia, la robusta posadera que desde que había llegado a Panzano in Chianti me cuidaba con el mismo celo que cualquier madre, despedazaba con su mirada a Jeff cada vez que éste me observaba desde el oscuro rincón donde había intentado ocultarse. Además, los parroquianos habituales del establecimiento, después de varios días, comenzaron a mirarlo con recelo mientras murmuraban entre ellos y luego me señalaban a mí.

Segura de que quedaba poco para que se decidieran a linchar a mi querido padrino, no pude evitar ser un poco más mala con él para borrar de su mente la estúpida idea que alguien le había metido en la cabeza de que me hacía falta una niñera, especialmente si se trataba de una tan desastrosa como era él mismo.

Decidida a hacerlo desistir de seguirme en la locura en la que me había propuesto embarcarme para aleccionar al hombre que había jugado conmigo, alcé mi copa y, brindando silenciosamente hacia él, le dediqué una maliciosa sonrisa, anunciándole que había descubierto su patético disfraz y que las consecuencias no serían demasiado buenas para él.

Mientras Jeff tragaba con dificultad la copa de vino que Emilia había colocado con brusquedad en su mesa, llamé a mi prima para que me comunicara cómo le iba en su ajetreado viaje con ese fotógrafo del que, sin duda, aunque la altiva Amanda intentara negarlo, se había enamorado.

En nuestra conversación me enteré de que el hombre al que ambas admirábamos en nuestra adolescencia, Ian Baker, un joven fotógrafo que una vez trabajó como aprendiz de mi padre, se había vuelto a cruzar en el camino de Amanda, prestándole la atención que nunca le había concedido tiempo atrás, cuando con quince años las dos le hacíamos ojitos y rellenábamos nuestro sujetador, intentando parecer más adultas para acercarnos a él.

Tras reprenderla por dejar de lado al maravilloso Ian por ese ególatra superficial del que se había enamorado, le comunicué el latoso parásito que me había seguido en ese viaje, y aproveché para interesarme por si ella también se había visto agobiada por la molesta presencia de un hombre que siempre nos protegería, aunque nosotras no lo necesitaríamos.

Tal y como sospeché desde un principio, mi padre se disfrazaba mucho mejor que Jeff, pues su presencia aún no había sido detectada por los suspicaces ojos de Amanda, aunque mi prima no tenía dudas de que él estaría por allí, cerca de ella.

Me dolió un poco que mi padre pusiera a Amanda por delante de mí una vez más, pero, conociéndolo como lo conocía, seguramente lo habría echado a suertes con Jeff y, sin duda, éste habría perdido, o de lo contrario no se encontraría en ese momento sumergido en una de mis disparatadas aventuras.

Decidida a hacerle un favor a Amanda, le aconsejé que prestara atención a la más que segura presencia de Dominic en su entorno cercano Y, mientras era testigo de cómo Jeff intentaba conversar con la furiosa Emilia, usando una guía de italiano tan patética como la mía, le anuncié a Amanda lo que iba a hacer a partir de entonces en mi viaje, con o sin la incordiosa compañía que me perseguía:

—Yo, por lo pronto, voy a divertirme de lo lindo...

—Evie, ¿qué piensas hacer? —preguntó, sabiendo de lo que era capaz.

—Ser una chica tan mala que a mi padre no le quedará más remedio que salir de su escondite...

—Evie... —me reprendió Amanda, recordando lo escandalosa que podía ser cuando me lo proponía.

«Aunque aún no te imaginas cuánto», pensé mientras tapaba el teléfono y, tras revisar mi guía de italiano, encontré la palabra que buscaba para Jeff. Tras ello, lo señalé con un dedo a la vez que gritaba desgarradoramente ante todos:

—*Molestatore!*

A continuación, susurré el significado de esa palabra, «acosador», pero, como Jeff no sabía leer los labios, no pudo adivinar en un primer momento lo que se le venía encima.

Tras mi exclamación, todos los presentes se pusieron en pie amenazadoramente, dirigiendo sus acusadoras miradas hacia Jeff. Emilia, más aterradora que ninguno de ellos, se encaminó con paso decidido hacia la barra para sacar de detrás de ésta un enorme rodillo de amasar antes de vociferar intimidantemente hacia mi padrino:

—*Molestatore!*

Después de esto, ocurrieron dos cosas: primero, que Jeff salió corriendo del local al darse cuenta al fin de lo que se le avecinaba y, segundo, que Emilia, acompañada de todos sus clientes, lo persiguió para darle una lección.

Y entonces, cuando me quedé a solas sin el incordio que representaba el amigo de mi padre, volví a prestarle atención a mi prima y a las locuras que estaba cometiendo sin mí.

—Cambiando de tema... Has dicho que estás en una isla, ¿no? —pregunté, intentando sonsacarle dónde se hallaba, por si necesitaba mi ayuda, pero ella la rechazó por completo y, tras escudarse en su trabajo, simplemente me colgó.

—En serio, Amanda, no entiendo por qué no quieres que te eche una mano... —dije al tono intermitente que sonaba a través del teléfono, pero, tras recordar el caos que me precedía allá donde fuese como resultado de mi impetuoso carácter, deduje por qué ella no se había dejado guiar por mis consejos en esa ocasión.

»En fin, creo que ahora mismo me encuentro demasiado atareada con mi vida como para estar también pendiente de la tuya, primita, así que espero que sepas apañártelas sola —suspiré en voz alta mientras me apoyaba en la puerta de la posada y esperaba a Angelo, el mayor problema de todos, que había vuelto a mi vida, y yo aún no sabía cómo solucionar.

\* \* \*

Ese día iba a llegar a la localización donde tendría lugar mi último trabajo con Evie, y ésa no era otra que mi hogar. El pequeño pueblo italiano donde nací, de apenas tres mil habitantes, era una plácida población en la que casi todos nos conocíamos y nos tratábamos como familia, donde el logro de uno representaba el de muchos y donde apenas había envidias o falsedad, a diferencia de Nueva York.

Mientras me preguntaba una vez más cómo había podido Luca sobrevivir en el mundo que a mí me había apabullado desde el principio, no pude evitar recordar el único motivo por el que había dejado que mi hermano se aprovechara de mí durante tanto tiempo: mis viñedos. Éstos eran lo único que me había importado durante mucho tiempo y, a pesar de ello, desde que conocí a Evie, esa irreflexiva chica que había puesto mi mundo patas arriba, casi no les había dedicado tiempo en mis pensamientos.

Pero por fin regresaba a casa y cada paso que me acercaba más a la tierra que tanto amaba me hacía volver a ser yo mismo y dejar atrás el disfraz de Luca y esa personalidad superficial de la que él siempre alardeaba. Mientras me aproximaba a Panzano in Chianti no podía evitar pensar en cómo iría la recogida de la cosecha y disfrutaba imaginando lo perfectos que serían los frutos que se recolectarían en esa campaña y los distintos matices que tendrían los vinos que ese año entrarían en mis bodegas para su maduración y que deleitarían el paladar de muchos en sus mesas en el futuro.

Los viñedos de mi familia estaban situados en un valle que se abría hacia el sur de Panzano. La altitud sobre el nivel del mar, casi quinientos metros, la notable luminosidad, favorecida por la exposición hacia el sur, el clima cálido y seco y la estable temperatura del suelo, junto con su pureza, hacían que los chianti fueran conocidos por ser unos vinos de gran carácter.

Mientras inspiraba el aire puro de mi hogar, olvidando la intoxicada atmósfera de la ciudad para la que únicamente había sido un desconocido más, no dudé en reconocer que no echaría de

menos nada de ella... hasta que recordé a la única persona que siempre permanecía en mi mente, aunque en ocasiones sólo fuera para fastidiarme.

Sonreí al pensar en Evie y cómo disfrutaría de ese cálido entorno, de esos hermosos paisajes que sin duda la animarían a alzar su cámara en busca de un bonito recuerdo, y entonces no pude evitar desear que ella permaneciera junto a mí en esas tierras.

Luego asaltaron mi mente todas las mentiras que me rodeaban y la sonrisa desapareció de mi rostro, porque la realidad de lo que había hecho no tardaría demasiado en salir a la luz, y aún menos en ese momento, en el que había regresado a casa y no me apetecía seguir fingiendo ser quien no era.

Imaginaba que Evie me había traído a mi casa porque sospechaba mis embustes y quería confirmar lo que su cámara siempre le revelaba. Yo temía el volver a verla, por si acaso lo único que ella quería era darme una nueva lección, esta vez dirigida concretamente a mí y no a mi hermano. Sin embargo, también ansiaba encontrarme de nuevo con ella, simple y llanamente porque la echaba de menos y desde que la conocí ya no imaginaba una vida sin el caos que la seguía a todas partes, ni la excitación que experimentaba cuando me obligaba a dejar atrás al recto individuo que yo siempre había sido, para convertirme en alguien dispuesto a seguirla en sus locuras.

Después de que ignorara mis insistentes llamadas durante semanas, un día Evie se comunicó repentinamente conmigo a través de un simple mensaje que recibí en mi teléfono al bajar del avión en el aeropuerto de Florencia. En él, Evie me daba a conocer el sitio donde nos hospedaríamos, aunque no especificaba cuánto tiempo permaneceríamos allí.

Conduciendo hacia Panzano in Chianti me pregunté con cuánta antelación habría llegado Evie a mi pequeño pueblo para que fuera ella la que tuviera que esperarme a mí y no al contrario, y, mientras lo hacía, empecé a pensar si los habitantes de Panzano estarían preparados para esa chica y lo que conllevaba conocerla.

Rememorando cada una de las jugarretas que me había hecho, supuse que nadie podría estar preparado para lo que Evie representaba. No obstante, negué con la cabeza sabiendo que ella no había tenido demasiado tiempo para sembrar el caos en mi tranquilo municipio, o al menos eso era lo que creía hasta que me dirigí a la posada de Emilia y me encontré en mi camino con una furiosa muchedumbre que perseguía con malas intenciones a un hombre, un tipo cuyo rostro me resultó conocido a pesar del barato peluquín que se le caía y un falso bigote que no le pegaba en absoluto. Tras reconocer al sujeto que querían linchar, me dispuse a ayudar a ese pobre tipo que en una ocasión hizo lo mismo por mí, interponiéndome entre él y mis vecinos e intentando calmar sus ánimos a la vez que les pedía una explicación.

—¿Quieres... una... explicación? —dijo entrecortadamente ese individuo a mi espalda cuando le pedí a él lo mismo después de oír las confusas palabras de sus perseguidores, que intentaban hablar todos a la vez—. ¡Que... una vez más... esa mocosa... me la ha jugado! —manifestó el pobre agente de Evie, intentando recuperar el aliento al mismo tiempo.

Tras estas palabras, no albergué dudas acerca de quién era la responsable de esa extraña situación, aunque no averigüé la causa de la misma hasta que Emilia, más enfadada que nunca, alzó su gigantesco rodillo de amasar mientras gritaba hacia el hombre que se ocultaba detrás de mi espalda.

—*Molestatore!*

—¿Qué?! ¡No! *Non è un molestatore!* —exclamé, sorprendido, mientras miraba al perdido sujeto que, detrás de mí, aún no sabía de qué se le acusaba. Y, mientras pensaba en cómo podría explicar el papel que representaba ese tipo en la vida de Evie, que indudablemente no era el de acosador, por más que ella así lo asegurara, mi mirada se cruzó con la de esa rebelde mujer y con la maliciosa sonrisa que nos dirigía a ambos desde la puerta de la posada, como si quisiera darnos una lección.

—Él es como un segundo padre para ella, por eso siempre la persigue, intentando protegerla de las consecuencias de sus locuras —dije, sólo para Evie, mientras la reprendía con la mirada para luego traducir mis palabras a la multitud, que no tardó en desperdigarse por el lugar... aunque algunos de mis paisanos todavía continuaron dirigiéndole una especuladora mirada al pobre de Jeff Jenkins.

Una vez calmados los ánimos, me encaminé hacia la instigadora de todo ese malentendido, la cual, recibíendome con una irónica sonrisa, me recriminó:

—¿Y quién eres tú en mi vida, Angelo, para acabar persiguiéndome, molestándome y hostigándome? —me preguntó, aludiendo de pasada a las innumerables llamadas que le había hecho en las últimas semanas o a todas las veces que me había pasado por su piso para rogar su perdón tras haberme portado como un canalla, un perdón que a sus ojos aún no me merecía.

Y, mientras ella esperaba mi respuesta con una sonrisa socarrona, probablemente una contestación típica de las que le daría mi hermano Luca, con despreocupación y limitándose a recordarle que él era su modelo con alguna broma, no pude evitar guardar a Luca en un rincón de mi interior y ser simplemente yo mismo ante ella. Así que, acercándome a la provocativa chica que siempre me alteraba, le susurré al oído la frase más adecuada a esa cuestión.

—*Il tuo pazzo innamorato...* —dije, declarándome un loco enamorado.

Luego, sin esperar a saber si Evie me había entendido o no, eché mi chaqueta sobre uno de mis hombros y me oculté de todos detrás de mis gafas de sol de la misma manera que solía hacer Luca, simulando de nuevo que era mi gemelo, porque todavía no estaba dispuesto a dejar que Evie se alejara de mi lado.

\* \* \*

Angelo aparentó ser Luca ante sus conocidos y amigos y representó a la perfección el papel de hijo pródigo que no había vuelto a su hogar durante años, cuando la verdad era bien distinta, ya que sólo había estado varios meses fuera de casa.

Los más cercanos se rieron de él mientras lo dirigían hacia las muestras de su trabajo que permanecían expuestas al fondo de la taberna en el viejo tablón, los conocidos brindaron en silencio por sus triunfos en Nueva York, las mujeres lo regañaron por su tardanza en regresar al pueblo y las jóvenes se colgaron de él como siempre habían hecho con Luca, pidiéndole que les describiera cómo era el *glamour* de la gran ciudad y las lujosas fiestas con las que ellas soñaban.

Entre tantos rostros amigos sólo hubo dos caras lo suficientemente serias como para preocuparlo: la de Emilia, que lo miraba reprobadoramente a la vez que negaba una y otra vez con la cabeza, como si a ella no pudiera engañarla, y la de Evie, quien, tras buscar en una pequeña guía de viaje el significado de las palabras que él le había susurrado antes al oído, al fin pareció comprender que eran ciertas en más de un sentido. Tan empeñada como siempre en negar lo que sus ojos veían, la chica se acercó al hombre que se escondía de todos entre bromas y lo desafió con la verdad.

—Eres un... ¿cómo se diría en italiano...? —dijo, mientras repasaba su guía—. Un *buon bugiardo*, tal vez...

—¿Un buen mentiroso...? Puede ser, pero entonces ya somos dos, Evie —confesó Angelo mientras se bajaba un poco las gafas para enfrentarse a la decidida mirada de esa mujer antes de continuar—... porque a ti te encanta negar lo que tu cuerpo me dice.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es lo que te dice, si puede saberse, Angelo? —inquirió ella a la vez que alzaba una de sus cejas suspicazmente.

—Que me deseas... —le susurró al oído después de acercarse lo suficientemente a Evie como para hacerle recordar el calor de su cuerpo. Y, mientras acariciaba levemente sus desnudos brazos con uno de sus dedos, provocando que su piel se estremeciera, volvió a regalarle a sus oídos unas excitantes palabras—: Que me anhelas cuando estás sola en tu cama y, sobre todo, que... *tu mi ami* —finalizó en italiano, sólo para fastidiarla, a la vez que sus ojos no dejaban de clavarse fijamente en los de ella, sabiendo que, aunque no entendiera su idioma, sí entendería la profundidad de lo que le había dicho.

Pero esos ojos que todavía buscaban una *vendetta* le indicaron que no se había dado por aludida y que continuaba intentando negarlo neciamente.

Cuando Evie abrió de nuevo su guía para buscar esas palabras, o quizá para encontrar alguna impertinente contestación que darle, Angelo suspiró, frustrado, y, arrebatándole el pequeño librito, lo tiró despreocupadamente por los aires.

Evie, furiosa por su acción, se cruzó de brazos mientras lo reprendía con una irascible mirada.

—¿A qué ha venido eso?! —exigió a Angelo mientras éste recogía las llaves de su habitación y de la de Evie de las manos de la bondadosa Emilia.

—Esa guía sobraba entre nosotros. Nos entendemos muy bien, aunque sólo cuando tú quieres, claro está —manifestó mientras devoraba su cuerpo con una ávida mirada llena de deseo. Luego, tras enseñarle las llaves de su cuarto, la provocó una última vez, sólo para asegurarse de que esa impetuosa chica lo seguiría.

»Ahora que he llegado, ya no tendrás que pasar sola ninguna noche más —anunció con presunción a la vez que se alejaba del gentío hacia su estancia.

—¿Y cómo sabes si estoy sola o no por las noches? —planteó maliciosamente, haciendo que los pasos de Angelo se detuvieran.

Entonces, presumiendo de lo que sabía a pesar de que Evie lo negara, se volvió hacia ella alzando sus gafas para replicarle, con la misma presunción que solía utilizar su hermano y que él, de vez en cuando, podía copiar a la perfección.

—¿No es obvio? Porque yo no estaba aquí...

Dicho esto, Angelo volvió a ocultar sus ojos para continuar encaminándose hacia la habitación de Evie. Ella lo persiguió, enseñándole todo lo que había aprendido durante su estancia en ese lugar. Para su desgracia, ninguna de esas indecorosas palabras le servían para comunicarse, aunque sí para mostrar su enfado, justo como estaba haciendo en esos momentos.

Entonces él, dispuesto a silenciar esa impertinente boquita que tanto había echado de menos, tras abrir la puerta del cuarto, se volvió hacia la chica para susurrarle descaradamente:

—Todas esas palabras puedes repetírmelas en la cama...

Y, antes de que la boca de Evie volviera a emitir sonido alguno, Angelo la acalló con sus labios, impidiendo que pudiera seguir negando lo que había entre ellos.

La boca de Angelo devoró la de Evie con la añoranza que la distancia había hecho crecer en él, con el anhelo de que ésa no fuera su última noche antes de perderla para siempre, con la pasión que hervía en su interior siempre que se encontraba cerca de esa mujer.

Tras adentrarse en la habitación sin atreverse a separar sus labios de la dulzura que ella representaba, Angelo cerró la puerta y apoyó a Evie contra ésta para continuar con su avasallador beso. Apresando entre sus manos las muñecas de Evie a ambos lados de su cuerpo, detuvo sus intentos de alejarlo. Los brazos de la fogosa joven forcejearon y se resistieron, recordándole el daño que él le había hecho en su último encuentro; si bien tal vez no a su cuerpo, sí a su corazón. Y Angelo, a pesar de ello, la mantuvo aprisionada contra la puerta mientras insistía en reclamar sus caricias con la desesperación que le daba amarla y saber que posiblemente muy pronto la perdería.

Él profundizó su beso, aguardando impaciente la apasionada respuesta que siempre recibía de Evie. Su lengua buscó la de la mujer que siempre ardía junto a él y, mientras lo hacía, degustó el dulce sabor de esa boca que lo volvía loco. Sin embargo, la respuesta que él esperaba nunca llegó, todo lo contrario: Evie solamente intentó zafarse de Angelo en todo momento, convencida de que, para él, ese beso no significaba nada.

Finalmente, Angelo únicamente sintió el desdén de Evie hacia su pasión y, cuando vio sus lágrimas, no pudo ignorar su rechazo por más tiempo. Dejando de silenciar las palabras de ella, que quizá le hicieran tanto daño como el que él le había hecho, dio fin a su exigente beso, pero todavía se negó a soltarla y a que se alejara nuevamente de él.

—¿Qué piensas hacer conmigo, Angelo? —preguntó Evie con furia, sin ocultar sus lágrimas ni

su dolor.

—Déjame amarte, déjame pedirte perdón con cada una de mis caricias... —suplicó, liberándola por fin pero sin dejar de mantener sus manos apoyadas contra la puerta, negándole una salida a la vez que su mirada evitaba cobardemente enfrentarse a la de Evie, para no ver el rechazo en sus ojos.

Cuando al fin Angelo se dio por vencido y ya se había decidido a alejarse de esa chica cuyo silencio le hacía tanto daño, Evie lo sorprendió una vez más sujetando su afligido rostro entre sus manos para alzarlo hasta obligarlo a enfrentar su mirada, que sólo sabía suplicar el perdón de la mujer de la que se había enamorado.

—Únicamente hoy, Angelo, ámame siendo solamente un hombre y deja atrás el papel que siempre representas ante mi cámara. Esta noche sé solamente tú... —pidió Evie, procurando hacer emerger al hombre que tan bien se escondía a la vista de todos.

Y él no pudo evitar deprenderse de su disfraz y comportarse exclusivamente como lo que realmente era, un hombre enamorado.

\* \* \*

Cuando Evie me otorgó su perdón con la condición de ser yo mismo, fui incapaz de resistirme a ella. Estuve tentado de confesarle todos mis pecados justo en ese instante, frente a esos suspicaces ojos que siempre veían en mí más de lo que estaba dispuesto a mostrarle, pero tal vez, revelarles toda la verdad, sólo lograría alejarme de ella, y si Evie sólo me concedía una noche para amarla, no estaba dispuesto a desperdiciarla.

Besando con delicadeza las manos que sujetaban mi rostro, las aparté poco a poco de mí para colocarlas sobre mi pecho, donde mi desbocado corazón latía descontroladamente, sólo por ella. En el instante en el que la vi sonreír supe que ni ella ni yo podríamos olvidar esa noche en la que ambos desnudaríamos tanto nuestros cuerpos como nuestras almas.

Mi boca se acercó a la suya, y en esa ocasión sus labios no me rechazaron. Entre gemidos de pasión, se abandonó a mí. Mordisqueé lenta y juguetonamente su labio inferior, y Evie no tardó en hacer lo mismo conmigo. Cuando finalmente nuestras lenguas se encontraron, ambos jadeábamos a causa de la excitación y, mientras nos dirigíamos hacia la cama, nos arrancamos la ropa con impaciencia.

Esas barreras que suponían un estorbo para que nuestros cuerpos ardieran con el mutuo contacto de nuestra piel fueron rápidamente descartadas y, cuando llegamos a la cama, el cuerpo de Evie sólo lucía una atrevida ropa interior, y el mío, unos apretados bóxers que ella no tardó en recorrer maliciosamente con una de sus osadas manos.

Dispuesto a hacer que esa noche durara para siempre o, al menos, lo suficiente como para que ambos pudiéramos recordarla, aparté la juguetona mano y, tras dedicarle unos pequeños mordisquitos a las yemas de esos traviesos dedos, la cubrí con mi cuerpo para grabar con mis

besos mi recuerdo en su piel, ya que no quería que ni ella ni su cuerpo pudieran olvidar cuánto la amaba.

Entrelazando mis manos con las suyas, la retuve entre mis brazos, pero en esa ocasión no fue para marcarla egoístamente como mía en medio de la pasión, sino para demostrarle mi amor.

Evie observó nuestras manos unidas y luego contempló mi rostro y mi cuerpo en tensión, que todavía esperaba que ella me concediera el placer de amarla tan posesivamente, tan locamente, tan apasionadamente como yo deseaba.

La sonrisa de la mujer que amaba, ante mis esfuerzos por conseguir su perdón, y no solamente para esa noche, me animó a seguir con mi seducción. Esa vez no buscaba la rendición de su cuerpo, sino la de su corazón, y así continué amándola para demostrarle una vez más, con cada una de mis caricias, lo que sentía por ella a pesar de que Evie lo negara continuamente.

Cuando ella apretó fuertemente mis manos, dándole su aprobación a cada uno de mis avances, no pude evitar contemplarla un poco más desde mi privilegiada posición. El decidido rostro de mi amada se sonrojó ante mi escrutadora mirada, que la observaba con detenimiento para grabarla profundamente en mi recuerdo.

El rubor de Evie no tardó en desaparecer entre mis besos, y pronto tuve de nuevo ante mí a esa impulsiva mujer que, tras rodear mi cintura con sus piernas, le dedicó unas impertinentes pataditas a mi trasero, exigiéndome más.

Sonreí ante su atrevimiento y, concentrándome en ella, me dediqué a amarla como sólo ella se merecía.

Besando despacio sus labios, la seduje con cada una de mis caricias para que abriera su boca ante mi pasión. Mi lengua buscó en ella el sabor de lo prohibido, y jugó con la atrevida lengua que no tardó en contestarme con la misma avidez que la mía. Recostándome a su lado en la cama para contemplar a mi gusto el excitante cuerpo de esa mujer, solté una de sus manos para recorrerlo con leves roces de mis dedos. La otra mano permaneció unida a ella, simplemente porque Evie se negó a dejarme marchar.

Mis dedos iniciaron sus caricias por la hermosa cara de Evie, quien, con sus pícaros ojos azules y su audaz sonrisa, siempre estaba presente en mi mente; descendieron poco a poco por unos párpados que Evie no dudó en cerrar, abandonándose a mí. A continuación, rozaron la impertinente naricilla que siempre arrugaba cuando efectuaba algún gesto grosero dedicado a mí, y siguieron por la tentadora boca que todavía pretendía jugar conmigo cuando mordisqueó pícaramente mis dedos antes de dejarlos proseguir su camino.

Dejando atrás su sonrisa, mi mano descendió por su cuello, haciéndola suspirar en cuanto comenzó a acercarse al seductor encaje que ocultaba sus senos. Con la habilidad que me proporcionaba haber tenido una activa adolescencia mientras me hacía pasar por Luca en múltiples ocasiones, desabroché el cierre delantero del sujetador con una sola mano. Evie alzó ambas cejas interrogativamente ante tal destreza, pero no le permití que pensara mucho en ello al

desnudar su piel y acariciar los turgentes pechos, obteniendo algunos gemidos de placer de sus labios.

Con el sutil roce de las yemas de mis dedos, hice que sus pezones se irguieran exigiendo más de mis caricias, y yo se las proporcioné, pero sólo lo suficiente como para torturarnos a ambos: a ella, mostrándole exclusivamente una mínima parte de lo que podía darle, y a mí, al retener mi deseo para hacerla gritar entre mis brazos el nombre adecuado.

Mi mano siguió descendiendo, haciendo que su cuerpo temblara de pasión y anticipación. Después de dejar atrás su atrayente ombligo, agasajé por unos instantes su sexo por encima de las braguitas, hasta que sus caderas empezaron a alzarse anhelando más, y fue ella quien guio mi mano hacia el húmedo deseo que me reclamaba.

Mi mano se adentró en ella, rozando con los dedos la zona más sensible de su cuerpo. Evie no permitió que le diera menos que la pasión a la que estaba acostumbrada a obtener entre mis brazos y, dirigiendo los movimientos de mis dedos, hizo que rozara su clítoris mientras se abandonaba a mis caricias.

Decidido a hacerla llegar al orgasmo, busqué con mi boca la tentación de sus turgentes senos y los torturé con los dientes. Mis leves mordiscos, seguidos por los roces de mi lengua, la llevaron a exigir más de mi mano, ante lo que no dudé en complacerla hundiendo uno de mis dedos en ella. Tras gritar entre mis brazos, Evie intentó sujetar la mano que se movía avasalladoramente entre sus piernas queriendo darle más de lo que ella estaba dispuesta a aceptar.

Entonces introduje otro dedo en su interior y marqué un ritmo que la hizo gritar de nuevo, esta vez mientras su cuerpo se convulsionaba entre mis brazos, presa del placer de un arrebatador orgasmo. Cuando su clímax terminó, mis dedos no abandonaron su interior, sino que siguieron moviéndose dentro de ella, más lentamente, concediéndole un respiro, pero no calmando su pasión.

—Me encanta que te abandones al placer con esos desvergonzados gritos que no pueden ocultarme nada, pero aún no has gritado mi nombre... —le susurré al oído con una maliciosa sonrisa, decidido a oírlo salir de sus labios una vez más; una sonrisa que se borró de mi rostro cuando ella, tan audaz como siempre, me respondió con sus atrevidas palabras.

—Eso es porque tú aún no me has dado lo que necesito, Angelo —murmuró, pronunciando mi nombre con una voz sedosa que me sedujo por completo, haciéndome perder el poco control que me quedaba.

Apartándome de ella únicamente lo imprescindible para deshacerme de la ropa interior de ambos y coger un preservativo del bolsillo de mi olvidado pantalón, volví a ella y, retornando a la calidez de sus manos, mis dedos se entrelazaron con los suyos antes de introducirme en su ardiente interior, no con la ruda embestida que ella le exigía a nuestra pasión, sino con la lentitud que reclamaba mi cuerpo cuando le hacía el amor a la mujer que amaba.

Establecí un ritmo que nos torturó a ambos, y le hice volver a experimentar un nuevo orgasmo. Y sólo cuando su tembloroso cuerpo se movió al son del mío y sus labios pronunciaron mi

nombre, reconociéndome únicamente a mí, dejé de retener mis impulsos y me dejé llevar, adentrándome una y otra vez en ella con la necesidad que reclamaban tanto mi corazón como mi alma. Mis envites fueron bruscos y mi ritmo, despiadado, para que Evie admitiera que me amaba, sí no con sus palabras, sí con su cuerpo.

Apretando las manos que nos unían, ella se rindió al placer llegando por tercera vez al clímax, al que yo no tardé en seguirla gritando el nombre de la única mujer que me volvía loco.

Derrumbado sobre la cama, me eché a un lado para no aplastarla. Mientras ella aún respiraba aceleradamente a causa de nuestro encuentro, yo me limité a acunarla entre mis brazos y, cuando los dos nos deslizábamos hacia un placentero sueño, no pude evitar susurrarle al oído una vez más todo lo que guardaba mi corazón.

—Te amo —declaré, y el silencio fue la única respuesta de Evie.

Sin embargo, mientras hundía su cara en mi pecho, dormida, creí sentir sus lágrimas, algo que descarté por completo, ya que, aunque yo me hubiera expuesto decenas de veces ante Evie, ella aún no se atrevía a revelarme nada de sí misma ni de los sentimientos que ocultaba su corazón.

## Capítulo 17

Mientras cubría mi desnudez con las sábanas, observé al hombre que permanecía plácidamente dormido junto a mí. Era evidente que aún no sospechaba lo que le esperaba.

Contemplando su rostro, me pregunté qué tenía Angelo para que me hubiera perdido nuevamente entre sus caricias y me hubiera acostado con él, pero es que ese hombre, a pesar de sus mentiras, me tentaba demasiado.

En esa ocasión lo había hecho con sus manos, con sus besos, con el susurro de esas palabras en italiano que yo desconocía y con las que me regaló los oídos durante toda la noche, borrando el amargo recuerdo de nuestro último encuentro, en el que él solamente quiso mostrarme su enfado en vez de su cariño.

Después de esa noche, Angelo sería más difícil de olvidar que nunca. No obstante, después de sus embustes, estaba preparada para intentarlo. Como le propuse, esa noche él había dejado atrás su disfraz y me había mostrado cómo era la persona de la que me había enamorado, pero ese hombre también ocultaba a un canalla que estaba decidido a guardar silencio sobre sus engaños, y éstos eran demasiados como para poder ignorarlos. Por eso, dispuesta a acabar con todo, me insistí a mí misma que, si había dejado que Angelo me amara de nuevo, sólo era porque se trataba de la última vez para nosotros, ya que yo no iba a obviar más sus mentiras. También me prometí que lo revelaría todo, tal vez en el momento menos adecuado para él, tan escandalosamente como siempre hacía.

Quizá el día de mañana echaría de menos a la persona que había conquistado mi cámara haciendo que me fijara en él más de lo recomendable, alguien que me había hecho ver la parte buena de la gente que me rodeaba. Pero no quería que mi vida se basara en una mentira y justamente eso era lo que él representaba hasta que se atreviera a confesar la verdad y dejara de esconderse detrás de la falsa personalidad de su hermano para cumplir sus propios caprichos, porque eso era algo que Angelo no podía ocultarme: que, haciéndose pasar por Luca, había disfrutado a lo grande en Nueva York realizando todas y cada una de las cosas que no se permitiría en su seria y responsable vida, comportándose de un modo tan loco y desenfadado como no se atrevía a hacer con su verdadera identidad.

Puede que yo fuera en parte responsable de sus locuras, pero ¿quién le había mandado meterse conmigo si no estaba preparado para asumir las consecuencias? El resultado de nuestra historia, del inverosímil triángulo de venganza que yo había iniciado, no acabaría nada bien para ninguno de nosotros: yo cargaría con un corazón roto, y Angelo y Luca, con una lección con la que pensaba

avergonzarlos a ambos. «Pero, bueno, ¿quién no pasa algo de vergüenza el día de su boda?», pensé, mientras a mi rostro acudía una maliciosa sonrisa que le anunciaba a Angelo lo que le esperaba. ¡Qué pena que él estuviera dormido y no pudiera percatarse de ello!

—¡Andando, Principito, que llegamos tarde al trabajo! —grité en voz alta para despertar al bello durmiente mientras daba algunas molestas palmadas junto a su oído.

—¿Qué trabajo? —preguntó, soñoliento, mientras intentaba abrazarse a mí para convencerme de volver a caer en la tentación. Sin embargo, como ya estaba más que escarmentada, había decidido que eso no volvería a pasar.

—Uno extra que encontré al poco de llegar —le respondí mientras me hacía con las sábanas de la cama para enrollarlas sobre mi cuerpo y alejarme así de la tentación que ese lecho representaba, sobre todo cuando ese individuo estaba en él.

—¿Se puede saber cuánto tiempo llevas aquí? —me planteó, comenzando a sospechar que tenía alguna jugarreta a punto para él, y muy especialmente después de ver que, por toda respuesta, le dediqué una ladina sonrisa.

Antes de que pudiera pensar en lo que se le avecinaba y hacerme alguna pregunta inoportuna que yo, por supuesto, no iba a contestar, lo distraje por completo dejando caer mi sábana y mostrándole lo que se perdería a partir de ese momento.

Angelo, cómo cualquier otro hombre, interpretó mi gesto como una invitación a que me acompañara, sobre todo cuando me alejé para dirigirme hacia la ducha... pero creo que cogió la indirecta de que no era bienvenido al encontrar la puerta del cuarto de baño cerrada.

Tras oír algún que otro insulto de Angelo dedicado a la superficie que nos separaba, empecé a desentonar escandalosamente bajo la ducha únicamente para ignorarlo. Le concedí tiempo suficiente como para que se calmara y comprendiera que no volvería a compartir con él esa cama, hasta que finalmente salí enfundada en un enorme albornoz cuyo cinturón amarré fuertemente por si acaso se le ocurría intentar seducirme.

Como me temía, él no se había ido a su cuarto y ni siquiera se había dignado vestirse. Y así, tumbado despreocupadamente sobre la cama y con los brazos cruzados detrás de la cabeza, me esperaba desnudo con una invitadora sonrisa mientras, sin ninguna vergüenza, me mostraba lo preparado que estaba esa mañana, y no precisamente para el trabajo.

Poniendo los ojos en blanco ante esa juguetona mirada que pocas veces había exhibido, no dudé a la hora de arrojarle el esmoquin que había preparado para él.

—¡Vístete! Dentro de una hora tenemos que estar en nuestro nuevo trabajo.

Cuando pasé junto a él para coger mi ropa, que permanecía colgada en un viejo armario, él se movió de su posición para abrazarme por la espalda y pegar su cuerpo al mío. Luego, tentadoramente, empezó a susurrarme sugerentes palabras que, aunque no comprendía, podía imaginar qué significaban.

Tuve que advertirme una vez más cómo era ese hombre para no caer ante sus encantos y, apretando con energía los puños por la ira que me embargaba al recordar sus mentiras respecto a

su identidad, jugué con él, como él hacía continuamente conmigo, aparentando que no sabía nada, y le recordé, con la seriedad con la que Jeff siempre me exigía que tuviera respecto al trabajo:

—Tenemos un encargo laboral al que no podemos llegar tarde.

Él suspiró, frustrado, y finalmente cedió y comenzó a vestirse, dejándome el suficiente espacio como para que yo pudiera encerrarme en el baño a recomponer tanto mi aspecto como mi corazón. En el instante en el que estuve preparada para acabar con todo de una vez, salí del aseo, me colgué la cámara al cuello, a pesar de que no pegara nada con mi elegante vestido, y, ante sus preguntas, respondí con la verdad.

—¿Se puede saber a dónde vamos? —inquirió, extrañado al ver mi refinado aspecto.

—¿Estás listo para un último baile conmigo? —contesté, acercándome a él para arreglar su pajarita.

—Siempre —declaró Angelo con seriedad, buscando mis ojos con su decidida mirada.

—Pues prepárate... —anuncié complacida mientras daba unos golpecitos sobre su elegante vestimenta, declarándolo perfecto para la ocasión—. Nos vamos de fiesta...

\* \* \*

A pesar de que esperaba una nueva jugarreta por parte de esa rencorosa chica, que nunca tenía bastante, Angelo se dejó guiar por Evie hacia su nuevo trabajo. Ni por un segundo tuvo dudas de que la noche que habían pasado juntos no había significado tanto como para que esa mujer dejara de lado su venganza. De hecho, Angelo aún no sabía si esa noche había tenido algún significado para ella que no fuera simplemente el disfrutar del momento.

Mientras Evie conducía hacia su destino el vehículo que había alquilado, Angelo quedó relegado al asiento trasero, según ella, «para que no la distrajera»... aunque, después de que ella hubiera accionado el seguro para niños de ambas puertas traseras, de forma que no se pudieran abrir desde dentro, Angelo empezó a sospechar que su manera de proceder era más bien para que él no pudiera escapar de sus maldades.

Preparado para todo lo que pudiera depararle el permanecer al lado de esa alocada joven, Angelo se distrajo a lo largo del viaje contemplando con deleite lo bien que le quedaba a Evie ese elegante, y a la vez escandaloso, atuendo. Si la parte delantera de ese tentador vestido rojo lo había sorprendido, ya que era bastante atrayente al dejar su cuello y sus hombros expuestos a la vez que se pegaba a su cintura y a sus pechos como una segunda piel, la parte posterior lo había cautivado al revelar su desnuda espalda.

Esa delicada prenda se adaptaba a la perfección a las formas de Evie, sobre todo a las de ese encantador trasero, terminando finalmente a la altura de sus rodillas, haciendo imposible que Angelo pudiera pensar en otra cosa que no fuera cómo podría deshacerse de él y cuánto tiempo le faltaría para que pudiera intentarlo.

—Veo que no dejas de mirar el reloj, pero no te preocupes: llegaremos a tiempo —manifestó

Evie, malinterpretando sus impacientes gestos, que, en realidad, iban dirigidos a pensamientos mucho más placenteros que un simple trabajo.

—No me preocupa demasiado este nuevo encargo. Después de seguirte en tus insensatos proyectos anteriores, estoy convencido de que ya no puedes sorprenderme con nada.

—¿Estás totalmente seguro de eso, *Angelo*? —soltó Evie con un leve tono irónico en la voz mientras ponía especial énfasis en la pronunciación de su nombre.

—Sí. Vamos..., dime de qué va en esta ocasión nuestra sesión fotográfica. ¿Es tal vez el anuncio de unos tampones, de un remedio contra las flatulencias, de una operación de cambio de sexo...? —apuntó burlonamente mientras se relajaba en el asiento trasero, tal vez demasiado, para el gusto de Evie.

—No, Angelo —negó tras parar bruscamente ante la entrada de una lujosa y distinguida casa que él no tardó en reconocer—. Se trata, simplemente, de una boda —anunció mientras liberaba el seguro trasero, dándole a él la libertad de salir de su encierro, algo que dudó en aceptar en ese momento. Sin embargo, cuando ella se apeó del vehículo para darle sus llaves al aparcacoches que la familia Filice había contratado para la ocasión, Angelo no tuvo más excusas para permanecer dentro de él... o, al menos, ninguna que pudiera darle a Evie si no quería revelar su engaño.

—¿Cómo conseguiste este empleo? —inquirió él, mientras tragaba con nerviosismo, ya sospechando el mal trago que lo aguardaba.

—Una tal Sofia Filice apareció en la posada, preocupada porque a pocos días de su enlace no tenía un fotógrafo para la ocasión. Y yo, con lo compasiva que soy, no tardé en ofrecerme para ayudarla, por una suma adecuada, claro está... —respondió, tan despreocupadamente que Angelo, por unos segundos, llegó a creer en sus palabras, pero eso fue solamente hasta que vislumbró la maliciosa sonrisa que asomaba en su rostro mientras se adentraban en la mansión.

Evie siguió su camino sin inquietarse demasiado acerca de si Angelo la seguía o no; él se quedó atrás sin saber qué hacer, aunque no tuvo mucho tiempo para preocuparse por el problema que representaba Evie, ya que otro más molesto, más furioso y más decidido se acercaba a él con un airado gesto en su rostro, que mostraba que en ese lugar no era bienvenido en absoluto.

\* \* \*

—¿Se puede saber qué demonios haces aquí?! —preguntó airadamente Luca tras arrastrar a su hermano a una habitación vacía en la que nadie repararía en ellos.

—Lo siento, pero Evie me ha traído. No sabía siquiera a dónde íbamos hasta que hemos llegado aquí, y entonces ya ha sido demasiado tarde para huir.

—*Porca miseria!* ¡Y tenías que aparecer justamente el día de mi boda! ¡Y encima con ella! —exclamó Luca, gesticulando furiosamente con las manos, mostrando su descontento respecto a Evie

—. ¡Deshazte de ella y desaparece de aquí! —le ordenó, con una seriedad y una decisión que Angelo hasta ese momento nunca había llegado a contemplar en su gemelo.

—Eso va a ser imposible, Luca, ya que, al parecer, Sofia la ha contratado como vuestra fotógrafa de bodas.

—¡Perfecto! ¡Simplemente perfecto! —ironizó mientras se paseaba nerviosamente delante de él

—. ¡Después de todo el esfuerzo y los sacrificios que he hecho para conseguir lo que más quiero, tienes que venir tú y esa...!

—Cuidado con lo que dices, hermano —advirtió Angelo, acompañando sus palabras con una fría mirada que hizo que Luca guardara silencio a pesar de su desesperación.

—¡Maldita sea! ¡Tenéis que venir a estropearlo todo! —finalizó el modelo con exasperación, mordiéndose la lengua sobre lo que pensaba acerca de Evie y su retorcida venganza.

—Pondré la excusa de que estoy enfermo y procuraré evitar a los conocidos —propuso Angelo —; tú tan sólo intenta evitar a Evie mientras la alejo de aquí.

—¿Por qué no te quedaste en Nueva York, Angelo? —le recriminó Luca mientras pasaba con frustración sus manos por sus desordenados cabellos.

—Porque ése no era mi lugar.

—¡Claro! ¡Es verdad! ¡Aquí están tus preciados viñedos, esos que te importan más que cualquier persona y por los que estás dispuesto a darlo todo! —manifestó, con un tono iracundo en la voz.

—Eso no es cierto, Luca: ciertas personas también me importan —declaró Angelo mientras a su mente sólo acudía la imagen de Evie.

—Y, dime, hermano, ¿qué escogerías si tuvieras que elegir entre ella y tus viñedos? —le susurró Luca con malicia al oído mientras ponía una mano en su hombro.

—Ésa es una elección que espero no tener que hacer nunca. Y ahora dime tú, Luca, ¿con quién se casa hoy Sofia: contigo o conmigo? —le contestó Angelo, igual de impertinente, mientras retenía con fuerza la mano con la que su gemelo se había intentado mofar de él.

—Con el hombre que la ama... —sentenció, apartando por fin la mano y, tras recomponer su aspecto, se alejó luciendo en el rostro la seriedad y la preocupación que siempre había mostrado Angelo, aunque, en esa ocasión, al parecer, no estaba representando tan sólo un papel.

\* \* \*

Me resultó complicado evitar encontrarme con cada uno de mis conocidos o alejarme de ellos antes de que se dirigieran a mí con el nombre de Luca o, peor aún, con el mío. Pero lo que me resultó absolutamente imposible fue eludir los escrutadores ojos de mi abuelo, que no dudaron en reprenderme silenciosamente cuando me vio y dedujo de inmediato que Luca y yo nos habíamos intercambiado de nuevo.

Ignorando su entrecejo fruncido ante mis malas acciones, me pregunté si en esa ocasión utilizaría la vara conmigo en vez de con Luca y, para no tentar demasiado la suerte, traté de alejarme de él para acercarme a la salida mientras los invitados eran conducidos diligentemente hacia los hermosos jardines donde se iba a celebrar esa boda... sólo si yo no llegaba a aparecer en ella.

—¡Me duele, joder! ¡Evie, te digo que me estoy muriendo! Tengo un dolor punzante en el costado... ¡seguro que es un ataque de apendicitis o algo peor! —insistí una vez más, intentando llevármela de ese enlace mientras apretaba la parte derecha del abdomen buscando que se compadeciera de mí... pero, al parecer, esa mujer no tenía piedad alguna.

—¿Estás seguro de que no son gases? —me preguntó burlonamente a la vez que alzaba con escepticismo una de sus cejas como respuesta a mis lamentos.

—¡No, no son gases! —repliqué, bastante ofendido con sus palabras.

—Entonces debes de padecer estreñimiento, si no físico, mental... —declaró mientras insistía en seguir el camino que estaban tomando los invitados.

Como mis quejas no funcionaban, lo intenté con el deseo. Cogiéndola desprevenida, la acorralé en un rincón para procurar seducirla con mis besos lo suficiente como para que se encerrase en un armario conmigo y no saliéramos por lo menos hasta que hubiera terminado la ceremonia. Sin embargo, la respuesta de esa chica ante mi pasión fue un violento mordisco y una fría mirada.

—Por más que lo intentes, no podrás librarte de este trabajo, Angelo —afirmó Evie y, apartándose de mí, enfiló más decidida que nunca hacia el lugar donde ya había comenzado el enlace.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Por qué no puedo librarme de este trabajo, Evie? —le reclamé, sospechando que ella ya lo sabía todo sobre mí y mis mentiras.

Una vez más, procuré impedir que Evie abriera las puertas que daban al jardín cogiendo firmemente su mano y negándome a soltarla porque, tal vez, ése sería mi final. Pero ella no dudó en desasirse y, tras abrirlas, me empujó para que pasara primero, susurrando a mi espalda la venganza que acabaría finalmente conmigo y con mi hermano.

—Porque tú eres el novio, Angelo...

Tras esas palabras, me encontré repentinamente ante los ojos de todos los invitados, que no dudaron en volverse hacia mí, especialmente porque mi entrada había tenido lugar justamente en el instante preciso en el que el sacerdote anunciaba aquello de «Si hay alguien que conozca algún impedimento para que este enlace no se lleve a cabo, que hable ahora o calle para siempre». Todavía tuve esperanzas de que Luca y yo nos salváramos, ya que yo podía ser confundido fácilmente con mi molesto hermano, pero Evie, evidentemente, no estaba dispuesta a dejarlo pasar.

—¡Aquí está Angelo, el novio! —exclamó ella en un perfecto italiano, sorprendiéndonos a todos, a los invitados y a mí. Y, en cuanto el cura comenzó a pedir explicaciones, supe quién le había enseñado esas palabras a Evie cuando Sofía, harta de que jugaran con ella, silenció al

sacerdote con un elegante gesto de la mano y, tras alzar su velo nupcial, miró con furia al novio para, a continuación, dirigirse a los invitados a pleno pulmón:

—¡La boda se cancela!

Sofía ignoró las excusas de mi hermano y sus súplicas para ser escuchado. Ella, simplemente, le dio la espalda mientras lo abandonaba en el altar, dejándolo solo para que se encargase de facilitar las debidas aclaraciones a ambas familias, que empezaban a enfurecerse, a los descontentos invitados y a un cura que lo tachaba de blasfemo, sacrílego y un montón de cosas impías más.

Supe que mi situación no era mucho mejor que la de Luca cuando la mujer que tenía a mi lado me tomó una foto por sorpresa, dejándome ciego con el potente *flash* de su cámara.

—¿Qué ves aquí, Angelo? Porque yo solamente veo a un mentiroso —manifestó Evie, enseñándome una imagen en la que yo no podía evitar mostrarme culpable. Tras esto, dirigió una irónica sonrisa tanto a mí como a su cámara mientras me aleccionaba de nuevo—. Has tenido decenas de oportunidades para contarme la verdad y, a pesar de ello, no has aprovechado ninguna. ¿No será que te pareces a tu hermano más de lo que crees y que, sencillamente, te ha encantado jugar conmigo como a Luca con Sofia?

—¡No, Evie, no es lo que crees, yo...! —intenté explicarle, pero, antes de que tuviera tiempo de empezar con mis justificaciones o de que consiguiera que Evie me escuchara, Sofia llegó a nuestro lado y, tomando entre sus manos las temblorosas manos de Evie, le concedió su apoyo y la alejó de mí.

—El juego ha terminado —anunció mi exprometida fríamente.

Luego, dejando con brusquedad el ramo de novia entre mis manos, ambas mujeres se marcharon de allí, haciéndonos saber lo desgraciados que éramos en el amor, ya que ambos habíamos fallado y el perdón, en esos instantes, no era una opción... ni para Luca ni para mí.

\* \* \*

Jeff, a pesar de las dificultades que esa mocosa había puesto en su camino, se había dedicado a vigilar a Evie con la mayor atención posible para que no cometiera alguna de sus habituales locuras en las que arrastraba a todos con ella hacia el desastre. Viendo que, a pesar del tiempo que llevaba en ese sitio, ella sólo se había comportado maliciosamente con él, se tranquilizó un poco... y más aún cuando, esa mañana, para su gran asombro, se había levantado temprano para realizar un trabajo con su modelo.

Jeff pensó que esa niña al fin había madurado y dejado atrás su estúpida venganza, con lo que él podría volver a casa para descansar tranquilamente junto a su esposa. Sin embargo, todos sus sueños de un cercano regreso al hogar se desvanecieron en cuanto, por la puerta de la taberna donde almorzaba, entró una sulfurada mujer que, animada por Evie, no tardó en ocupar uno de los taburetes junto a la barra.

Ambas comenzaron a degustar unas fuertes bebidas, brindando mientras se felicitaban por lo que habían hecho. Esa reunión seguramente habría sido tomada como una apacible velada entre chicas de no haber sido por un par de pequeños e insignificantes detalles que hacían que todos los clientes no pudieran apartar sus asombrados ojos de esas dos. Y es que la nueva amistad de Evie lucía un elegante vestido de novia, evidenciando que esa mañana había dejado algo a medias, y que, a juzgar por el comportamiento que exhibía junto a la botella de licor, no pensaba volver para culminarlo.

Decidido a ejercer el papel de segundo padre que nunca le había gustado representar con esa chiquilla, pero que siempre había sido una de las tareas de su vida desde que la hija de su amigo nació, Jeff se acercó a ella negando con la cabeza y, cuando llegó a su lado, le recriminó con su desaprobadora mirada.

—Evie, ¿qué has hecho?

Como siempre, su mirada, al contrario de la de Dominic, no ejerció ningún efecto en Evie y ésta le contestó sin vergüenza alguna:

—¡Vamos, Jeff! Que sólo he acompañado al novio a la boda...

—¿Ah, sí? ¿Y se puede saber por qué has tenido que traerte a la novia en su lugar? —preguntó su padrino, fulminándola con los ojos mientras le reprochaba su comportamiento.

—Porque yo ya no quería estar allí —contestó la ebria novia, que comenzaba a tambalearse sobre el taburete.

Jeff pretendía regañar a Evie por sus chaladuras y, de paso, sermonear también a esa nueva amiga que se dejaba guiar por tan mala influencia, pero, cuando se percató de que ambas mujeres no pretendían festejar nada detrás de esa botella, sino ocultar su dolor, guardó silencio unos instantes.

—¿Estás segura de que has hecho lo correcto en esta ocasión, Evie? —le planteó Jeff al fin, sin exigirle que le contara lo ocurrido, pero sí tratando de hacerla reflexionar sobre lo que pretendía olvidar con el alcohol.

—No, Jeff, pero era lo único que podía hacer para pasar página —respondió Evie tristemente.

Y cuando algunas lágrimas comenzaron a rodar por su desolado rostro, Jeff simplemente abrió los brazos y Evie, como en muchas ocasiones había hecho cuando niña, lo aceptó, buscando en él ese consuelo que, a veces, a su padre se le olvidaba darle.

Mientras una desconsolada jovencita descansaba entre sus brazos, más perdida que nunca, a su lado una llorosa novia le contaba lo ocurrido ese día, mezclando el inglés y el italiano, haciéndole imposible entender nada.

Después de un rato tratando de comprender qué había sucedido, Jeff cogió su móvil, resuelto a reclamar la ayuda de un despreocupado hombre que en ocasiones era capaz de arreglarlo todo, pero, claro estaba, cuando al muy condenado le daba la gana de aparecer.

—Dominic: éste es el último mensaje que dejo en tu contestador. Deberías ser tú quien estuviera aquí ayudando a tu hija. Esta historia me supera; yo no soy padre, así que no sé lo que

hay que hacer en estos casos. Hay de por medio unos hermanos gemelos, por si fuera poco, italianos, que se intercambian la identidad, unos viñedos y una boda cancelada. Si no quieres que lo arregle a mi manera, será mejor que respondas a mis llamadas cuanto antes —exigió firmemente Jeff en ese mensaje para Dominic antes de colgar con brusquedad el teléfono.

—¿Lo sabías todo? —preguntó Evie al ver cómo Jeff había resumido en pocas palabras sus problemas.

—En cuanto me preguntaste la primera vez por el hermano de Luca Rossi comencé a investigar a esos dos.

—Entonces, ¿por qué me dejaste venir aquí?

—Porque lo necesitabas.

—Y, ahora, ¿qué necesito? —inquirió Evie, como la niña perdida que en ocasiones todavía era.

—Volver a casa —sentenció Jeff sin un atisbo de duda, dispuesto a alejarla lo más rápidamente posible del lugar donde le habían terminado de romper el corazón.

## Capítulo 18

Cuando Dominic se dignó por fin contestar a las llamadas de su amigo mientras se disponía a hacer su equipaje, recibió una gran reprimenda por parte de Jeff, especialmente intensa cuando le comentó cuáles eran sus planes para solucionarlo todo.

—¿Cómo que Evie no puede volver a casa?! ¿Sabes siquiera por lo que está pasando tu hija?! —gritó el agente, sulfurado.

—Evie es lo bastante fuerte como para hacerle frente a eso y a mucho más, Jeff: para eso es mi hija —repuso Dominic, recordando que ella había sido mucho más valiente que él cuando su esposa murió.

—Dom, tu hija ha sufrido una cruel tortura en manos de un hombre que se ha dedicado a jugar con ella haciéndose pasar por otro —le señaló Jeff, procurando que Dominic dejara a un lado sus elaborados planes para darle una lección a cada uno de esos tipos que habían jugado con su niña, pero él sabía a ciencia cierta que eso ya lo habría hecho ella misma sin ayuda de nadie.

—Para mí que Evie no es la única que ha sufrido en esta historia —apuntó Dominic, recordándole a su amigo cada una de las trastadas que ésta le había hecho a ese chico del que en ese momento se quejaba.

—¿Me importa una mierda lo que hayan sufrido esos hermanos, Dom, y a ti debería pasarte lo mismo y preocuparte únicamente por Evie! —le recriminó su protector amigo, recordándole por qué él siempre confiaba en que Jeff sería el mejor para cuidar de sus niñas.

—Justamente porque me preocupo por Evie es por lo que no quiero que regrese a casa todavía, Jeff. He visto las fotografías que mi hija ha sacado de ese hombre: él es su inspiración y, si se aleja de él sin dejar las cosas claras y totalmente cerradas, la perderá para siempre... o, peor aún, podría comenzar a odiar la cámara que tanto llegó a mostrarle de ese sujeto —comentó Dominic, intentando hacer ver a Jeff por qué Evie no debía abandonar todavía Italia o, por lo menos, no hacerlo hasta haber solucionado ese asunto, ya que, conociéndola como la conocía, su hija seguramente habría preparado su venganza para, una vez ejecutada, huir sin mirar atrás.

—Entonces, ¿qué se supone que tenemos que hacer?, ¿esperar aquí hasta que ese italiano se acerque, y eso si se acerca, o, mejor dicho, si yo lo dejo que se acerque? Pues la verdad, Dominic, tus planes no me convencen en absoluto...

—Tú límitate a retener allí a Evie, que yo voy para allá. Y en lo referente a ese hombre, no dudo ni por un instante que querrá volver a acercarse a ella, y más todavía cuando yo llegue... —

manifestó Dominic, sonriendo maliciosamente a ese teléfono mientras imaginaba la decena de formas en las que hacer sufrir al tipo que le había hecho tanto daño a su hija.

—No pretenderás que ella lo perdone, ¿verdad? —inquirió Jeff, declarándose máximo defensor de los sentimientos de su querida ahijada.

—Eso dependerá únicamente de Evie. Yo sólo quiero que ella sepa la razón por la que ese hombre ha hecho lo que ha hecho... y tal vez una disculpa por parte de esos hermanos no estaría tampoco de más.

—¿Se puede saber qué narices estás maquinando, Dominic? ¡No, mejor no me lo cuentes, ya que no quiero ser cómplice de tus locuras! —contestó Jeff, cediendo finalmente a los requerimientos de su amigo.

—Entonces, ¿retendrás a Evie ahí? —insistió Dom para asegurarse de que su amigo lo ayudaría.

Por toda respuesta, éste simplemente le dejó que escuchara los exaltados gritos de Evie ante su método para retenerla en la Toscana.

—Jeff, ya tengo hechas las maletas y... ¿se puede saber qué haces con mi pasaporte?! ¡Te advierto que, aunque lo rompas en mil pedazos, pienso volver a pegarlos y...! ¡No te atreverás! —dijo la lejana voz de Evie, para luego aclarar entre gritos de reproche—: ¡No me puedo creer que hagas esa guarrada!

Y, como si quisiera fastidiar más a Evie, Jeff masticó una de las páginas del pasaporte de Evie, que había arrancado. y se la tragó:

—Ahora intenta recuperarla...

—¿Se puede saber por qué demonios has hecho eso?!

—Porque tu padre viene de camino —contestó.

Después salió de la habitación, dejando tras de sí los airados chillidos de esa chica, acompañados del largo repertorio de maldiciones que había llegado a aprender en italiano.

—¿Qué? ¿Ya estás contento? —preguntó Jeff antes de colgar a Dominic, cuya única respuesta fueron unas estruendosas carcajadas mientras recibía en su propia habitación la grata sorpresa que llevaría consigo en ese viaje a la Toscana; una sorpresa que, sin duda, haría sonreír a su hija. En cuanto a ese italiano, ésa era otra cuestión...

\* \* \*

Después de estropear esa boda con mi presencia, todo parecía estar en mi contra: mi hermano me esquivaba, mi familia me reprochaba con sus reprobadoras miradas mi inadecuado comportamiento, uno que no habían tenido la oportunidad de ver hasta ahora, y Evie, la mujer que no podía olvidar, no se dignaba contestar mis llamadas.

Mientras antes sabía que mi sitio estaría siempre junto a esos viñedos, en ese momento parecía haber perdido el rumbo en mi vida y, definitivamente, no sabía cuál era mi lugar. Para mi

asombro, fue Luca quien se encargó de calmar a los familiares de Sofia ese fatídico día, el que se ocupó de despedir a los invitados y quien representó a la perfección el papel responsable del que había huido durante años.

Varios días después, mientras me paseaba por esa amada tierra sin saber qué hacer porque mi hermano finalmente había aprendido a representar mi rol de forma intachable, me pregunté si él se habría sentido en alguna ocasión igual de impotente como me sentía yo en esos instantes en los que, sin nada que hacer, me regodeaba en mi desgracia recordando todo lo que había perdido.

Buscando el consuelo en uno de esos caros vinos que mi abuelo escondía en su estudio, me dirigí hacia allí, rememorando cómo, cuando éramos adolescentes, tanto Luca como yo habíamos degustado a escondidas alguna que otra copa de esos caldos que Flavio Rossi guardaba para su propio deleite, pues tildaba nuestros paladares de inmaduros e incapaces de apreciar las mejores cosechas del valle del Chianti.

Cuando me adentré en el despacho, encendí únicamente la suave luz de una pequeña lámpara para que alumbrara la estancia sin descubrir mi presencia a toda la casa. En el instante en el que me acerqué al regio sillón que siempre había ocupado mi abuelo, me percaté de que ya había alguien allí. Luca, sumido en la penumbra de la habitación, miraba su vacía copa de vino mostrando la misma desolación en su rostro que mostraba yo en el mío y, una vez más, intenté acercarme a él para que comprendiera que no era el único que lo había perdido todo ese día y que, para variar, en esa ocasión yo necesitaba su ayuda tanto como él la mía, porque mi amor por Evie era algo tan descontrolado que no sabía qué hacer o cómo comportarme para que ella me entendiera o, incluso, para que yo mismo entendiera lo que me estaba pasando tras haberla conocido.

—¿A qué has venido, Angelo? ¿A joderme también la borrachera? ¿No has tenido bastante con mi boda? —soltó mi gemelo con una burlona sonrisa mientras, de nuevo, me reprochaba mi presencia en ese lugar.

A pesar de que siempre había sido yo el hermano paciente y responsable que invariablemente intentaba calmar el temperamento de Luca, en ese caso mi paciencia se había esfumado y me importó muy poco cómo reaccionara nadie ante mi comportamiento, y mucho menos él.

—Creo recordar que ésta es mi casa, éste es mi negocio y la mujer con la que pretendías casarte era mi prometida.

Al parecer, mis palabras fueron la excusa perfecta que mi hermano estaba buscando para levantarse de ese sillón y reaccionar como había estado deseando hacer desde hacía tiempo.

Dirigiéndose hacia mí con la furia que guardaba dentro desde hacía años y que yo había ignorado hasta ese momento, me golpeó fuertemente en la cara mientras me recriminaba:

—¡Sofía sólo era tu prometida porque nunca me miraba a mí!

—¡Ah, vaya! ¿Y por qué me miraba sólo a mí, Luca? —le recriminé, dedicándole mi desafiante mirada, dejándole claro que la culpa de eso solamente era de él mientras, harto de que me culpara

de todo, le devolvía el puñetazo, arrojándolo a un rincón de la estancia, causando con ello que uno de los viejos cuadros de mi abuelo cayera al suelo y su marco se rompiera.

—Porque tú eras el hombre perfecto para los negocios, para esta tierra, para el matrimonio, para ella... —repuso irónicamente.

Tras ponerse en pie, se lanzó sobre mí, empeñado en desahogar su enfado conmigo como yo lo estaba haciendo con él, quizá porque nuestros intercambios a lo largo de los años nos habían hecho guardar silencio sobre lo que sentíamos cada vez que nos poníamos en la piel del otro.

—¿Y por qué no lo fuiste tú?! —le grité, sintiéndome engañado, ya que todo lo que había hecho Luca en mi ausencia en esa ocasión era lo que tendría que haber hecho durante los años anteriores a mi lado, mientras me empujaba contra las estanterías, provocando la caída de unos cuantos libros que se desperdigaron por el suelo.

Negándome a ceder en esa ocasión, me deshice de su agarre y, acorralándolo contra los estantes, le exigí con mi firme mirada una respuesta. En ese instante sus ojos no me esquivaron como habían hecho durante días y, enfrentándome, me soltó una verdad que hasta ese momento yo no había llegado a comprender.

—Porque, cuando tú estabas allí para todos, ¿qué falta hacía yo, Angelo? ¿Quién me necesitaba? —inquirió, riéndose sarcásticamente de todo hasta que, bajando mi rostro como nunca antes había hecho, le revelé lo que en esos instantes sentía con la misma sinceridad que había utilizado él.

—Yo, Luca: yo te necesitaba —repuse.

Entonces, viendo la sorpresa en su cara ante mi confesión, lo dejé marchar para poder coger la botella que había sobre la mesa, con la que pretendía intentar aclarar el camino que debía seguir en mi vida a partir de ese instante.

—Finalmente has perdido el rumbo por culpa de una mujer, ¿verdad, Angelo? —inquirió Luca; en ese caso sus palabras no estuvieron llenas de resentimiento, sino de comprensión.

—Ni te lo imaginas —admití mientras le ofrecía la botella a mi hermano, que no dudó en aceptar para tomar un gran trago con el que acompañar nuestras respectivas desdichas.

—¡Oh, sí! Sí que puedo imaginármelo, porque así es exactamente cómo me he sentido yo durante años... —declaró mientras volvía a cederme esa botella tras la que ambos dejamos a un lado nuestros disfraces, tanto para otros como para nosotros mismos—. Y, dime, ¿cómo has podido ser capaz de enamorarte de esa chica? Es aterradora... —soltó Luca con tono socarrón, haciéndome reír ante la evidente locura que representaba el amar a Evie.

«No obstante, esa locura ya es parte de mi vida y sin ella me siento perdido por completo», pensé a la vez que comenzaba a contarle a Luca mi historia de amor, una para la que aún no tenía claro un final feliz.

\* \* \*

Flavio buscó por la gran casa a sus dos desconsolados nietos para intentar hacerlos entrar en razón, ya que lo que les había ocurrido se lo habían buscado ellos mismos. ¡Quién les mandaba continuar con esos juegos de su infancia siendo ya adultos! Si esas tonterías apenas eran aceptables cuando niños, mucho menos cuando ambos habían crecido. Aunque, en esa ocasión, ese cambio tal vez les hubiera servido para comprenderse mejor, porque, a pesar de lo parecidos que eran esos hermanos, había una gran brecha entre ellos que siempre los llevaba a alejarse el uno del otro, y eso era algo que el anciano quería solucionar.

La escandalosa mujer de la que Angelo se había enamorado era, sin duda, la persona perfecta para lograr que esos dos afrontaran sus sentimientos, dejando a un lado sus disfraces, ya que Evie no les permitiría que ignoraran la verdad y le mostraría a cada uno de ellos cómo eran en realidad.

Esa chica lo había sorprendido con su cámara, pero todavía más con su decisión de no permitir que sus nietos se salieran con la suya una vez más, como llevaban años haciendo a pesar de sus advertencias.

Ambos habían recibido un más que merecido castigo por sus malas acciones, aunque la pérdida de la persona que amaban quizá era demasiado para unos hombres que, cuando amaban, lo hacían con todo su corazón. Ya fuera un trozo de tierra o a una mujer, era algo que ningún Rossi olvidaba porque, igual que un buen vino, permanecía grabado para siempre en su interior.

Necesitando recordar por unos instantes el sabor de los primeros vinos que probó con su esposa en esas tierras, a quien evocaba cada vez que su paladar degustaba ese afrutado sabor, Flavio se dirigió hacia su estudio, donde guardaba aún alguna de esas botellas para su deleite privado.

Su despacho era ese espacio personal en el que atesoraba todos los recuerdos que nunca querría dejar atrás: las fotografías en blanco y negro de su familia y de sus logros, que adornaban sus paredes; los hermosos lienzos pintados por Lucía, que poseían un lugar especial; las estanterías repletas de viejos libros, de recuerdos artesanales traídos de los viajes que había realizado en el pasado o, simplemente, de pequeños adornos que le recordaban algunas de sus victorias, tanto trabajando en esa dura tierra como de su familia, victorias que siempre desearía que sus nietos llegaran a alcanzar y, sobre todo, que llegaran a valorar como él hacía en esos instantes.

Sin embargo, tras abrir la puerta de su estudio y descubrir el caos que había ante él, se preguntó si eso llegaría a pasar algún día: los hermosos cuadros de su esposa estaban desparramados por la estancia; los libros, desperdigados; los estantes, desordenados y, por último, una de sus botellas aparecía vacía entre las manos de uno de esos sinvergüenzas que descansaban en el suelo con las cabezas recostadas una junto a la otra. Flavio pensó en despejar la borrachera de sus nietos con su vara, pero, cuando contempló la expresión de sus rostros, decidió dejar su reprimenda para más adelante.

—Por fin comenzáis a actuar como hermanos... —murmuró antes de taparlos con la vieja

manta que había en el sofá, un sofá que ambos habían ignorado para descansar a sus pies, como hacían cuando eran pequeños.

—Ahora sólo falta que aprendáis a comportaros —susurró Flavio a esos hombres que él, desde su experimentada y larga vida, veía tan sólo como a unos críos perdidos a los que aún tenía que guiar. A partir de entonces, que supieran escoger el camino correcto, sólo dependería de ellos...

\* \* \*

Aún no comprendía por qué motivo debía esperar a mi padre, si todo lo que tenía que hacer en ese lugar ya estaba hecho. Mi venganza se había completado, haciéndole tanto daño a ese hombre y a su insensato hermano como el que ellos me habían hecho a mí, y por ello lo único que quería era volver a casa para lamerme las heridas, que dolían más de lo que me había imaginado en un principio. Angelo no había dejado de intentar contactar conmigo, tanto por teléfono como en persona, pero ignoraba sus llamadas y, en cuanto lo veía acercarse, me encerraba en la habitación de esa posada que se había convertido en un refugio para mí hasta que pudiera regresar a Nueva York.

No quería escuchar sus palabras porque no había ninguna excusa válida para sus mentiras... y, a pesar de ello, huía de él porque, en cuanto lo tuviera delante, tal vez no supiera diferenciar sus mentiras de la verdad y volvería a creer nuevamente que me amaba tan sólo porque eso era lo que quería oír.

Siempre había interpuesto una pequeña barrera entre las demás personas y yo, ya que mis ojos solían ver todo aquello que pretendían ocultar y mi cámara les mostraba una parte de ellos que la mayoría de las veces no les gustaba. Mis escasas relaciones habían terminado en cuanto mis parejas posaban para mí y yo lo descubría todo de ellos; por eso me extrañó más que mi relación con Angelo comenzara tras esa máquina fotográfica. En él había visto todo lo contrario de lo que mostraba esa despreocupada sonrisa que siempre me dirigía: su seriedad, su preocupación, su amabilidad... y, mientras me preguntaba una y otra vez por qué mi cámara me engañaba, no me di cuenta de que lo que me enseñaba era la verdad detrás de la gran mentira que él representaba, tanto para mí como para sí mismo.

Mientras posaba para mí, Angelo fue cambiando poco a poco y dejándome ver que ese papel, en el que presentaba una sonrisa juguetona y una actitud desenfadada, era el que sin duda quería llegar a representar. Angelo, ante mi objetivo, fue siendo él mismo y se permitió salir de su farsa paso a paso. Pero sus embustes eran demasiados, tantos que no sabía realmente cómo era el hombre del que me había enamorado, ni quería saberlo, porque él me había lastimado mucho.

—¿Cómo eres en realidad? —pregunté a las imágenes de Angelo que aún conservaba en mi cámara.

—Eso es algo que deberías averiguar antes de marcharte, ¿no crees, Evie? —me dijo mi padre, tras oír mis palabras, al entrar por sorpresa en mi habitación.

La firme mano que siempre me había guiado se colocó sobre mi hombro, haciéndome saber que él estaba allí para mí. Asombrada por su inesperada presencia, levanté los ojos hacia él, un hombre que sabía que, sin duda, necesitaba de sus sabios consejos antes siquiera de que yo me percatara de ello.

—¡Por fin has llegado! —exclamé e, intentando simular que no ocurría nada, me levanté de la silla que ocupaba junto a la pequeña mesa que había en mi cuarto para sacar rápidamente mi maleta de debajo de la cama, haciéndole saber que ya estaba lista para irme.

Mi padre, como siempre, dedicó una burlona sonrisa a mis precipitadas acciones y luego simplemente se sentó en una de las sillas para revisar mi trabajo en mi cámara.

—Estas fotos dicen mucho... —murmuró un rato después, tras analizar con ojo crítico cada una de esas imágenes.

—Sí, pero todo son mentiras... —señalé, recordando con pena mi historia con Angelo. Sin embargo, si esperaba consuelo por su parte, me encontré con otra respuesta.

—¿Qué mentiras quieres ignorar, Evie: las tuyas o las suyas? —me interrogó, exigiéndome que me enfrentara a Angelo, algo para lo que quizá nunca estaría preparada.

—¿Es que no puedes, por una vez, dejarme huir de mis problemas? —le recriminé con firmeza, decidida a desoír en esa ocasión todos y cada uno de sus consejos, simplemente porque no me convenían.

—¿No es acaso lo que has estado haciendo hasta ahora al realizar tu trabajo a medias, al huir de las relaciones serias, tanto laborales como personales, y al negarte a ver no sólo lo que tu crítico ojo observaba, sino todo el panorama en general? Ese chico, sea bueno o malo, ha sacado a relucir esa parte de ti que te faltaba para estar completa y yo quiero que, con independencia de cómo acabe esta historia entre vosotros, tú sigas conservando esa parte de ti.

—¿Por qué siempre tengo que ser la fuerte, papá? ¿Por qué siempre corres detrás de Amanda para consolar sus lloros y a mí nunca me escuchas? ¡Quiero marcharme de este condenado lugar, y quiero hacerlo ahora! —grité, dolida con cada una de sus exigencias, recordándole que a mi prima nunca le exigía lo mismo que a mí.

Él, mostrando en su cara el pesar que guardaba desde la muerte de mi madre, me abrazó fuertemente y, sin saber si intentaba consolarme a mí o a él mismo, me susurró una de sus preocupaciones como padre.

—Porque yo soy débil, Evie. Sin tus gritos, sin tu apoyo, sin tu energía, nunca me habría levantado tras la muerte de tu madre, y no quiero que acabes siendo como yo. No quiero que huyas como yo he hecho, ignorando todo lo que había a mi alrededor y a las personas que me necesitaban tan sólo para poder soportar mi dolor. Tú siempre serás mi fuerza, y mi motivo para volver a levantarme es ver un día más tu sonrisa; una que, sin duda, se apagará si hoy dejas las cosas a medias con ese hombre. No te pido que lo perdones, sólo que lo escuches y decidas en consecuencia, cariño.

—¿Y si me creo una vez más sus mentiras, papá? —le planteé, confesando uno de mis mayores

miedos.

—Tú siempre has sabido reconocer la verdad, Evie —declaró con una segura sonrisa en los labios, dándome la confianza que me faltaba para seguir adelante—. Simplemente, no la ignores en esta ocasión.

—No pienso ir a buscar a ese hombre —repliqué, rindiéndome finalmente ante las convincentes palabras de mi padre.

—No te preocupes, no hará falta: él vendrá a ti —afirmó él absolutamente convencido.

Y, tras oír unos educados toques en mi puerta, la abrí, extrañada ante la perspectiva de una nueva visita. Para mi enorme asombro, ante mis ojos apareció el sueño de cualquier mujer: un apuesto hombre de rubios cabellos, hermosos ojos azules y una atractiva sonrisa que, abriendo sus brazos, declaró que estaba allí sólo para mí...

—¿Cómo has podido enamorarte de otro que no fuese yo? —me preguntó en broma Ian, el gran amor platónico de mi adolescencia, sacando de mi triste rostro una sonrisa cuando recordé las innumerables promesas de amor que le había hecho cuando lo perseguía, años atrás.

—¡Ian! ¡¿Qué haces aquí?! —inquirí, arrojándome alegremente a sus brazos.

—Tu padre tuvo una maravillosa idea: si mi presencia había molestado terriblemente a un impertinente fotógrafo que andaba detrás de Amanda, sin duda sería ideal para fastidiar a un temperamental italiano que hacía lo mismo con mi querida Evie...

Levantando una interrogante ceja ante los planes que había elaborado mi padre, que en ocasiones eran tan alocados como los míos, esperé a escuchar alguna de sus explicaciones acerca de lo que tenía pensado para Angelo. Él alzó despreocupadamente los hombros al mismo tiempo que me aclaró que, así como Luca no se había ganado su ira a pesar de que lo hubiera insultado públicamente, Angelo sí que la había despertado por completo por hacerle daño a su pequeña.

—Nunca he dicho que no pudieras hacerlo sufrir mientras lo escuchas...

\* \* \*

Los hermanos Rossi estaban más que decididos a recuperar a las mujeres que amaban, a pesar de las dificultades que se cruzaran en su camino. Resueltos a dejar atrás todas sus mentiras y a abrirles sus corazones, buscaban a las chicas que habían acabado con su cordura en más de un sentido.

El problema principal era que ambas ignoraban sus llamadas telefónicas, dejando incluso un grosero mensaje en el contestador dirigido específicamente a ellos y, encima, cada vez que intentaban acercarse a ellas, decenas de protectores les impedían aproximárseles, haciéndoles imposible conversar con ellas.

Ese día, tras haber suplicado a Emilia como jamás habían hecho, ésta los había informado de que tanto Sofía como Evie estaban en su posada y los había invitado a probar suerte en sus

intentos por conseguir su perdón, aunque utilizó un tono socarrón en su voz que hizo que los hermanos Rossi comenzaran a sospechar que algo raro sucedía.

No obstante, centrados en el objetivo de recuperar a sus chicas, siguieron adelante en sus planes de humillarse ante ellas.

—Tú déjame hablar a mí. Ante todo, tenemos que ser sinceros y rogar su perdón —aconsejó Angelo, tan correcto como siempre.

—No es por nada, hermano, pero el arrastrarse no va demasiado conmigo.

—¿Y no es, acaso, lo que has hecho durante años cuando ibas detrás de Sofía? —preguntó Angelo mientras lo miraba reprobadoramente, recriminándole las partes de esa historia que por fin conocía.

—Está bien, te dejaré hablar a ti... Tal vez así tendremos una oportunidad, ya que tú pareces más digno de confianza de lo que yo puedo aparentar —acordó Luca, cediendo ante su gemelo para poder recuperar a la persona que amaba.

Pero las tranquilas y apacibles disculpas que los hermanos Rossi pensaban ofrecer mientras exponían sus corazones fueron relegadas al olvido cuando entraron en esa vieja posada para contemplar que las chicas que ellos amaban coqueteaban descaradamente con un extranjero, un guaperas de unos veinticinco años que, con su atractiva apariencia y sus bromas, les había devuelto esa sonrisa que habían perdido con ellos.

Entre lastimado y furioso, Angelo se acercó a esos tres seguido por los airados pasos de su hermano y, al ver que ese desconocido susurraba algo al oído de Evie, tal vez algún indecente secreto, enterró sus planificadas disculpas para preguntar bruscamente mientras fulminaba a ese sujeto con la mirada:

—¿Se puede saber quién cojones es este tipo?

—¡Oh! Me encanta tu delicada manera de pedir perdón, hermano —apuntó irónicamente Luca, alzando sus manos al cielo después de oír las primeras palabras que su gemelo había dirigido a esas mujeres con la idea de conquistarlas.

—¿Qué? Por lo menos he sido sincero —contestó, sin apartar su mirada de ese individuo hasta que Evie se interpuso entre él y ese sujeto al que pretendía intimidar para que contestara a sus preguntas.

—Es un viejo amigo que no he podido evitar presentarle a Sofía. Después de todo, ella quería conocer a un hombre que no fuera un mentiroso patológico como vosotros dos —declaró Evie, para recibir un gruñido reprobador de Luca.

—¿Cómo de amigo? —quiso saber Angelo, enfrentándose con decisión a la pícara mirada que lo desafiaba.

—Muy mucho... —susurró juguetonamente Evie, torturándolo cuando, para llegar a su oído, se apoyó levemente en el pecho de Angelo con una de sus manos. Una mano que él quiso retener entre las suyas, pero que no tardó en escapársele, dejándole claro que aún no lo había perdonado —... pero, Angelo, te recuerdo que tú no eres nadie para reclamarme nada —soltó ella, decidida,

mientras volvía a su sitio junto al atractivo desconocido, que la recibió con una encantadora sonrisa.

—Ya la has oído, amigo... —intervino ese adonis, invitándolo a irse.

—Tú eres mi fotógra...

Antes de que Angelo terminara sus egoístas palabras con las que la reivindicaba, Evie las cortó de cuajo recordándole la verdad.

—¡No te equivoques! Yo fui la fotógrafa de Luca Rossi. Y en este momento, ni siquiera eso, ya que nuestro contrato ha terminado.

—¿Por qué? —preguntó Angelo, desconcertado.

—Por mentiroso —sentenció ella, tajante, mientras Sofía pasaba a aclarar las abruptas palabras de Evie.

—Le he explicado a mi amiga que, al hacerte pasar por tu hermano, el contrato podía anularse por incumplimiento y suplantación de identidad. Realmente tenéis mucha suerte de que Evie no quiera demandaros, ya que, además de poner en riesgo vuestras carreras con esos juegucitos, también habéis puesto en peligro la suya —anunció sin ninguna piedad, mientras le advertía a Luca con una maliciosa sonrisa que, aunque la venganza de Evie hubiera finalizado, la suya sólo acababa de comenzar.

—Creo que, si no sabe diferenciarnos, la culpa es únicamente de esa mujer —replicó el modelo, utilizando un tono irónico en sus palabras dirigido a Sofía.

—¡Mentiroso! —gritó ésta, para luego perder su compostura arrojándole una decena de insultos a Luca, el único hombre capaz de hacerle perder la paciencia.

—Muy bien... Ahora, si nos perdonáis, estábamos manteniendo una alegre conversación hasta que habéis llegado vosotros... —intervino por segunda vez el desconocido, interponiéndose entre los gemelos y las chicas que lo acompañaban, señalándoles educadamente la salida..., una retirada que los hermanos Rossi no aceptaron. Así que, desoyendo las peticiones de ese tipo, ocuparon un lugar en un rincón de la posada para continuar fulminando a ese sujeto con sus miradas.

\* \* \*

Flavio Rossi suspiró resignado tras colgar el teléfono de su hogar y enterarse a través de Emilia de que sus díscolos nietos habían decidido unir sus fuerzas de nuevo... sólo para meterse en más problemas.

Se sentía orgulloso de que Luca y Angelo últimamente estuvieran más unidos que nunca, aunque no se sentía tan satisfecho del motivo por el que esos dos habían decidido colaborar, que no era otro que dirigir su enfado hacia otras personas, cuando en realidad deberían orientar esa ira hacia ellos mismos, que eran los únicos culpables de todo lo que había ocurrido.

Tras meterse en la vieja furgoneta que utilizaba para la vendimia, no tardó en llegar a la posada

de Emilia, un edificio que conservaba el esplendor de otras épocas e invitaba a todos a atravesar sus hospitalarias puertas.

El establecimiento era una antigua casa blanca con tejas rojas, dotada de cuatro plantas, con ventanas de madera y hermosas y tupidas enredaderas que cubrían su fachada. En el interior, la planta baja era un apacible espacio de altos techos con vigas de madera y paredes de piedra, donde los parroquianos disfrutaban de los nuevos vinos que ofrecía la zona, así como de las deliciosas comidas caseras elaboradas por la propietaria.

Las redondas sillas de madera, los pequeños taburetes a juego, los suelos de loza rojiza como la que antaño recubría todos los hogares del pueblo, la barra de madera con el adorno de un viejo barril de vino o las fotos en blanco y negro de vendimias pasadas que colgaban en la pared hacían saber al recién llegado que estaba en casa. Además, cuando se observaba la amplia variedad de vinos que atestaban los estantes, así como los numerosos y pequeños barriles que se acumulaban detrás del mostrador, se constataba de manera indudable que esa edificación estaba en la Toscana.

Finalmente, en las plantas superiores se encontraban las habitaciones para los turistas, tan acogedoras y hogareñas como sólo la encantadora Emilia podía lograr.

Nada más entrar en la posada, Flavio sólo tuvo que echar un pequeño vistazo para descubrir el porqué de la alarmante llamada de su dueña: junto a la barra, Sofía, la mujer que Luca había deseado desde pequeño, y Evie, a la que Angelo había empezado a amar con desesperación, conversaban amigablemente con un atractivo joven que no dudaba en coquetear con ellas mientras las miradas de sus nietos no hacían otra cosa que despedazarlo.

Las risas, las leves caricias y los susurros de complicidad de esas mujeres no iban dirigidos a los hombres que, según ellas, no se las merecían, sino hacia la persona junto a la que habían decidido olvidarlo todo. O, por lo menos, eso era lo que esas chicas pretendían mostrar a sus nietos con sus acciones; unas acciones que habían engañado a los dos necios que intentaban recuperar su amor, pero que a sus ancianos ojos no lograban despistar: las sonrisas de ambas eran tan falsas como la idea de que pudieran olvidar a esos dos idiotas hacia los que no paraban de desviar sus miradas para comprobar si su actuación estaba surtiendo el efecto deseado: volver a los hermanos locos de celos.

Decidido a intervenir sólo cuando fuera estrictamente necesario, el anciano se sentó en un alejado rincón tras pedir silenciosamente uno de sus vinos favoritos a Emilia. Además, para tranquilizar su preocupación, le mostró a su anfitriona que llevaba consigo esa vara con la que tantas veces había aleccionado a Luca y que, tal vez, en esa ocasión también tendría que usar con Angelo.

Durante un par de horas, fue testigo de cómo sus nietos frenaban sus impulsos de darle una paliza a ese desconocido, y en el instante en el que ambas chicas decidieron retirarse hacia sus habitaciones, Flavio suspiró aliviado al ver al extranjero salir por la puerta de la posada.

El patriarca de la familia creyó que todo había terminado y que ya no había peligro de que sus nietos cometieran alguna locura. Eso pensaba hasta que observó cómo ambos se ponían en pie

luciendo una sonrisa cómplice que evidenciaba que no sólo pretendían seguir los pasos de ese desconocido, sino que planeaban algo más, como así se lo confirmaron sus palabras cuando ambos pasaron por su lado murmurando, demasiado ensimismados como para darse cuenta de su presencia.

—Ahora es el momento...

Flavio les concedió un poco de margen a sus nietos para que recapacitaran, para que pensarán en lo que hacían y para que dejaran de comportarse como los revoltosos niños que ya no eran. Pero, por lo visto, sus nietos no aprovecharon ese tiempo como debían, reconoció Flavio para sí mismo cuando vio al siempre recto Angelo acorralando a ese tipo en un oscuro callejón, colocándole su antebrazo en su cuello hasta dejarlo casi sin respiración mientras Luca, mostrando su maliciosa sonrisa, le hacía algunas peligrosas advertencias.

Mirando con reprobación esas irreflexivas acciones de sus nietos, el viejo se acercó a ellos sigilosamente, llegando en el momento justo para salvar a ese extranjero, ya que, con los ánimos de esos temperamentales hermanos avivados por el alcohol, la mejor respuesta frente a sus amenazas no era burlarse de ellos precisamente, y menos aún recordarles sus errores.

—¿Y por qué debería alejarme de esas mujeres? —preguntaba el forastero en esos momentos —. ¿Tal vez por el simple hecho de que vosotros ya no podéis acercaros a ellas?

En el instante en el que los furiosos ojos de sus nietos se encendían de ira y ambos preparaban sus puños para actuar, Flavio bramó:

—¡Angelo! ¡Luca! ¡A casa!

Sus nietos se volvieron hacia su autoritario abuelo, asombrados por su presencia en ese lugar, y comenzaron a excusar su comportamiento, convirtiéndose, ante los ojos del viejo, en esos rebeldes críos que ponían decenas de excusas a sus malas acciones.

—*Andiamo!* —volvió a gritar Flavio sin contemplaciones mientras les enseñaba su vara.

—¡Vamos, abuelo, que ya somos demasiado mayores para eso! —protestó impertinente Luca, ganándose un varazo de éste en el trasero. Y, para que viera que él siempre había tratado a ambos por igual, le dio otro a Angelo... por si acaso.

—¡Joder, abuelo! ¡Que yo no te he replicado! —se quejó este último, huyendo de esa vara como del demonio.

—¡Mientras vuestro comportamiento sea el de unos niños, os trataré como a unos niños! *Andiamo! Andiamo!* —exclamó Flavio hasta que, a varazos, los sacó del callejón.

El asombrado hombre que aún no sabía la suerte que había tenido se rio descaradamente de esos dos individuos que corrían como locos huyendo de la intimidante vara, ya que, al parecer, desconocía lo aleccionadora que podía llegar a ser.

—¡Y usted! —Flavio se dirigió al desconocido mientras lo amenazaba con su palo—. ¡La próxima vez que se acerque a esas chicas no pienso detener a mis nietos! Le advierto que sus airados puños pueden ser mucho más peligrosos que esta vara.

—No pienso hacer nada que ellas no quieran... —replicó Ian mientras alzaba inocentemente

ambas manos, demostrando que él solamente era parte del castigo que sus nietos estaban recibiendo.

—¡Niños! —Flavio negó con la cabeza ante el proceder de esos insensatos jóvenes—. ¿Por qué no pueden dejarse de juegos y enfrentar sus problemas de una vez? ¡No! Tienen que dejárselo todo a los adultos para que los solucionemos... —masculló Flavio mientras se alejaba del callejón.

Luego, dispuesto a poner fin a ese despropósito, llamó por teléfono a la incitadora de todo ese desorden para que acabara con las chifladuras que habían comenzado esos dos.

—¡*Signorina*, le recuerdo que me debe unas fotografías de mis nietos! —reclamó Flavio a esa beligerante mujer.

Antes de que ella le presentara alguna excusa para no hacer el trabajo que le había prometido, colgó el teléfono y luego, simplemente, lo apagó, ya que en esos instantes estaba demasiado ocupado como para tratar otro asunto que no fuera encargarse de esas dos calamidades que eran parte de su familia.

## Capítulo 19

—Sonreíd a la cámara... —solicité, de mala gana, mientras mis modelos no me obedecían en absoluto, pero yo continué mi labor sacando una docena de penosas imágenes en mitad del espectacular paisaje que constituían los viñedos de la familia Rossi únicamente porque el fruncido ceño de ese anciano no dejaba de apuntarme mientras él me vigilaba, con su regia vara en la mano.

»Creo que con esto ya podemos dejarlo por hoy... —dije, intentando escaquearme de ese encargo lo más rápidamente posible.

Y, cuando esos dos al fin comenzaron a relajarse ante la idea de que mi cámara no los iba a apuntar más, Flavio se acercó a mí. Tras contemplar por encima de mi hombro las fotografías que guardaba mi cámara, negó silenciosamente con la cabeza, haciéndonos suspirar a todos.

—Señorita, éstas no son las fotos que me prometió —comentó, señalándome que volviera a mi trabajo.

Intentando hacer entrar en razón a ese tozudo anciano que no me permitía huir de esa tortura, le recordé el problema que tenía mi cámara cada vez que apuntaba a ese par.

—Señor Rossi, es evidente que, después de posar para mí, sus nietos han salido bastante escarmentados y ya no quieren volver a ser mis modelos.

—Yo sí quiero posar para ti, Evie —apuntó Angelo en ese momento, intentando entablar una conversación conmigo, algo que yo había evitado a conciencia desde que lo volví a encarar con mi objetivo.

—Tú te callas, casanova... —repliqué, molesta, para, a continuación, volverme hacia ese viejo al que intentaba hacer entrar en razón, pero el otro hermano se interpuso en mi camino.

—¡Eh, que el casanova soy yo! —dijo desvergonzadamente Luca, procurando burlarse de mí o tal vez de su hermano.

—Sois más parecidos de lo que creéis —declaré burlona.

—Me alegro de que se haya dado cuenta de ello, señorita, porque eso es lo que quiero que les muestre a estos dos —intervino entonces Flavio, señalándome de nuevo a sus nietos para, seguidamente, ignorar mis protestas para atender una llamada con su teléfono móvil.

—¿Cómo narices voy a mostraros lo que no queréis ver? —susurré a mi cámara mientras los ojos de esos dos hombres, tan iguales y a la vez tan diferentes, se fijaban en mí: Luca, con su mirada airada y llena de reproches, y Angelo, con una intensa que aún reclamaba mi corazón, a pesar de que éste ya estuviera roto por su culpa.

—Enséñame lo que puedes hacer, Evie... —me desafió Angelo, retándome una vez más.

Y, como si ésa hubiera sido una señal, tanto el ocupado Flavio como el díscolo Luca se alejaron de nosotros y desaparecieron del camino de mi cámara para que, finalmente y una vez más, sólo pudiera verlo a él.

—No entiendo por qué quieres seguir siendo mi modelo después de todo lo que te he hecho pasar —dije mientras disparaba mi cámara, que, para mi desgracia, todavía parecía sentir predilección por Angelo.

—Porque quiero que sólo me veas a mí, Evie.

—Te veo, Angelo. De hecho, siempre te he visto, a pesar de lo bien que has sabido esconderte detrás de la figura de tu hermano.

—Por eso me gustas, Evie: porque sólo tú eres capaz de encontrarme.

—Muy bien... Ahora te diré por qué tú no me gustas a mí, Angelo —anuncié, decidida a recriminarle todos sus errores. A continuación, apartando mi cámara, que siempre me ofrecía su mejor faceta, simplemente miré al hombre que tenía ante mí, con cada una de sus virtudes y defectos—. Puedes aparentar ser un hombre responsable y serio en el que se puede confiar, pero eres un gran mentiroso, tanto para los demás como, muy especialmente, para ti mismo. Tú sólo eres ese hombre porque es lo que se espera de ti. Lo cierto, Angelo, es que deseas ser tan despreocupado como tu hermano Luca, quizá por eso te lo pasaste en grande simulando ser él en Nueva York.

—¿Crees que me divertí en Nueva York? —inquirió él con una cínica sonrisa en los labios, una que borró en cuanto lo miré con el mismo cinismo, recordándole lo mucho que se había entretenido conmigo en esa ciudad—. Bueno, sí, es cierto: pasé unos momentos bastante agradables, pero únicamente porque tú estabas a mi lado. Aunque debes reconocerme que, por cada instante de felicidad que pasé junto a ti, también sufrí uno amargo al pensar en lo que ocurriría cuando me descubrieras y decidieras arremeter contra mí sin piedad, como finalmente hiciste.

—¿Y qué esperabas después de tantos embustes, Angelo? ¡Te apuntaba con mi cámara y te veía a ti; salías de mi enfoque y volvía a tener junto a mí a tu hermano! ¡Ya no sé siquiera con quién me acosté, si con el verdadero Angelo o con el falso Luca! ¡Y tampoco sé si esas ocasiones sólo fueron para ti una parte más del juego que te gustaba representar haciéndote pasar por tu hermano o si significó algo! —le grité, dándole a conocer todo el daño que me había hecho.

—Evie: sólo fui yo, contigo siempre era yo... —afirmó Angelo, avanzando hacia mí con decisión para tratar de convencerme.

Temiendo caer nuevamente entre sus brazos, detuve sus pasos con una de mis manos para pasar a explicarle por qué razón no podía darle una segunda oportunidad a lo nuestro.

—No te conozco, Angelo. Sólo conozco tus mentiras, y así no puedo enamorarme de ti.

—Sí lo haces, Evie: tú eres la única que conoce esa parte de mí que todos ignoran. ¡Déjame ahora mostrarte todo lo demás! —pidió con la misma decisión. Luego, apretando fuertemente sus

puños para no caer en la tentación de retenerme a su lado cuando yo le exigía el espacio que merecían sus embustes, me reclamó una última oportunidad antes de dejarme marchar, tal vez para siempre—. No huyas sin verme por completo... —rogó, señalando la cámara de la que nunca me separaba.

Para no caer de nuevo ante sus engaños, lo apunté y disparé. Después contemplé esa imagen, en la que tan sólo veía ante mí a un hombre enamorado. Pero, como hacía con todas las fotografías que no me convencían, simplemente la borré de la memoria y le di la espalda para continuar con mi trabajo, que en esa ocasión era mostrarles a esos gemelos cómo eran en realidad, así como todo lo que habían perdido por esconderse durante tanto tiempo.

\* \* \*

Luca había envidiado durante muchos años a su hermano. Había deseado verlo sufrir tanto como él mismo lo hacía cada vez que la joven a la que amaba demostraba que sólo tenía ojos para Angelo o cuando pronunciaba su nombre mientras la acunaba entre sus brazos, haciéndose pasar por él. Pero las mentiras de ese amor se debían fundamentalmente a él y a su cobardía por no enfrentarse a Sofia, algo que, únicamente ahora que la había perdido, se atrevía a reconocer. Luca siempre había pensado que el corazón de su impertérrito gemelo era demasiado recto como para abandonarse ante la locura que podía suponer el enamorarse, y nunca había creído posible que pudiera llegar a comprender lo mucho que había sufrido... hasta ese momento.

Mientras sus ojos contemplaban esa tristeza que jamás creyó que llegara a embargar a Angelo, Luca no se sintió tan complacido como se imaginó en un principio, y menos aún cuando la chica que le daba la espalda a su hermano parecía más que decidida a borrarlo de su mundo sin haberlo conocido por completo.

Aunque él tal vez no se hubiese ganado una segunda oportunidad, debido a todas sus maldades, Angelo sí era ese tipo de persona que siempre merecería otra, y nunca volvería a fallar si se confiaba en él.

Cuando Luca observó cómo su hundido hermano se alejaba de esas tierras que tanto le importaban sin apenas percatarse de nada que no fuera la mujer que le había roto el corazón, él dio un paso al frente para enfrentarse a Evie y hacer algo de lo que jamás se habría creído capaz: plantarse ante el mismo demonio por el bien de la felicidad de Angelo, alguien al que siempre había envidiado, aunque, en esos instantes en los que era testigo de su debilidad, se daba cuenta de que realmente nunca debería haberlo hecho.

—Me parece que ahora me toca a mí posar ante tu cámara —reclamó Luca a Evie, quien, tras apuntarle con su máquina durante unos segundos, la apartó para declarar con sorna:

—¿Sabes, Luca? Después de lo mucho que has huido de mi objetivo, descubro, al apuntarte con él, que no hay nada en ti que quiera immortalizar.

—¡Pero si soy igualito a Angelo! —protestó ante su negativa.

—No, no lo eres —negó Evie con seriedad, demostrándole que ella sabía diferenciarlos.

—¿Ah, sí? Muy bien. En ese caso, dime, Evie, ¿qué ves cuando me fotografías a mí en vez de a Angelo?

—Veo a un tipo falso, egoísta, muy pagado de sí mismo y envidioso. Y, sobre todo, veo a un cobarde que, en lugar de ir a por lo que desea y afrontar las consecuencias de sus actos, se mantiene oculto detrás de una fingida sonrisa mientras culpa a otros de sus errores.

—¿Hablas de mis errores con Sofia o de mis errores contigo?

—De ambos —sentenció ella mientras le mostraba las imágenes que guardaba en su cámara, donde se apreciaba la falsa apariencia que había mantenido frente a todos en Nueva York, que había estado presente también ante Sofia en su boda, sin revelar sus verdaderos sentimientos por miedo a ser rechazado.

Dolido por la verdad que mostraban las capturas de Evie, una mujer que no le gustaba en absoluto porque le constataba que el único culpable de perder el cariño de Sofia siempre había sido él y no su hermano, se enfrentó a ella con la misma inclemencia que Evie exhibía hacia los demás.

—¿Y tú? ¿Tú no has cometido ningún error? No sé... ¿Algo así como vengarte del hombre equivocado, tal vez? —planteó Luca irónicamente, haciéndole saber a Evie que su venganza era algo que Angelo nunca había merecido.

Cuando Evie se volvió hacia él, furiosa, Luca supo que aún había esperanza para su hermano.

—¡No! ¡Porque los dos os merecíais mi *vendetta* al haber jugado conmigo! —lo increpó furibundamente, aunque su mirada mostró por unos instantes algo del dolor que intentaba disimular ante otros.

—Lo siento, cielo, pero sólo yo sé jugar. Angelo apenas es un aficionado —dijo Luca, recordándole cuál era el más sinvergüenza de los dos hermanos Rossi.

—Pues le has enseñado muy bien.

—Más bien, lo obligué. Lo amenacé con lo único que él amaba en ese momento, que es esta tierra. El miedo a perderla cuando retirara mi dinero lo hizo bailar a mi son durante el tiempo que estuvo en Nueva York, aunque no sin que se quejara a cada rato y me exigiera que volviera a la ciudad para pedir perdón a una insufrible mujer. ¿Te puedes imaginar quién era esa mujer? —preguntó irónicamente, alzando una de sus cejas—. Incluso llegó a ponerse en contra de su propio hermano para que yo me disculpara contigo.

—¡Eso es mentira! —replicó Evie, sabiendo que, si las palabras de Luca eran verdad, el castigo que había recibido Angelo de su parte era innecesario y desproporcionado.

Ignorando las palabras de la chica, Luca siguió enseñándole cómo era su hermano, una verdad que ella había visto con su cámara y que entonces decidía ignorar sólo porque le convenía.

—¿En serio piensas que Angelo es tan buen mentiroso? —inquirió Luca, haciéndola dudar—. Te diré un secreto sobre Angelo que sólo yo sé —añadió, haciendo que sus curiosos ojos se volvieran hacia él y afrontaran la verdad que intentaba negar aunque se presentara ante ella una y

otra vez—: Si Angelo ha aprendido a jugar, a revelar esa parte de sí que siempre oculta a todos y que ni siquiera yo me había dado cuenta de que existía, se debe exclusivamente a ti.

—¡Mentira! —gritó la fotógrafa, dispuesta a alejarse y negar una vez más lo que sus ojos veían, pero Luca, cogiendo uno de sus brazos, la hizo volverse hacia él para que se enfrentara a un rostro igual que el del hombre al que amaba, pero que, al contrario que éste, no le permitiría huir de sus sentimientos.

—Me encantaría decirte que Angelo no te ama y borrar así de su vida, y de paso de la mía, porque la verdad es que no me caes nada bien y pienso que él se merece una mujer mucho mejor que tú. Sin embargo, no puedo ser más egoísta de lo que ya he sido. Sé que, si te alejo de mi hermano, no volverá a ser el mismo, y eso es algo que no estoy dispuesto a permitir. Termina de una vez con esa estúpida idea de venganza y perdónanos, porque, aunque yo no me lo merezca, Angelo sí.

—¡Suéltame, los dos tenéis lo que os habéis ganado! —chilló Evie mientras se zafaba del agarre de Luca para seguir su camino. O eso al menos era lo que trató de hacer hasta que las palabras de Luca provocaron que detuviera sus decididos pasos.

—Sabes que si te vas Angelo perderá su sonrisa, ésa que tanto te gusta y que te encanta mostrar a otros, ¿verdad? —señaló Luca, descubriendo que no era un hombre tan vacío como ella creía y que se había fijado detenidamente en su trabajo y en lo que mostraba su cámara cada vez que immortalizaba a Angelo.

Cuando una enfurecida Evie se dirigió hacia Luca, él la recibió con una mirada llena de satisfacción, consciente de que su retroceso sólo podía deberse a que finalmente cedería a su petición de perdonarlos.

—¿Ves como no es tan difícil perdonarnos? —dijo Luca, tan engreído como siempre. Pero, en cuanto Evie llegó a su lado y puso las manos sobre sus hombros, como si le estuviera otorgando su perdón, al alzar sus ojos hacia él le dejó claro con una maliciosa sonrisa que no la conocía en absoluto.

Luca, distraído por las confusas acciones de esa mujer, apenas se percató de la impertinente rodilla que se alzaba hasta que lo golpeó en sus partes nobles, provocando que se derrumbara, dolorido, al suelo. Luego, la satisfecha chica se inclinó para susurrarle burlonamente al oído mientras él se encogía de dolor:

—Luca, con esto estás perdonado...

—¿Y... An-Angelo...? —balbuceó entrecortadamente a causa del dolor.

—Aún estoy pensando en ello —respondió y, mientras se iba, no dudó en hacerle una foto, sin duda para guardar ese vergonzoso momento en su recuerdo.

—Bueno, por lo menos mi hermano me lo agradecerá —murmuró Luca, lastimado, mientras se retorció tirado en el suelo, incapaz de incorporarse.

—¿Se puede saber qué estás haciendo ahí, Luca? —inquirió Angelo cuando lo encontró tumbado todavía unos minutos después.

—Lo que nunca había hecho antes, hermano: ayudarte. Te puedo asegurar que duele un huevo... y, el otro, también...

Y antes de que Luca abriera la boca para explicarle lo ocurrido, Angelo susurró el nombre de la condenada mujer responsable de todo para luego reírse con unas estruendosas carcajadas, unas carcajadas que Luca nunca había oído de su serio hermano. «Algo de lo que, sin duda, también es responsable esa mujer», pensó el modelo mientras contemplaba a su hermano con una grata sonrisa a pesar del dolor, deseando un final feliz para su historia de amor, ya que la suya indudablemente había estado condenada al fracaso desde el primer día en el que fingió ser otro ante Sofia.

\* \* \*

Ese molesto anciano no dejaba de acosarme para que acudiera de nuevo a sus viñedos, reclamándome unas fotografías que en realidad no quería mostrar a nadie. Para más irritación, Flavio Rossi no había dudado a la hora de ir una y otra vez a la posada donde me hospedaba y, a pesar de que me escondía cada vez que lo veía aparecer, él se presentó descaradamente ante mi padre, con el cual comenzó a mantener largas conversaciones, como si ambos fueran familia y tanto Angelo como yo fuésemos solamente unos niños revoltosos que habían tenido una disputa.

Después de escuchar al egoísta de Luca decir finalmente la verdad, no podía ignorar que, aunque Angelo me hubiera hecho daño, yo también se lo había hecho al equivocarme con él desde el principio, convirtiéndolo en víctima de una venganza que no se merecía. Aunque aún no creyera en sus «te quiero», tenía que perdonarlo para poder seguir adelante, así que me acabé encontrando sin saber qué excusa usar para que mi orgullo no sufriera demasiado al decidirme a buscar a un hombre al que había ignorado continuamente y sin piedad.

Finalmente, ese insufrible anciano lo solucionó todo por mí cuando, bien temprano esa misma mañana, se presentó en la posada de Emilia para soltar en mis manos una extraña herramienta que parecían unas pequeñas tijeras de podar.

—Tienes que perdonarlo como has hecho con Luca, y para ello no importa lo que tengas que hacer... —me exigió a la vez que me arrastraba hacia una destartada furgoneta.

Confusa a causa del comportamiento que manifestaba Flavio, y recordando la manera en la que Luca había logrado mi perdón, miré la herramienta que el tozudo abuelo de ambos había dejado en mi mano, para luego comentarle con sorna:

—Bueno, pero... ¿no cree que castrarlo sería algo excesivo?

Para mi asombro, el viejo Flavio se rio con estruendosas carcajadas. Y, mientras sus risas no me ofrecieron explicación alguna respecto al motivo por el que se reía de mí, puesto que la idea había sido suya, una decena de personas se subieron a la parte trasera de la furgoneta cargando con herramientas similares a la mía mientras gritaban:

—*Vendemmia!*

—Hoy es el día en el que se inicia la *vendemmia*, cuando se recolecta la uva de los viñedos. Estás invitada a ayudarnos, ya que, si hay un momento en el que Angelo se muestra tal y como es, es éste, pues su pasión por la tierra hace que deje a un lado todas sus responsabilidades y obligaciones y se permite ser él mismo.

Con la excusa perfecta para conocer de verdad al hombre que amaba, acepté la invitación de Flavio. Y, mientras sonreía ante la idea de llevar esa herramienta conmigo por si alguno de los hermanos volvía a tocarme las narices, mi interlocutor pareció recordar lo peligroso que era mi temperamento, por lo que me confiscó las tijeras de podar y colocó una cesta entre mis manos. Luego, al contemplar mi fruncido gesto, que revelaba mi descontento, volvió a reírse a carcajadas, algo que no me molestó demasiado porque su risa me recordaba a la de Angelo.

\* \* \*

Esa mañana me había levantado al amanecer para admirar una vez más las hermosas colinas de la Toscana, donde las hojas de un amarillo dorado me indicaban que ya estábamos en otoño y que era el momento de empezar a recoger la cosecha. Probando las uvas que había cuidado durante todo el año, supe que el grado de dulzura era el correcto y, aunque con una simple mirada hubiera bastado para determinarlo, prefería degustar su sabor como siempre había hecho mi abuelo para saber cuándo era el momento adecuado para obtener los mejores vinos.

En el instante en el que fui a confirmarle a Flavio que había llegado la hora de iniciar la recogida del fruto, me percaté de que el viejo ya había salido, seguramente para reunir a la gente que colaboraría en el arduo trabajo que nos esperaba durante varias semanas. Los bulliciosos y amigables vecinos acudían a los viñedos a ayudarnos, como otros años, y luego no dudarían en celebrar con nosotros la elaboración de un nuevo chianti.

En los viñedos Rossi era una tradición que todos los que quisieran pudieran participar en la recolección. De hecho, casi todo el pequeño pueblo de Panzano in Chianti se reunía para ese evento al que, en alguna que otra ocasión, también se nos había unido algún turista.

Mi abuelo iba y venía toda la mañana con su desvencijada furgoneta recogiendo gente a la que animaba a participar y con la que no dudaba en compartir su alegría por todo lo que, una vez más, habíamos conseguido. Trataba sus viñedos con el orgullo que dedicaría a un hijo, y le encantaba vanagloriarse de los frutos que habían dado y de los vinos que resultarían de ellos, recordando siempre que el amor y la dedicación que éstos recibían eran lo que los hacía únicos.

Yo sentía el mismo orgullo y devoción por esa tierra que mi abuelo y, cada vez que paseaba por sus campos, respiraba el aire puro y probaba sus uvas, sabía que ése era mi lugar... o, al menos, así lo había creído hasta entonces.

Ataviado con mis desgastados vaqueros de trabajo, una camiseta blanca, una gorra y las botas que usaba para la tarea, estaba preparándolo todo para comenzar esa labor. Desde lejos capté el bullicio de la casa principal, donde mi familia había preparado unas extensas mesas para el

almuerzo en el que todos nuestros invitados disfrutarían de un sabroso refrigerio con una selección de nuestros mejores quesos y salamis, con nuestros crujientes panes recién hechos y con un guiso casero que prepararía mi madre, ayudada por muchas de mis escandalosas tías y primas.

Todo estaba perfectamente dispuesto, pero, al contrario que otros años, no me sentía tan alegre ni jovial como habitualmente. Me faltaba algo, algo que hiciera surgir en mi rostro una sonrisa en ese día tan especial para mí, algo que no era capaz de identificar, que se me escapaba... hasta que mi abuelo llegó con las personas que nos iban a echar una mano ese año y ella bajó de esa furgoneta portando una cesta que no dudó en esgrimir contra mí como si fuera un arma. Mientras la movía furiosamente, me di cuenta de que ese «algo» que me completaba, ya fuera en la Toscana o en Nueva York, siempre sería ella. La inesperada presencia de Evie me hizo recuperar la sonrisa, más aún cuando se encaminó hacia mí y me anunció:

—Un día, Angelo: tienes sólo un día para mostrarme la verdad. Y, si no me convence, no volverás a reclamarme nada.

—De acuerdo, no te arrepentirás. Ya lo verás... —repuse, emocionado ante sus palabras y, sin poder evitarlo, arrojé su cesta a un lado y la cogí entre mis brazos para darle vueltas en el aire.

Haciéndola reír, celebré ese día que era tan especial para ambos porque era el momento en el que comenzaríamos a conocernos realmente.

\* \* \*

—Angelo, me estoy arrepintiendo... —se quejó Evie mientras, sudorosa y llena de tierra, perseguía a éste con un pesado cesto de mimbre repleto de uvas que transportaba con dificultad.

Ante sus protestas, él simplemente sonrió, cogió el cesto con una mano y lo cargó sobre uno de sus hombros como si no pesara nada, para luego proseguir su camino.

—¡Vamos, vamos! No me estarás diciendo que la mujer capaz de hacer fotos a siete grados bajo cero, de golpear a Cenicienta, de tratar con unas rebeldes ancianitas y de enfrentarse a una horda de modelos furiosas es incapaz de llevar unas cuantas uvas.

—Hace un calor de mil demonios, las uvas pesan una tonelada y éste no es el primer viaje que hacemos para llenar esas cestas... ¿No podríamos descansar un poco?

—Paciencia. Muy pronto será la hora del almuerzo y recuperarás las fuerzas con unos manjares exquisitos —le comentó Angelo, haciéndola suspirar ante la idea de la comida. Cuando comenzaba a deleitarse imaginándose las viandas de las que disfrutaría, él continuó con su discurso, arruinándolo todo—. Y cuando estés satisfecha, seguiremos con el trabajo.

—Si la parte que no conozco de ti es la de un tirano explotador, la verdad es que prefiero seguir ignorándola... —declaró Evie, pero Angelo supo que no le desagradaba tanto ese trabajo, ni esa parte de él, cuando contempló de nuevo una sonrisa en los labios de la chica, una pícaro sonrisa que lo estimuló a jugar una vez más.

Tras dejar la canasta en el suelo, introdujo una de esas apetitosas uvas en la boca de Evie y, sin

olvidarse de rozar insinuadamente sus labios, comenzó a explicarle acerca de esos frutos con voz seductora, pronunciando sus palabras en italiano, por lo que ella no entendió nada, salvo sus gestos.

—Para crear un buen vino debes sentir la tierra... —comenzó a decir Angelo, que en vez de hundir una de sus manos en la tierra, la entrelazó con la de Evie—, oler el aire... —añadió, a la vez que se acercaba más a la fotógrafa y hundía su cabeza junto a su cuello para inhalar el aroma de su piel— y, por supuesto, probar los frutos que la tierra te da para conocer qué vino te pide que crees con ellos... —finalizó para, a continuación, probar el sabor de la uva en la boca de esa mujer hasta que éste desapareció y solamente quedó el pecaminoso sabor de Evie.

La exigente lengua de Angelo reclamó una respuesta a su arrollador beso y disfrutó con placer el gusto de esa chica, sabiendo cuál era su valor cuando sus besos fueron devueltos con el mismo ímpetu que él exhibía, mostrándole que la pasión que bullía en el interior de Evie por él no se había apagado. Una pasión que fue interrumpida cuando un rostro muy parecido al de Angelo se interpuso moleestamente entre ellos, burlándose de ambos.

—Ese truquito me lo guardo, hermano... —bromeó Luca delante de una confusa Evie para, a continuación, dirigirse a ella—. Sabes que de lo que te estaba hablando Angelo era sobre la uva, ¿verdad? —preguntó mordazmente.

—Por mí como si estaba hablando del tiempo, que con ese seductor acento italiano se hace irresistible —contestó ella descaradamente, provocando la satisfacción de Angelo, pero eso sólo fue hasta que su gemelo comenzó a susurrar sensuales palabras en italiano, todas dirigidas a Evie, y Angelo fue detrás de él para darle una lección, emprendiendo ambos una carrera como cuando eran niños, mostrando una parte de ellos que todos habían olvidado.

—Te gusta, ¿no es cierto? —le planteó el viejo Flavio a Evie cuando vio asomar a sus labios una sonrisa con la que no podía evitar revelar lo que sentía su corazón.

—Me pregunto si una se puede enamorar dos veces del mismo hombre... —reflexionó ella en voz alta, rindiéndose ante lo inevitable, ya que el verdadero Angelo le gustaba tal vez demasiado.

—Sí, *signorina*, eso les pasa a todas las mujeres con los Rossi: primero se enamoran cuando nos ven y luego otra vez, cuando nos conocen —declaró un divertido Flavio, haciendo saber a Evie de dónde venían los seductores encantos y la presunción de los hombres de esa familia.

\* \* \*

La recolección de la uva fue un arduo trabajo, interrumpido puntualmente por varios descansos en los que los participantes en ese evento recuperaron fuerzas a lo largo del día junto a unas grandes mesas, siempre provistas de abundante bebida y comida, en medio de un ambiente familiar promovido por los Rossi que hacía soportable la larga tarea que tenían por delante mientras disfrutaban de los manjares de la Toscana.

Por la tarde, Angelo llevó a Evie a la residencia principal, donde las mujeres la recibieron con

los brazos abiertos. Allí, a pesar de no entender ninguna de sus palabras, la fotógrafa comprendió lo que debía hacer cuando pusieron unas toallas en sus manos a la vez que, sin cesar de parlotear, la dirigían hacia el baño de una de las habitaciones.

Después de eliminar toda la tierra y el sudor de su cuerpo se sintió como nueva, aunque sus brazos aún estaban doloridos a causa de las idas y venidas cargando con esas enormes cestas. Envuelta en una toalla, se dispuso a salir del cuarto de baño para preguntarle a alguna de las mujeres si podían prestarle algo de ropa, ya que no había traído una muda. Pero, cuando abrió la puerta, un hermoso, jovial y vaporoso vestido de flores, nada propio de ella, la esperaba sobre la cama junto a una atrevida ropa interior blanca... aunque había un pequeño inconveniente para llegar hasta esa ropa: el hombre que sostenía esas prendas para ella mientras mostraba una lujuriosa sonrisa.

—Creo que ése no es mi estilo —anunció Evie, frunciendo el ceño ante la florida prenda—. Y ése tampoco, dicho sea de paso —añadió, señalando las bragas con las que Angelo jugueteaba, tentándola a acercarse.

—No te preocupes, te quedarán bien, aunque la otra opción es... ir sin nada.

—También podría ponerme la ropa que he traído... —replicó, pero, tras recordar el lamentable estado en el que se hallaban, no tardó en descartar esa opción con un movimiento de cabeza—. ¡Trae acá! —exclamó finalmente, arrebatándole las bragas a Angelo.

Y, ante la insistencia de Angelo de continuar en la habitación junto a ella, Evie se limitó a ponerse la ropa interior sin desprenderse de la toalla.

—Te preguntaría qué haces aquí, pero un Rossi junto a una cama es evidente que sólo viene a...

—A darte un masaje para que tu dolorido cuerpo no se resienta mañana.

—¿Y se supone que tengo que confiar en ti? —planteó Evie, recelosa, mientras seguía sujetando fuertemente la toalla en torno a su cuerpo.

Para su asombro, Angelo se levantó tranquilamente de la cama dispuesto a marcharse de allí donde no lo quisieran, pero, antes de irse, no pudo resistirse a tentar una vez más a esa mujer, así que, colocándose a su espalda, le susurró sensualmente al oído mientras sus manos se apoyaban levemente sobre sus hombros.

—¿Estás segura de que no quieres confiar en mí?

Tras el silencio de Evie, Angelo se dispuso a marcharse hasta que una mano lo retuvo.

—¿Estás seguro de que sólo quieres darme un masaje? —preguntó ella tentadoramente, para, a continuación, desprenderse de su toalla, enseñándole lo que se perdería si ésas eran sus únicas intenciones. Luego se tumbó boca abajo sobre la cama, dándole vía libre a Angelo y a cada una de sus caricias, ya fueran para calmar sus doloridos músculos o para avivar su pasión.

Él pasó una de sus manos por sus cabellos, frustrado, y tras maldecir en italiano finalmente arrojó a un lado todas sus buenas intenciones con una ladina sonrisa y se dispuso a darle a Evie lo que se merecía por cada una de sus provocativas palabras.

Untando sus palmas con un aceite corporal, Angelo comenzó a masajear el espectacular cuerpo que lo esperaba, amasando cuidadosamente los contraídos hombros de Evie, mostrándole lo que había pretendido con su ofrecimiento.

Sin embargo, tras oír los gemidos de deleite que salían de los labios de la chica, sus manos quisieron sentir más, por lo que deslizó lentamente sus dedos por la espalda, subiendo y bajando despacio, ejerciendo presión en los sitios correctos para hacerla gemir nuevamente de placer.

Las palmas de Angelo resbalaron a lo largo de la sensual espalda de Evie en dirección a su trasero. Al observar cómo las manos de ella apretaban fuertemente las sábanas, esperando más, Angelo quiso jugar con ella. Así que, ignorando sus deseos, sólo acarició levemente sus nalgas con uno de sus dedos antes de echar más aceite en sus palmas y continuar su masaje por las piernas, apretando y agasajando cada uno de sus músculos hasta llegar a sus doloridos pies.

Entonces, agarró firmemente los revoltosos pies que intentaron escaparse tras sentir las cosquillas que le provocaban sus manos. Después comenzó a hacer presión y a manipular la planta de cada pie y entre los dedos, y, guiándose por sus gemidos, Angelo la hizo gritar su nombre.

En el instante en el que el cuerpo de Evie se relajó entre sus fuertes manos, fundiéndose como la mantequilla con cada una de sus caricias, sus dedos volvieron a ascender por su cuerpo, momento en el que la sensual voz de Angelo le susurró al oído:

—Éste era el masaje que pretendía ofrecerle a tu cansado cuerpo... y este que viene ahora es el que de verdad deseo darte.

Las atrevidas manos de Angelo descendieron nuevamente por la espalda de Evie, pero en esa ocasión sus dedos no pretendían relajar su cuerpo, sino encender su deseo con cada una de sus caricias.

Dejando grabada su pasión en el cuerpo de la mujer que amaba, Angelo confesó todo lo que sentía su corazón al oído de Evie, con atrayentes palabras que sólo él entendía, ya que estaban pronunciadas en su idioma materno.

Y, mientras los oídos de Evie se deleitaban con sus dulces frases, las resbaladizas y traviesas manos de Angelo se adentraron entre sus braguitas, masajeando su culo para luego deslizarse lentamente hacia la húmeda entrepierna de Evie, donde su sexo reclamaba las ardientes caricias de su torturador.

Sin permitir que ella se volviera, Angelo introdujo uno de sus dedos en el apretado interior de esa chica que lo volvía loco con cada uno de sus gemidos. Las manos de Evie agarraban cada vez con más fuerza las sábanas de la cama mientras su trasero se alzaba reclamando más del placer con el que Angelo la martirizaba.

Cumpliendo con sus deseos, con una de sus manos Angelo comenzó a marcar un ritmo avasallador que hizo que Evie gimiera sin pausa, y con la otra buscó introducirse entre el colchón y el ardiente cuerpo de su amante, hallando uno de sus enhiestos pezones, al que no dudó en torturar con sus caricias.

En el instante en el que Evie gritaba su nombre, inmersa en la pasión del momento, Angelo se

separó de ella para desprenderse de sus ropas y ponerse un preservativo y, tras apartar del cuerpo de Evie la última barrera que se interponía entre la intimidad de sus cuerpos, hizo que ella se posicionara sobre sus rodillas para adentrarse en su interior de una profunda embestida.

Evie presionaba hacia atrás, reclamándolo y buscando más de ese desenfrenado deseo que sólo Angelo sabía satisfacer, mientras que él, sintiendo envidia de las sábanas que recibían las atenciones de las manos de la mujer que amaba, hizo que ella las soltase, alzó su cuerpo, arqueándolo, para girarla y colocó las manos de su amante detrás de su cuello.

Sin dejar de adentrarse una y otra vez en el cálido cuerpo de Evie, Angelo acarició libremente los senos que en esa nueva posición se exponían ante él. Sus manos agasajaron los tentadores pechos, haciéndola gemir de placer. Sus dedos pellizcaron atrevidamente los erguidos pezones y, cuando las uñas de ella se clavaron en su nuca, Angelo descendió una de sus manos para acariciar su clítoris sin piedad mientras profundizaba sus embates, marcando un ritmo avasallador que la guiara hacia el orgasmo. Las caderas de Evie comenzaron a moverse frenéticamente al son que él imprimía y, finalmente, los dos llegaron al clímax gritando el nombre del otro.

Exhaustos, cayeron derrumbados sobre la cama y se enredaron entre las sábanas hasta que unos molestos golpes en la puerta les recordaron que el duro trabajo aún no había terminado.

—Creo que el deber me llama —musitó Angelo mientras colocaba con fastidio un brazo sobre su rostro, negándose a levantarse, hasta que recordó quién era y salió de la cama para comenzar a vestirse y cumplir una vez más con sus responsabilidades.

—Creo que me gustas —repuso Evie mientras contemplaba cómo ese íntegro hombre sólo jugaba con ella y con nadie más.

—Perfecto... —respondió él mientras reclamaba uno de sus besos para luego sorprenderla cuando, antes de marcharse, dijo una vez más, con la convicción que siempre mostraba—: *perché io ti amo...* —y, para que Evie no albergara dudas acerca de sus sentimientos, lo repitió una vez más, en su idioma—: porque yo te amo...

## Capítulo 20

Confusa por los sentimientos que Angelo exponía a cada instante ante mí para que no dudara de ellos, recorría esas tierras sin saber qué hacer con el hombre que una y otra vez me entregaba su corazón.

Lo que había hecho que Angelo se levantara de la cama era seguir dirigiéndolo todo en ese arduo primer día de vendimia. Una vez que ya no hubo suficiente luz para seguir recogiendo las uvas, la familia Rossi colocó decenas de pequeños farolillos en el exterior de las bodegas. En medio de un ambiente festivo con música popular sonando a lo largo de todo el lugar, algunos de los ancianos animaban a los que no lo eran a seguir su trabajo. Las uvas habían sido separadas de sus racimos y seleccionadas cuidadosamente para luego ser arrojadas a unos grandes barreños de madera donde los jóvenes, al son de canciones tradicionales, las aplastaban para hacer que el jugo se separara de la pulpa en un primer paso para elaborar un gran vino.

Para mi asombro, Angelo no se encontraba dirigiéndolo todo, sino que, por el contrario, estaba dentro de una de esas enormes cubas, desde donde me animó a seguirlo con una invitadora sonrisa, algo que decliné para seguir pensando en qué respuesta debería darle con respecto a nuestra situación.

Flavio se unió a mí y, contemplando con una satisfecha sonrisa cómo obligaba Angelo a Luca a meterse en uno de esos barreños con él, comentó algo de lo que yo ya me había dado cuenta en más de una ocasión.

—Angelo es un gran hombre, pero creo que este año será el último en el que celebremos la vendimia de esta manera. Temo no ver más esa sonrisa que sólo saca a relucir en contadas ocasiones. La presión del mercado nos lleva a intentar ponernos al nivel de producción de otros viñedos y para eso estamos modernizándolo todo..., muchas máquinas y poca pasión, pero, en fin, eso es el progreso —suspiró para, a continuación, sorprenderme con sus siguientes palabras—. *Grazie, signorina*: sin usted me hubiera sido imposible ver esas risas juntas por última vez —declaró Flavio mientras me señalaba a esos dos hermanos que, una vez más, volvían a sonreír mientras se lo pasaban en grande pisando las uvas.

Mi corazón se encogió ante lo que me dijo ese anciano y, decidida a proporcionarle unos buenos recuerdos, busqué a alguien que me prestara su cámara para sumergirme en lo que me rodeaba, inmortalizando todos esos felices momentos con ella.

—Más luz, necesito más luz... —susurré, negándome a dejar pasar la oportunidad de realizar una última instantánea del atardecer entre esos viñedos.

Ante mi petición, alguien que pareció entenderme me pasó un pequeño farol con el que me guíe y, adentrándome en las profundidades de los viñedos, comencé a capturar ese resplandeciente atardecer de la Toscana.

Revisando cada una de las imágenes, vi complacida que esa pasión que siempre me había faltado en mis fotografías la había obtenido después de conocer a Angelo. Esas capturas, tanto las de las personas como las de los paisajes de ese lugar, gritaban, ante todo aquel que quisiera verlo, lo que guardaba mi corazón. Ilusionada con la idea de enseñárselas al hombre que amaba mientras le confesaba mi amor, me volví bruscamente, tirando sin querer el farolillo que descansaba a mis pies.

El incendio a mi alrededor se inició con enorme rapidez y yo, con la única intención de detener el fuego que destruiría lo que más amaba Angelo, no hui, sino que intenté apagarlo con la tierra que había a mi alrededor. El resultado fue que el humo me hizo marearme y, mientras intentaba alejarme de él para dar la alarma, a pesar de saber que Angelo me odiaría por lo que había hecho, perdí la conciencia. Mientras caía al suelo, desmayándome, me pregunté silenciosamente entre lágrimas qué es lo que más lamentaría él, si perderme a mí o las tierras que durante tanto tiempo había amado antes de que yo apareciera para arrebatárselas.

\* \* \*

—¿Dónde está Evie? —pregunté una y otra vez, pensando en cuánto tiempo tendría que pasar para poder tenerla de nuevo entre mis brazos.

Cuando varios de mis familiares me explicaron que le habían prestado una cámara, supe que se habría perdido por algún rincón para retratar algún paisaje de ensueño que la atraería, haciéndola ensimismarse en él durante un buen rato. Desistí de buscarla hasta que ella decidiese volver a aparecer ante mí, pero eso sólo fue hasta que alguien dio la alarma de fuego, momento en el que comencé a gritar su nombre con desesperación.

—¿Dónde está Evie?! —chillé una y otra vez, sin preocuparme por organizarlo todo para apagar ese incendio, porque lo único que me importaba era tener a Evie sana y salva a mi lado.

Y, mientras yo me volvía loco por una mujer a la que no podía perder cuando apenas había empezado a recuperarla, mi hermano intentó hacerme entrar en razón y sacar de mi interior esa parte racional que en esos instantes estaba perdida.

—¡Angelo, ya hemos llamado a los bomberos! ¡Hemos intentado conectar los sistemas de aspersión mientras ellos llegan para retrasar el avance del fuego, pero no funcionan! ¡Joder, Angelo! ¡Reacciona! ¡Dime lo que tenemos que hacer para no perderlo todo!

—¡Evie, ¿dónde está Evie?! —volví a preguntar, incapaz de poder pensar en nada más. Y, cuando mi hermano esquivó mi mirada, supe que algo había pasado.

—Sospechamos que podría estar en medio de ese incendio...

Sin dejar que Luca terminara de hablar, le arrebaté una manta a uno de los hombres que

intentaba apagar las llamas y, tras arrojarme un balde de agua por encima, le di a mi gemelo las indicaciones necesarias antes de adentrarme en el mismísimo infierno para buscar a la chica que lo había cambiado todo.

—¡Haced un cerco de arena alrededor de las bodegas y humedecedla para evitar que el fuego llegue hasta ellas! ¡Si los aspersores no funcionan, utilizad las mangueras hasta donde lleguen! ¡Y si no es suficiente, formad una cadena humana para pasaros de unos a otros baldes de agua para intentar frenar el incendio hasta que los bomberos estén aquí! ¡Por último, si la situación se pone demasiado peligrosa, simplemente intentad empapar los alrededores y rezad!

—¡Y, mientras nosotros hacemos todo eso, ¿tú que vas hacer, Angelo?! —me gritó Luca, procurando hacerme entrar en razón mientras me dirigía hacia el fuego, tapado con la manta.

—Hacer una difícil elección... —le dije a mi hermano, rememorando sus palabras. Y para que no tuviera duda de dónde estaba mi corazón, exclamé—: ¡La elijo a ella!

\* \* \*

Angelo se adentró en un infierno de cenizas y fuego buscando a ciegas a la mujer que amaba. Tapándose la nariz y la boca con la camisa, intentó evitar respirar el humo que lo dejaría inconsciente, lo que le impediría llegar hasta Evie. Gritando su nombre con desesperación, se sumergió en un laberinto de llamas sin importarle nada su vida o la devastación que estaba arrasando las tierras que él había cuidado con tanto amor desde su más tierna infancia.

A su paso sólo veía los negros restos de lo que una vez fueron sus queridos viñedos, pero, sin concederse tiempo para llorar por lo que había perdido, se concentró en lo que quería encontrar, para no perderlo jamás.

Casi a ciegas a causa del humo y las cenizas, Angelo siguió caminando, cada vez con más dificultad. Cuando creía que sus esperanzas eran vanas, unos benditos truenos resonaron por la Toscana y, como si Dios le concediera una segunda oportunidad para estar al lado de la persona de la que estaba enamorado, la lluvia comenzó a caer sobre la tierra, sofocando poco a poco las violentas llamas.

Angelo, cada vez más decidido a encontrarla ante esa señal del cielo, siguió avanzando por el caos de llamas y vides ennegrecidas hasta que sus pasos tropezaron con un cuerpo inconsciente cuando ya sus ojos cegados por la ceniza apenas veían sus propios pies. Entonces se agachó junto a ella, cogió a Evie, desvanecida, entre sus brazos y, protegiéndola con la manta mojada, la cubrió sin importarle demasiado quedar expuesto a las llamas.

Luego corrió con desesperación en busca de una salida que lo llevara hasta aquellos que pudieran ayudarlo. El agua que había derramado sobre su cuerpo o la ropa mojada que lo cubría empezaban a no servirle ante el aliento del fuego que lo consumía todo a su paso, aunque gracias a la lluvia se estaba aplacando.

Realizando un esfuerzo de voluntad supremo y cargando con el cuerpo de la chica, Angelo

logró llegar a las proximidades de las bodegas, donde unos bomberos construían a toda prisa un cortafuegos a la vez que otros luchaban por extinguir el incendio. Allí gritó con desesperación, reclamando la ayuda que tanto necesitaban, aunque la voz que salió de su garganta, dañada por el humo que había tragado, no fue oída. Por ello, Angelo continuó corriendo hasta que no pudo más y se derrumbó a pocos pasos de su hogar, empecinado aún en proteger a Evie, cubriendo su cuerpo con el suyo, por si las llamas llegaban a ellos. Solamente se permitió perder la consciencia cuando su hermano Luca llegó junto a él a toda prisa, llevando consigo la ayuda que necesitaba para no perder lo que más amaba.

\* \* \*

Cuando Evie despertó en una cama desconocida intentó recordar qué había pasado. A su mente acudieron imágenes del fuego y el humo y, sin saber cómo había acabado en ese lugar o quién la había salvado, se levantó, confusa y desorientada.

A los pies de su cama encontró una muda de ropa que no dudó en utilizar para disponerse a buscar al hombre al que necesitaba con desesperación para que la abrazara y celebrara con ella la dicha de estar viva. Sin embargo, cuando salió de la habitación se dio cuenta de que el ambiente que la rodeaba no tenía nada que ver con el del día anterior. Las risas se habían apagado, la gente ya no caminaba de un sitio a otro con una sonrisa o con el apremio de tener mucho que hacer. Los serios rostros que Evie contemplaba a su paso estaban llenos de pesar y desolación, y, mientras se preguntaba una vez más qué había ocurrido, continuó la búsqueda de la única persona a la que necesitaba ver para saber que todo estaba bien.

Cada vez que preguntó por Angelo, aquellos con los que se cruzó la esquivaron o, simplemente, la ignoraron, sin darle ninguna respuesta. Temiéndose lo peor, Evie lo buscó en el lugar que era toda su vida, su pasión y su amor: corrió hacia los viñedos y hacia Angelo, para entregarle su corazón.

Pero cuando llegó a esas tierras muertas que antes habían estado llenas de vida, comprendió finalmente que entre ellos todo había terminado y que ella ya no tenía ninguna posibilidad de permanecer a su lado, especialmente cuando la fría e imperturbable figura del hombre que amaba la interrogó, sin molestarse siquiera en volverse hacia ella.

—Dime, Evie, ¿cómo comenzó el incendio que ha arrasado con un cuarto de mis tierras, que casi destruyó mis bodegas y que prácticamente ha acabado con todo lo que amaba? —reclamó Angelo crudamente, dándole la espalda a Evie, incapaz de apartar sus ojos del árido terreno que se extendía ante él.

—Angelo, fue un accidente con el farolillo... Tropecé con él y... ¡lo siento, nunca quise arruinarlo todo! Tan sólo quería immortalizar hermosas imágenes para nuestro recuerdo y...

—Y lo has hecho, has grabado muchas imágenes en mi recuerdo, pero ninguna hermosa —replicó él amargamente a la vez que señalaba los calcinados viñedos.

—Angelo, yo... —pretendió excusarse Evie y, viendo que sus palabras no servían, intentó acercarse a él. Sin embargo, sus avances fueron cruelmente rechazados.

—Quiero que regreses a Nueva York y que no vuelvas a interferir nunca más en mi vida o en la de mi hermano. He hecho traer tu equipaje desde la posada de Emilia y ahora lo tienes en el vestíbulo, junto con tu pasaporte y tu billete de avión. En cuanto a tu cámara... aquí la tienes. Te la devuelvo. La cogí prestada durante unos minutos —dijo Angelo, dirigiéndose fríamente a la chica. Tras ello, puso la máquina entre sus manos para que viera las fotografías que él había tomado con ella—. La verdad que muestra tu cámara en ocasiones es muy cruel, y juzgas a las personas con demasiada celeridad, tachándolas como inadecuadas, pero... dime algo, ¿qué es lo que verás a partir de ahora cuando te enfoques a ti misma con ese objetivo? —inquirió cínicamente antes de darle la espalda de nuevo para volver a contemplar todo lo que había perdido.

Las lágrimas se derramaron en silencio por el rostro de Evie mientras contemplaba el dolor y la devastación del incendio en cada una de las imágenes que guardaba la memoria de su cámara fotográfica.

—¡Lo siento! —volvió a gritar ella, acercando una de sus manos hacia ese frío individuo en el que se había convertido Angelo... por su culpa.

—¿Tú puedes perdonarte, Evie? Porque, sinceramente, yo no... —replicó con indiferencia, poniendo fin a toda su historia con un gélido adiós.

Evie se alejó sin dejar de contemplar la verdad sobre ella que su cámara le mostraba. Mientras lo hacía, tan implacable como siempre, ésta le enseñó también lo que siempre sentiría por ese hombre a pesar de la distancia: entre las horribles imágenes de los viñedos calcinados se intercalaban las fotografías que se había hecho junto a Angelo, donde se apreciaba que su rostro revelaba lo que siempre gritaría su corazón, a pesar de que hasta ese momento hubiera guardado silencio.

—Te quiero, Angelo... —susurró desgarradoramente antes de abandonarlo todo, porque, esa vez, la persona a la que no podría perdonar sería a ella misma.

\* \* \*

—Creía que ya habíais dejado de lado ese peligroso juego de identidades que te gusta representar con tu hermano, Luca —comentó reprobadoramente Flavio a su nieto cuando vio a Evie correr desconsoladamente hacia la salida, sin poder hacer nada por detenerla.

—Él ha perdido todo lo que amaba por culpa de esa mujer, abuelo, una mujer que casi le cuesta la vida. Lo menos que puedo hacer es apartarla de su lado, porque, si en algún momento llegué a pensar que Evie Norton podría hacer feliz a Angelo, es evidente que estaba completamente equivocado —declaró Luca mientras señalaba la tierra quemada que se extendía ante él.

—No creo que eso sea lo que Angelo quiere —le rebatió su abuelo, recordándole la desesperación de su hermano por llegar a esa chica en medio del incendio.

—Angelo quería que la cuidara, el muy idiota. Medio muerto por las quemaduras y arruinado, todavía me pidió que la cuidara, a pesar de que ella había sido la culpable de todo.

—Eso demuestra que la ama por encima de todo, ¿no crees? ¿No eras tú acaso quien se quejaba de que tu hermano no tuviera en mente otra cosa que estos viñedos? ¿Por qué te extrañas ahora al saber que puede ser tan apasionado como tú cuando se enamora?

—También amaba estas tierras que actualmente ya no son nada por culpa de esa chica.

—¿Qué le has dicho, Luca?

—Tan sólo la verdad. Si no sabe afrontarla como ella misma nos obliga a hacer a los demás mortales que posamos para ella, es su problema.

—Angelo no te va a agradecer lo que has hecho.

—No, pero de aquí a que pueda levantarse para darme una paliza transcurrirá mucho tiempo, un tiempo que no pienso desperdiciar —contestó mientras hundía las manos en esa tierra, pensando en cómo recuperar lo que durante tantos años habían cuidado los miembros de su familia, y que en ese momento le tocaba cuidar a él.

—Aún no está muerta, mira: todavía quiere seguir luchando —murmuró el viejo Flavio mientras introducía una mano en el terreno quemado, descubriéndole a Luca que, por debajo de las cenizas, la amada tierra que los Rossi habían mimado permanecía allí—. Y mientras siga viva, hay esperanzas de recuperarlo todo... incluso el amor —finalizó el anciano con una ladina sonrisa, recordándole a su nieto que el amor por el que tanto había luchado aún estaba vivo, tanto para él como para su hermano. Sólo era cuestión de atreverse a alcanzarlo.

### *Tres meses después*

—¿Quieres hacer el favor de apagar esa lamentable música? ¿Y podrías, ya de paso, explicarme por qué has elegido mi casa para venir a deprimirte cuando tienes un hermoso apartamento donde puedes quejarte todo cuanto quieras? —interpeló Dominic a su depresiva hija, que desde hacía tres meses se había hecho con su piso; con su televisión, en la que sólo ponía melosas y ñoñas películas románticas; con su equipo de música, que usaba para escuchar una música espantosa, y con su adorado sofá, donde se acurrucaba permanentemente mientras se atiborraba de helado.

—Porque no me gusta lamentarme sola y Amanda está demasiado ocupada con sus propios lloros como para atender los míos. Además, Jeff está ilocalizable y no puede escucharme, así que, sintiéndolo mucho, papá, te toca a ti... —declaró Evie antes de tomar otra cucharada de helado.

—El pobre de Jeff al fin ha conseguido irse de viaje con su esposa, así que déjalo que disfrute de sus merecidas vacaciones, por una vez y para variar. En cuanto a ti, hija mía, será mejor que te levantes de una maldita vez de ese sofá.

—¿Para qué? —inquirió con desgana.

—Para trabajar.

—No... No quiero volver a coger una cámara nunca más —contestó Evie, dirigiéndole a su

padre las mismas tristes palabras que él le dijo en una ocasión.

—¿Por qué no? —preguntó Dominic a pesar de saber ya la respuesta. Y, cuando ella la pronunció en voz alta, supo que su hija lo necesitaba.

—Porque no hay nada que desee fotografiar.

Tras cerrar los ojos, entristecido ante la contestación de su hija, los abrió con enfado cuando la oyó una vez más denigrándose a sí misma y su trabajo.

—Ésta soy yo, papá —insistió Evie entre lágrimas mientras le mostraba las devastadoras imágenes del incendio que guardaba en la memoria de su máquina—. Esto es lo que yo provoqué: caos, locura, destrucción. Siempre me he quejado de la parte fea que veía en los demás cuando los apuntaba con mi cámara, pero nunca llegué a mirarme a mí misma. Tal vez, si lo hubiera hecho antes, me habría dado cuenta de que yo soy la peor de todos...

Dominic, harto de escuchar esas palabras que le hacían tanto daño, desapareció por unos instantes en su habitación para coger una vieja caja llena de fotografías. Tras vaciarla sobre su hija, le recordó:

—Ésta también eres tú, Evie...

En ellas se podían contemplar las imágenes que, con tanto cariño, le había hecho su padre a lo largo de los años, desde su infancia hasta la actualidad, sin ocultar nada de ella, ni lo bueno ni lo malo. Simplemente, era ella.

Evie dejó a un lado su cámara para contemplar una vez más lo que quería enseñarle su padre. Algunas imágenes infantiles la hicieron reír, y otras llorar al recordar lo que había perdido. Pero todas y cada una de ellas le hicieron recordar hermosos momentos.

—Y quiero seguir viendo mucho más de ti y guardar esas imágenes, cariño, tanto en mi recuerdo como en mi cámara —dijo Dominic, mientras cogía la de ella para enseñarle las hermosas capturas que contenía junto a las terribles escenas del incendio—. Recuerda, Evie, que siempre tenemos dos caras, pero tú decides cuál es la que quieres mostrar al mundo.

Y admirando especialmente una instantánea en la que Angelo le demostraba el amor que sentía por la tierra de la Toscana con una maravillosa sonrisa que nadie podía ignorar, decidió hacer algo por volver a recuperar esa sonrisa del hombre que amaba.

\* \* \*

Después de recobrar me de mis heridas y descubrir que la persona que amaba había huido de mí una vez más, a pesar de que yo lo hubiera dado todo por ella, me pregunté en qué me habría equivocado en esa ocasión. Tal vez Evie no pudo permanecer a mi lado porque aún no me había perdonado, o quizá no había entendido todavía cuánto la quería, o incluso podía ser que le diera miedo afrontar ese sentimiento conmigo.

Todos los días me levantaba preguntándome qué había hecho mal y qué debería haber hecho para cambiar las cosas entre nosotros, para que nuestra historia hubiera tenido un final feliz entre

esas vides.

Ocultando mi dolor, me concentré en sacar adelante los viñedos de mi familia, como siempre había hecho. Sin embargo, la pasión y el amor que había sentido a lo largo de toda mi vida por ellos habían desaparecido y se habían ido muy lejos; concretamente, a Nueva York.

Para mi asombro, fue mi hermano quien se encargó de los duros trabajos encaminados a recuperar la tierra quemada, y la trató con la incansable dedicación que requería para renacer entre sus manos. Quizá él también se escondía en el trabajo, otorgándole todo su cariño a nuestras propiedades, en un intento de sustituir con ellas a la mujer amada.

La sonrisa que yo había exhibido para Evie se había esfumado ante su ausencia, y me contentaba con admirar algunas de las fotografías en las que ella había visto todo de mí: lo bueno y lo malo. Contemplaba esas imágenes con cariño, y cada vez que las veía sólo era capaz de recordar cómo me apuntaba con su cámara, pidiéndome que fuera yo mismo. En ese momento regresaba a mi rostro esa sonrisa que ella siempre me reclamaba, pero, cuando me daba cuenta de que Evie no estaba allí para retratarla, mi sonrisa se apagaba.

—Muy bonitas —murmuró distraídamente mi abuelo mientras revisaba su correspondencia al pillarme mirando esas capturas una vez más—, pero no estoy nada contento con esa chica: no se quedó el tiempo suficiente como para entregarme las fotos que me había prometido —se quejó nuevamente, haciéndome sonreír al recordar lo loca que podía ser Evie en su trabajo.

Cuando comencé a guardar las fotos, resignado a no ver esa parte de mí nunca más, mi abuelo me sorprendió con una de sus carcajadas.

—¡Al fin! —exclamó, a la vez que vaciaba el contenido de un gran sobre en la mesa, extendiendo decenas de fotografías, tanto de Luca como mías, ocupando todo el espacio disponible. En esas instantáneas se mostraba lo parecidos que podíamos llegar a ser y, al mismo tiempo, lo diferente que éramos.

—¿Hay algo más, abuelo? ¿Quizá una nota o una carta? —pregunté, esperanzado con que Evie no me hubiera olvidado con tanta facilidad.

—Creo que esto lo dice todo —declaró él, mostrándome un cheque con una importante cantidad a nombre de nuestra empresa, así como una invitación para asistir a una exposición. En el dorso de la misma alguien había anotado, en un tono impertinente propio sólo de mi querida Evie: «La mejor de ellas me la quedo».

Yo no entendía por qué me había abandonado, pero, tras mirar las imágenes que mi abuelo había desplegado sobre la mesa, donde pude contemplar a mi hermano con un gesto de seriedad que nunca había llegado a ver en él, un pensamiento iluminó mi mente e hizo surgir una idea que explicaba lo que podría haber pasado. Para asegurarme de ello y no acudir junto a Evie con falsas esperanzas, en cuanto Luca se adentró en la habitación lo cogí por el cuello y, arrinconándolo contra la pared, lo interrogué mirándolo a los ojos, unos ojos que, en ese instante, me percaté que hacía tiempo que me evitaban.

—Hermanito..., cuéntame una vez más cómo se marchó Evie de mi lado... ¡y esta vez quiero la

verdad!

\* \* \*

Estaba terriblemente nerviosa. Aún no me podía creer que mi padre fuera otra vez el flamante ganador del premio del concurso de fotografía anual de la galería Emelton de Nueva York, recuperando todo el renombre y el prestigio que en una ocasión perdió. Y me resultaba todavía más increíble que yo hubiera conseguido el segundo puesto con uno de mis retratos, pero estaba comprobado que, cuando Angelo andaba de por medio, sólo sabía ver lo mejor de él y de la vida.

Ataviada con uno de los elegantes vestidos que había tomado prestado del armario de mi prima, uno negro y largo que apenas podía llevar con soltura, no destacaba tanto entre la multitud al ir acompañando a Amanda, mostrándole la galería... excepto cuando ésta tenía que detenerme para que no saltara sobre la yugular de alguno de los hipócritas que entonces alababan a mi padre por su triunfo, cuando solamente un año atrás lo habían denigrado sin piedad.

Mi padre, decidido a hacer de casamentera entre mi prima y ese molesto fotógrafo suyo, Chris, me había pedido que le enseñara a Amanda su último trabajo. Tal vez, cuando ella viera la realidad que exhibía el trabajo de mi padre, se daría cuenta de lo que todos habíamos visto desde el principio cada vez que ellos estaban juntos: que ambos idiotas se habían enamorado irremediablemente.

Después de indicarle a mi prima que tenía que ver la foto ganadora de ese concurso, sonreí a mi padre con complicidad al ver cómo él dirigía a Chris hacia el mismo sitio, para que ambos pudieran ver la verdad de una vez por todas.

Suspirando una vez más, fui a admirar la fotografía del hombre al que echaba de menos y me pregunté qué realidad revelaría esa imagen de la que aún no sabía si había tomado para Angelo o para mí. Mientras cerraba los ojos, por unos instantes me permití viajar por enésima vez al lugar en el que anhelaba estar: a su lado, en esa vieja villa de la Toscana.

Inmersa en mis recuerdos, me pareció transportarme hasta allí cuando, en medio del bullicio de toda la gente que me rodeaba, percibí el profundo y embriagador aroma a tierra y a vino que solía acompañar a Angelo. De repente, sentí cómo unos fuertes brazos que siempre me protegían me envolvían. Sumida en mis fantasías, me dejé llevar y me apoyé en el firme cuerpo que tenía a mi espalda. Abandonándome a mis sueños no quise abrir mis ojos a la realidad, hasta que una voz que siempre añoraría susurró junto a mi oído:

—Y, dime, Evie, ¿qué ves?

—A un hombre y su eterno amor por la tierra en la que no puede dejar de pensar —respondí, abriendo abruptamente los ojos y contemplando una vez más esa fotografía que siempre atraía mi mirada y yo aún no sabía por qué.

—Pero, Evie, en esos instantes sólo estaba pensando en ti... —confesó Angelo, mostrándome por qué razón no había podido ignorar la sonrisa de esa fotografía: simplemente ya lo sabía,

aunque no me había dado cuenta conscientemente, hasta ese instante, de que iba dirigida a mí.

—¿Y ahora? ¿En qué piensas? —le planteé, cerrando de nuevo los ojos, temerosa de enfrentarme con él y que me mirara de nuevo con odio.

Angelo me dio media vuelta entre sus brazos y, cogiendo mi rostro entre sus manos, me preguntó:

—¿Qué ves?

—No quiero ver otra vez cómo me desprecias por lo que hice... —dije, negándome a mirarlo, y, cuando las lágrimas empezaron a descender por mis mejillas, noté cómo sus labios las besaban para susurrarme la verdad que me había negado a contemplar.

—No te engañes más, Evie: en aquel momento no me viste a mí, sólo viste lo que tus ojos deseaban ver. Éste soy yo. Mírame y dime lo que ves.

Desconcertada ante sus palabras, abrí los ojos para ver una vez más al hombre que amaba. En esa ocasión no iba vestido con cara ropa de marca, no tenía un aire despreocupado ni coqueteaba con todas las mujeres simulando ser un casanova. Ante mí únicamente tenía a un hombre al que no le importaba mostrarme sus heridas, tanto por dentro como por fuera.

—¿Qué te ha pasado? —inquirí, confusa y preocupada al descubrir sus manos vendadas..., unas heridas que no había visto antes de marcharme... o, tal vez, al que no había visto yo era a él...

—El fuego quiso quitarme lo que más amaba y no se lo permití.

—¿Tus tierras? —indagué, agachando la cabeza, sintiéndome responsable de todo... pero eso sólo fue hasta que Angelo la alzó y susurró sobre mis labios antes de reclamar mi boca:

—A ti...

Abandonándome a ese beso, me aferré a él e intenté mostrarle cuán profundos eran mis sentimientos. Llorando de alegría al haberlo recuperado, ya no tuve miedo de su mirada y Angelo, decidido a que no huyera por más tiempo, me volvió a interrogar:

—¿Qué ves?

—Un hombre enamorado —respondí, con total convicción—. ¿Y tú? ¿Qué ves? —repliqué a mi vez, señalando su fotografía para comprobar si ambos veíamos lo mismo. Sin embargo, él me sorprendió al hacerme comprender que esas palabras que yo nunca había pronunciado en voz alta habían estado allí siempre, mostrándose en cada una de las capturas que le tomé.

—A una mujer que no puede evitar enseñarles a todos cuánto me ama.

—¡Te quiero! —declaré finalmente, antes de arrojarme a sus brazos.

Y, mientras nos besábamos celebrando nuestro amor, sentí un *flash* disparándose. Al prestar atención, descubrí a mi padre fotografiándonos desde lejos, haciéndose con un nuevo recuerdo que guardaría en su cámara para no perder nunca esa sonrisa que, en ocasiones, la vida nos arrebatara.

## Epílogo

No podía dejar de contemplar con gran cariño todo lo que los hermanos Rossi habían conseguido de los espléndidos viñedos que se extendían por la Toscana. Les había llevado años lograr que esas vides volvieran a alzarse, tan maravillosas como antaño, pero el amor y el esfuerzo que tanto Angelo como Luca habían invertido en esas queridas tierras lo había logrado con creces.

Con la modernización de las bodegas, los chianti de la familia Rossi habían logrado competir con algunos de los más selectos vinos del mercado. No obstante, yo siempre echaría de menos los momentos pasados en la vendimia tradicional. Por ello, en algunas ocasiones, Angelo parecía leer mi mente y organizaba una pequeña fiesta para los amigos y familiares, donde me dejaba pisar esas uvas que pasarían a formar parte de su bodega particular.

Angelo se dedicaba a trabajar en la dura tierra, mientras que yo, que lo habría seguido hasta el fin del mundo, me di cuenta de que no podía ser como mi padre. A pesar de las alabanzas que recibí tras quedar en el segundo puesto en el prestigioso concurso de fotografía de la galería Emelton de Nueva York, dedicarme a inmortalizar a vanidosos modelos no iba conmigo, aunque eso era algo que Dominic había sabido desde el principio, por eso siempre me había animado a seguir mi propio camino.

Al parecer, yo sólo podía fotografiar aquello en lo que ponía mi corazón y, por lo visto, éste se había quedado en la Toscana, junto a un hombre que siempre me lo reclamaba, tanto delante como detrás de la cámara. Por fortuna para los Rossi, mi pasión por sus tierras y por ellos había llevado mis fotografías a ser publicadas en varias revistas famosas, consiguiendo más publicidad para sus vinos.

Mientras veía las risas y juegos que me rodeaban desde mi lugar escogido, allí donde mi marido me había relegado sobreprotectoramente a causa de mi embarazo, impidiéndome hacer cualquier otra cosa que no fuera sostener mi cámara, apunté con mi objetivo a las personas que posaban y apreté el disparador repetidas veces.

En esa ocasión guardé esas imágenes apreciándolas como no había hecho antes, y las declaré como uno de mis más preciados tesoros, recordando a través de ellas cómo nos habíamos esforzado cada uno de nosotros por volver a sonreír: mi prima Amanda, al encontrar nuevamente su perdida sonrisa gracias a un loco enamorado; mi padre, al recobrar el entusiasmo y recuperar sus sueños; el viejo Flavio, al ver por fin a su familia más unida; Angelo, al hallar una pasión más allá de esa tierra, y Luca, que sólo deseaba el amor de una mujer.

Por fin sabía que la vida estaba llena de buenos y de malos momentos, pero que nosotros

podíamos decidir cuáles retener en nuestro corazón y cuáles desechar, porque, a pesar de que a veces nuestros caminos no sean sencillos y se llenen de tristeza o de dolor, siempre habrá alguien que querrá hacernos recuperar la sonrisa y que nos dirá esas palabras que nos harán recordar cuál es su valor.

—Sonríe, mi amor... —murmuró Angelo mientras se acercaba a mí, entrelazando su mano con la mía para depositar ambas con cariño sobre mi prominente barriga, después de coger mi cámara con la otra mano y alejarla de nosotros para tomarnos una fotografía a ambos, inmortalizando uno más de esos hermosos recuerdos, tanto en mi corazón como en mi cámara, con una de sus maravillosas sonrisas con las que me declaraba su amor.

## Biografía



Silvia García siempre ha creído en el amor, por eso es una ávida lectora de novelas románticas a la que le gusta escribir sus propias historias llenas de humor y pasión.

En la actualidad vive con su amor de la adolescencia, quien la anima a seguir escribiendo, y compagina el trabajo con su afición por la escritura. Reside en Málaga, cerca de la costa. Le encanta pasear por la orilla del mar, idear nuevos personajes y fabular tramas para cada uno de ellos.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra

en: <https://www.facebook.com/profile.php?id=100004625625675&fref=ts>

*Sonríe, mi amor, en la Toscana*  
Silvia García Ruiz

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Shutterstock

© fotografía de la autora: archivo de la autora

© Silvia García Ruiz, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.edicioneszafiro.com](http://www.edicioneszafiro.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): diciembre de 2019

ISBN: 978-84-08-22112-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima lectura!**

NOVELA  
**ROMÁNTICA**

---



**¡Síguenos en redes sociales!**



A woman with long brown hair, wearing a light-colored straw hat with a dark band and a white and grey plaid shirt over a white t-shirt, is sitting on a bicycle. She is holding a black DSLR camera with a large lens up to her eye, taking a photograph. The background is a scenic view of a vineyard with rows of grapevines and a hillside in the distance. The sky is a clear, light blue. There are several pink heart-shaped graphics scattered throughout the image, including one near the top left, one near the top right, one near the woman's shoulder, and one on the bicycle seat.

SILVIA GARCÍA RUIZ

*Sonríe,  
mi amor,  
en la Toscana*

zafiro